

ÁNGELES DE IRISARRI

La Reina Urraca

*La agitada vida de
una mujer en el
fascinante mundo
de la Edad
Media*

NOVELA HISTÓRICA

Lectulandia

El retrato de Urraca, heredera de Alfonso VI, se va construyendo página a página en este espléndido libro, en el que se busca reivindicar la memoria y la honra de la soberana de Galicia, Asturias, León, Castilla y Toledo: los avatares de una agitada existencia; las conversaciones con las damas de su séquito; su boda y las malas lenguas acerca de las razones de sus desavenencias conyugales; su testamento y su muerte en el año 1126... Una trepidante y emotiva narración que, de la mano de una mujer singular, abre a los lectores el fascinante mundo de la Edad Media.

Lectulandia

Ángeles de Irisarri

La reina Urraca

ePub r1.0

Hechadelluvia 04.10.13

Ángeles de Irisarri, 2000

Editor digital: Hechadelluvia
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A Cristina Monverde Albiac, que autora del *Diplomatario de la reina Urraca*, me cedió toda la documentación que recopiló para un trabajo académico sobre una reina que también fue muy suya, resultándome de inestimable ayuda. A mi prima, M^a Rosa Pérez de Irisarri, que añadió, quitó, y corrigió este texto. Mejorándolo. Y a Fernando Orbañanos Celma, que como en otras ocasiones, curó a quien tuvo que sanar y alivió las últimas horas de quien fue menester en este libro.

A los tres, gracias.

Capítulo 1

Mi abuelo.

Dice mi madre, la reina Urraca, que salimos de Lugo con lo puesto, porque mi abuelo, el rey Alfonso, se moría, y que llegamos a Toledo en ocho días, muy acaloradas, sin apenas comer, cogiendo higos y alberges de los árboles linderos al camino, durmiendo al raso, solas las damas, sin compañía. Ella incluso con cargazón de cabeza, y yo, Sancha Raimúndez, roja, roja de tez, y desfalleciente, tanto que mi señora madre me sumergió entera en la fuente de la Vega para quitarme la calor. Que yo hice el viaje en brazos de mujer, en los suyos y en los de mi nodriza, a la corta edad de quince meses, pues no llevábamos literas, ni carros, sólo caballos, y apretaba el sol en la meseta castellana pues que andaba entrante el mes de agosto.

Nuestra gente que venía detrás con los baúles no logró darnos alcance y, de consecuencia, no nos pudimos cambiar de ropa, tanto es así que no había pañales limpios para mí, y dice mi madre que, para no derramar el orín y las heces, me tuvo que fajar con su jubón, y pedirles los suyos a sus camareras, que los aprestaron de grado. Y tanto picamos espuelas que arribamos al río Tajo en ocho días, puede decirse que en algara, mismamente como si fuéramos a saquear una ciudad mora... Pero es que el rey se moría, tal dijo el mensajero, y emprendimos carrera porque mi señor abuelo, don Alfonso, el sexto, antes de marcharse de este mundo, quiso hablar con mi madre y hacerla reina.

Y yo, claro, en los brazos de las damas, podía respirar peor que ellas, porque, como me sujetaban con fuerza entre sus brazos, iba más tapada que las demás y tenía menos holgura de aireación, como le sucede a cualquier criatura de pocos meses. Y al pie de las murallas de la ciudad, pese a haberme bañado en la fuente de la Vega, mi madre ya pedía un pañuelo húmedo para mojarme la cara, y no había, por eso quiso echarme saliva, pero desechó la ocurrencia porque la saliva está caliente por su natura. Y en la puerta de Bisagra doña Urraca frenó su caballo y pidió a las buenas gentes, que la aclamaban, que le dieran agua a las manos para su hija, para ella y para sus damas, agua abundante, y bebimos todas.

Y allí, a la sombra del portón, se enteró la señora de que no se moría el señor rey, su buen padre, que estaba enfermo de cuidado pero no a las puertas de la muerte, y de que dos mujeres lo cuidaban: la reina Beatriz, su quinta esposa legítima, y su amiga: la mora Zaida. Ésta de día y noche, con tanto desvelo que se le habían retirado las carnes que echara al parir al infante Sancho, su único hijo, al que amó con locura

maternal y que había muerto un año antes en la batalla de Uclés, aquella que ganaron los sarracenos a mi abuelo; niño que, pese a ser hijo de la mora, fuera heredero de los reinos de don Alfonso.

Y otrosí se enteró de que el rey iba a nombrarla reina y hacerla jurar por todos sus vasallos. Pero mi madre nada dijo sobre el particular, salvo que habíamos hecho un viaje muy apresurado, porque nos habían informado mal. Y pidió literas y me tendió en una. Y dice que yo empecé a llorar porque quería estar en sus brazos...

En el palacio de la Galiana, como doña Beatriz estaba indispuesta, nos salió a recibir la mora... Dice mi madre que era buena mujer, un tantico alunada quizá, pero buena mujer, y que le dejó ropas para que se presentara ante el rey, pues ella llevaba lo puesto, una túnica muy sudada y sucia después de tanto camino. Y en el baño, en un baño como sólo tiene una reina mora, doña Zaida platicó con Urraca, asegurándole que se había opuesto a mandar al pequeño Sancho a la guerra, pero que le valió nada, pues don Alfonso, como no podía ir por viejo, se había empeñado en enviar a la criatura para que pudiera observar al enemigo de cerca y empezara a aprender las estrategias de las batallas, y que el niño murió en el rebullo del combate, pese a que los condes lo taparon con sus cuerpos. Lloraba la señora Zaida cuando mentaba a su hijo unigénito y le pedía a Urraca que, cuando heredara los reinos de León, Castilla, Asturias, Galicia y Toledo, le permitiera vivir en la ciudad del Tajo, pues que estando don Alí, el emir, de señor de toda al-Andalus, ella no podía tornar a su tierra, a Sevilla, pues que el almoravide era un bárbaro norteafricano que nunca entendería cómo una hija del rey Almutamid se pudo enamorar de don Alfonso, conociéndolo sólo de oídas, y venirse a Castilla para ser su concubina, que no su mujer natural, entregándole, además, toda su tierra. Y Urraca le demandaba por la salud de mi abuelo, y la mora respondía entre lágrimas que el rey se consumía, muy adolorado y enfermo de fiebres.

Dice mi aya, la señora Galana, que por entonces era ya camarera de mi madre, que Urraca se personó ante su padre vestida a la musulmana con blusa y saya bordadas, quitándose, por vez primera, los paños de viuda que llevaba desde el fallecimiento de mi padre, don Ramón de Borgoña, y que entró en la habitación de mi abuelo tan hermosa que más parecía un ángel del Señor, y que don Alfonso abrió los ojos y quedóse perplejo ante la visión, pues, en un principio, tomó a la dama por el Ángel de la Muerte y se estremeció, pero es que, a momentos, se le ofuscaba la mente, como dice doña Galana que les informó sovoz don Minaya Álvar Fáñez, el tenente de Toledo. Y era eso: confusión, porque mi madre iba vestida de oro, y el Ángel de la Muerte va de blanco, como todos los ángeles, o acaso de negro por el luto que reparte, pero de oro no, pues que cuando él se presenta ante cualquier mortal todo el oro del mundo es vano ya.

Se recuperó mi abuelo del sobresalto y reconoció a su hija legítima, la única

legítima que tenía, de doña Constanza de Borgoña (que mi abuelo tuvo cinco mujeres legítimas y dos amigas al menos, pues hay quien dice tres), y le dio su mano a besar, diciéndole con voz entrecortada que le iba a dar todos sus reinos enteros, sin dejar ninguno a su otra hija, mi tía Teresa, que es bastarda, y ya tenía el condado de Portugal. Y Urraca dijo, dice Galana que dijo:

—Cúmplase tu voluntad, señor padre.

Y que no hizo ningún gesto de alegría, como hubiera sido tal vez de esperar en una persona que recibía más de la mitad de las Españas y el homenaje de boca y manos de todos los nobles presentes, incluida la señora Zaida, que le dio tres besos en la cara a la usanza de los moros.

Mi abuelo informó a todos que iba a convocar la curia en Toledo para que los hombres juraran a la infanta. Y todos, todos, alabaron su proceder y su elección, y dieron parabienes a mi madre, y hasta la reina Beatriz, ya recompuesta de su dolencia, mostró su contento y le advirtió a mi madre que se volvería a la Francia a la muerte de mi abuelo, devolviéndole las arras que tenía pues, extranjera como era, no quería nada de esta parte del mundo, al parecer.

Y dice doña Galana que el rey le pidió noticias a la futura reina de mi hermano Alfonso y mías, y que, cuando fue enterado de que yo estaba en el palacio, me quiso conocer, y que mi madre me llevó ante él, y me hizo unos arrumacos en la cara, como haría cualquier abuelo.

Y dicen todos que don Alfonso, el sexto, no se murió tan pronto como era de esperar, que finó un año después de que entramos en Toledo, y que, cuando terminaba de dar consejos de gobierno a mi madre, me mandaba llamar y me asonaba el sonajero o me dejaba jugar con las piezas de su tablero de ajedrez.

Pero claro, un reino es un reino. Un imperio como el que tuvo mi abuelo era un reino de cinco reinos, y la futura reina era una mujer. Animoso sí, de carácter entero, con geniazo a veces, pero mujer después de todo. Y dice mi madre que, tras platicar largo y tendido con su padre, éste decidió que ella sola no podía llevar el mando, quizá porque no la vio resuelta, quizá porque no se aplicó en la solución de los problemas de gobierno que él le presentaba a diario, quizá porque Urraca es dubitativa por su natural, el caso es que le dijo que debía maridar otra vez y se puso a buscarle un esposo.

Queriendo hacer favor, el reino todo buscó un marido. Por la Francia, Galicia, León, Asturias y Castilla. Y todo el mundo presentaba candidatos al señor rey sin preguntarle siquiera a mi madre. Y don Alfonso rechazaba a uno y a otro y hasta se enojó cuando los nobles tomaron la iniciativa y, para que el trono no cayera en manos de un extranjero, le hablaron del conde Gómez González Salvatórez, un gran caballero. Pero es que no necesitó consejos de nadie. Él solo encontró al hombre que deseaba como yerno: a don Alfonso, el rey de Aragón, desoyendo a los obispos que,

como si fuera negocio suyo, estaban por el otro, y, cortos de miras, no alcanzaban a apreciar que, con el futuro matrimonio, se unirían las dos coronas, y todas las Españas, juntas, podrían arrojar a los almorávides, a esos demonios que habían venido a conquistar al-Andalus y que amenazaban con hacer otro tanto con las Españas, amén de trastocar las relaciones habientes entre moros y cristianos, y hasta habían derrotado a las tropas de mi abuelo en Uclés, causándole enorme pena, por la derrota y por la muerte de su hijo y heredero.

Mi madre dice que dijo: «Hágase tu voluntad, señor padre», porque un padre es un padre, y más alto no hay, salvo Dios, a más, que nunca Urraca osó llevarle la contraria a su progenitor. Y escuchaba las noticias que le daban sus damas de Alfonso de Aragón, su primo tercero, pues los dos eran biznietos de don Sancho el Mayor, el emperador que había reinado de Zamora a Barcelona, es decir, en mucha más tierra que mi abuelo, y se contentaba y sonreía y revisaba sus baúles en busca de la ropa que luciría el día de los esponsales. Y, contenta, sopesaba con sus camareras si casarse en Burgos y hacer las tornabodas en Salas, o si celebrar la ceremonia en León o tal vez en la villa de Carrión.

Ellas le decían que mejor en Burgos, pues que su padre había desposado en la ciudad regia en su último enlace, y así se repartiría la fiesta por otras ciudades. Urraca recibía los presentes que le enviaba su futuro marido y cruzaba con él otros regalos y mensajeros que se anticipaban a los acontecimientos y la llamaban reina, como si fuera ya reina de los aragoneses. Y me dice doña Galana que todas pensaban en él, en el rey de Aragón, un buen hombre temeroso de Dios, un hombre que llevaba el hecho de la Cruzada en la mente y en el corazón por doquiera que fuese y que había quitado mucha tierra a los moros, engrandeciendo su reino hasta donde no llegaron siquiera a soñar sus antepasados y que, además, pensaba conquistar los reinos de Sarakusta y Lérida, Dios le dé salud y ánimo para arrojar al moro de las Españas, para cumplir sus anhelos y entrar triunfante en Jerusalén.



Capítulo 2

La jura de la infanta.

Fue jurada Urraca en el Alcázar, por todos, por todos. Por nobles, por obispos y por las gentes de las ciudades, sin que se alzara una sola voz contra ella. Es más, algunos se congratularon de jurar sólo a mi madre, la heredera, en vez de a mi padre también como hubieran tenido que hacer en caso de que don Ramón estuviere vivo. Pues que, hasta doña Galana me lo ha confirmado, pretendió relegar a Urraca en la herencia paterna y repartirse los reinos de mi abuelo con su primo Enrique de Portugal, dándole Toledo y un tercio del tesoro de la catedral de esta ciudad, quedándose él el resto y postergando a su propia esposa en el hecho de la sucesión al trono y otro tanto al pequeño Sancho, el hijo de la mora.

Juraron a Urraca los que serían sus amigos y los que serían sus enemigos, por Dios y Santa María Virgen, y le dieron homenaje de boca y manos, y los principales firmaron con ella la carta por la que mi abuelo entregaba el condado de Galicia a mi señor hermano, Alfonso Raimúndez, para él y sus descendientes, para siempre jamás, exento, salvo en el vasallaje que le debería prestar a la futura reina... (En la traición de mi padre no quiero escarbar, aunque entiendo que no hay que tener ceguera por los padres y taparles sus fallas por el hecho de que sean tus progenitores).

A poco, murió el rey Alfonso, el sexto, el conquistador de Toledo, a la hora de mediodía, a un día saliente el mes de junio de 1109, era de 1147, festividad de San Marcial, en la paz de Dios, asistido por don Bernardo, arzobispo de Toledo, y rodeado de muchos señores llenos de honor y de recomendación. Las gentes, principales y menudas, lloraron, y las campanas de todas las iglesias de la ciudad tañeron a muerto, y hasta se dijo que más de un almuédano entonó una oración de las suyas por su ánima, porque, no en vano, el fallecido había sido emperador de cristianos y musulmanes.

Doña Galana, mi aya, sostiene que el primer llanto que se escuchó en el palacio fue el mío, que avisé del suceso acaecido y de otros muchos que vendrían. Pero yo no sé qué decir pues era niña de teta. A más, que, para mayor prodigio, se secaron unas fuentes que habían manado debajo del ara del altar mayor de la iglesia de San Isidoro de León, tan sorpresivamente como habían brotado ocho días antes.

Al muy venerado y amado mío, don Diego Gelmírez, arzobispo de Santiago, la infanta Sancha, salud y dilección en cuanto le es dable:

Vigila, santísimo padre, el registro que mandaste escribir, pues ha llegado

a mis oídos que en él se está maltratando a la reina Urraca, mi señora madre, y me dolería harto que quedara mala memoria de ella. Te recuerdo que continúa habiendo en el reino mucha falacia e inquina.

Vale. Infanta Sancha Raimúndez. (signum).

Capítulo 3

Urraca reina.

A mi abuelo se lo llevaron unas fiebres perniciosas antes de lo que hubiera querido, por eso no pudo tratar con el rey de Aragón las condiciones del matrimonio de su hija. Por eso todo lo pactó Urraca, después de enterrar a su padre en Sahagún, al lado de doña Constanza y de sus otras esposas.

La comitiva de duelo partió de la ciudad del Tajo a los siete días, con un emperador muerto y una reina viva, única hija legítima del fallecido y, de consecuente, única heredera, con mucha gente de armas con las lanzas a la funerala, punta hacia abajo; el arzobispo de Toledo y muchos obispos, y muchos baúles y bultos.

Urraca, con sus veintisiete años y su equipaje de mujer, iba apesurada por la muerte de su padre pero dispuesta a comenzar su andadura, que, a poco, se tornaría en malandanza. No por el peligro moro, ni por razones de justicia, ni de pestes, ni de hambres, ni de rebeldías, ni de traiciones, pese a que hubo de todo a lo grande, fue por lo que nunca se podría quitar: su naturaleza de mujer. Porque nunca había habido reina en León y Castilla y ella era la primera. Y unos la quisieron o la imaginaron reinando en solitario, otros con su marido y otros ejerciendo la regencia por su hijo. Y no hubo modo.

En la Galiana, fallecido el rey, los capellanes quemaron incienso en el palacio todo, asperjaron el cadáver con agua bendecida y cantaron el salmo *De profundis*.

El cadáver lo lavó y lo amortajó doña Zaida a la vista de mi madre, derramando innumerables lágrimas, pues que lo había amado con amor carente de razones, con lo que se llama «loco amor». Lo vistió con unas bragas calzadas sin estrenar, una camisa de ranzal blanca como el sol, y le fue a poner una aljuba de tela de oro que le había cosido y bordado con sus propias manos para que tuviera un recuerdo suyo en la eternidad, tal pensó. Pero no pudo hacerlo porque Urraca le pidió el gonel y el sobregonel que le había traído de regalo de bodas doña Constanza de Borgoña — también para que tuviera algo de ella por toda la eternidad—, tal le dijo. La señora Zaida rebuscó en las arcas del emperador y, a poco, se presentó con las dos túnicas; alabó el buen gusto de la dama borgoñona, lo exquisito de los bordados en relieve y la maravilla de los galones y remates de ambas vestes que refulgían al sol, y ya lo vistió y le puso unas calzas de estribera, nuevas también, y un manto bizantino de gran valor con un capuz a juego.

Levantó el cadáver el párroco de Santa Cruz que lo acompañó a la puerta de Alcántara. Allí, mientras la población despedía al rey que fuera conquistador de la ciudad, se puso al frente de la comitiva don Bernardo, el arzobispo de Toledo y primado de las Españas, precedido de un preste que llevaba la cruz procesional de la catedral.

Iniciamos la marcha hacia el monasterio de San Facundo. Los restos de don Alfonso en un féretro emplomado, nosotras en carros, salvo la reina Beatriz que no pudo venir, pues que era de frágil salud y andaba enferma de recio resfriado.

Mi madre con todas sus reliquias prendidas en el jubón: la cajita de cristal conteniendo una gota de sangre de la que derramó Nuestro Señor en la cima del monte Calvario, la uña de Santa María Salomé, el cabello de San Juan Bautista, y la que más quería de todas: el retal de la casulla de San Ildefonso, pues que se la regaló mi abuela, y, en manos de doña Estefanía, su camarera mayor, una arqueta llena de dineros para pagar los responsos de los prestes que habían de salirnos al paso.

Nos acompañaban los señores en caballos de realce, muy erguidos y soberanos: Pedro Ansúrez, conde de Valladolid y de Carrión; Froila Díaz, conde de León; Ruy Muñoz, conde de Asturias; Gómez González Salvatórez, conde de Castilla; Pedro González de Lara, conde de Medina y Munio Bermúdez, mayordomo de la reina, entre otros; además de los abades Cristóforo, de San Pedro de Arlanza, Diego, de San Claudio, y los de León: Pelayo Michaeliz, abad de San Pelayo, los canonjes de San Isidoro y de Santa María de Regla, y el obispo Pedro. Y, a poco de avistar la villa, se nos juntó otro Diego, el abad de San Facundo, el monasterio funerante.

Anduvimos todo el camino haciendo estaciones para que los párrocos propios de las iglesias cantaran responsos y porque las gentes, cristianos, moros y judíos, se acercaban a traer ramos de flores, a llorar a don Alfonso y a vitorear a Urraca. Además, se postraban en la vereda cortando el paso, se echaban tierra en los cabellos y querían tocar el ataúd del emperador y besar la mano de la reina, lo que llegó a molestarle, pues que le dejaban bastante baba. Pero la señora Zaida, que venía en nuestro carro, le decía una y mil veces que tuviera paciencia, que ser reina tenía inconvenientes, pero que el pueblo la quería. Y, en efecto, el pueblo la quería pues le llevaba refresco de escorzonera en un vaso, cerezas en un cuenquillo, pan recién hecho en un paño y mil otros lamines. O le regalaba un pañuelo para que se secara las lágrimas, y Urraca, pese a lo de la baba, se holgaba.

A la puerta de la iglesia de San Facundo, los obispos discutieron con los condes sobre quién cargaba el ataúd, pues los clérigos, que nunca llevaban a hombros a seglares a las iglesias, como se trataba de un rey quisieron hacer una excepción y mencionaron a algunas santas mártires que habían sido transportadas por religiosos a sus sepulcros. Mas los nobles se negaron ante semejante pretensión, sosteniendo acaloradamente que al rey lo transportarían ellos, sus capitanes. Luego, el arzobispo

don Bernardo de Toledo, que había sido abad del monasterio antes de acceder a la sede primada, discutió con el abad don Diego sobre quién habría de officiar el funeral, pero llamados al orden por don Pedro Ansúrez, el ayo de mi madre que, al parecer, la había tomado otra vez bajo su protección y para facilitarle la tarea mandaba más que ella —como si una mujer de veintisiete años todavía precisara de un tutor—, pues que era hombre bullidor, acordaron celebrarlo todos juntos: un arzobispo, seis obispos y siete abades, tantos que llegaron a tropezarse en el presbiterio.

Los señores del reino entraron el cadáver a la iglesia, lo colocaron con los pies hacia el altar, como es preceptivo, bajo el retablo mayor, a la sazón cubierto con planchas de plata que representan la vida del Señor Jesucristo —asombrando a todos la finísima labor del platero—, sobre un catafalco guarnido con rica tela de oro y con las armas de mi abuelo bordadas. Después de cantos y responsorios, los condes volvieron a cargar la caja y se llegaron con ella al sepulcro situado en el centro del crucero, subiendo hacia la capilla mayor.

El abad de San Facundo bendijo la sepultura, pese a estar la iglesia consagrada, y ungió los labios del muerto con óleo bendito y, ayudado por los obispos, lo sacó del féretro y lo introdujo en la fosa. Antes de cerrarla, mientras los clérigos entonaban el *Benedictus*, Urraca se acercó para dejarle una preciosa cajita con las dos especies eucarísticas, mi tía Teresa de Portugal un pequeño pergamino con la frase: *Christus est hic*, mis tías Elvira y Sancha un crucifijo de oro y un saquete con tierra, respectivamente, y señora Zaida, la más apesarada de todas, una flor, y las cinco besaron en la frente el cadáver de su padre y señor, o amante. La mora a gusto, pues que se hubiera quedado en la tumba con él; las otras venciendo su repugnancia, pues, pese a la caja emplomada, después de tantas jornadas de viaje, hedía. Doña Galana me llevó a besarlo también pero mi madre le hizo un gesto para que me retirara.

Los nobles cerraron la tumba con una pesada losa labrada con la imagen del muerto en relieve bajo y los símbolos de los cuatro Evangelistas en los cuatro extremos y muchas cabezas de ángeles en los laterales, y lo dejamos descansar para siempre en el lugar que eligió, rodeado de sus esposas, en el monasterio donde había estado preso en su juventud, Dios le dé vida eternal.

Tras rezar ante la tumba de su señora madre, Urraca, rodeada de sus hermanas y conmigo en los brazos, recibió los pésames de buena parte de los señores del reino y de las gentes de las ciudades.

Además, pagó al abad por el sepelio, encargó a su mayordomo que abonara la cuarta funeral que se debía al párroco de la iglesia de Santa Cruz de Toledo, deuda que con el jaleo nadie había saldado, y ya asistió a la comida fúnebre. Se sentó en el centro de una gran mesa, a la sazón instalada en la sala capitular del monasterio, flanqueada por el arzobispo de Toledo y por el abad de San Facundo, y enfrente sus tres hermanas. Y luego llegóse a la plaza mayor de la población con los señores y sus

damas para comer un bocado con las gentes de las villas y de las ciudades que habían venido al entierro, y felicitar al mayordomo que no había escatimado y había mandado asar cien corderos y llevar otras tantas cántaras de buen vino. Además, dio limosnas a casi todas las iglesias y cenobios del reino para misas por el alma de mi abuelo y vistió a doscientos pobres con calzas, saya y manto.

Después de descansar dos días en el monasterio de la Santa Cruz de Sahagún, donde había ciento veinte damas, todas ellas con prebendas, platicar con doña Jimena, la abadesa, y ayunar por la muerte de don Alfonso, tomamos camino de León para que Urraca contemplara con sus ojos la fuente seca de San Isidoro, hecho que la tenía preocupada, pues que no sabía si el suceso era malo o era bueno, o si era una señal de que su reinado empezaba mal, o una necedad, como sostenía con vehemencia doña Estefanía, su camarera mayor, coreada por las otras damas, que aseguraba que el hecho de que manara una fuente de repente era un accidente de la naturaleza, pues que la naturaleza está en continuo movimiento, como se puede apreciar a simple vista, y aún sufrir su embestida; que era bastante común secarse una fuente y aparecer en otro lugar, o estarse un tiempo seca y luego volver a manar. Y consideraba el hecho como una casualidad ni buena ni mala, un hecho por el que no merecía siquiera echar los agüeros. Pero, en efecto, la fuente estaba seca, y doña Galana contempló con sus ojos cómo mi madre torcía el gesto, tal me dice y añade que entró en la iglesia, tomó agua bendita, se santiguó y estuvo un tiempo mirando bajo el ara del altar y que no comentó nada. Que, presto, se arrodilló ante el arca de las reliquias del Santo, bajó a la cripta, oró ante las tumbas de sus abuelos, y le dejó al abad una copa de oro muy buena, de regalo, y fuese tan apriesa como había venido.

Me dice Galana que sí encerraba mal agüero el hecho de que se secasen las fuentes, máxime porque habían brotado inesperadamente, ocho días antes del fallecimiento del emperador, para secarse cuando Urraca accedió al trono. Que doña Estefanía fue necia por no llamar a una ensalmadora o a Copa, la cocinera que llevaban, que, gallega como era, tenía un tanto de meiga y veía en el agua clara. Porque quizá se hubiera podido hacer contrahechizo y mi madre no hubiera penado tanto como sufrió a lo largo de su reinado. No obstante, en descargo de la mayordoma, me asegura que estaban todas tan contentas de la suerte de Urraca, que se manifestaba espléndida, que ninguna cayó en consultar a los agoradores.

En aquella ciudad, en León, la reina negoció personalmente su porvenir y el de las Españas con don Castan de Biel, el alférez de su futuro esposo, y con don Sancho Juárez, señor de Huesca, los legados de don Alfonso, llegando a acuerdos, fijando la fecha de las bodas y su lugar de celebración. Y, después despidió a la reina Beatriz, que pasó por León para decirle adiós y tornó a su tierra devolviéndole las arras que le dio el emperador —las malas lenguas llegaron a decir de esta reina que no yació con mi abuelo, pues que éste prefirió en su lecho a su amiga, a la mora Zaida, que le dio

un hijo como va dicho—. Y anduvo Urraca muy animada y contenta, rodeada de muchos señores del reino que venían de todas partes para agradecerle que les hubiera confirmado en las tenencias dadas por el buen rey Alfonso y rendirle vasallaje, siempre asistida por su ayo don Pedro Ansúrez y por la mora Zaida que, sin quehaceres, sin tener hijo ni amigo que cuidar, era como su sombra en el palacio.

La dama le aconsejaba no dar importancia al hecho de que, el mismo día en que falleció su padre, dejara de manar la fuente de la iglesia de San Isidoro de León, según noticias que ya trajeron los señores de aquella parte del reino cuando todavía no habíamos dejado Toledo. Asegurándole también ser mera casualidad e instándole a olvidar el negocio, aunque a saber qué otras cosas se hablaban de la fuente, pues que Urraca sólo platicó del tema con la mora y sus damas; y rogándole en todo momento que, por su bien, sonriera y se guardara la pena que llevaba en su corazón por la muerte de mi abuelo, para la noche, y que atendiera a los condes y a los clérigos, e invitara a su mesa a don Bernardo, el arzobispo de Toledo y primado de las Españas, que estaba pasando una temporada en León, para que pidiera cuanto antes la dispensa al papa Pascual, pues que mejor casarse los primos con dispensa que sin ella, que luego pasa lo que pasa y los matrimonios no son válidos. Y, en otro orden de cosas, le llevaba a las mejores costureras moras de la ciudad, a las que habían de coserle la ropa de las bodas.

Estaba mi madre muy ocupada con los señores de Aragón, pactando con ellos lo que le daría ella al rey y lo que del rey ella recibiría y que se heredarían uno a otro con el hijo que tuvieren ambos, relegando a mi hermano en la línea de sucesión, que debería conformarse con ser rey de Galicia, al parecer. Y cuando algunos nobles y obispos le comentaban el asunto de la postergación de mi hermano, ella contestaba que hacía lo que le había mandado su padre y que el tiempo todo lo arreglaría, que don Alfonso moriría antes que ella, pues que luchaba con demasiada bravura contra los sarracenos, los enemigos de Dios, y que entonces ella dispondría de todos los reinos de las Españas, entregando parte a cada uno de sus hijos, a los que ya tenía y a los que tendría, como había hecho don Fernando, su abuelo, con los tres hijos y dos hijas que le sobrevivieron. Que a mi hermano por ser su primogénito le dejaría el título de emperador y que todos los demás le servirían, yo incluida; y añadía que, no en vano, su hijo había venido al mundo trayendo felicidades, pues que, el día de su nacimiento, había brillado en el cielo de la ciudad de Lugo una estrella desconocida, que tardó treinta días en desvanecerse y, como todos recordaban el hecho, no era menester que explicara más del benéfico suceso.

Y, oyéndola, oyendo las felicidades que trajo su hijo, las damas hablaban de que, el día en que ella nació cantó un gallo a destiempo y, aunque no hacían caso a lo de la fuente seca, más que nada por quitárselo de la cabeza a mi señora madre, se iban a un rincón y se santiguaban para espantar cualquier mal. Pero ella, en cuanto tenía un

momento de soledad, hablaba de la fuente seca con la mora, aunque doña Estefanía repetía lo dicho y hasta le renegaba, pues que, a veces, se permitía regañar a la reina, porque la había tenido en sus brazos siendo niña e incluso García Ordóñez, su marido, le había disputado a Pedro Ansúrez la tutela de Urraca. Y eso, el caso es que estaban preocupadas por la fuente seca y ninguna de las dos sabía qué hacer, si mandar hacer agüero por ver con qué señales iniciaba Urraca su reinado o dejarlo estar, pues que a veces mejor no enterarse. Y, en otro orden de sucesos, Urraca le contaba a doña Zaida que, cuando nació, el día de San Juan Bautista, en León, un día gélido por demás, pese al verano, cantó un gallo a destiempo y del susto, quizá, se murieron seis gallinas ponedoras en los corrales del palacio, pero que doña Constanza y sus damas, entre ellas doña Estefanía, consideraron aquel hecho ni de mal agüero ni de buen agüero, lo reputaron común, pese a que indagaron entre la población por si se había notado algún prodigio. La mora movía la cabeza, le aseguraba que los gallos cantan a destiempo anunciando lluvias, vientos o heladas, y que las gallinas mueren de frío como cualquier otro animal, y la invitaba a que desterrara de su mente sucesos tan lejanos, máxime cuando su señora madre no los había tomado en consideración.

Yo le preguntaba a doña Galana qué se había visto, qué prodigio se había visto el día en que yo nací, y ella me respondía:

—Ninguno, niña, es mejor que no haya nada que contar.

Pero Copa, la cocinera, a más de emplastera de mi madre que ya había servido a mi abuela Constanza, me decía:

—¡Hija, tú meas claro! —tal observó cuando dejé de orinarme en las bragas. E cuando yo le demandaba el porqué del negocio, ella lo achacaba a la blancura de mi piel y abundaba en que el que desagua claro tiene la mente clara, reputándolo por bueno.

Don Pedro Ansúrez, que siempre estaba con la reina, insistía en que era preciso llegar a un compromiso con el aragonés, y presto, además. Por los moros que, habiendo conquistado Talavera, por el oeste, y atacado Guadalajara por el este, asomaban sus venenosas cabezas por los montes de Toledo y ponían asedio a la ciudad, cundiendo el pánico por el reino todo. Y menos mal que Urraca envió embajada al emir, con Minaya Álvar Fáñez, que tenía experiencia en el trato con los musulmanes, con muchos regalos e invitándole a sus bodas, pues que la soberana de Castilla, León, Asturias, Galicia y Toledo iba a maridar en el mes próximo veniente con el rey de Aragón. El caso es que el sarraceno, ya fuera porque le urgían otros negocios, ya fuera porque Toledo resultaba inexpugnable o porque le tenía miedo a don Alfonso de Aragón, o porque se sintió halagado con la invitación, o se consideró pagado con los regalos de mi madre, el caso es que disculpó su presencia, levantó el sitio a primeros de septiembre y se retiró, y la población pudo quitarse el espanto y respirar a gusto.

En otro orden de cosas, antes y durante el ataque de los moros, cuando todavía no se habían casado los reyes ni habían firmado las capitulaciones matrimoniales, se alzaron voces en el reino hablando de la nulidad del futuro casamiento y las gentes se hicieron lenguas de que el novio, a sus treinta y seis años, maridara por vez primera y de que no se le conocieran hijos bastardos ni barraganas, preguntándose los malquerientes, que resultaron ser millares, cientos de millares de personas, incluidos los moros y los judíos de los reinos que opinaban como los demás, si el hombre equivocaba su camino, pues que acaso fuere mejor monje que marido, pero todavía nadie osaba decir explícitamente lo que estaba de boca de todos sin ninguna razón aparente, porque afeminado no era.

Mi madre hablaba con sus damas de que si a don Alfonso no se le habían conocido barraganas mejor que mejor, que quizá no las había tenido, y que mucho mejor, pues ella había sufrido las infidelidades de mi padre y que no era nada grato para una esposa tener que padecer los devaneos de la entrepiera del marido. Y todas convenían con ella en que mejor era, y mostraban ilusión por el novio, pues Castan de Biel encomiaba su apostura, su largueza de ánimo, su lealtad, su magnanimidad, su verbo fácil, su delicadeza en el trato con las mujeres; el amor familiar que deparó a la reina Felicia, su madre, y a su tía la infanta Sancha, que ambas lo criaron en el temor de Dios, e, ítem más, la fortaleza de su brazo. Lo que no decía don Castan era que el rey se azoraba un tantico en presencia de las damas, quizá porque a él también le sucedía, pues ambos eran hombres de milicia, no de corte, y, en lo demás, tal vez exagerara, aunque sin intención de engañar, porque amaba mucho a su señor y mil veces hubiera dado la vida por él.

Las costureras moras de León, siempre bajo la dirección de doña Zaida, le cosieron a mi madre un magnífico pellote de brocado camocán, un brial de seda verde de incalculable valor, un capillejo de encaje de hiladillo para llevar debajo de la corona, que le hacía muy airosa, y un manto de raposa azul, y falta que hizo el manto de piel, pues que el día de las bodas cayó una nevada como no se conocía otra en la tierra burgalesa. Una reina parecía mismamente, una reina era la señora Urraca.

Dice mi madre que, ajustados los pactos con los aragoneses y sólo pendientes de firmar, salimos de León con mucha compañía y caballos enjaezados, camino de Burgos, siendo aclamadas por las gentes de las ciudades, de las aldeas y de todos los lugares, descansando en conventos y posadas, siempre regaladas y aplaudidas, porque el hecho de su matrimonio había desatado contento general en el reino. Y que venían diputaciones a postrarse ante ella; claro que, cuando arribamos a las tierras de Burgos, dejaron de venir, pues cambió el tiempo.

Andaba mediado septiembre y más parecía invierno crudo y, antes de llegar a la ciudad, amenazaba con nevar.

Tanto es así que hubimos de refugiarnos en el castillo de Muñó, cuando ya la

gélida ventolera parecía querer acabar con las uvas de las que había gran abastanza o trocar los montes de sitio y llevarse a toda la expedición a saber a dónde. Y, vaya, los componentes de la compañía, agoreros de lo más, no vieron en el comportamiento del viento nada bueno ni, de consecuente, en las bodas de mi madre, y temblaron de frío a causa de la helada y de miedo por lo que habría de venir, pues no en vano se habían secado las fuentes de San Isidoro de León y ya eran varias las señales que, vive Dios, no anunciaban nada bueno.

De este modo, con los hombres y las mujeres cariacontecidos, atravesamos el puente levadizo cuando ya comenzaba a nevar, y fuimos recibidos y servidos y, a Dios gracias, entramos en calor.

Capítulo 4

Las bodas.

A poco, se presentaron en la fortaleza los aragoneses con su rey, el bravo Alfonso, al frente, dispuesto a casarse presto. Tan sin dilación que, sin firmar las capitulaciones, los esponsales se celebraron al día siguiente, siendo oficiados por don Esteban, el obispo de Huesca, y asistiendo muy poca gente, la de las dos compañías.

Y, según me cuenta mi aya, los contrayentes se recibieron con gran alegría, como no podía ser de otra manera pues ella era bella y él muy galano. Los dos vestidos de ceremonia —Urraca con los ropones que le habían cosido las costureras moras de León bajo la dirección de la señora Zaida e con los labios pintados con palo de raíz de nogal e las mejillas con rojete, e bañada y aromada de perfumes, y ahuecados sus cabellos con tenazas por las damas—, se tomaron las manos, se aceptaron como marido y mujer ante el obispo, se dieron sortijas y, terminado el acto religioso, se cruzaron valiosos regalos a la vista de todos.

Mi madre le entregó a don Alfonso la espada de gala del rey Alfonso VI; los estribos de plata del antiguo rey Sancho el Gordo; el manto bordado en oro que había pertenecido al rey Almenon de Toledo, el último soberano moro de la ciudad; el yelmo de hierro, ornado en fina plata, que había sido del viejo rey Mauregato; el tapiz de la reina Sancha, la heredera de León que maridó con don Fernando I, el heredero de Castilla, y juntó los reinos; un retal, un tantico menguado, de la casulla de San Ildefonso (la mitad del que llevaba ella prendido en su jubón, que fue tomado por mi abuela doña Constanza cuando plugo a Dios que entrara el cristiano en la plaza). Lo que más apreció el aragonés: el retal, porque no en vano estaba dentro de una preciosa bolsita de seda roja, bordada a vainica por mi propia madre, y pendía de una cadeneta, trenzada también por la reina, y claro, se lo colgó del cuello. Él le dio el magnífico evangelario de la reina Felicia, una obra singular pues que tenía —digo que tenía pues Urraca se lo devolvió a Alfonso y no sé qué vida ha llevado— tapas de marfil y oro, y una representación de Jesucristo Crucificado, con nuestra Señora y el señor San Juan al pie de la cruz y algunas figuras más que no recuerdo; un altarcillo de plata sobredorada que fue de la infanta Sancha de Aragón, la que fuere condesa de Urgell y después monja en un monasterio situado en los alpes Pirineos, o por allá, que se diz de Santa Cruz de las Serós, un altar que se desmonta pieza a pieza representando el nacimiento de Jesucristo y la adoración de los pastores; una gualdrapa para su caballo con las armas de Aragón; una copa de oro labrado a la

manera bizantina y un diente de Santa Alodia, la hermana gemela de Santa Nunila, ambas patronas de Navarra, que mi madre se apresuró a prender en su jubón con las otras santas reliquias que llevaba, y apreció mucho todo.

Y, luego, teniéndose delante de todos las manos el uno al otro, platicaron largo de sus cosas íntimas, de sus familias, según me informa doña Galana que alguna cosa escuchó.

Urraca le habló de don Alfonso, su padre, el emperador, el conquistador de Toledo, y de sus cinco esposas legítimas: Inés, Constanza, Berta, Isabel y Beatriz. De que era hija de doña Constanza de Borgoña, hija del duque Roberto, que vino a maridar con su padre trayéndose a Ramón y a Enrique, sus sobrinos. Ramón que casó con ella, con Urraca, y Enrique con su hermanastra doña Teresa. Que, a más de sus sobrinos, doña Constanza vino de su tierra con una dama cuyo nombre era mejor olvidar, hermosa como las estrellas del cielo, que había sido amiga suya, su mejor amiga, y que, vaya, su mejor amiga no hizo remilgo alguno cuando el rey se la llevó a la cama antes que a su nueva esposa, sino que fue de buen grado, pues que se enamoró de él tan perdidamente como, después, lo haría la señora Zaida, pues que don Alfonso debía tener un encanto especial que prendaba a las mujeres a primera vista o de oídas (como a la mora), y claro empezó un calvario para doña Constanza, que se encontró en un país extranjero, lejos de su casa, con un marido que tenía concubina —doña Ximena Pérez de Guzmán, de ilustre casa—, con su mejor amiga, la bella borgoñona, trocada en puta y, lo que es peor, en su propia cama, y sin el amor que su esposo hubiera podido tenerle con el tiempo; con dos sobrinos ambiciosos de lo más, que le pedían cargos públicos y miles de maravedís para gastárselos, como mozos que eran, en las tabernas y en mujeres del común a muchos, y añadió que, pese al desprecio del esposo por el tálamo de su madre, ésta había tenido cinco hijos con él, todos muertos en la infancia, salvo ella.

Y siguió que doña Inés, doña Berta y doña Beatriz no tuvieron descendencia del rey, pero que doña Isabel sí, dos doncellas muy galanas: Elvira y Sancha, y que, como cabeza del linaje, habría de casarlas ella, pues presto estarían en edad de merecer. De doña Beatriz añadió que se había tornado a la Francia, su lugar de nacimiento, más contenta que unas pascuas, poco ha. Y ya pasó a hablar de las mujeres ilegítimas de su abuelo: de la señora Zaida, la mora, la hija del rey Almutamid de Sevilla, que se presentó hacía más o menos diez años en Toledo con una gran comitiva de esclavos y llamó a la aldaba del palacio de la Galiana, gritando que venía enamorada y dejando a todos pasmados. Dispuesta a entregarse al rey Alfonso en cuerpo y alma y con la escritura de sus propiedades en la mano, es decir, que vino ella y trajo buena tierra, la de Consuegra, Cuenca y Huete, la que le había dado su señor padre, que pasó a manos cristianas aunque ahora había sido vuelta a conquistar por don Alí, el emir almorávide. Que su padre aceptó la mujer y la tierra, y tuvo un hijo con la mujer, el

infante Sancho, que murió iba para dos años en Uclés y que fue heredero antes que ella. Y terminó Urraca con doña Ximena Núñez de Guzmán, la segunda amiga de don Alfonso, que le dio dos hijas: otra Elvira, casada con el conde Ramón de Tolosa, y Teresa, maridada con Enrique conde de Portugal, y ya señaló entre su séquito a la mora Zaida, aclarándole a su marido que había sido bautizada con el nombre de Isabel, pero que todos seguían llamándole Zaida, porque los nombres no se pueden cambiar así como así. Y movió la cabeza para sentenciar que el palacio de mi abuelo, en vida de su pobre madre, más había parecido el harén de un sultán musulmán que la corte de un rey cristiano. Todo eso le dijo Urraca a su marido de su propia boca, lo bueno y lo malo de la familia, e hizo bien pues, entre esposos, es necio taparse las cosas.

Alfonso de Aragón también le habló de los suyos. De su madre la buena de doña Felicia, la dueña del evangeliario de marfil y oro, y de su tía la valerosa Sancha, que lo crío y fue la propietaria del altarcillo de plata sobredorada que le había regalado. De que llegó a ser rey por casualidad, mismamente como Urraca, pues que era hijo del segundo matrimonio del rey Sancho Ramírez, porque murieron el infante Pedro, hijo de Pedro I, su hermanastro, y Fernando, su hermano mayor, y después el rey Pedro I en la batalla de Huesca sin tener más hijos, y por tanta muerte accedió al trono. Pero de lo que más le habló fue de su señor padre que hizo guerra a los moros, y de sus propias batallas y de las conquistas que él había llevado a cabo: Monzón, Huesca, Bolea, Barbastro, Ejea y, a punto de cumplirse dos años, Tamarite, y de que pensaba asegurarse el norte y tomar Lérida y llegar al Ebro y conquistar Sarakusta, y Tortosa, embarcarse y llegarse a Jerusalén, y le preguntaba a Urraca si de Jerusalén querría ser reina. Y Urraca respondía que sí, que sí, que le acompañaría a Tierra Santa con sus ejércitos y que los dos juntos añadirían un reino más, el de Jerusalén, el máspreciado de todos los reinos del universo, a sus muchos reinos, a saber: León, Asturias, Galicia, Castilla, Toledo, Aragón —muy recrecido desde que Alfonso era rey—, Sobrarbe, Ribagorza y Navarra.

—Dios nos ayude, mi señor, para gobernar tan gran heredad.

—Dios nos asista, mi señora.

E iba a empezar Urraca a contar a su marido, someramente, su infancia, pero llamaron a la comida de bodas.

Después del banquete, que fue parco —prácticamente raciones de tropa asaz escasas, tanto que los comensales no se levantaron á vomitar para seguir comiendo ni el convite duró varias horas, pues que todo fue muy precipitado en razón de que no estaba previsto celebrar el matrimonio en Muñó—, se fueron a la cama como esposos que eran, y ambos se levantaron al alba, contentos, y, dada la nevada, hubieron de esperar tres días para trasladarse a Burgos para las tornabodas, donde fueron aclamados, pues los esperaban congregadas las potestades de sus reinos.

Capítulo 5

Las tornabodas.

Vuelto el tiempo propio de la estación, los soberanos, sentados en el solio levantado ante la puerta de la torre alta del castillo de Burgos, sonreían y recibían parabienes de obispos, abades, condes y condesas, todos adornados como es propio de ir; y aceptaban grandes regalos de plata y oro, y caballos y mulas.

Don Alfonso, llevando los colores de Urraca, alanceó varios toros, quebró tablados, corrió la sortija de su esposa y entró en las pantomimas que hacían los caballeros persiguiendo puercos. El mejor de todos los señores.

Muy amigados rey y reina, muy amigados castellanos con aragoneses, tal ocurría para orgullo de todos, pues que ningún caballero pretendió adelantar a su contrincante con malas artes. Y, a cualquier hora, los nobles que habían venido a las reales nupcias con sus huestes y las gentes del pueblo bailaban y cantaban al son de flautas, cítaras y dulcémeles, todo, según se dice todavía, que yo no estaba destetada, que yo jugaba con una perrita, muy chica, que me había regalado don Pedro Ansúrez, y los dos estábamos contentos a rabiar, él con la boda, yo con el bicho.

Y mi madre y su marido recibían también a los embajadores que traían presentes de señores extranjeros: del conde Barcelona, del de Portugal, de vizcondes del Languedoc y de la Francia, y otra vez el homenaje de todos sus vasallos, excepto del arzobispo Bernardo de Toledo y de Diego Gelmírez, el obispo de Compostela, que excusaron su presencia, pero enviaron regalos.

Y, para entonces o poco después, las gentes de la comarca de Burgos comentaban, alarmadas, que el vino de toda la zona se había malogrado la noche de la helada, en la que se consumó el ayuntamiento de los reyes, pues que, bebido el mosto, retorció las entrañas y las purgaba, causando gran daño a la salud, y tomaban el desdichado negocio como si fuera una señal del Señor, otra, que se sumaba a las de las fuentes de San Isidoro, avisando de lo que había de venir. Y, poco más tarde, un fraile de Sahagún ya hablaba en el registro del monasterio de unas *bodas malditas y descomulgadas*, refiriéndose a las de Urraca y Alfonso, como si el matrimonio fuera nulo y los casados vivieran en contubernio.

Porque, después de las grandes fiestas, de la mucha nobleza de señores, condes y caballeros, altas damas y nobles doncellas; de ricas vestiduras; justas y juegos de alanzar; flores, danzas y diversiones; grandes y buenas comidas mientras duraron las siete semanas de tornabodas, quiso el Diablo que se disparataran los ánimos de rey y

reina y, de consecuente, los negocios del reino, y todo fuera un camino sin retorno. Vamos, que la herencia de mi abuelo se convirtió prácticamente en el funeral de don Alexandre el Grande.

Claro que el señor rey se descubrió enseguida muy vocero y mi señora madre no le iba a la zaga, cuando un rey no grita a una reina ni una reina grita a un rey, porque ambos deben guardar compostura en todo momento para dar buen ejemplo. Se gritaban como no se hace, aunque luego se dieran las manos y se fueran al tálamo juntos. Y es que Alfonso comenzó a gobernar los reinos de Urraca como rey propietario, no como consorte, y a titularse emperador. Como si en León, Castilla, Asturias, Galicia y Toledo no hubiera una reina propietaria, la hija del emperador Alfonso VI, sin consultarle, además, como si la dama no tuviera costumbre en las cosas de la gobernación, cuando había sido condesa de Galicia desde sus nupcias con mi señor padre y sabía dello, como si la tuviera a poco, vaya.

Y es que se vio enseguida que el aragonés no había tratado con mujeres y se encontraba incómodo en su presencia, pues que era un soldado que sólo pensaba en llevar la cruz a las tierras de los moros y que no admitía sugerencia sobre esto o estotro ni menos opiniones. Ni menos que vinieran de una mujer aunque fuera su esposa, ni menos que aquesta no le entregara sus reinos para que dispusiera y mandara en solitario, porque los pactos entrambos, que firmaron tres meses después de las bodas, decían que los dos eran soberanos en todas las Españas cristianas. Y claro es que Urraca estaba acostumbrada a hacer y Alfonso estaba habituado a que no hicieran por él, y sus caracteres, vivos, entrechocaron, demasiado presto, según algunas lenguas viperinas incluso antes de que se fueran a la cama, lo que fue falso. Pero es que Alfonso hacía valer su condición de marido, queriendo ordenar en todo, y mandaba a mi madre a hilar, y ella no se dejaba domeñar.

Al muy alto y amado señor don Diego Gelmírez, arzobispo de Compostela, la infanta Sancha, salud y parabienes.

Recibo la tuya. En ella me dices que en tu registro se loa a mi señora madre, pero, o no te has ocupado de leerlo con la atención que debieras o no lo quieres ver. Que sé de sobra, que en ver más allá de lo que se puede ver y en no ver lo que no quieres, eres hombre avisado y siempre has dicho que ves más allá de lo que ven los ojos y de lo que expresan las letras. No entiendo cómo me aseguras que no se mancilla la memoria y hasta la honra de la reina en el escrito, pues mucha gente me ha venido con contarellas. Dejo este negocio a tu providencia, ten en cuenta que, como hija suya que fui, tiene para mí mucha importancia que se cuente lo que en realidad sucedió.

Vale. Infanta Sancha Raimúndez. (signum).

Capítulo 6

Los pactos matrimoniales.

Andábamos de un lugar a otro, de Castilla a Galicia, y viceversa, y más tarde fuimos por tierras de Aragón. Nosotras por un lado, el rey Alfonso por otro. Rey y reina recibiendo el homenaje de sus vasallos y a la par desfaciendo los entuertos de su cónyuge, sin ponerse de acuerdo en los negocios de la gobernación. Uno dando, y otro quitando lo dado.

Los obispos revueltos, pidiendo al Papa de Roma la nulidad del matrimonio. Los nobles divididos, pues unos querían a Alfonso y otros no. Los burgueses de las ciudades y villas sublevados contra sus señores y abades buscando el apoyo del aragonés, pues no querían tener señores ni pagar tributos. El rey quitando a castellanos y leoneses de sus puestos y poniendo a los suyos. El moro apretando en el Ebro y por las Extremaduras. Nosotras siempre de viaje, y Urraca concediendo mercedes a iglesias, monasterios y señores, para contentar al menos a unos cuantos...

Porque don Alfonso había dado a mi madre en el mes de diciembre de 1109, era de 1147, en el nombre de don Jesucristo y de la Santa Trinidad, libre y espontáneamente carta de arras, entregándole sus dominios de Estella, Uncastillo o Sos, a elegir; Huesca y Montearagón, Barbastro, Jaca, Bospén, Naval y otras muchas fortalezas y castillos, que era prácticamente todo su reino, suscribiendo además que, si el señor Dios le diera un hijo de ella y muriese él, sobreviviéndole Urraca, ella y su hijo tuviesen toda su tierra o la que pudiere tener, ya fuera yerma o poblada, para gobernarla sin ataduras. A cambio de que mi madre le hiciera honor como hacen las buenas esposas, con la única salvedad de que si Urraca pretendía separarse de él contra su voluntad, todos los hombres de las Españas, los de los reinos de ella y los de él, se desavinieran de ella y lo sirvieran a él.

Y Urraca le entregó, en nombre de Dios y de su gracia, con buen ánimo y espontánea voluntad, toda la tierra que heredó de su padre, el rey Alfonso, yerma o poblada, y la que pudiere adquirir, suscribiendo que, si tuviere un hijo de él, le dejaba a su marido todos sus dominios como si fueran de propia heredad y, después de sus días, al hijo de ambos. A cambio de que le hiciera honor como buen marido y que no la abandonara ni por parentesco ni por excomunió, con la cláusula de que si no lo hacía sus tierras y sus hombres volverían a ella y no le servirían a él.

Dice doña Galana que mi madre, pronto, anduvo desesperada, porque su marido no cumplía los pactos matrimoniales, y que, aunque ambos firmaron delante de

testigos, debieron suscribir el documento del más alto al más pequeño de los habitantes del reino, pues quizá de ese modo no se hubieran dedicado las gentes a cizañar entre ellos, pues con tanto dime y tanto direte, dichos con tan mala saña además, los esposos, que ya tenían el genio vivo cada uno, se encorajinaron entre sí, y, presto, se encontraron rodeados de traición, que más parecía que en todos los reinos florecía la ingratitud hasta debajo de las piedras.

A tenor de la situación, se alzaron dos partidos en el reino. Uno, compuesto de muchos señores de la nobleza y de gentes de las ciudades y las villas, que respaldaba a la soberana y a su esposo, defendiendo el matrimonio y dándole un ardite la figura de mi hermano; otro, liderado por el clero, que consideró nulo el matrimonio y se decantó por el pequeño Alfonso, que, por antojo de mi madre y mi padrastro, no había de heredar lo que fuera de su bisabuelo ni lo que ganó su abuelo a los moros, que habría de conformarse con ser conde de Galicia, y con callar, con guardar silencio, a más de poner buena cara, pues que en las Españas voceaban todos. Qué digo voceaban, aullaban como lobos, rugían como leones, y cruzaban gruesas palabras, incluso don Alfonso y doña Urraca. Claro que, aunque mi madre sostuviera lo que afirmara con anterioridad sobre que sobreviviría a su marido con la ayuda de Dios y asunto concluido, y que nunca jamás una madre perjudicaría a un hijo, el Señor puso las cosas en su sitio no dándole más descendencia y a Alfonso no haciéndole merced en el negocio de engendrar hijos.

A los cuatro meses del matrimonio había mucha preocupación en el reino porque Urraca no se quedaba empreñada. Las buenas gentes y los curas bajos hacían votos y ofrecían dineros a iglesias y monasterios para que fertilizara la simiente de Alfonso en el vientre de la reina, pero en determinados conventos se rezaba por lo contrario y porque Dios diera salud a mi hermano, que se criaba en Galicia con su ayo el conde de Traba.

Un día en que a Urraca se le retrasó la «enfermedad», hubo gran alharaca entre la gente de su séquito, incluso don Pedro Ansúrez invitó a vino a toda la tropa para celebrarlo. Ciertamente que ella, sabedora de cómo son los negocios corporales privativos de mujeres, no quiso echar las campanas al viento ni catar el caldo del conde e hizo bien, pues que sólo sufrió un retraso.

Además, Galicia estaba agitada, en franca rebelión contra mi madre, como si los señores no la hubieran jurado. Algunos nobles sostenían que Alfonso VI había ordenado que, si mi madre contraía nuevas nupcias, entregase Galicia a mi hermano con el título de rey, cuando sólo le había dado el condado, lo mismo que tuvo Urraca antes de heredar los reinos, cuando el conde Pedro de Traba y el obispo de Compostela Diego Gelmírez, los principales, lo habían suscrito el día en que fue jurada Urraca en Toledo en presencia de mi señor abuelo.

(Diego Gelmírez, que nombro ahora por segunda vez, hombre intrigante y de

tejemaneje, había sido mayordomo de mi padre con el beneplácito de mi madre, antes de ser elegido obispo de Compostela).

Algunos nobles gallegos quisieron sacar partido de que hubiera dos reyes, dos cabezas, de que uno dijera y otro desdijera, de aquel desorden, en fin, y le fueron a pedir a Urraca que les eximiera de la hueste que le debían, llevando a la práctica una promesa que, según pretendían, les había hecho Alfonso VI, años antes de morir mi padre, y mi madre, con motivo, los despidió de mala manera. Porque, precisamente en aquel momento, a primeros de 1111, era de 1149, el rey de Aragón recorría Galicia para que todas las gentes le prestaran homenaje, recibéndolas en Lugo, y era enterado de que Sarakusta estaba en el punto de mira del gobernador almorávide de Valencia, que tal vez no se conformara con arrojar al rey moro de la ciudad y siguiera adelante. Y, de consecuente, ella habría de auxiliar a don Alfonso a detener al sarraceno con todo su ejército, gallegos incluidos. Y no sólo no los eximió de la hueste, sino que los mandó se armaran para la guerra y se juntaran con ella, que iba a luchar con su esposo contra el moro.

El conde de Traba, el ayo de mi hermano, se armó para la guerra, pero para otra guerra, y se rebeló contra mi madre y quiso proclamar al pequeño rey de Galicia. Otros señores no lo quisieron seguir y alzaron una hermandad contra él, entre estos últimos se encontraba Diego Gelmírez, obispo de Santiago, por esta vez, pues que luego se pasó al bando de Traba.

Se hallaba don Alfonso en Galicia recibiendo el homenaje de señores y menudos, y hubo de volver apriesa a Aragón porque el rey de Sarakusta había sido muerto en una algará fronteriza por las tropas de Alfonso en Valtierra, y acudía a grandes marchas a tomar la ciudad el gobernador moro de Valencia. Y eso, apenas dejó Galicia, comenzaron los disturbios.

Don Pedro Froilaz, conde de Traba, se tituló conde de Galicia —le quitó a mi hermano el título pretendiendo conseguirle otro mayor, el de rey—, pero otros condes se negaron a tamaña infidelidad a la soberana y formaron una hermandad contra él, como va dicho, acaudillada por Pedro Arias, señor de Deza, con muchos otros señores: Arias Pérez, hijo del anterior, Pedro y Pelayo Gudesteiz, Juan Díaz, Fernando Sánchez, Oduario Ordóñez y Diego Gelmírez, a la que se adhirió la ciudad de Lugo. Es decir que los gallegos se dividieron: unos estuvieron por el matrimonio y, otros, en contra y por mi hermano. Traba, impaciente, alegaba que los pactos de Urraca con su marido perjudicaban el derecho sucesorio del hijo de don Ramón, del infante Alfonso, su pupilo, porque él era su ayo, aunque respetaran la tenencia que le había dado mi abuelo al pequeño —que a la sazón había cumplido cuatro años de edad—, y razón llevaba.

Alfonso, tras poner orden en el reino moro de Sarakusta por poco tiempo, se unió a Urraca para sofocar la algará gallega. Ambos encontraron abiertas las puertas de

Lugo, y llegaron hasta Monterroso. Pero en esto surgió una desavenencia entre los esposos, porque la reina quería coronar a su hijo rey de Galicia para acabar con la guerra, pues lo que había comenzado como una desobediencia se estaba tornando en áspera batalla y en cientos, en miles, de peligros que amenazaban la vida de su hijo.

Alfonso asoló las tierras de Traba como no se hace con bienes de vasallo, mató a todos los moradores del castillo de Monterroso, profanó iglesias, quemó casas y campos, robó ganados, desnudó mujeres y violó doncellas, según se dijo y se sufrió, y en la citada fortaleza se enfrentó a su esposa.

Le pidió Urraca que no siguiera la matanza, que dejara a uno de los defensores vivo, al menos a uno, el único que quedaba, a uno llamado caballero de Prado. Le rogó Urraca que lo dejara vivo, extendió su manto delante del hombre, lo tapó con su cuerpo y, pese a sus súplicas, el rey le clavó el venablo en el corazón matándolo, gritando furioso que al enemigo no se le da ni agua y muchas palabras groseras que no son de mentar.

Urraca se enojó y, conocedora de que su hijo ya no corría peligro alguno, pues que su marido había acabado con las revueltas y domeñado Galicia, se fue a León.

Alfonso siguió la devastación de las tierras de Traba y luego se retiró a Astorga con intención de pasar a Aragón. E iba triunfante porque había conseguido la adhesión de la hermandad que se alzó contra el ayo de mi hermano, y la de los burgueses de Lugo y la de muchas poblaciones del Camino de Santiago y otras tierras, expulsando a los obispos y abades que se le opusieron. Al primero que arrojó de su sede fue al obispo de Palencia, que fue el primero que habló de la nulidad del matrimonio de mi madre. Claro que, tras la primera desavenencia, vino la primera avenencia.

En León platicaron los reyes y debieron pedirse mutuas disculpas, porque, delante de todos, la esposa no puede oponerse al esposo ni el esposo a la esposa, y eso, se avinieron y para demostrarlo se fueron a la cama. Y, a poco, Alfonso dispuso que del mismo modo que él recibía juramento de las gentes de los reinos de mi madre, fuera Urraca a Aragón a tomar fe de los habitantes de sus reinos, a hacer y a deshacer como fuere de razón, pues que no en vano eran cosoberanos.

Capítulo 7

La excomunión.

Mi madre, mientras preparaba su viaje a los reinos de su marido, era tratada en Burgos con mucho aparato y lujo. Los vecinos habían engalanado la ciudad con colgaduras, habían limpiado las aguas sucias de las calles y echado junco en el suelo; habían matado vacas y corderos y desfilado en procesión ante un trono que alzaron para ella en la puerta de la iglesia de Santa María. Me dice doña Galana que Urraca se holgó mucho con la acogida que le deparó la población.

Estaba la reina con su corte en esa ciudad, muy regalada, haciendo oídos sordos a los atropellos y tropelías que cometía don Alfonso en tierras leonesas contra los clérigos y en pro de los burgueses de las villas, sin manifestar su disgusto en público cuando su esposo desterraba al señor de una villa, aunque, eso sí, enviándole mensajeros para apaciguarle: «Mi señor, mi gente vale tanto como la tuya, manténla en sus puestos. Ninguno de mis señores te traicionará». «Esposo mío, con los clérigos no te enojés, que no te vean nunca enfadado, si es menester miente, dales largas». «Todos estaban por nuestras bodas, obedeciendo la última voluntad de mi señor padre». «Marido mío, temple tu ánimo y no te sofoques por nimiedades», y otras cosas semejantes le aconsejaba y le rogaba Urraca.

Eso sí, a punto de preparar los baúles y aprestar a los caballos y los carros para volver al camino, y presentarse en León para detener a aquel marido que, alunado o ensoberbecido quizá, estaba disparatando en el discurrir del gobierno del reino. Porque así no se hacían las cosas: los señores, desde siempre, estaban con el rey, el principal de todos, y el monarca estaba con los condes, nunca con los villanos. Así teniéndose unos pocos unos a otros, generación tras generación, reinaban los reyes y señoreaban los señores, y no había razón para cambiarlo porque sin señores que mantuvieran y honraran al principal de los señores no habría soberanos, ni reinos, ni imperios ni autoridad. Habría desorden, lo que había: desorden, pues campaba el disparate: los menudos se alzaban contra sus señores, prestos a no pagar pechas y a gobernarse a sí mismos, yendo incluso contra el señor Jesucristo, que dijo aquello de «Dad al César lo que es del César».

Y eso. Por eso, por lo de don Jesucristo y por lo que se venía haciendo desde antiguo, el negocio no merecía discusión. Urraca estaba dispuesta a abandonar Burgos, a personarse en Sahagún para meter en vereda a la población que, enfebrecida, pretendía terminar con el monopolio del horno y pedía a gritos la

exención de la mañería, para respaldar al abad y, si fuere al caso, enfrentarse a su marido, que se titulaba emperador por toda la tierra que pisaba, por las armas. Cierto que se demoró haciendo mercedes a monasterios e iglesias.

Y es que andaba muy erguida en su caballo, flanqueada por sus condes y sus damas, de aquí para allá. Y, viendo a las gentes, se le marchaba el enojo, pues había de levantar continuamente la mano para corresponder a las aclamaciones de la población que la trataba como a reina propietaria. Incluso recibió y honró mucho a unos legados del arzobispo de Toledo que regresaban de Roma después de hacer la peregrinación. Eso le dijeron los muy ladinos, tras saludarla y besarle la mano, cuando, en realidad, habían ido con carta del arzobispo don Bernardo solicitando a Su Santidad que disolviera el matrimonio de los reyes; y traían cartas del Papa.

Mientras Alfonso guerreaba en la Extremadura aragonesa contra los moros, Urraca cabalgó hacia Sahagún, donde puso orden, repuso al abad y continuó hacia León, para contemplar todavía seca la fuente de San Isidoro, y donde por ello, o por otra razón o sin razón, le esperaba una mala sorpresa, que, ay, habría de complicar todavía más los asuntos de las Españas.

El arzobispo de Toledo pidió audiencia y leyó a mi madre la carta de excomunión que había recibido del papa Pascual, haciéndola pública en el palacio real, pues que está prohibido el matrimonio entre parientes hasta el octavo grado. Y habló largo del pecado de incesto, vive Dios, del *concubitus illicitus inter personas cognationes sibi invicem conjunctas*, y de las consecuencias de cara a Dios que la ilícita unión tenía para los reales cónyuges, que no podrían acceder a la sagrada comunión, ni en caso de tener hijos pretender que fueran legítimos, pues nunca lo serían según los cánones, y de cara a la sociedad que, según el Fuero Juzgo, perderían cada uno la mitad de sus bienes y no podrían nunca volver a casarse con otro, con otra...

Cuando oyó Urraca de labios del prelado el interdicto del Papa contra ella y su marido, creyó desfallecer, pues que se vio abandonada de la mayor autoridad eclesiástica de las Españas, pues que don Bernardo bien pudo pedir a Su Santidad dispensa en vez de excomunión, a más que el prelado estuvo de acuerdo con el marido que dispuso mi abuelo para mi madre y señora. Lo sintió a par de muerte, pues que no se lo merecía... Y todos los señores con ella y sus damas, pues elevaron sus voces contra el anatema que clamaba don Bernardo.

La reina, dice doña Galana, se llevó la mano a la frente y abandonó el salón del trono sin decir palabra. Cierto que sus acompañantes protestaron por ella ante el arzobispo, y las gentes de oficio de la ciudad, cuando se enteraron, quisieron entrar en palacio y correr al prelado.

Urraca se postró en la cama y guardó silencio pertinaz, sus damas la dejaron estar, salvo que querían arroparla para que no cogiera frío, pero ella las despedía, las despedía, pues que quería pensar, al parecer.

Unos días después, la reina llamó a don Bernardo, aceptó separarse de su marido y aún añadió que deseaba que su hijo, el pequeño Alfonso fuera coronado de inmediato rey de Galicia. Es decir, que, tras sopesar el negocio, se mostró dispuesta a apartarse de su esposo y a ceder un reino a su hijo. Y mostró alivio ante sus camareras que la oyeron lamentarse de que no podía vivir con el anatema, pues que sus sentimientos no se lo permitían, a más, que de vivir en esa guisa no podía recibir los sacramentos ni podría ser enterrada en tierra sagrada al morir e, de consecuente, iría derecha al infierno. Y quejarse de que las mismas cosas fueren otras cuando convenía, pues ¿no fue prima también de don Ramón de Borgoña, su primer marido, e incestuosa y sacrílega y maldita hasta que llegó la dispensa tres años después de consumado el matrimonio? ¿Por qué ahora había excomunión en vez de dispensa? Y gritar: «¿Es que se va acabar la dinastía de Borgoña en las Españas? ¿Acaso tengo hijos con don Alfonso de Aragón? ¡Ni tengo, ni los tendré! ¡Todo esto es negocio de la Iglesia, porque mi marido ha destituido a don Pedro, el obispo de Palencia! ¡Ah, los clérigos arruinarán el reino...!».

Con el tiempo di en constatar que Dios hace maravillas todos los días, pero que no tuvo a bien hacerlas con mi madre, porque no había cumplido treinta años y estaba amargada por un sinnúmero de penalidades ajenas a lo que debiera ser su vida. El arzobispo, del mismo modo que obtuvo la separación, pudo conseguir la dispensa, pero viendo en peligro su sede, prefirió la guerra entre los esposos, y no estuvo al lado de Urraca cuando las gentes la pusieron en una situación asaz desairada y la acusaron de gustar del trato de varones en demasía. Pues que las gentes, tanto las de su séquito como las del común, empezaron a observar a Urraca, a ver cómo la miraba el conde Gómez, a ver cómo le sujetaba el estribo el conde de Lara cuando se apeaba del caballo, a contemplar cómo ambos le servían la mesa, le llenaban la copa, le ponían la tabla o le acercaban el pan, y cómo a veces peleaban entre ellos para atenderla.

Y eso. El personal vio más de lo que había, y la maledicencia hizo el resto.

Y, para colmo de males, marido y mujer no se entendían ni estando lejos, y ya no vivían juntos, y no tenían ningún interés en hacerlo, y andaban separados, habiendo roto la cosoberanía. Uno por aquí y otro por allá; desesperado cada uno contra el otro, Alfonso, además, haciendo la guerra en Castilla contra las ciudades, que era como hacerla contra Urraca.

El caso es que los aragoneses, después de derrotar a al-Mustain, rey moro de Sarakusta, en Valtierra, como va dicho, entraron otra vez en los reinos de mi madre como una tromba y ocuparon ciudades, villas, castillos y fortalezas. Como si don Alfonso no se fiara de su esposa ni de los vasallos de su esposa, pues incluso en algunos lugares quitó el mando a los castellanos y puso a su gente. Y es que pasado un año de la celebración del matrimonio, como mi madre no se quedaba preñada, al

rey se lo llevaban los demonios. Además que era persona de mal genio de por sí y mandón, un hombre de quiero, mando y ordeno, vaya. Y no podía soportar que su esposa no se quedara preñada, cuando era hecho manifiesto que ella había tenido dos hijos y que, de consecuente, el que tenía mala semilla era él.

Capítulo 8

Las malas lenguas.

Urraca, en los actos de corte, para acabar con la maledicencia y la sevicia, que le dolían harto, no se recataba en hablar de sus dos hijos, de mi hermano y de mí. Y cruzaba cartas y cartas con el conde de Traba, el ayo del pequeño Alfonso (que mi padre le dio a Alfonso al conde para que lo criara, quitándoselo a mi madre, por esa costumbre que existe de que los niños nobles tengan ayos y ayas, otros padres y madres que sustituyan a los suyos; costumbre que no llego a entender, quizá porque Urraca siempre me tuvo a su lado), interesándose por su salud y progresos, pidiéndole noticia de si tenía buena gana de comer, de si crecía, de sus juegos, de lo que comía, y rogándole le abrigara la garganta para preservarle de la humedad de la tierra gallega, y de mil otras cosas que deseaba conocer, a la par que le enviaba una capa aguadera para la lluvia o un gabancillo guateado para el invierno o unas mudas o una espada de madera con la empuñadura labrada o un rompecabezas.

Y a mí me llevaba siempre en brazos hasta cuando concedía audiencias, y eso que había crecido, que pesaba ya cincuenta libras. Me sentaba en el halda y recibía a los señores, que luego comentaban que parecíamos la Virgen y el Niño Jesús. Me llevó hasta que no pudo sostenerme, malcriándome, pues que me enviciaba, no quería andar y lloraba a toda hora, tal me dice doña Galana sonriendo, que mil veces hubo de cogermé también en brazos. Lo hacía para enseñar a su hija, para que todos vieran que tenía una hija y que no era culpa suya no tener más descendencia, que era de su marido, qué mala suerte, Dios le había dado mala semilla.

Y lo que hablaba Urraca con sus camareras lamentándose de que don Alfonso, cuando se juntaba con ella, empezaba a hablarle con mucha lisonja: «Mi reina, mi señora», pero que enseguida se violentaba, e decía que debería conformarse con los designios de Dios, mostrando su mucho contento porque, sin nuevos hijos, se resolvería por sí solo el problema de la sucesión, y mi hermano Alfonso podría heredar en su día, si no la mataban antes a disgustos, todos los reinos de las Españas, y amén Jesús. Y terminaba diciendo:

—Que no tema el reino que lo arreglaré. ¿Cómo una madre no ha de querer a su hijo en el trono...?

No obstante lo antedicho, todavía se hubiera ido a la cama con su marido si la hubiera llamado, como buena esposa, todo fuera por salvar a los reinos de aquella guerra sin cuartel.

Cierto que el aragonés no se conformó con ser él el estéril. Sus gentes empezaron a decir o corrieron el rumor de que mi madre ponía medios, malos medios, para no quedarse encinta y que llevaba con ella a una meiga muy poderosa que le preparaba brebajes y aún le untaba sus partes de mujer con pomadas que le impedían la concepción y que usaba irrigadores para matar su semilla, y otras barbaridades de mayor enjundia como que estaba enamorada del conde Gómez —el que fuera candidato a ser su marido y que fue rechazado por mi abuelo— o del conde Pedro de Lara, o de los dos a la vez, y que yacía con ellos en coyunda adulterina, pues que gustaba del trato carnal con varones. Lo que fue falso, pues que Urraca llevaba en su compañía a Copa, la cocinera, que, en efecto, sabía de pócimas y jarabes, y era gallega, pero nunca meiga, porque las meigas son hijas de meigas que han parido siete hijas y ningún hijo varón, y no era el caso de Copa, que, cierto, hacía jarabes y emplastos, sí, pero cuando era menester, cuando estaba alguna dama enferma, y era guisandera más que otra cosa. Y, en otro orden de cosas, de yacer con los condes, nada, no tenía otra cosa en qué pensar.

Pero, por aquel tiempo, la murmuración, el cuento, el bulo, los líos de alcoba, se dispararon y se llevaron en el reino más palabras que las cosas sensatas, y así iba todo, mal, muy mal: los reales cónyuges a la greña; los nobles, unos, con mi hermano, otros, con mi madre y, otros, con el rey de Aragón; los obispos con mi hermano, habiendo excomulgado a los reyes; el Papa de Roma con los obispos; los burgueses de las ciudades con don Alfonso... En fin, todos con los ánimos enconados y con las armas prestas, causando desolación en los reinos de mi madre.

La guerra se desarrolló en los reinos de mi madre, no en los de mi padrastro, que penetró en los dominios de Urraca, apenas casado, como un conquistador, no como un rey, asaz peor que los moros Muza y Tariq, cuyo recuerdo envenena. Quizá porque no se fiaba de ella, como apunté arriba, pero tal vez él no debió aceptar el encargo de mi abuelo, mejor le hubiera dicho que no, que no quería casarse, que sólo deseaba ganar tierra a los moros, arrojar a los almorávides de las Españas, embarcarse en el delta del Ebro y partir hacia Jerusalén a liberar el Santo Sepulcro... Acaso debió holgarle llegar a ser emperador, lo que nunca hubiera sido por su casa, o tal vez un irreprimible afán de poder le cegó el entendimiento, y cometió un desatino casándose, pues no previó lo de su mala semilla.

A no ser por el negocio de la mala semilla de don Alfonso, quizá las cosas hubieran ido bien entre los esposos, pero en el reino jamás, por las banderías que se hicieron.

A don Diego Gelmírez, arzobispo de Santiago, la infanta Sancha, salud y

luenga vida.

Tú juraste a mi madre con todos los demás señores en la curia que convocó mi abuelo para tal fin. De consecuente, sabrás que ella se casó con el tirano por cumplir la voluntad de su progenitor y por atender las súplicas de los condes, que, al parecer, no se valían solos para vencer al sarraceno y necesitaban un rey que les guiase y repartiera honores, que todo en el reino fue ambición desmedida, pues creyeron que el aragonés vendría a darles en vez de a quitarles. Y ninguno pensó en mi madre, que hubiera estado mejor como estaba: viuda. Reinando viuda, para que, a su muerte, la heredara mi hermano, sin crear problemas dinásticos, ahorrando sangre y guerra, asistida y aconsejada por obispos y condes, y querida por toda la población. Tal hubiera deseado Urraca y, sin embargo, ha ido en boca de todos... Estoy suspensa, pues no recibo respuesta a mi última carta. Don Arias Pérez me informa de que gozas de perfecta salud.

Vale. Infanta Sancha Raimúndez (signum).

Después de la excomuni3n, Alfonso, muy enojado contra toda la clerecía, envi3 mensajeros a mi madre para que se juntara con 3l contra los moros de Zaragoza. Urraca, quiz3 porque tenía el ánimo débil tras el susto del anatema o porque se sentía sola o para hacer méritos a los ojos de Dios, pues que no los hacía ante su Iglesia hiciere lo que hiciere, llamó a sus vasallos a la hueste y a mediados de agosto se presentó en Nájera, dispuesta a ayudar a su marido, con los condes Pedro Ansúrez, Gómez Salvatórez y Pedro de Lara, entre otros muchos; conmigo, con mi aya y con las otras damas.

Estuvimos un tiempo en casa de doña Estefanía, la mayordoma de mi madre, muy regaladas, pues que tenía la honor desde que enviudara de García Ordóñez, que fue el «hermano» de mi abuelo y falleció en Uclés. Para entonces, yo corría como un lebrél y lloraba menos, para alivio de las personas que me rodeaban hasta que murió mi perrita que no paré en una semana. Lo sentí como si se me hubiera muerto un hijo... Estaba jugando con ella en la torre alta del castillo, enseñándole el caserío, e inoportuna, me llamó mi aya, me asusté y la dejé caer al vacío, pues que la había sacado de la almena para que viera mejor el paisaje.

Doña Galana me regañó, me dijo que no, que no se me había muerto un hijo, que no se puede comparar, que exageraba, pues que los animales se pueden sustituir pero las personas no. Y es que en aquellos meses del verano de 1110, era de 1148, hubo desgracias para todos, porque suelen venir juntas, unidas unas a otras. Para mi madre

y para Alfonso, lo de la excomuni3n; para don Pedro Ans3rez, la muerte de su hijo; para los campesinos, tormentas que acabaron con las cosechas de las tierras de Burgos a Le3n, y para m3 la muerte de mi perra.

Al muy alto se3or don Diego Gelm3rez, arzobispo de Santiago, la infanta Sancha, albricias en lo que emprenda.

Recibo la tuya y no puedo menos que encorajinarme. He de hablar deste negocio con mi hermano, el emperador... Yo cre3a, ¡necia de m3!, que podr3a resolver sola el asunto de la honra de mi madre... No me vale que me respondas que una viuda no hab3a reinado nunca en Castilla ni en Le3n, que Urraca fue la primera mujer, ni que, un siglo antes, hubiera sido regente y no reina. Ni que me pongas de ejemplo a la infanta do3a Elvira, que ejerci3 la regencia cuando la minoridad de don Ramiro III, el hijo de don Sancho el Gordo, pues ella era t3a del peque3o, no madre. Ni me sirve que me hables de do3a Sancha, que era propietaria de Le3n y cedi3 la potestad regia a su esposo don Fernando I, porque se llev3 bien con 3l. Lo de mi madre es otro negocio... y no te pregunto por antigüedades, sino por el registro de la Santa Iglesia de Compostela. Deber3s hacer borrar lo que venga al caso.

Vale. Infanta Sancha Raim3ndez. (signum).

Capítulo 9

Los rehenes de Sarakusta.

—¿Dónde andaba yo, doña Galana?

—Estabas en Nájera... Con tu señora madre al frente de sus ejércitos... A punto de amigarse con el aragonés...

—¡Ah, este don Diego Gelmírez me sofoca! Me viene con antigüedades, el caso es no contestar directamente a mis cuestiones... ¿Acaso querrá mancillar la memoria de Urraca para enaltecerse él? ¡Ah, Galana, la vanidad humana no tiene fin!

—¡Qué has de saber, niña, a los catorce años, de la vanidad humana! La vanidad corrompe los mejores corazones... Además, a tu madre la traicionaron todos...

—Vamos por partes, aya, continúa...

Dice doña Galana que mi madre se amigó con su esposo en León, pese a que no le llevó ningún regalo de Aragón, ni siquiera unas castañas de mazapán de esas que hacen los pasteleros moros de Huesca y que tanto le gustaban, quizá porque me lo trajo a mí. Se acordó de mí y me regaló una muñeca de trapo.

A Urraca le conmovió el gesto de su esposo, tan rudo, tan bárbaro, como era y se acordaba de una niña, de su hija, y no le tuvo en cuenta que llamara a su puerta con las manos vacías porque había estado muy ocupado sujetando a los moros de Sarakusta, a más que se excusó ante ella.

Es que dicen que a una mujer que es madre le mencionan a sus hijos o tienen un cariño para ellos y se deshace en mieles, eso se dice, y Urraca no fue una excepción y claro, volvió a su cama.

Los reyes se comprometieron otra vez a cumplir los pactos que firmaran, a ser los dos reyes en los reinos de los dos, y partieron uno para cada lado. Mi madre a Aragón, mi padrastro al Bierzo, pues que pospuso la guerra contra el moro a la espera de lo que sucediera en Toledo, otra vez sitiada por el rey de Marruecos y defendida por Minaya Álvar Fáñez... Otra vez el uno por el otro, donde quiera que fuesen, como si cada uno fuere por sí mismo, como si fueran uno, aunque fueran dos, para, unidas las fuerzas de entrambos, los enemigos de uno y otro, o de los dos, se echaran a temblar.

Pero todo fue vano. Don Alfonso recibió homenaje de los tenentes de fortalezas y ciudades de Castilla y León en un camino triunfal, pero en Sahagún, pese a que salió a recibirlo el abad, según costumbre, y el pueblo lo aclamó como a un libertador —pues que andaba siempre a mal con el prior y quería más fueros—, no debió

entenderse con el señor de la villa, con Diego, el abad a la sazón, y mandó a los frailes que eligieran a otro, dejando allí una guarnición de soldados aragoneses.

A todo esto, con el abad humillado, los burgueses se engallaron e hicieron hermandad con los de otras villas y hasta los labradores se alzaron contra la autoridad, para no hacer servicios ni pagar pechas a sus señores. La gente de Burgos, la de Carrión, la que vivía entre los ríos Oca y Esla, la del Duero hasta Zamora y muchos caballeros pardos, es decir, villanos de a caballo que defienden las fronteras, se sublevaron contra mi madre, que representaba el imperio anterior y se aliaron con el aragonés que iba con muchos vasallos: el vizconde de Gerona, el señor de Ager, el conde de La Perche, Gastón de Bearn, Per Petit, señor de Loarre y de Bolea y con sus incondicionales: Geraldo Ponce, Sancho Juánez, Barbatorta y Castan de Biel. Y con tanto desmán que cometía, don Alfonso hacía la guerra a su esposa más que a ningún otro, y eso que estaba amigado con ella en teoría, porque en la práctica cada uno campaba por sus respetos.

Sin consultarle a su esposo, mi madre recordó que había prometido a los nobles gallegos coronar a su hijo rey de Galicia y estuvo a punto de llamar al conde Traba para que le trajera al niño, pero pospuso el asunto para no enojar a Alfonso, pues que aún confiaba en tener un hijo de él, y en vez juntó un ejército y se encaminó otra vez a Nájera para ayudar a su marido, que la esperaba en Alagón con sus tropas, en la guerra contra el moro, pues que el almorávide Mohammed ben al-Hach ocupaba Sarakusta.

Pero no hubo guerra y los cónyuges se fueron a Huesca, donde mi madre y yo nos hartamos de comer castañas de mazapán y otras golosinas, y mientras su marido sofocaba la rebelión de un primo suyo en la comarca de Jaca y recorría el territorio estudiando estrategias para hacer la guerra al sarraceno, Urraca, aconsejada por sus nobles, para premiar el agasajo que le hacían los señores de Aragón, tomó la decisión de liberar a unos rehenes moros, gente muy principal, al parecer, que tenía don Alfonso en el castillo de la ciudad, cobrar el rescate y repartirlo entre los señores aragoneses para premiar sus servicios, pues que la trataban muy bien y la regalaban en todo momento, y tal hizo sin consultar al rey.

Todos los dinares que pagaron los moros de Sarakusta los repartió entre los condes y abades de Aragón, y ni un cuarto les dio a los suyos, que miraban con los ojos muy abiertos las monedas de oro que su señora entregaba a manos llenas. Metía las dos manos juntas en un arca y las sacaba repletas de monedas de oro árabes, y daba a uno, a otro, así hasta diez arcas que cada una pesaría más de una arroba. Y daba y daba, que Urraca gustaba de dar, y los de Castilla, pese a que miraban el oro con avaricia, no le pidieron un maravedí ni le echaron en cara su generosidad con los vasallos de su esposo.

Y estaba la reina contenta, agasajada por los nobles, vitoreada por la población

que se presentaba ante ella para exponerle sus pleitos y que se los resolviera, y repartía justicia aconsejada de sus condes, y no hacía distinciones entre que fueran castellanos y aragoneses, y dictaba órdenes a todos los reinos:

«Si en lo sucesivo algún emperador o rey, arzobispo u obispo, conde, marqués o juez, cualquier persona secular o religiosa, conociendo el contenido de este decreto, se atreviera a contravenirlo o a no denunciarlo ante el obispo o el Concejo de la ciudad de Huesca, pague cinco sueldos, pues que nos, la reina Urraca Alfonso, hija de don Alfonso el emperador, et esposa de don Alfonso Sánchez, también emperador, mandamos et ordenamos que el que blasfeme en la dita ciudad de Huesca haga una cruz en el suelo, bese la tierra, et diga: "Señor Dios, perdóname", y peche cinco sueldos e si no lo hiciere sea preso en el castillo por quince días, et si reincidiere sea puesto en el cepo durante un mes». O lo mismo contra alcahuetes, rufianes, personas albarráneas, putas sabidas y vagabundos, para que vivieran en burdel extramuros. U otra cosa dispar.

Y, la verdad, en el castillo de Huesca se vivía en armonía y todo era amistad y sonrisa, salvo cuando venía una mujer a decir que la había violentado Fulano, llevándose de paso su virginidad, o una madre o un padre o un hermano o un pariente, pidiendo la horca para Zutano, pues que era el homicida de su hijo o hija o hermano o pariente, entonces mi madre se entristecía y mascullaba en plena audiencia que nunca jamás terminaría la violencia en este mundo y preguntaba en voz alta a los señores y a las damas qué era peor si la maldición de la violencia, a la sazón muy arraigada en el corazón humano, o la maldición de la muerte. Y a veces los señores entraban en aburridas filosofías, y yo los oía mientras jugaba con doña Galana a las tabas o a la cunita del Niño Jesús.

Y todo era amenidad hasta que se presentó Domingo, el nuevo abad del monasterio de Sahagún, lugar donde están enterrados mis abuelos y mis abuelastras —las otras esposas legítimas de Alfonso VI— como es conocido, con el rostro arrebolado y llorando. Con los ojos arrasados de lágrimas, Domingo, que había ocupado la sede abacial después de que mi padrastro depusiera a Diego y se muriera García a los ocho días de ser elegido por los monjes, explicó a mi madre los sucesos acontecidos: que su marido el rey, que más parecía enemigo de Dios, lo había arrojado del cenobio secundado de buena gana por las gentes de la población que lo había despedido a pedradas, insultándole además, y puesto en vez de señor de la ciudad y de la abadía, a su hermano Ramiro, a la sazón monje de San Ponce de Tomieres, monasterio de ultrapuertos, para que gobernara el dominio señorial asistido por el ejército de Sancho Juánez, que llevaba un año instalado en el castillo. Le pidió justicia y le recordó que sus padres habían beneficiado sobremanera al monasterio, destacándolo entre otros, pues que, además, habían querido ser allí enterrados.

Urraca, tras oír al abad, se airó naturalmente. Porque un negocio era que su

marido anduviera por sus tierras como si fueran suyas, y otra, muy otra, que hiciera lo que no hacía en las propias y rompiera el orden establecido y se aliara con los burgueses con ánimo de acrecer los fueros de la población, para que le fuera adepta, y convertir los señoríos en realengos, atreviéndose incluso a desterrar al señor de una villa... Lo que era harto peligroso pues que los tenentes de todas las honores del reino se hubieran alzado en armas contra ella, la soberana. A más, que lo que hacía el rey no era hacer de reyes, que de siempre habían mantenido a los señores en su sitio, para que acudieran a la guerra cuando menester fuere.

A ver, ¿no era ella la reina? ¿Acaso ser reina no era tanto como ser rey? ¿Acaso rey y reina no habían pactado ser uno en los reinos de los dos? Pues, ¿cómo el rey se comportaba en los reinos de la reina como no haría la reina y expulsaba a los abades de sus sedes?

—¡Ah, no! ¡Que no obedezcan mis vasallos a mi marido! ¡Que partan mensajeros a todos los reinos y lo pregonen! —tal gritó mi madre en el castillo de Huesca, y, siguiendo el consejo de sus condes, pues que esta vez no consultó con los aragoneses, envió al abad a Sahagún con un piquete de soldados y cartas conminatorias para los burgueses de la villa.

Dice Galana que mi madre en el colmo de su enojo dijo también:

—El rey soy yo.

La primera vez que dijo lo de «el rey soy yo», en masculino, y que todos los que la oyeron pronunciar semejante frase, en masculino, se quedaron pasmados. Claro que luego lo repitió varias veces y hasta sirvió de mofa en el reino todo.

Al muy alto y magnífico señor don Diego Gelmírez, arzobispo de Compostela, la infanta Sancha, Dios te dé acceso al reino celestial.

Sé de sobra que tú asististe a mi señor padre en sus últimos momentos, pues que estabas en su cortejo cuando sufrió el ataque de disentería del que no plugo a Dios que se recuperara, que celebraste sus exequias y lo enterraste en la santa iglesia de Santiago. Me place que digas de él «que sobresalió en Occidente tanto por la claridad de su talento como por la nobleza de su linaje», y que fue «varón de suma prudencia y sabiduría e ilustrísimo a quien la naturaleza y dignidad de sus costumbres había adornado no poco entre los occidentales». Veo que te has tomado molestia y te lo agradezco, pero, atiende, que no se trata de mi padre sino de mi madre. Ten en cuenta que antes de ser obispo sólo eras canonje, y el primer cargo público que tuviste en la cancillería de los condes de Galicia, te lo dieron mis padres, los dos, mi señora madre la mitad. Y de lo que me dices que te pidió

el pueblo, te aseguro y lo sabes bien, que sin el plázet de Urraca no hubieras accedido a dignidad obispal. Además, que mi madre y señora bien pudo quitarte el tributo del Voto de Santiago que recibes de toda la tierra entre el río Pisuerga y el Océano una vez al año por cada par de bueyes y por cada yugada de labranza, y, sin embargo, nunca lo hizo, es más acrecentó tu señorío todo lo que le pediste que fue mucho.

No te hablo pues de mi padre, te hablo de mi madre, y lo della es lo que quiero que enmiendes en la crónica.

Vale. Infanta Sancha Raimúndez. (signum).

Capítulo 10

El Castellar.

Alfonso, enterado de la suelta de los rehenes, montó en cólera, como sólo él era capaz de enfuriarse. Llegó a Huesca cuando todavía era noche oscura, precisamente el día del primer aniversario de sus bodas. Entró en el castillo como una exhalación, sacó a mi madre de la cama a empujones, discutió con ella como no se había visto a rey y reina discutir, y le propinó bofetadas y patadas, dejándole cardenales por el cuerpo todo. Los dos diciéndose lo que no dice un rey a una reina, lo que no dice una reina a un rey. Él gritándole que había desbaratado toda su ofensiva contra los moros de Sarakusta por soltar a los rehenes, llamándola hembra fornicaria, rugiendo como si fuera un león, en fin... Ella llamándole estéril... Y, sin escucharse el uno al otro, él la tomó en sus fuertes brazos, la bajó al patio de armas, pidió su caballo y salió como una tromba de la ciudad, con la reina, con su esposa, con mi madre, atada, desmayada o muerta, llevada como si fuera un fardo a la grupa de su cabalgadura.

En el castillo cundió el pánico. En las habitaciones de los nobles se habló de que Mohammed ben al-Hach había levantado campamento a orillas del río Isuela dispuesto a cercar el recinto murado, y, naturalmente, los señores se aprestaron a la batalla. En los aposentos de las damas se comentó que a doña Urraca le había venido un fuerte dolor al pecho y que se iba deste mundo, hasta que llegó doña Estefanía, su camarera mayor, llorando de los horrores que había presenciado, y eso que no era mujer espantadiza, y sin poder narrar el suceso. Y en las cocinas se dijo que había llegado el Diablo...

Y sí, el Diablo debió ser en la encarnadura de don Alfonso, pues que corrió el rey hasta una fortaleza, llamada El Castellar, situada en los confines de su reino, cerca de donde desemboca el río jalón en el Ebro. Y dejó encerrada a Urraca en la torre alta, como si fuera el único soberano de las Españas, como si fuera el amo de la emperatriz, como si un demonio fuera.

Y claro, en el castillo de Huesca, en un primer momento, los nobles creyeron lo del moro, las damas imaginaron lo del ahogo de Urraca y se dispusieron a prepararle una tisana, y en las cocinas, aunque se acertó sobre el suceso, Copa, la guisandera, guardó silencio. Pero, cuando doña Estefanía pudo hablar y se supo todo, las camareras primero, luego los condes y los pobladores de la ciudad cuando se enteraron, se enojaron hasta límites inimaginables y hasta don Pedro Ansúrez, siempre vehemente, pidió la cabeza de don Alfonso ante don Castan de Biel y

Barbatorta, que, la verdad, no sabían qué decir. Que, es más, hubieran querido que se abriera la tierra bajo sus pies y no tener que responder ante los condes y las condesas de la reina, pues que, a más, nada sabían de su señor, y otrosí ante la población que, airada, presto les pediría cuentas. Que se ignoraba a dónde se había encaminado el rey y si la reina vivía o si había sido muerta a patadas por su propio marido, ay, Dios, Dios tenga misericordia y todavía aliente la señora...

Porque doña Estefanía habló, por fin y, ay, Jesús, María, Dios salve a la reina, Dios le salve, válganos el Criador, y dijo que había entrado don Alfonso en el aposento de su esposa, y que ella, al oír ruido, se levantó, apresurada para servirles en lo que preciso fuere, por si sus señores querían yacer juntos, pero que, que, que, que, el rey la apartó de un manotazo —y mostraba un escorchón en la frente, pues que se dio contra el suelo al caer—, y se abalanzó contra doña Urraca, comenzó a darle de puñadas, la arrojó al suelo con violencia y le dio patadas con más violencia si cabe, llamándola puta para mayor infamia, y luego la tomó en los brazos y se la llevó corriendo. Y ella, la mayordoma, que estaba aturdida por el golpe recibido, se alzó como pudo y llegó a los aposentos de las damas llorando a mares, intentando hablar, farfullando, hasta que las otras fueron a ver lo que hubiere y no hallando a la reina le preguntaron:

—¿Sucede algo grave?

—¿Doña Estefanía, dó está la señora?

—¿La señora dó está?

Y ya la camarera pudo decir con la cabeza que no estaba, que no pudo de otro modo, y ya fue el llanto de todas ellas que salieron a los pasillos y ya llegaron los condes de la reina y los del rey...

Y enterados del suceso, los condes de Urraca desenvainaron las espadas, y don Pedro Ansúrez, rota la voz, demandó a los aragoneses por su señora, por la niña de su corazón, y retó a don Castan de Biel que, en verdad estaba perplejo, al campo del honor. El aragonés, demudada la color, no aceptó el desafío, es más, se retiró a la pared, se sentó en el suelo y pidió un aguamanil a los criados para darse agua y aliviarse el sofoco que llevaba.

Y llegados los sirvientes con varias aljofainas, todos los señores y las damas se dieron agua a la cara para recuperar el aliento y, pese a que don Pedro retaba a don Sancho Juárez, a don Barbatorta y a varios señores del Languedoc, a uno tras de otro, y otro tanto hacían el señor de Lara y el conde Gómez Salvatórez —los dos tenidos por amantes de la señora Urraca—, con todos los aragoneses que allí había, pese al jaleo, digo, se impuso el buen sentido.

Doña Estefanía los llamó al orden, les instó a dejarse de hombradas, de honores, de retos y pamplinas, a que buscaran a los señores, pues que el rey estaba alunado y la reina, o muerta o malherida o raptada, y hacía votos para que estuviere raptada o

malherida y no muerta, y añadió que un hombre arrebatado y una mujer desesperada son mala pareja, y abundó en que Alfonso arrebatado y Urraca desesperada lo eran mucho más, y les insistió en que actuaran juntos y apriesa, pues que, conociendo a los esposos, podía suceder una desgracia, cualquier desgracia.

Los hombres de los reyes recapacitaron por un instante y se guardaron las ofensas. Los de la reina el insulto de que su señora fuera liviana de costumbres e ítem más los golpes que recibió, y los del rey que doña Urraca le hubiera llamado estéril y que le pusiera cuernos a su señor con los condes Gómez y Lara, allí presentes, y decidieron actuar juntos. Se dieron las manos de mala gana y, atropellados, bajaron al patio de armas a preguntar a los guardianes qué camino había tomado el rey, dispuestos a salir tras él, sin demora.

Los guardianes les señalaron el norte. Los hombres ensillaron los caballos y partieron a la carrera, acalorados, siendo increpados por la población que, enterada del triste suceso estaba por Urraca y gritaba a los aragoneses. A los aragoneses y a los castellanos también, porque no habían sabido guardar a su señora, tal decían. Las mujeres estaban por la mujer y por la reina. Los hombres sólo por la reina, pues lo que se decían entre ellos que tal vez fuera cierto lo que se oía y Urraca fuera infiel y que entonces no una paliza, mil palizas, debería darle su marido y aún repudiarla por adúltera, pero que una reina era una reina y no se le podía tratar como a cualquiera otra mujer, porque más alta no había, salvo Santa María Virgen.

Los aragoneses, que oían lo que gritaban los habitantes, cargaban con gruesas palabras contra los castellanos, y viceversa. Pero al atravesar la puente del Isuela, como no había persona alguna a quien preguntarle si había visto un jinete, se detuvieron a parlamentar, todos con el ánimo muy enconado. A poco, se les juntaron las damas de doña Urraca que también querían ir en busca de su señora.

A mí me sacó de la cama doña Galana en camisa de dormir, me llevó envuelta en una manta, y no me vistió hasta llegar al río, pues que no me había enterado del jaleo y dormía como un ángel. Cuando le pregunté por mi madre, me respondió que íbamos a buscarla.

El caso es que los aguerridos capitanes de Alfonso y Urraca no sabían dónde buscar. Que enviaban piquetes de soldados por los cuatro puntos cardinales para preguntar a las gentes por un jinete arrebatado, y los hombres regresaban asegurando que nadie sabía de él. Es más, alguno de los demandados había respondido santiguándose:

—¡Dios me libre del Diablo, señor!

Y estaban hablando los aragoneses de consultar a una sortera o ensalmadora o bruja para que catara y les indicara por dónde ir, pues que creían mucho en los agüeros, cuando, como si el Señor Dios los hubiera escuchado, se presentó Copa, nuestra cocinera, ante don Castan de Biel, con un cuenco de agua en la mano para

solucionar el problema, pues que había catado en agua clara. Le pidió cinco maravedís —porque un agüero se paga, so pena no dé resultado— y, tras guardárselos en el talego, le dijo que el rey y la reina iban camino del oeste, aunque su punto de destino no eran los castillos del oeste, sino uno del suroeste, alzado cerca de un gran río, y le advirtió que habría de catar cada dos leguas para asegurarse que iban por buen camino, porque había visto mucha confusión: una pareja de hombre y mujer, varios pastores con sus ovejas y una vaquera con dos vacas, haciendo hincapié en que las cosas del catar son harto difíciles.

Pero, ya podía Copa recomendar esto o aquello que los aragoneses ponían nombre al río: el Ebro, y al castillo: el de El Castellar, y se disponían a montar. Cierto que hubieron de esperar a don Pedro Ansúrez, que, pese a que a menudo se mofaba de los catadores, miraba el agua del cuenco y, aunque no veía nada, regalaba una bolsa con veinte sueldos de Castilla, una fortuna, a Copa, dejándola contenta como unas pascuas; claro que la mayordoma la regañó por haber ido a don Castan y no a ella.

Los hombres montaron, dispuestos a reventar los caballos, y salieron en busca de los señores a la carrera, los aragoneses alegres, pues que observaban en el cielo que las cornejas volaban a la diestra, y vaticinaban buena suerte para la jornada.

Nosotras, las damas y la cocinera, también fuimos y, como ellos, recorrimos las veinte leguas que nos separaban de la fortaleza en un día. Paramos en unas arboledas, y todos lamentamos que no hubiera nada para comer. La guisandera se buscó en la faltriquera y encontró unos higos secos para mí —tres—, y me tuve que conformar con tan escaso yantar y agua del río, a más que hacía frío pero doña Galana me tapó con su capillo. Pedí a don Pedro Ansúrez que encendiera fuego y me respondió que no, que nos verían desde el castillo. Le propuse que fuéramos a la fortaleza, tratando de recomponer lo que se pudiese arreglar, lo del frío y el hambre, y me contestó airado: «¡Niña, cállate!», e incluso me sacó del corro que hacían los hombres y me entregó a las mujeres. Doña Estefanía me recogió, me puso detrás de ella y se encaró al conde:

—¡Osa poner las manos encima de la hija de nuestra señora! El otro se retiró, pero se detuvo a los pocos pasos porque la camarera mayor gritó:

—¡No pretendan hacer conciliábulo aparte los hombres, que estando presa nuestra señora, nosotras también tenemos que opinar!

Y los hombres se quedaron pasmados. Los aragoneses los más atónitos; y preguntaron quién era aquella dueña. El conde de Lara respondió que la viuda de García Ordóñez, el amigo, el preferido de Alfonso VI, el que fuera conde de Nájera y muriera en la desdichada batalla de Uclés tapando con su escudo al pequeño infante Sancho. Castan de Biel exclamó:

—¡Ah! —Y lo tomó en consideración porque había luchado contra el marido,

sabía lo que valía y, quizá, se dijo eso de dos que duermen en un mismo colchón... El caso es que no se opuso a que se acercara la dama al corro de los condes.

Entonces supe que mi madre estaba prisionera en el castillo que se adivinaba en una loma pues caía la noche. Presa de su esposo... Vaya, que había venido a nosotras poco ha, y a mí me había regalado una preciosa muñeca y se había postrado ante mi madre y señora y, ahora, la tenía presa, y claro, pese a mi corta edad, yo también quedeme perpleja.

Ansúrez se mostró dispuesto a dar pregón de la afrenta por toda la tierra de Urraca y por Aragón y Navarra, seguro de que también habría hombres probos en estos reinos, y por la morería toda. A juntar gente, asaltar el castillo, soltar a Urraca, prender a Alfonso y enviarlo lejos, a Jerusalén o más allá.

Don Castan le interrumpió:

—¡Menos bravura con mi señor, señor!

—¡Tu señor, don Castan, es también mi señor, lo he defendido de norte a sur y de este a oeste en las Españas... Me he enfrentado a mi señora, insistiéndole varias veces para que se plegara a su voluntad de marido, a menudo causándole mucho enojo... Pero, si vivo para contar esta afrenta, ya no lo tendré por señor... Me desnaturaré de él, pues que este hecho es de villano no de rey...!

—¡Ténganse los señores! —mediaba la condesa de Nájera.

Los aragoneses hicieron un aparte y, tras escuchar a don Castan de Biel, convinieron en que, aunque doña Urraca fuera adúltera, en esta ocasión había sido la perdidosa por el maltrato de don Alfonso, y se juramentaron para ayudar a los castellanos a liberarla de la prisión, pese a que nada se sabía de los reyes, pese a que la tal Copa, la catadora del río Isuela pudo haberse confundido fácilmente, pues que no conocía la zona, e dijo de parar cada dos leguas, e no le habían hecho caso y habían venido de corrido, a más que don Alfonso pudo haber tomado otro camino. Conscientes, además, de que ayudar al enemigo era cometer traición contra su señor que, tan enfadado como andaba, los mandaría ahorcar como plebeyos, no obstante, decidieron arriesgarse en tal porfía.

Y, aunque estaban inquietos, los hombres llegaron a un plan consistente en que los aragoneses llamaran a la fortaleza, entraran, saludaran al castellano —a don Pelegrino—, le contaran los sucesos en un aparte para que no se enterara la tropa y le preguntaran por los reyes; se arrodillaran ante don Alfonso sin que se les notara la pena que albergaban en sus corazones por el despropósito cometido por su señor; pidieran ver a Urraca y revisaran sus aposentos por ver por dónde sacarla con mayor holgura; y se llevaran al rey proponiéndole cazar para, en el ínterin, asentar una carrucha en la almena, colgar un cesto para meter a la reina, deslizarla por la muralla y que la recogieran los castellanos que habrían de estar abajo esperándola, y se marcharan a uña de caballo.

A la primera parte del plan, doña Estefanía objetó que al tenente habría que mantenerlo fuera del ardid y engañarlo del mismo modo que se burlaba al rey y a la reina, pues que Urraca tampoco habría de saber nada. Y, a la segunda, que nunca consentiría que su señora fuera bajada en un cesto desde una altura de doce o quince varas. Que idearan otra cosa. Y miraba sañudamente al conde Ansúrez como preguntándole: «¿Vas a consentir este riesgo?». Es decir, que la condesa se opuso a todo el plan y todas las damas con ella lo desecharon por inviable.

Don Barbatorta llamó a don Castan y le dijo:

—Yo no quiero morir por una mujer, si don Alfonso se entera de que hemos tramado semejante estratagema nos mandará matar, yo no quiero morir por Urraca...

—¿Te ha hecho alguna afrenta doña Urraca? ¿No te dio dineros de los rehenes como a mí?

—¡Sí!

—¿No los guardaste mismamente como yo? Pues los dos somos culpables también y entiende bien que hay que morir por lo que esté escrito, ya sea algo grande o necesidad.

—Bueno, como tú digas...

—¡Ea, Barbatorta, asume que nuestro rey ha actuado mal y que, si él está ciego, somos nosotros los que debemos enmendar el entuerto! Urraca sabrá perdonarle pues tiene un gran corazón.

El rey sabrá perdonarnos, por lo mismo y porque, además, le entregaremos los dineros de los rehenes...

—¿Oye, Castan, y si entraran las damas para organizar jaleo dentro del castillo?

—¡Oh, sí, sí!

Los dos capitanes volvieron con los castellanos para hacer la propuesta de Barbatorta a doña Estefanía que aceptó al momento, pero volvió a manifestarse en contra del plan por lo de la carrucha que ofrecía pocas seguridades. Y estaba porque los condes Gómez y Lara entraran con los aragoneses, abrieran la puerta de la celda y sacaran a la señora disfrazada de hombre, mezclada entre los del castillo, cuando salieran de caza.

Don Castan terció y preguntó con voz atiplada como haciendo burla a la dama:

—¿Pues no ha dicho doña Estefanía que la señora Urraca no debía estar al tanto del ardid?

La dama se quedó suspensa, pues que, en efecto, había sostenido tal cosa. Don Pedro Ansúrez intervino:

—¡Actuemos, señores! ¡Entren los aragoneses en la fortaleza y envíen mensajeros para tenernos al tanto de lo que haya dentro! Luego, ¡ya veremos...!

Los hombres se dieron las manos. Los del rey emprendieron el camino del castillo.

A la orilla del río nos quedamos los tres condes y todas las damas. Doña Galana, quizá previendo algún peligro, me ordenó que estuviera siempre detrás de ella. Doña Estefanía que, en ausencia de la reina, había tomado el mando, me dijo otro tanto y se sacó un refajo, lo extendió en la tierra y mandó que me echara a dormir, pero yo no quería dormir, a más tenía hambre y frío. Doña Galana también se desprendió del refajo y, como me negaba a tenderme, tomó el de la camarera mayor, se buscó la faltriquera y sacó un costurerito, cortó los refajos de arriba abajo con una daga que le pidió al señor de Lara y los cosió juntos, mientras todas la observábamos con interés. Y, terminada la labor, se soltó la saya y se puso la nueva sujetándosela con un cinturón, dijo que para esconder a la niña.

Las otras la miraron. A mí me holgó aquello de esconderme debajo de las sayas de doña Galana y me metí, y por hacer broma le di varios pellizcos en las nalgas e hice chanzas de que debajo de los ropones había mala olor. Y, naturalmente, mi aya se enfadó porque no era momento. Además que rompí un trozo del pespunte, pues que estaba la saya cosida a puntarracas, no a puntadas, tal me defendí.

Doña Estefanía alabó la ocurrencia de mi aya, que no estaba de más, dijo, pues cualquiera se fiaba de los aragoneses, pues que, a más, la hija de la reina era un buen rehén. Y entre todas cosieron mejor la saya y sonrieron, y yo con ellas, pues que Galana más parecía con aquel atuendo una campesina que una dama de la reina.

Hoy, cuando Galana y yo escribimos la verdadera historia de la reina Urraca, pues que el obispo de Compostela ha mandado a sus canonjes escribir otra que está llena de falsedades, según me vienen las gentes a contar, me prohíbe hablar de lo de la saya y los pellizcos que le di, pero le hago caso omiso, pues que está muy ciega y casi no ve, le digo que sí, que sí, que no escribo dello. Y ella duda y me amenaza con mi lección de latín, quiere que recite el rosa-ae. Eso quiere después de un día de viaje, después de cabalgar de León a Saldaña, por ejemplo. Yo le digo que no, que estoy cansada, que una cosa es escribir la historia de Urraca, pues que disfruto con ello, y otra el latín. Y me voy corriendo a hablar con mi madre, y ella me sigue.

Y no se había equivocado Copa, no. Mi madre estaba en el castillo, cautiva de su propio marido.

Siguiendo: ¡Don Castan de Biel nos envió a Barbatorta para decirnos que estaba la reina presa en la fortaleza gozando de perfecta salud, pero el rey no, que se había marchado sin compañía alguna y tan rápido como llegó!

Los castellanos nos holgamos sobremanera de que nuestra señora estuviera viva. Las mujeres sacamos las reliquias de los santos que llevábamos al cuello o cosidas en los jubones, las extendimos en un pañuelo y dimos gracias a Dios y lloramos abundantemente.

A poco los aragoneses remitieron otra embajada, ¡Dios de los cielos!, también con Barbatorta:

—Dice don Castan que abandonamos el plan de fuga hasta que encontremos a don Alfonso, pues para nosotros, primero es nuestro señor, y luego, nuestra señora. Don Pelegrino, el tenente, consiente que entren las damas en la fortaleza para que sirvan a la reina, pues una cosa es tenerla prisionera y otra sin servicio, pero los hombres no. Los hombres acamparán en la arboleda, y se cuidarán de que no los vean las gentes que entren y salgan del castillo. ¡Vamos! —dijo a las señoras.

Los castellanos hubieran querido hablar con él más tendido, y preguntarle esto y aquello, pero Barbatorta ya no abrió la boca.

Capítulo 11

La fuga.

Atravesamos el puente levadizo al alba, subimos una escalera interminable de caracol hasta la torre alta —las damas sin aliento—. Nos franquearon una puerta de hierro, pasamos a un aposento y a otro, que no eran otra cosa que cárceles, y encontramos a Urraca tendida en una cama, alzando la cabeza a ver quién venía, mirándonos con un ojo muy abierto, que el otro lo tenía cerrado de tan lastimado y, como si fuéramos unas desconocidas, se tapó la cabeza con el cobertor, queriendo resguardarse de un posible peligro.

Luego nos dijo que, antes de conocernos, al oír tanto paso creyó por un momento que iba a rescatarla Santa María Virgen, acompañada de un batallón de ángeles y que, al ver tanta gente, tuvo miedo y le palpitó el corazón como nunca antes, pese a que no se tratara de Nuestra Señora y sus ángeles que, vive Dios, le hubieren venido bien, sino de su pequeña hija y sus damas, lo que más quería en este mundo.

A nosotras tampoco nos cabía el corazón en el pecho de pena, de ver tan magullada a la emperatriz de Iberia, a la que pocos días antes había dicho en voz alta: «¡El rey soy yo!», en masculino, para que todos se enteraran de lo que era y le obedecieran, y, claro, le dimos las manos, yo la primera. Y yo también fui la primera en arrojarme a sus brazos, en darle mil enhorabuenas y mil besos con mucho tiento, pues que su rostro, sus manos y todo su cuerpo parecían los de Cristo crucificado; pero ella estaba tan mala que se dormía sin querer.

Los aragoneses trajeron de comer; yo me apliqué al condumio. A la noche escuché atentamente la narración de mi madre que ya estaba un tantico recuperada, seguramente porque había llegado a su lado gente que la quería y se encontró, presa pero arrojada: lo de los insultos, bofetones, patadas; el rapto, la cabalgada desde Huesca a un castillo cuyo nombre ignoraba, llevada como un fardo en la grupa de un caballo, sin beber siquiera agua y sin atreverse a levantar la cabeza, no fuera a emprenderla el bárbaro contra ella otra vez, pues que ya iba bastante adolorada; su prisión y su llanto, su temor y su alegría al vernos aparecer, y daba las manos a sus camareras y a mí besos. Y aún se interrumpía para decirme que antes de hablar tragara el bocado porque las damas no hablan con la boca llena —como hacen las madres, que nunca dejan de ser madres—, y me acariciaba la cara.

Las camareras comenzaron a organizar barullo según habían concertado con los aragoneses; a pedir vendas y tintura de yodo para curar los moretones de mi madre;

más comida, más vino y velas para alumbrar la estancia que más parecía una sepultura; a solicitar agua caliente para bañar a la señora y bañarnos todas, toallas, ropa limpia y una tina; y una detrás de otra a querer ir a la letrina —aunque los guardianes habían traído varias bacinas—, y a querer alejar a los soldados del lugar con la excusa de que miraban por la mirilla y las veían orinar.

El caso es que el jaleo se oía en toda la fortaleza y que don Pelegrino, a las pocas horas de nuestra estancia, se arrepentía de habernos dejado entrar y amenazaba con arrojarnos de la atalaya y quedarse sólo con la reina. Cuando supimos que don Castan y don Barbatorta habían abandonado el castillo en busca de don Alfonso, redujimos la barahúnda no fuera el castellano, que era una mala bestia, a desalojarnos y mandarnos a las mazmorras, pues que al menos allí la reina tenía una cama, en la que me hizo hueco a mí.

A los cuatro días regresaron Castan y Barbatorta, gozosos, pues que habían encontrado al rey en una cueva descansando al parecer, algo más templado su odio contra la reina pero todavía irreductible, en la morada del Santo Hombre de Remolinos. Era éste un aquitano, como don Castan, que vivía en una cueva de sal, comiendo raíces y saltamontes, y rezando por los pecados del mundo.

Don Castan de Biel hizo llamar a doña Estefanía —pues que con quinientos moros muertos a su espada, en su haber, no se atrevió a enfrentarse a mi madre—, y le contó que don Alfonso, tras abandonar a Urraca en manos de don Pelegrino, beber un jarro de agua y cambiar de montura, partiose de El Castellar como una exhalación para recogerse en la covacha del Santo Hombre de Remolinos, recibir su bendición y no arrepentirse de la mala acción, del atropello que cometiera contra su señora esposa —aunque hacía votos para que llegara a hacerlo y no lo dudaba, pues que tenía un gran corazón— y, a más de darse puñadas en el pecho y en la cara, flagelarse con el verduguillo del santón, llenarse los cabellos de ceniza y ayunar. Añadió que con los ayunos volvería presto a tener seso y seguro que soltaría a la reina y hasta le pediría perdón en un acto de corte, delante de todos, contrito de sus abusos para siempre jamás.

Pero Castan dudaba de su señor, dudaba. Doña Estefanía se apercibió enseguida, pues que lo contempló vacilante en el hablar, y lo constató cuando el aragonés le dijo que el plan de liberar a Urraca seguía vigente: el del cesto y la carrucha. Y, para terminar la conversación, le preguntó si quería ponerlo en práctica o no, pues que su lealtad hacia la reina empezaba y terminaba en el capazo, y que, no obstante, subiría uno de los condes castellanos a buscarla por una escala, para que la librara él y de esa manera mentir lo menos posible a don Alfonso. Y, de actuar de otro modo, el capitán le dijo que se lavaba las manos y a saber cuánto tiempo habría estar la señora presa, pues que el rey no había querido dejar al santón ni volverse con ellos que más parecía que quisiera abandonar el siglo.

Doña Estefanía aceptó lo del capacho aunque rezongó que el aragonés estuviera dispuesto a lavarse las manos, repitiendo la historia de Poncio Pilato, y acordó con él poner en práctica el plan de fuga aquella misma noche, a ver, no tuvo otra elección, y se despidió demandándole cómo había encontrado a su señor a lo que Castan le informó:

—Otra vez merced a los oficios de la bruja del río Isuela —que no era otra que Copa—, pues que la llamé, le pagué el doble que la vez anterior, y la tipa, la bruja, cató en agua, en el mismo cuenquillo que la vez anterior, acertando.

Doña Estefanía movió la cabeza, disgustada de que Copa catara a sus espaldas, y preguntó:

—¿Dó está esa mujer, que es no bruja sino mi cocinera y hace rato que no la veo?

—La tengo conmigo, puedo necesitarla, no se puede desperdiciar tanto talento como tiene.

La camarera mayor asintió y, al regresar a la habitación, le contó a mi madre aquello de que el rey se había retirado a una cueva de sal a rezar con un eremita para que le fueran perdonados sus muchos pecados, y Urraca nada respondió; y se extendió en lo de Copa, que había catado por dos veces en agua clara, haciéndose cruces de que quizá fuera más poderosa que lo que ella había creído hasta la fecha y no le habían sacado partido. Pero de la fuga nada le dijo, sólo enteró a sus compañeras que movieron la cabeza apesaradas, aunque convinieron en que habrían de arrostrar cualquier peligro, todo fuera por liberar a la señora.

A mediodía, se presentó Barbatorta con un baúl lleno de ropas de mujer para que se cambiaran las damas. Doña Estefanía lo abrió y comenzó a acercarse sayas a la cintura, corpiños al pecho, y ya entró en el aposento de mi madre, que estaba todavía amoratada, pues que los golpes que recibiera de su esposo habían brotado en su piel y en algunos tenía hinchazón incluso, y, ay, tenía un ojo que no lo podía abrir y horribles magulladuras, pero con las vestes se animó y pasamos un buen rato. Mientras, el capitán del rey de Aragón instalaba la carrucha que había traído, además del arcón de las ropas, y la sujetaba fuertemente a la almena con palancas y tornillos.

A sobretarde, volvió Barbatorta, muy sonriente y afectando finezas, con un gran cesto, uno de esos de colgar, de los que se suben provisiones a los castillos, en el que cabían dos personas, que mereció la aprobación de doña Estefanía. Ésta tentó su consistencia y trajo, además, a Copa que llevaba un saquete de yerbas para hacerle un bebedizo a la reina que la dejara adormecida o mejor —tal dijo— completamente dormida. Y la reina que, en verdad, estaba malherida, no se enteró de nada y, llegado el momento, ingirió el brebaje sin protestar y, lo que sobró, se lo bebieron las camareras, pues que los nervios se las llevaban.

A poco, las damas, abriendo la mirilla de la puerta de tanto en tanto, se dieron cuenta de que habían cambiado los guardianes, y por ello comprendieron que el plan

estaba en marcha. Y, en efecto, a punto de finalizar completas, se presentó Barbatorta otra vez, llamó a doña Estefanía, le preguntó por el estado de la señora y, enterado de que estaba dormida, se acercó a la cama, la tomó en sus fuertes brazos y la sacó de la habitación camino de la almena.

Yo, que tenía muy poco seso en aquel entonces, no pudiendo resistir que el enemigo se llevara a mi madre me agarré a la pierna del capitán y tiré con toda mi fuerza hasta que me sujetó doña Estefanía y me entregó a doña Galana, que pretendió explicarme lo que sucedía, pese a que yo no quería explicaciones, yo quería irme con mi madre a donde quiera que fuese, porque era una niña un poquico necia y malcriada, como se puede deducir de lo que va dicho.

El caso es, me dice mi aya, que el aragonés metió unas almohadas en el cesto, tendió sobre ellas a la reina y la abrigó con una manta, dejándole un agujero para respirar; sujetó el capacho al andarivel, e imitó el gorjeo de un pajarillo, que fue contestado por un silbido, holgando a todos, pues que el conde Gómez —lo conocieron las damas al instante— escalaba la pared del castillo, que era de muy buena piedra.

En efecto, Gómez Salvatórez ascendía la muralla ayudándose de una cuerda que a la sazón le había arrojado Barbatorta. Llegó sofocado, pero albriciado. Saludó con un movimiento de cabeza, se cuadró como buen soldado y echó una ojeada dentro del cesto. Volvió a cuadrarse ante la reina y debió mirarla con arrobó, pues una de las criadas comentó, después de la fuga, que el conde le había dedicado a mi madre una mirada lánguida, pero las damas se le echaron encima y la acallaron, sobre todo doña Estefanía que la amenazó con azotes, y claro no dijo más.

El conde se metió dentro del cesto a un lado de mi madre, e hizo una señal a Barbatorta para que lo levantara, lo sacara de la almena y lo dejara caer lentamente. Una vez en el vacío, Gómez se agarró con las dos manos a la cuerda por donde había subido para bajar más recto el artilugio y, luego, se llevó la mano a la cabeza en señal de despedida. Comenzó a descender el cesto con mi madre y el conde dentro, lentamente, lentamente. Tras unos momentos de angustia, en los que las damas rezaron a todos los santos de la Corte Celestial, se oyó otro silbido, el del conde Gómez, y otro gorjeo de pájaro, el del señor Barbatorta, indicando, el uno, que la operación había terminado y, el otro, que había recibido el mensaje.

Las damas supusieron que doña Urraca había sido felizmente recogida por los condes Ansúrez y Lara, que habrían montado los caballos y salido disparados con la reina, como así fue. Y no descansaron hasta llegar felizmente a Burgos, bendito sea Dios, que tuvo a bien liberar a mi madre del bárbaro de su marido.

Acertaron las camareras pensando lo que pensaron y felicitaron a Barbatorta que ya recogía el artilugio, porque él solo —cierto que era un hombretón de más de dos varas de alto y casi una de ancho— hubiera sostenido el peso de la reina y del conde

a más del cesto, pues que no se fiaba de los guardianes. Y se dispusieron a cumplir la última parte del plan: quedarse en el castillo de rehenes del rey de Aragón hasta que él dispusiera. Conmigo también, cuando la hija de la reina, la infanta Sancha Raimúndez, es decir, yo, de tres años de edad, era prenda apetitosa para el tirano aragonés y para el rey moro de Sarakusta, que El Castellar estaba a poco más de cuatro leguas de esta ciudad, y ambos hubieran podido pedir alto rescate por mí a la reina, y sumar el de las damas.

Doña Estefanía atinó también al felicitar a don Castan de Biel que urdió la añagaza tan felizmente que don Pelegrino, el tenente, no sospechó nada, aunque sus gritos y luego, sus lamentos, se escucharon en todo el castillo porque sus engañadores no lo pudieron acallar ni con vino, e incluso nosotras sufrimos sus iras, cuando se presentó en la torre a investigar cómo se había producido la evasión y a gritar, que era un vocero que daba espanto, y a interrogar a la camarera mayor, que no se dejó amilanar, porque no en vano era mujer de fuerte carácter y le plantó cara, y le informó de que doña Urraca, la emperatriz de las Españas, la esposa del emperador Alfonso, la señora de todos los presentes y también de los ausentes, se había convertido en urraca, ave que le había hecho favor por responder a su nombre, y se había echado a volar perdiéndose en la noche oscura, Dios le guíe y le permita alcanzar una ciudad o castillo poblado con gente amiga. Tal le dijo, concedora de que los aragoneses creían en agüeros. Y, para corroborar el prodigio, acompañó al capitán a la almena donde, en efecto, habían quedado unas cuantas plumas negras ¿de urraca? Y ya la dama completó la historia perorando que no cabía duda, que se fue mientras ellas dormían, y abundó en que había sido desta manera porque el ave se había llevado en el pico el anillo que le diera don Alfonso a su señora.

Oída la camarera, don Pelegrino preguntó a las otras damas que, pese a no estar enteradas del vuelo de la señora reina, asintieron, y luego a don Castan de Biel, que admitió la maravilla como si fuera común que los seres humanos se convirtieran en pájaros y volaran por el ancho cielo.

Al muy alto señor don Diego Gelmírez, arzobispo de Santiago, la infanta Sancha, sea contigo la paz de nuestro señor Jesucristo.

Don Diego, cuando don Pascual II, nuestro Santísimo Padre, te dio letras para corregir el incesto que estaba cometiendo la reina, debiste responderle que tú la juraste con todos los demás nobles del reino y que se repetía otro tanto que cuando maridó con mi padre, en vez de plegarte a la voluntad del Papa para que fuera apartada de los sacramentos y del consorcio de la Santa Iglesia.

Y, no sé, habré de meter en este negocio a mi hermano el emperador.

Vale. Infanta Sancha Raimúndez. (signum).

Capítulo 12

Urraca pública meretriz.

Estuvimos presas un mes en la torre alta sin poder salir de ella, recibiendo escasas noticias del exterior. Cierto que supimos que la reina había llegado a Burgos con sus tres condes y que allí había sido atendida por los médicos y aclamada por la multitud que no se separaba de la puerta del castillo ni de día ni de noche como si la quisiera guardar. Conocimos que don Alfonso había enfermado en la cueva del eremita, seguramente de ira y de tanto ayunar, y que sus hombres se lo llevaron contra su voluntad a la población de Milagro, situada en la ribera del Ebro, donde también fue atendido por los médicos y aclamado por la población, que, temiendo por su vida, veía a Urraca asentada en el trono de Aragón y de Navarra, y no sabía qué pensar, pues que se oía por doquiera que era mujer deshonestas; además, que los gobiernos de mujeres, de antiguo traen inconvenientes, amén de que, según opinión común, la reina se había fugado de un castillo, situado en el extremo del reino, encarnándose en figura ¿de urraca?, y claro aquello del pájaro y de la encarnación, era el peor de los negocios, el más incomprensible; y no sabían qué decir ni cómo aunar lo del pájaro con lo que se contaba de unas fuentes que habían manado para secarse a los ocho días ¿en la ciudad de León?, ni con lo de que se malogró toda la cosecha de vino ¿en la tierra burgalesa? el día de las bodas de los señores.

Don Castan de Biel, Barbatorta y otros caballeros convencieron al rey de Aragón, cuando parecía que estaba en el lecho de muerte, aunque le quedara todavía mucha vida por delante, para que soltara a las rehenes que tenía en El Castellar, es decir, a nosotras, pretendiendo, además, que tornara a la cama de la reina. Que le pidiera perdón por los golpes que le propinó en mala hora y que volviera con ella, para, juntos, arrojar al moro de las Españas y conquistar Jerusalén, recordándole lo que llevaba en la cabeza desde que era mozo. Tal conocimos y, vive Dios, que nos sobrecogimos ante la posibilidad de que Urraca, que tenía el ánimo alterado desde su malandanza, se volviera a unir con el rey, entre otros motivos, porque también nosotras lo habíamos pasado mal, muy mal.

Nos soltaron, por fin, poco después de que don Castan de Biel le preguntara a Alfonso si pedía rescate por nosotras, y él respondiera, tajante, que no; y nos juntamos con Urraca en Burgos que, a ratos, apesurada, exclamaba: «¡Soy reina pero no reino! ¡Dios me conceda buen juez y buen juicio y si no lo consigo en este siglo me lo otorgue en el otro!», y a ratos, ensoberbecida, gritaba otra vez lo que dijera

cuando se le presentó con quejas el abad Domingo de Sahagún: «¡El rey soy yo!» — el rey, en masculino—, queriendo armar un ejército, y en eso estaban los condes Gómez y Lara, que a instancias de la reina, y para quitarse la espina de El Castellar, tomaron el castillo de Burgos, a la sazón en manos de los aragoneses, con una bravura digna de encomio.

Mientras, don Pedro Ansúrez se desavenía del rey Alfonso —pues que le devolvió las tierras que había recibido, presentándose, además, ante él vestido con un sayal de color bermejo y con una cuerda en el cuello—, y le encolerizaba de tal manera que se levantó de la cama para matarlo con sus propias manos por felonía, pues, ya se sabe, lo que es lealtad para unos es felonía para otros. No obstante, le hizo favor, pues que el monarca ya no volvió al lecho, sino que sanó merced a las sandeces del conde, que estaba muy viejo ya. Que la botaratada de don Pedro le quitó de la cabeza a Urraca, la causante de su enfermedad, pues que se lo llevaban los demonios al pensar en ella, y ya pudo dedicarse a otro negocio, si bien no nuevo pues que volvió a hacerle la guerra a la reina por las villas del Camino de Santiago y, a poco, depuso al arzobispo de Toledo y a los obispos de Burgos, Osma, Palencia, León y Orense, que no estaban por él, ni por su matrimonio, que, después de El Castellar, estaba roto. Que estaban por mi hermano.

Sanó el rey de Aragón y se vino a las tierras de mi madre a tomar posesión de ellas una vez más y a hacer la guerra, que era lo único que sabía hacer. En una ocasión el asunto fue penoso, porque Alfonso llegó con sus huestes compuestas de aragoneses, navarros, aquitanos, normandos, moros y otros seres infernales, a Sahagún.

Y los de dentro sintieron gran cólera por lo que había hecho a mi madre y no le quisieron rendir el homenaje pretendido ni siquiera abrirle las puertas de la ciudad, es más encerraron en la fortaleza a Sancho Juánez, su tenente, y no lo dejaron salir. A más, el abad Domingo lo amonestó públicamente desde la almena y el rey montó en cólera como sólo él era capaz de hacerlo. Sitió la plaza, hizo saber a los moradores que entraría en la ciudad y la devastaría, y a más, a más, les amenazó con cortarles, a los hombres, los colgajos de varón y, a las mujeres, las tetas, para, después echar todo al fuego, despedazarlos en cuartos y enviarle los restos a Urraca. Entonces el abad volvió a recriminarlo desde la almena, rodeado de una gran multitud del país, que tenía los arcos y las lanzas preparados y lanzaba gritos de guerra. Y en esas estaban los aragoneses, cercando la ciudad, a punto de instalar el campamento, sitiados los de Juánez en el interior por los vecinos, cuando llegaron mensajeros de la reina prohibiendo que nadie se atreviera a luchar sin su permiso ni a quemar nada ni a matar a ningún hombre ni a violentar a mujer alguna. Y claro los trescientos de don Alfonso se airaron mucho más porque les mandara algo la reina, y los mil burgueses que habitaban Sahagún también porque no querían rey ni reina ni abad ni Dios, al

parecer. Además, que el prior, pese a que había un jaleo del demonio, fue oído netamente cuando increpaba al rey, quizá por esas cosas que pasan, y todos se exaltaron más.

Y ya fue una algarabía inenarrable y no se supo por quién o quiénes, el caso es que a Urraca, que no estaba presente, los burgueses de la villa o los soldados de su marido la llamaron pública meretriz y engañadora, por baldón, como suelen hacer los que tienen lengua delirante, Dios se la haga tragar, en razón de que había mandado pregonar la paz por todos sus reinos. Como sucede a menudo cuando se alteran los ánimos de las gentes, a Urraca le tocó la peor parte: que le llamara, quién fuere o todos los que fueren, pública meretriz, lo bajo más que se puede decir a una mujer, sin que nadie alzara voz o mano para salvar su honra. Cierto que hubo insultos para todos, pues que al arzobispo Bernardo, el primado, lo llamaron asno y mentiroso, cuando tampoco estaba; al abad Domingo mastuerzo, y al rey, a Castan de Biel, a Barbatorta, a Juánez y a otros capitanes: maricones, hombres sin ley y aborrecibles agoreros, pues que no en vano estaban siempre que sí, ahora sí, ahora no, por las cornejas como si las cornejas nos pudieran hacer felices o desgraciados.

Y el rey de los aragoneses, mientras el nombre de mi madre andaba en boca de todos, voceado además, arremetió contra la ciudad ganando el convento de San Facundo y lo consideró suyo. Arrambló con vasos de oro, cruces, cálices preciosos y el *Lignum Crucis*, un regalo que tenían los monjes del emperador Alejo de Bizancio, la más preciada reliquia de la santa casa, con otros muchos relicarios, ante la desesperación de la vecindad, que, en principio, se amedrentó, pero, presto, se volvió codiciosa, y se fue con él. Se puso de su lado para expoliar el monasterio y aquella multitud de gentes de toda suerte: burgueses, judíos, moros, borgoñones, etcétera, persiguieron a los monjes mucho más que los aragoneses, mismamente como si fueran ministros de Satanás.

Luego, los pobladores, para detener al monarca e impedir que fuera contra ellos, le entregaron gran cantidad de ricas telas para que los dejara estar, y admitieron de grado un gran retén de soldados en aquel lugar, pues, lo que dijo el rey a sus capitanes, que con aquella vecindad no se podía mantener ningún trato seguro, pues que ni su hermano Ramiro, recién nombrado abad hubiera podido sujetarlos de haber llegado ya de San Ponce. Y, dispuesto a marcharse, para seguir sus correrías en otro lugar, hizo aposentar el *Lignum Crucis* en su capilla ambulante, que era de oro y muy ornada de piedras preciosas, y partiose a grandes marchas, bendito sea Dios. Partiósese hacia León, mientras Urraca armaba un ejército en Burgos para atacarle y vencerle como si fuera su enemigo, que lo era, pues lo que le había hecho en El Castellar, no tenía perdón y, aunque la reina no quisiera hablar de ello, no le perdonaba.

E iba Alfonso causando gran perjuicio a los del país por los saqueos y los pillajes que hacía en las villas, permitiendo que sus tropas faltaran a la paz, a la concordia, a

la castidad, a la caridad y a la religión; enviando embajadas a Enrique de Portugal, el marido de Teresa, hermana bastarda de Urraca, para amigarse con él y, dejando a la reina de lado, repartirse sus dominios.

En Toledo, donde fue aclamado por la multitud, tras recibir el homenaje de Minaya Álvar Fáñez, el tenente, y de las gentes del Concejo, se encontró con mi tío Enrique, y ambos tramaron dividirse los reinos de mi madre. Y siguieron juntos de aquí para allá cometiendo inhumanas violencias, cabalgando parejas, regocijados ambos y temerosos a la par, pues que escuchaban de labios de pastores y villanos, lo más disparatado.

Los que estaban con él, le decían que Urraca era puta sabida y que los condes Gómez y Lara valían mucho, demasiado, con su esposa, que ambos tenían hijos con ella, y que los obispos y los nobles querían apartarlo de la reina y le insistían a que volviera a encerrarla en el castillo más lejano de Aragón. Los que no estaban por él, huían como cobardes o le espetaban a la cara que Gómez Salvatárez y Pedro de Lara estaban armando un gran ejército para amparar a Urraca y a todos los reinos, pues que lo de los amores de la señora con ellos era falsedad. Que, si la soberana daba en flaquezas, era porque había de estar rodeada de hombres, de los de su corte, por necesidad, y porque estaba malcasada y perseguida de enemigos, y más de uno, al recibir tormento por ver si descubría dónde paraban los ejércitos de la reina, bendijo el nombre de Urraca, pues que era mujer grande y animosa, pues que no en vano había derribado murallas de ciudades y castillos.

Y el caso es que el conde Enrique se holgaba con los cuentos, pues que se veía rey de Portugal, de Galicia y de Toledo, máxime cuando entró Alfonso en esta ciudad en abril de 1111, era de 1149.

Pero Alfonso vivía descontento y no valía que los suyos, sus fieles aquitanos, le hicieran broma y le aconsejaran que dijera a los que lo recibían con desdén o no le abrían las puertas de una población, que la reina —en femenino— era él, lo mismo que había dicho Urraca, en masculino, ante su corte reunida. No valía, es más no le hacía maldita gracia, porque en las Españas un hombre es un hombre, y no es mujer ni de toña. Y, porque en el fondo de su corazón aborrecía la guerra entre cristianos y mucho más entre marido y mujer, y hubiera querido terminar con aquello. Urraca también vivía descontenta.

En realidad, los esposos se odiaban mutuamente en la lejanía, a la espera de encontrarse en el campo de batalla, dirimir allí sus cuestiones, y acabar con los escándalos y con las voces indecentes y vergonzosas de una vez por todas.

Al muy alto señor don Diego Gelmírez, arzobispo de Santiago, la infanta

Sancha, muchos años de ventura.

Sepa vuestra santidad que una cosa es que la vil canalla de Sahagún llamara a mi señora madre lo que no era y, otra, que tal hecho, indigno donde no haya otro, se recoja en la crónica que se escribe, bajo vuestros auspicios, para la santa iglesia del señor Santiago, que tan dignamente gobernáis, entre otras cosas con el beneplácito de mi hermano, cuya vida guarde Dios. Pero, como os he dicho en mis anteriores cartas y lo repito: a no ser por mi madre, nada seríais, a no ser por mi padre tampoco; en consecuencia, aquí van mis ruegos para que actuéis de una vez.

Vale Infanta Sancha Raimúndez. (signum).

Capítulo 13

Concordia entre los esposos.

Alfonso expulsó al arzobispo Bernardo de Toledo de su sede para asegurarse las espaldas, porque, como hiciera anteriormente con Urraca, le leyó la carta de excomunión, anunciándole, de consecuenta, las penas del infierno, lo que le llevó a airarse y ya a enemistarse con todo el clero. Hizo lo que haría un rey con cualquier rebelde, no más, no menos. Lo que había hecho mismamente con su primo poco tiempo ha, en Aragón, y siguió «pacificando», tal pretendía, las tierras de mi madre, siempre acompañado del conde de Portugal.

Urraca había ordenado a sus capitanes Gómez y Lara que armaran un ejército y que derrotaran a Alfonso donde estuviere: en la tierra, debajo de la tierra, en el mar o en el cielo, y les dio dineros. Además, había enviado embajada al conde de Traba manifestándole su deseo de coronar a su hijo rey de Galicia.

Pero, como pasaba el tiempo y no tenía noticias del gallego, escribió a su primo Fernando García, el que fuera hijo del rey García de Galicia, que fue destronado y encerrado en una cárcel de por vida por su propio hermano, el rey Alfonso VI, el emperador, y hasta, según se dijo, algo tuvo que ver en la muerte de su hermano mayor, el rey don Sancho (téngase en cuenta que mi bisabuelo, Fernando I, dividió sus reinos entre sus hijos y dio: a Sancho, León; a Alfonso, Castilla; a García, Galicia; a Urraca, Zamora, y a Teresa, Toro, pero que, presto, hubo guerra y murió Sancho de traición, y mi abuelo encerró a don García para siempre, pues que se hizo con toda la tierra de sus hermanos). Y, bien, pues este Fernando, que quería a mi madre contra toda razón —me asegura Galana que fue un buen hombre—, tras recibir carta de Urraca diciéndole que su marido le había insultado, pegado, encarcelado, y que se dedicaba a asesinar a la gentes de las villas y a los peregrinos, a quemar ciudades y cosechas, a matar ganados y talar árboles; a despojar iglesias y monasterios y, en fin, a sembrar odio y muerte por todos los sus reinos, juntó a los gallegos que, satisfechos con las promesas de Urraca de nombrar rey de Galicia a mi hermano, se pusieron en marcha y acudieron en su ayuda, llevándole al niño, además.

La tropa gallega, que venía en auxilio de mi madre, tornó a la obediencia a la ciudad de Lugo que estaba por el rey de Aragón, pero se detuvo, bajados los puertos, antes de llegar a León porque corrían rumores de que los esposos iban a amigarse otra vez.

Y Urraca, como no sabía a quién acudir para que le aconsejara bien, dado el

derrotero que habían tomado los negocios del reino, y sus damas ya no tenían nuevas palabras y le decían siempre lo mismo, a más que conocía que los burgueses de Sahagún le habían llamado a ella meretriz y a su marido maricón, vive Dios, sin serlo, una tarde decidió llegarse a San Pedro de Cardeña para visitar a Jimena Díaz, la esposa de don Ruy Díaz, el Mío Cid, como lo llamaran los moros, que vivía en el monasterio, retirada del mundo, alejada de la corte, pese a que fue prima de Alfonso VI y, de consecuente, era tía de Urraca y hubiera podido ir hasta en su cortejo. Fue porque la dama también había sufrido lo suyo por razones de la política, y quiso hallar en ella consuelo. Doña Estefanía no nos acompañó, pues que su marido García Ordóñez, había sido enemigo del Cid, y no quiso exponerse a un desaire.

La noble Jimena Díaz, hija que fuera de don Diego Laínez, que había sido gobernadora de Valencia una vez que murió su esposo, como nos informó cumplidamente mi madre, nos recibió con alegría y, pese a que era anciana, se hincó de rodillas y besó la mano de la reina. Urraca la hizo alzar enseguida, le besó en la cara, aceptó refrigerio y platicó largo con ella, después de saludar al abad, entregarle un presente, asistir a un tedéum y orar ante las santas reliquias del monasterio y ante la tumba del Campeador.

Urraca quiso saber cómo se las había arreglado la dueña para gobernar Valencia a la muerte del Cid y para tener contentos a los capitanes y al obispo. Y le dijo:

—¡Jimena, si se trata de dar mercedes, las doy! A grandes y a menudos, a seglares, a clérigos, a todos mucho más de lo que merecen...

—¡Ah, mi señora, qué cuestión!

—Digo, ordeno, ruego, pero nadie me obedece en el reino... he llegado a gritar: «¡El rey soy yo!», en masculino, Jimena, y, tras la estupefacción, nada, cada uno a lo suyo, pues que para mí se ha levantado fiebre de codicia... A más, mi marido, digo marido pero parece mi enemigo, pues me ha tenido presa en un castillo hasta que me rescataron mis condes... Gómez Salvatórez y Pedro de Lara... Esos que se dice son mis amantes y que aspiran a casarse conmigo para ser reyes... Esos que me han hecho un hijo... ¡Un hijo!, Jimena... Y sabe que las gentes de Sahagún me han llamado hembra fornicaria... ¡Ah, me enojo, Jimena, me enojo ante tanta inquina y traición...! ¡Unos se esfuerzan por guardar su derecho, otros, su honra, pero de salvar el reino ninguno...! —Urraca hacía aspavientos con las manos y una profunda desazón se dibujaba en su rostro.

—Donde hay hombre, no manda mujer —Jimena movía la cabeza—... Yo no goberné en Valencia, lo hizo Minaya Álvar Fáñez, otro negocio es lo que se diga... Mandó él, señora, y muy mal además, pues que resistimos siete meses y a no ser porque personó tu padre con sus ejércitos a liberarnos, hubiéramos muerto todos bajo la espada sarracena, que cuando llegó don Alfonso a socorrernos, ya estaba cercada la ciudad por el general moro y ya las tropas alzaban los cadalsos para matarnos sin

piEDAD, pero él los puso en fuga... Cierta que el señor rey, comprendiendo que no podía mantener aquella plaza tan alejada de sus otros reinos, la incendió y nos fuimos todos lo más apriesa que pudimos...

—¿Qué me aconsejas, Jimena?

—Mira, Urraca hija, podría decirte que tuvieras paciencia, cuando ya la tienes; que dieras mercedes a obispos y condes, cuando ya lo haces; que te taparas los oídos, que lucharas contra todos, que yo te ayudaría gustosa, pero a mi edad he visto mucho y sé que es vano, porque no puedes cambiar tu natura de mujer...

—¿Y por eso he de vivir en la ignominia contra toda razón y justicia, contra toda conciencia, despojada de mi honra... sufriendo cómo las gentes dan crédito a la infamia y la exageran sin respeto a mi majestad, sin probanza y sin compasión al sexo?

—Por eso, Urraca, por eso mismo, hija...

—¿Habré de maldecir haber nacido mujer?

—¡Oh, no! Sería necio vituperar lo que no se puede cambiar...

—Mío Cid, vuestro marido, que fue hombre ganó una batalla después de muerto y yo...

—Es falso, mi señora...

—Lo cantan los juglares.

—¡Exageran, mienten!

—Mis capitanes están llamando a los señores para que se presenten en Burgos a formar parte de un ejército con el que combatiré a mi marido, y que sea lo que Dios quiera...

—Quiera Dios que don Alfonso vuelva a tu lado y se termine todo...

—Hasta las ovejas mueren en esta guerra, Jimena... No ha mucho, unos pastores de Sisamón, que está aquí cerca, me vinieron con el cuento de que, dadas las cabalgadas que hacen los aragoneses por mis tierras, sus bestias ya no agonizan a fauces de los lobos, sino asfixiadas en los apriscos del miedo que pasan cuando están recogidas por la noche, al juntarse mucho unas a otras, como queriendo escapar del diablo, y se ahogan entre sí... No sé, se las pagué... Aboné cinco ovejas a aquellos hombres, pues estaban tan atribulados que me dieron pena, y a mis condes les di lo que tenía para el ejército...

—¡Ay, hija, cuánto dolor trae la guerra...!

—Amén de haber estado presa, de ser puta, de tener un hijo adulterino, de estar en boca de todos y de ser blanco de odios sin sentido, no tengo un cuarto, Jimena...

—Los odios no van contra ti, van contra Alfonso, que no supo tratar al clero con deferencia, que expulsó a los obispos y al primado de sus sedes, y se han revuelto contra él. Además, que no dio a los nobles de Castilla ni de León, al revés, les quitó.

—¡No me ha bendecido Dios con hijos suyos, mejor!

—¡Sí, mucho mejor. De ese modo tu hijo Alfonso será el único rey de las Españas!

—También los gallegos se han levantado contra mí, por mi hijo... Contra mí luchan todos...

Jimena Díaz, tras pedir más refresco a sus criadas, se alzó de la cátedra, se acercó a un arca, sacó de ella un cofrecillo y lo puso sobre la mesa. Retiró varios joyeles, un collar de perlas de buen oriente, un anillo de rubí, una pulsera de oro y se detuvo. Se detuvo porque había encontrado lo que buscaba.

Urraca la miraba hacer. Primero, atenta, luego, sorprendida, pues que la dama extrajo del fondo del azafate un envoltorio que, ah, contenía un precioso collar, que, nada menos, había pertenecido a la sultana Zubaida, la esposa del califa Harún-ar-Raschid, y después a la sultana al-Shifa, esposa de don Abderramán, el segundo y cuarto emir de al-Ándalus, una joya de oro y ricas piedras, una joya sin par que la dama se había traído a Castilla al dejar Valencia. Y, generosa, se la quiso regalar a la reina para que la vendiera a los judíos y paliara en parte sus penurias dinerarias.

Una joya que tenía nombre propio le quiso regalar Jimena a mi madre, pero Urraca no aceptó y mucho menos cuando se enteró de que el sartal del dragón, tal nombre tenía la joya pues que tenía esa forma, era el último regalo que Mío Cid le había hecho a su esposa. Y no valió que la dama insistiera ni que argumentara que a los seres queridos se les lleva en el corazón, que mi madre no la quiso. Es más, cambió de plática y le informó que Minaya Álvar Fáñez, el tenente de Toledo y sobrino del Cid, había ido a conquistar Cuenca.

Urraca dejó Cardeña un tantico apesurada. Sus damas, en el viaje de regreso, comentaron que la conversación de la señora con su tía había resultado más agria que otra cosa. A mí me ilustraron sobre los inconvenientes de ser mujer y, la verdad, me amargaron la tarde, pues que empezaron a hablar de partos, y a mí esos decires me dan un no sé qué, me producen pánico, vamos. Y erre que erre, no callaron hasta llegar a Burgos, donde, continuando con las amarguras, recibimos la noticia de que la mora Zaida había muerto en su aposento del castillo aquel mismo día.

Mi madre se contristó. Veló su cadáver durante toda la noche, asistió a los responsos y dijo de ella que había sido una gran mujer. En un aparte, le preguntó a doña Estefanía, su camarera mayor, si sería bueno llamar a un imán musulmán para que le rezara a lo moro, pero la dama se lo quitó de la cabeza. Le aconsejó sin ambages:

—¡Señora, no más polvaredas...! Si haces tal o lo propones, los obispos te acusarán de impiedad y organizarán una escandalera... Déjalo estar, las preces cristianas son las mejores, las únicas válidas a la hora de la muerte... ¿O no?

—¡Sí!

La señora Zaida fue enterrada en Sahagún, cerca de mi abuelo y de sus otras

esposas. Mi madre envió su cadáver con el conde Gómez Salvatírez al nuevo abad, a don Ramiro, su cuñado, que lo sepultó sin prejuicios y lo mantuvo allí, pese a que recibió recomendación del obispo de León para que no lo enterrara en la iglesia, sino en el claustro, porque la dueña había sido musulmana. Pero don Ramiro, que regentaba una abadía *ex nullo*, es decir, sólo sujeta a obediencia a la Santa Sede, y defendía lo suyo, hizo caso omiso de la sugerencia.

Al muy alto señor don Diego Gelmírez arzobispo de Santiago, la infanta Sancha, saluda la espera del juicio de la felicidad venidera.

Donde mi madre hizo un agravio lo multiplicaron por dos mil. Hubo quien sostuvo que el día era noche y la noche día. Ciertamente, Urraca dijo delante de mí: «Dios que es el rey sobre los reyes está ofendido de mi matrimonio», porque tenía un gran defecto, pues escuchaba a todos. Y, sí, también se airaba pero se pacificaba presto, y sabed que perdonó con clemencia innumerables desacatos. Pues que se alborotaron Castilla y León, aunque estos reinos siempre quisieron que sus reyes, es decir, Urraca y su marido, reinasen, aunque no Galicia, representada por vos y por el señor de Traba. Y sobre lo que me decís del conde de Deza que fue merino de Compostela y que robó lo que pudo a la muerte de mi padre de tal manera que los prestes y vos mismo os visteis abocados a pedir limosna para poder comer, eso son cosas viejas en las que mi madre no tuvo arte ni parte. No obstante, me consta que el conde Arias fue el valedor de la reina en Galicia y que por defenderla sufrió amarga prisión. Si cruzasteis más palabras de las debidas con él, eso son cosas de la política.

Vale. Infanta Sancha Raimúndez (signum).

Capítulo 14

Guerras en Galicia.

Urraca se lamentaba con sus camareras de que había llamado varias veces al conde de Traba para que le trajera a su hijo, a mi hermano Alfonso, que había cumplido los siete años, y de que, pese a que estaba muy rogado, no acudía. Las damas trataban de calmarle el ánimo asegurándole que ya habría salido y que andaría en camino.

En efecto, los gallegos —Pedro de Traba al mando de sus vasallos y de los condes de la hermandad, esta vez todos avenidos— bajaron los puertos dispuestos a servir a su señora, trayéndole al niño. Pero antes de llegar a la ciudad de León oyeron rumores de que mi madre estaba dispuesta a reconciliarse con su marido, como va dicho. Por eso se detuvieron en Castrojeriz, listos para volver grupas, pero antes discutieron entre ellos. Pues venía el conde de Traba con muchos señores y algunos se inclinaban por llegar donde la reina, a Burgos, y por platicar con ella. Además de llevar a mi hermano, deseaban enseñárselo al menos para que viera qué hermoso estaba y cuánto había crecido. Entre éstos se encontraba doña Mayor, la esposa de don Pedro; en realidad, la persona que había criado a mi hermano, la que le había dado de comer cuando no quería comer, la que se había preocupado de que llevara limpios los pañales, la que lo había asistido en sus pavores nocturnos, pues que, aunque el ayo era su esposo, la mujer era ella, y, vaya, defendía su postura con ardor, reconociendo que las madres —en este caso Urraca— tenían sus derechos y no quería quitarle a la reina la ilusión de ver con sus ojos y de tener en sus brazos al fruto de sus entrañas. Por eso estaba contra su esposo, y con los de la hermandad que, vaya mala suerte, habían luchado contra el conde de Traba y, cuando su marido le recriminaba por estar en contra suya, alegaba en su descargo que esta vez sus enemigos tenían razón. Además, los condes de la hermandad sostenían que ellos no tenían rey —como Traba, que ya tenía por rey a mi hermano—, sino reina: a la señora Urraca.

Estuvieron un tiempo discutiendo señores contra señores, hasta que Traba pidió consejo a mi tío Enrique de Portugal que, aliado con el rey de Aragón, no quería más ejércitos en las tierras de la reina, y le aconsejó que regresara a Galicia. El gallego optó por volver grupas y, para que nadie se rebelara contra su decisión, tomó presos a todos los que se le opusieron, es decir, a los de la hermandad.

Urraca, enterada de aquellas traiciones, como no podía llegarse a Galicia a poner orden, a cambio de que liberara a los escasos seguidores que tenía en aquel país, le

dio a Traba el castillo de Miño, cerca de Santa María de Cástrelo, lugar donde, a poco, hubo de refugiarse el conde con su mujer y mi hermano, pues la guerra dejó de ser negocio de señores y los campesinos de la comarca lo sitiaron. Cierto que pactaron levantar el campo si liberaba a los rehenes que tenía: a los condes de la hermandad.

Don Pedro de Traba se mostró dispuesto a hacerlo, pero doña Mayor, su mujer, se negó. Quizá por esas cosas que suceden entre los esposos, entre buena parte de ellos al menos, quizá porque estaba enojada de haber vuelto a Galicia sin llevarle al pequeño Alfonso a la reina, quizá porque era menos cruel que su marido y ya se opuso a que los apresara, o porque se negó a todo lo que pretendió don Pedro. El caso es que mi hermano estaba preso en el castillo de Miño, corriendo gran peligro, y que la condesa no cedía. Pedía la dama la presencia del obispo Gelmírez para que dirimiera el pleito con los campesinos y sobre la suelta de los rehenes de la hermandad, y le enviaba embajada. Pero las embajadas de la dama se cruzaban con otras de los campesinos y de la hermandad, y yo no sé... Pues que se personó en el castillo el señor obispo a poner orden, entró en la torre donde se encontraban mi hermano y la condesa —mi hermano muerto de miedo, supongo—, y llegó a un pacto por el que cesaban las hostilidades y todos deponían las armas y las posturas y, feliz, regresó a Santiago, donde los recibieron los habitantes con mucha alharaca.

Pero, al poco, la hermandad, ayudada por los campesinos, apresó al niño y a la condesa, y hasta al obispo, tal me dice Galana que no estuvo allí. Además que los campesinos, que suelen aprovechar las ocasiones que se les presentan para hacer algún dinero, saquearon el campamento del prelado robándole el altar y los caballos, haciéndole pedazos las vestes de celebrar, pues que se las repartieron entre ellos, destrozándole un cáliz y un crucifijo, muy buenos, en fin, no sé, lo siento, no lo puedo contar mejor.

El caso es que fueron los buenos oficios de mi señora madre los que solucionaron el asunto otra vez, pues que, mediante mensajeros, consiguió que se reunieran Pedro Arias, el jefe de la hermandad, y Gelmírez, y se avinieran pese a que cruzaran improperios. Urraca pagó como siempre, esta vez dos castillos al conde Arias, y eso que mi hermano y la condesa todavía estaban presos en la fortaleza de Miño; pagó por la liberación del obispo. Éste, tras ser recibido en Santiago con cantos y tímpanos por las gentes llenas de gozo, se desavino definitivamente de la hermandad, y se juntó a Pedro de Traba.

Al muy magnífico señor don Diego Gelmírez, arzobispo de Santiago, la infanta Sancha, salud y prosperidad.

Me congratulo que se diga en la Historia compostelana lo bueno y lo malo de vos, de cómo las gentes os recibieron gozosas en la ciudad en unas ocasiones, y, en otras, acometieron contra vos, y de que se cuente lo verdadero de vos, allá vos. Pero otro negocio es el de mi señora madre porque ella anduvo vilipendiada en miles de bocas venenosas. ¿No queréis entenderme, señor?

Vale. Infanta Sancha Raimúndez. (signum).

Capítulo 15

El cerco de Peñafiel.

Paraba Urraca en Monzón de Campos, triste, muy triste, porque los gallegos habían tornado a su tierra y no había podido abrazar a su hijo como hubiera deseado, cuando se personaron varios condes y le pidieron audiencia para decirle que don Enrique de Portugal, su cuñado, estaba por hacer fuerte alianza con ella en contra del soberano de Aragón.

Mi madre, a instancias de sus damas, los recibió, pues le insistieron que traían buenas noticias y que hora era de que oyera alguna buena nueva que la sacara de la amargura en que vivía. Escuchó de labios de sus vasallos que don Enrique y doña Teresa, condes de Portugal, cuando unos cuantos nobles afearon su conducta para con su cuñada y hermana, habían manifestado arrepentimiento de su proceder, pues que los dos habían ayunado y vestido de estameña, e ítem más, un gran deseo de firmar una avenencia contra el aragonés, que, vive Dios, continuaba como un diablo asolando las tierras leonesas.

No eran muy buenas noticias, pues que Teresa y Enrique eran asaz traidores y ambiciosos, pero tampoco eran malas, pues que, consciente de que perdía la batalla contra su marido, Urraca esperaba cualquier cosa, por eso pensó que juntos, quizá, pudieran arrojar a Alfonso de sus reinos, que no en vano era la cuestión principal.

Mi madre se animó un tantico y todo el castillo con ella. Pues que dejó sus aposentos y salió a la almena a tomar el sol y a respirar hondo, y vio partir a sus condes con su albenda abriendo marcha en busca del portugués, con oferta de entregarle en señorío algunas ciudades sin especificar su nombre para consolidar el trato. Además, ordenó a Pedro Ansúrez reclutar un ejército, otro, para luchar contra su marido, y rogó dineros a los abades del reino para pagar la soldada.

A los pocos días llegaron noticias de que Alfonso, azuzado por los condes castellanos y leoneses fieles a la reina, se había refugiado en la fortaleza de Peñafiel, a la sazón inexpugnable, pues está ubicada en un altozano de considerable altura y tiene muy gruesos muros. Nosotras hicimos los baúles y nos presentamos allá.

Y, en efecto, Alfonso estaba sitiado por nuestro ejército.

Urraca se contentó, dispuso alzar su tienda frente por frente de la entrada principal del castillo, en el llano claro, pero la más avanzada de todas para dar ejemplo. Y el hecho surtió efecto pues todos sus capitanes adelantaron las suyas, con lo cual se estrechó el cerco y los aragoneses se encontraron más apretados, nada más

fuera a ojos vista. Porque Peñafiel es muy buen castillo, sí, pero un asedio es un asedio y las provisiones que los defensores guardaran se acabarían y el agua también, y habrían de rendirse tarde o temprano por necesidad, so pena de que los sitiadores levantaran el real por alguna razón. Bien lo expresó mi madre en el primer consejo que celebró con sus condes, que no levantarían el cerco jamás; que, si preciso fuere, morirían todos allí, en la llana de Peñafiel, ya fuera por las armas o de viejos, pues que tiempo era de acabar con los desmanes de su esposo.

Y todos estuvieron con ella y se juramentaron para morir, de hierros o de viejos, en el campamento, y se acordó llamar a los gallegos y a los toledanos y a las gentes de las ciudades para que vinieran a ayudar para, en un momento dado, cuando los sitiados estuvieran cansados, hambrientos y muertos de sed porque se hubiera podrido o terminado el agua de la alberca, atacar la fortaleza pasado un mes o cinco, un año o dos, o mientras la reina viviera, y, lo que decían: «¡Dios le dé larga vida para que le sea otorgado contemplar con sus ojos la derrota de su esposo!».

Y, muy animada, Urraca recorría el campamento mandando esto o estotro, llamando a los soldados a sus ejercicios, a los peones a sus tareas, y, sobre todo, observando la construcción de varias máquinas de guerra: almajaneques, catapultas y arietes, los más altos y firmes que se hubieren visto sobre la faz de la tierra para amedrentar a los sitiados, pues era difícil arrimarlas a los muros, por el talud del monte y por el camino que era asaz empinado y estrecho.

Los capitanes le consultaban diversas estrategias. Minaya Álvar Fáñez, que fuera el alférez de Mío Cid Ruy Díaz en el sitio de la ciudad mora de Valencia y que se había presentado en el campamento tras fracasar en su intento de conquistar Cuenca, estaba por minar el monte; por empezar a excavar por los cuatro puntos cardinales hasta que se derrumbara y cayera el castillo con los defensores dentro. Pedro Ansúrez estaba por no hacer nada, por mantener el sitio a la manera tradicional, pues que no tenían prisa. Otros, por usar de la añagaza, de la traición, por sobornar a algún capitán de don Alfonso y que lo envenenara, y amén Jesús, por ofrecerle a Barbatorta o Castan de Biel o a Sancho Juáñez, oro o mujeres u hombres o un reino quizá, lo que más gustare a cada uno, para que envenenara o matare de cualquier otra muerte, como un nuevo Bellido Dolfos, al señor rey, y amén. Otros, por enviarle a don Alfonso una embajada que le llevara una propuesta de paz para atraerlo al campamento y matarlo a saetazos o lanzadas o mejor a tormento, a muerte lenta.

La reina hacía caso a todos para tenerlos contentos, a más que toda estrategia era poca. Al parecer, quería vencer a su marido y verlo arrastrado por el suelo para vengarse de la malandanza de El Castellar y de otros agravios, y animaba en la construcción de las máquinas de guerra nada más fuera para tener entretenidos a los soldados, puesto que llevan muy mal la inactividad y se tornan levantiscos. Cierto que esta vez andaban muy aplicados talando árboles, serrando troncos, clavando y

atornillando, alzando las máquinas, cavando trincheras y horadando el monte como si fueran un solo hombre. Entre otras cosas, porque Urraca pagaba las semanadas puntualmente, porque recibía dineros de las principales iglesias y monasterios del reino pues que, odiando todos al aragonés, anhelaban la paz y querían colaborar en aquella empresa.

Los condes que habían ido en busca de don Enrique de Portugal volvieron con él. Mi madre recibió a su cuñado con mucha pompa. Le dio sus manos a besar, lo alzó del suelo cuando se postró ante su majestad, se albrició cuando supo que doña Teresa estaba preñada, oyó misa con él, hizo que los condes cambiaran las espadas entre sí en señal de amistad duradera, y celebró su llegada con un banquete de cincuenta platos que duró siete horas, tan espléndido que la tropa se repartió las sobras y aún quedó para los perros. Esto fue desatino porque los hombres se retiraron tan beodos que, de haberlo sabido, el rey de Aragón en aquel momento hubiera podido atacar impunemente y destrozarse el ejército de Urraca, pero, a Dios gracias, no lo supo. Que el rey de Aragón bien podía ser el Diablo, pero no Dios.

Dos jornadas después, Urraca y Enrique celebraron consejo. El conde se mostró dispuesto a desavenirse de Alfonso y a aliarse con ella para siempre jamás a cambio de un reino, del reino de Portugal, comprometiéndose a prestarle el vasallaje debido. Luego, quiso a Portugal independiente; más tarde, dos reinos: el de Portugal y el de Toledo; después, tres: Portugal, Toledo y Galicia. Precisamente expuso esta nueva pretensión cuando mi madre había despachado correos al conde de Traba y al obispo de Compostela para que mi hermano Alfonso fuera coronado rey de aquel país cuanto antes y, Enrique, pese a conocer los deseos de su prima, pretendió que mi hermano le rindiera homenaje como si fuera un vasallo cualquiera. A los quince días, quería que Urraca se retirara a un convento y le dejara todo. A los veinte, que maridara con el conde de Lara y gobernara con él la ciudad de Medina, el único señorío de los dos. Es decir, que lo quería todo.

Se supo, porque todo se sabía, que don Enrique enviaba cartas a doña Teresa y la llamaba «reina»... «Mi reina verdadera, no sólo ya reina de mi corazón, sino reina verdadera... Pondré a tus pies toda la tierra que se extiende de Lisboa a Oviedo y de Zamora a Burgos... Tu hermana Urraca habrá de arrodillarse ante tu majestad...». Y que su esposa le respondía: «Rey y señor mío... estoy muy albriciada porque vas a devolverme lo que me corresponde y mucho más de la herencia de mi señor padre... No cedas ni un palmo de tierra que Urraca es taimada... Deberás estar en aviso, no te engañe con sus arterías... Que firme cuanto antes, de otro modo amenázale con pasarte otra vez al de Aragón... Te espero pronto en mi lecho...».

—¡Zorra! —gritó mi madre delante de mí cuando le vinieron con el cuento, y eso que no era malhablada.

—¡Zorra! —gritaron las damas al unísono, y eso que no eran malhabladas.

La zorra, la que más parecía barragana que esposa, era mi tía Teresa, una de las bastardas de mi abuelo, una de las hijas de Jimena de Guzmán. Y lo que comentó mi madre con sus camareras, muy indignadas todas, que no se quejaba de la ambición de su hermanastra, ni de los consejos que le daba a su esposo, sino de que le dijera por carta que lo esperaba ansiosa en su lecho, cuando una mujer cristiana no dice tal a un hombre ni que sea su marido, máxime estando emparejada, ni menos por carta, pues ahí queda para siempre, quizá.

En esta ocasión, la reina y sus damas no se recataron delante de mí y soltaron la lengua. Llamaron a Teresa meretriz, hembra fornicaria, puta sabida, barragana, concubina y otras lindezas.

Doña Galana me tuvo que explicar qué pardiez era aquello, pero me engañó... Me aseguró y me juró por sus muertos que mi tía estaba empeñada en que mi madre le devolviera un abrigo de tela de barragán que le había quitado, y se inventó una pelea entre ellas cuando eran mozas una vez que coincidieron en el palacio real de Toledo. No me conformé con aquella necedad, por supuesto, porque yo sabía que era algo malo, pues que oía esas palabras cuando los criados y los esclavos se enfadaban entre sí...

Aunque había jaleo, le pregunté a mi madre en un aparte de qué trataba aquel negocio que tanto la encorajinaba y, vaya, por primera vez en mi vida, me dio un pescozón. Se asombró sobremanera de lo que yo hablaba, como si no hubiera dicho delante de mí «zorra», refiriéndose a Teresa, como si sus damas no la hubieran coreado, y me estiró de las orejas, fuerte, muy fuerte, causándome grande dolor. Y, aunque lo intenté, no hubo modo de que ninguna camarera ni criada me aclarara el asunto. Don Pedro Ansúrez tampoco se prestó a hablarme dello, es más, cuando se lo mencioné se puso rojo como la grana. Luego, pasados los años, lo supe, y comprendí que todos quisieran guardar silencio de aquel negocio.

Al muy alto señor don Diego Gelmírez, arzobispo de Santiago, la infanta Sancha, salud y parabienes.

Ya sé, de sobra sé, que un monje de Sahagún, cuyo nombre no he conseguido todavía conocer, escribió en la crónica del monasterio más o menos lo que sigue: «Teresa era llamada reina por sus domésticos y caballeros, lo cual oyéndolo la reina mucho mal le sabía, mayormente como se viese distraída e desamparada del solaz varonil, e a su hermana verla con el ayuntamiento de varón sobresalir». Parece que tal dijo el fraile, pero te aviso que el abad ha dado la crónica al fuego, y yo me he holgado. Ve de hacer lo mismo.

El caso es que Urraca daba largas y más largas a su cuñado Enrique en lo de firmar un tratado con él, pues decía que no podía poner su sello en un pacto, en razón de que ella era más que él, ella era la reina de León, Asturias, Galicia, Castilla, Toledo y Portugal, y de Aragón por esponsales, y él sólo conde de la tierra existente entre los ríos Miño y Tajo, pero no más. Y que los pactos se hacían entre iguales; que acaso debía venir a ella el conde para servirla, hacerlo bien, arrojar al demonio que tenía por marido de sus reinos y, bien lejos su esposo, ya se encargaría ella de recompensar los buenos oficios y el valor de su cuñado, dándole la ciudad de Zamora en tenencia, u otra, pero no más, ni menos un reino. Y las damas le decían que sí, que sí, que llevaba razón, y los condes le advertían que Enrique no se conformaría con tan poco y que, cuando se cansara de cazar y de beber, y se levantara un día con el ánimo claro, se aunaría con Alfonso y fin de la alianza.

Y, en efecto, así fue. No se supo que Enrique se levantara un día de la cama con la mente clara, pues que bebía hasta emborracharse cada noche, lo que se vio fue que una mañana, igual a las anteriores, mi tío salió de su tienda vestido con su armadura, montó a caballo, tomó las bridas del bicho, esperó a que el abanderado desplegara su estandarte y, muy erguido, enfiló camino del castillo de Peñafiel seguido por todos sus caballeros. Y se adivinó, que no se pudo ver por la distancia, cómo don Alfonso le abría las puertas y cómo entraba el conde en la fortaleza.

Los hombres del llano se echaron a temblar, no porque perdieran un gran capitán, pues que Enrique no lo era, como se demostró sobradamente en la desdichada batalla de Uclés contra los moros, en la que fue derrotado, con otros muchos alféreces de don Alfonso VI, sino porque perdían al hombre emparentado con el emperador, al único que, según ellos, hubiera podido meter en vereda al demonio aragonés, y porque el rey, otra vez con su aliado, se crecería y quizá saliera del castillo al frente de sus milicias infernales para acabar con todo lo que se moviera. Se echaron a temblar los hombres de Urraca pero no lo demostraron, al revés, doblaron la guardia, durmieron con los caballos ensillados y con las espadas a la mano, para no ser sorprendidos por el enemigo. E incluso, al día siguiente, redoblaron las labores de zapa de la fortaleza.

Mi madre y sus damas no quitaban la mirada del castillo, a la espera de ver asomar la albenda de Alfonso. Yo, en el entretanto, jugaba con doña Galana a poner nombre a las formas de las nubes, pero esta vez no me entretenía con ello. No sé, prefería mirar el suelo y, mientras mi aya veía un jinete blanco immaculado en el inmenso azul y decía que tal vez fuera el señor Santiago, que venía ayudar, yo quedéme atónita pues que contemplé a un niño de mi edad que llevaba dos pesados

lebrillos en la mano. Luego supe que conteniendo agua de un manantial, y que dejaba los dos recipientes en el suelo y tornaba a buscar un tercero, todo ello a la carrera para que no le robaran el que dejaba atrás, y andaba unos pasos y volvía corriendo a cargar con los dos, para regresar por el tercero, y así hasta que llegó a una tienda de la que salió con los lebrillos vacíos, y se detuvo a meterse unas monedas en la faja, las que había recibido por acarrear el agua. Lo observé con los ojos abiertos como platos, pues que nunca creí que hubiere gente tan menesterosa y lo vi repetir varias veces la operación, asombrada, y eso que había visto y dado limosna a muchos pobres del Camino Francés y por otras tierras, máxime con los tiempos que corrían, que todo andaba de mal en peor a causa de la crueldad de don Alfonso que quemaba más cosechas que el moro por la Extremadura de Toledo. Pero esto, no sé...

Galana, que se dio cuenta, trataba de distraerme para que no viera lo que había y olvidara al niño desarrapado que llevaba dos lebrillos que pesaban más que él y un tercero unos pasos a la espalda. Pero viéndolo trajinar se conmovió, se buscó en la faltriquera y, no encontrando una moneda, entró en la tienda y salió con un bollo de leche en la mano, y lo llamó:

—¡Eh, mozo!

El chico se acercó y se comió el bollo de un bocado, metiéndoselo en la boca todo de vez, como no se debe hacer, pues que a la boca se lleva lo que buenamente se puede tragar sin que rebose la comida, que otra cosa es engullir, y claro, a él se le cayeron varios trozos, cierto que los recogió del suelo y se los comió sin hacer ascos. Y se nos quedó mirando como pidiendo más. Yo entré en busca de otro bollo y se lo entregué, y quiso más y más. El chico pedía más y más con los ojos, pero el caso fue que se acabó la bandeja.

Cuando doña Estefanía entró en la tienda de mi madre para servirle a la señora su refrigerio de media mañana y preguntó por los bollos, le contamos que se los habíamos dado a un niño pobre que repartía agua en lebrillos y tenía mucha hambre, y nos regañó. Alzó la voz para decirnos que había que ahorrar provisiones, pues que todo el dinero de la reina había de emplearse en pagar la soldada de la tropa, so pena de perder aquella guerra que más parecía que no había de terminar nunca, pues que ya llevábamos dos meses sitiando la fortaleza. En los días siguientes, al niño, sólo le dimos un bollo o una galleta y, cuando Copa, la cocinera, no hizo más bollos porque faltó la harina, le explicamos que era preciso ahorrar.

Urraca estaba muy ocupada y ansiosa. Porque don Enrique entraba y salía del castillo con su tropa, ora a cazar, ora a echar un trago de vino en nuestro campamento, ora a jugar a los dados con el conde de Lara y otros, ora a hacer propuestas a mi madre. Le aseguraba que don Alfonso le prometía, por ser su leal vasallo, la ciudad de Zamora y toda la tierra de Castilla hasta el río Cea, por el este. Mi madre le prevenía que le estaba engañando, pues que no le podía dar lo que no era

suyo, lo que era de otro, en concreto de su esposa, que era ella, y le insistía en que le pidiera honores en Aragón, a sabiendas de que su cuñado no quería heredades lejanas a sus tierras sino cercanas para gobernarlas mejor. Entonces Enrique avisaba a su cuñada de que nunca podría rendir a su marido, pues que estaba muy bien pertrechado y que tenía provisiones para resistir el cerco durante años, y para enojarla le comunicaba que doña Teresa, su esposa, estaba por llegar al campamento de Peñafiel, y le instaba a preparar el recibimiento de la dama.

Urraca se amohinaba.

Los nobles de la reina, constatando que nunca podrían conquistar la fortaleza no sólo por lo que oían de labios de don Enrique sino por lo que veían con sus propios ojos, pues que ya podían socavar la montaña o tirar a las almenas bolas de fuego o piedras con las catapultas que habían construido, que no llegaban a dar en el blanco ni por asomo, y, como el conde de Portugal estaba cada día más engallado, decidieron, por su cuenta, abandonar al que hubieran querido tener por capitán en sus guerras contra moros, y se manifestaron por juntar otra vez a los esposos. Y tal tramaban sin preguntar a la señora que, carente de toda autoridad, contemplaba cómo sus súbditos hacían por ella.

Mi madre se lamentaba ante sus camareras:

—En verdad, os digo, las mis damas, que estoy abandonada de los señores deste reino...

—Acaso de los hombres, señora, de las mujeres no...

—De nosotras no, nosotras estaremos contigo hasta la muerte.

—De los hombres, señoras, de los hombres... Se permiten hacer por mí... Llamaron a Enrique, y, ahora, a mi marido... Los gallegos me ponen enfrente a mi hijo como si fuera su enemiga, cuando soy su madre y lo parí con mis dolores, e como madre deseo todo bueno para él... Me temo que me junte con Alfonso, y me someta a su voluntad, o me arrime a Enrique, y le dé lo que pide o más, haré mal, bien lo sé... Pero, por mí, que soy la única hija legítima del emperador nadie blande una espada...

—Exageras, señora, que estamos aquí, en Peñafiel, sitiando a tu esposo unos dos mil hombres y unas pocas mujeres: tus damas y las cantineras...

—¿Acaso no puedo reinar en solitario? ¿Acaso Dios sólo permite que haya una reina reinando y que esté en el cielo?

Las camareras le contestaban que sí, que sí, a la primera cuestión porque ninguna ley lo impedía, y que no, a la segunda, pues que había habido en la Historia varias soberanas de mucha nombradía y, como hubieran querido resolverle el negocio, hasta se permitían opinar.

Doña Estefanía le aconsejaba:

—No vuelvas con Alfonso ni muerta. Sométete a los dictados del arzobispo de

Toledo y da por nulo el matrimonio, pues que es el único medio que tienes para conservar la vida, el bien más precioso que poseen las personas en este mundo: la vida, que es una y única, a más de breve. Insisto, me permito aconsejarte que no vuelvas con él, pues es un bárbaro y te matará de una paliza.

Doña Galana estaba con la camarera y aún pedía a la reina que no se volviera a casar nunca.

Doña María disentía:

—Si la señora no tiene a un hombre en su cama que sea el señor de todos los condes, caballeros y villanos de todos los sus reinos, le quitarán todo, hasta el título... Le arrebatarán el reino a trozos... Galicia, Portugal, Toledo, Castilla... A mi entender debes anular tu desposorio y volver a maridar, señora. Acaso con el conde Gómez Salvatórez... Se dice que el conde de Lara anda salido de sí que va por el campamento pavoneándose y asegurando que un día no lejano será rey...

—¡El conde de Lara es un zascandil, María! —interrumpió doña Estefanía.

Y mucho hablaban las mujeres y los hombres, pero nadie resolvía nada, y el sitio se alargaba, y para el niño menesterozo ya no teníamos ni galletas.

Un día se anunció la esperada llegada de doña Teresa de Portugal al real de Peñafiel, y mi madre y mi tío discutieron. A ver, don Enrique pretendía que Urraca saliera con él a recibir a su esposa y que, a la entrada del campamento, los soldados armaran unos arcos de flores por donde pasara la dama como si fuera una emperatriz. Porque, al parecer, deseaba para ella la misma recepción que el pueblo de Toledo deparó al emperador Alfonso VI cuando entró en la ciudad tras la rendición, que las gentes adornaron la puente de Alcántara con flores, eso quería. Y mi madre se negó porque a una condesa no se le había recibido de ese modo en ningún lugar de las Españas y no había de acoger a una vasalla de mejor forma que ella era recibida en las aldeas y villas, y Enrique no logró sacarla de su empecinamiento.

Lo que consiguió Enrique fue que mi madre, en el momento de la discusión, le diera la tenencia de la ciudad de Zamora y toda la tierra al este del río Cea, lo mismo que le había dado el rey de Aragón sin ser suyo. Al oír de boca de su cuñada que le daba tanto y cuánto, el condeapuró una copa de vino y salió corriendo más contento que unas pascuas en busca de su esposa. Cierto que Urraca terminó con el estupor de los señores que estaban presentes pues explicó inmediatamente:

—Nos, recibiremos a doña Teresa como nuestra hermana que es y con el honor que merece, y mañana la enviaremos junto a su esposo a que tome posesión de Zamora para alejarla un tiempo de aquí... Don Minaya Álvar Fáñez mandará mensajeros a la ciudad para que no les abran las puertas...

Y todos los fieles de Urraca alabaron la añagaza de la reina y sonrieron, ya que, al menos por un tiempo, perderían de vista a los condes de Portugal, personajes asaz molestos.

Mi madre, acto seguido, preguntó a sus capitanes por las estrategias que cada uno tuviere para conquistar el castillo. En él parecía estar de muy buen grado don Alfonso, y no había mandado salir en algara a su caballería para amedrentar a los sitiadores ni para hacer acopio de víveres ni para pisar otra tierra o ver otro cielo. Y desafió con la mirada a sus condes.

Los señores, tras dudar un momento, movieron la cabeza como diciéndole que Peñafiel era inexpugnable y que podían emplear dos años, emplear o malgastar, según se mire, en rendir la fortaleza por hambre, el único medio viable. Visto estaba que las bolas de fuego arrojadas desde las catapultas no alcanzaban el muro: preciso hubiera sido construir ingenios cuatro veces más altos, que no se sostendrían y caerían por su propio peso ni que les hicieran un basamento que ocupara todo el solar hispano ni que talaran para fabricarlos todos los bosques de la Península. Urraca interrumpió:

—Pues ¿que no hay relación entre la base de los cuerpos, el almacén a sustentar y lo que arroja un artillero anclado en la tierra?

—¡Sí!

—¿Entonces?

—Señora —intervino Ansúrez—, el cielo está allá arriba, pero no se puede alcanzar...

—¿Me dice, el señor don Pedro, que ese castillo es el cielo?

—¡Señora, hemos casi doblado la altura de los almajaneques que conquistaron Jerusalén!

—¡Pues habréis de hacerlos más altos!

E hubieron de interrumpirse, pues que avisaban las trompetas que doña Teresa de Portugal entraba en el campamento.

Urraca rogó a todos los señores que fueran corteses entre sí, que no sintieran resquemor de los portugueses por viejos agravios ni odio ni orgullo —rogó, no ordenó—, y se acomodó en su trono.

Al muy alto señor don Diego Gelmírez; arzobispo de Compostela, la infanta Sancha, de Dios hayes gracia.

Vas a conseguir, señor, lo que no logró el reino con mi madre, que me vaya deste mundo de un sofoco. ¡Pena de la vida!, me vienen gentes y me dicen que figura en tu crónica textualmente. «Hasta los ciegos y los barberos saben que mi madre se regocijó en su tálamo nupcial», poniéndolo en boca de mi hermano don Alfonso. Y no, hasta aquí podíamos llegar... Mi hermano nunca pudo decir semejante cosa porque no es de hijo y, a más, que tenía cuatro años cuando Urraca maridó con el tirano. Escribo seguido al

emperador contándoselo. Por otra parte, quiero aclararte que mis informantes son hombres probos, que vienen a ver a la reina a Saldaña y a contarme lo que se dice en Galicia.

¡Esto no! ¡No más, señor!

Vale. Infanta Sancha Raimúndez. (signum).

Capítulo 16

La hermanastra.

No salió Urraca a recibir a su hermana, ni tampoco ninguno de los condes porque cada uno ocupaba su lugar al lado de la reina. La alta dama carraspeó para aclararse la garganta ya que había estado a punto de toser del mucho enojo que le vino cuando los nobles le explicaron sus cuidados planes de guerra. Carraspeó para no hacerlo delante su hermana que entró, soberana, en la real tienda y no se hincó de hinojos en el suelo, como esperando a que ella, su reina, se levantara de su cátedra, se le acercara, le tendiera las manos y le diera sendos besos en ambas mejillas, mismamente como hubiera hecho con la reina de Francia o con cualquiera otra dama a quien quisiera honrar.

Pero no, no. Pensaron todos los presentes, observando la escena muy atentos para, luego, contarlo —entre ellos el conde Enrique, que estaba muy rojo de tez, mucho más que después de almorzado—, que la reina quería hacerle un desaire a su hermana. Teresa, a quien no se le notaba todavía la preñez, andaba a pasos muy cortos, no sólo porque las damas caminan así, sino para llegar más tarde al trono de su hermana y que ésta la viera y reaccionara, pero no, no, Urraca parecía ensimismada. Tanto es así que yo, que estaba sentada en un escabel a sus pies, para no prolongar aquella enojosa situación, le advertí:

—Madre, ha venido tía Teresa...

Lo dije espontáneamente, como hacen los niños, y mi tía aprovechó el inciso para exclamar:

—¡Oh, Sancha, cómo has crecido, qué preciosa estás!

Y yo me contenté, claro. La que no se holgó fue mi madre, pues que Teresa se vino hacia mí y me hizo una carantoña, y claro se acercó también a Urraca, y le tomó las manos y le besó las mejillas, todo ello sin arrodillarse —aunque se hincaron de hinojos todas las damas que la servían—, y naturalmente ella, por compostura, correspondió como deseándole parabienes con el gesto, pero no le dijo palabra hasta mucho tiempo después, en el banquete, que no fue tan abundante como pretendiera el conde Enrique, pero, pese a la escasez de víveres que había en nuestro campamento, mi madre hizo servir varios platos. Pescados en salazón y ahumados, carne de caza, vaca, fruta y postres dulces, todo ello aderezado con el vino de la tierra que fue muy celebrado por los comensales. A mí, me dieron de comer aparte, menos variedad, pero pude darle de todo al niño aguador, al de los lebrillos, que se llamaba Assur y

venía todos los días a pedir y, vaya, comió hasta reventar, pues vomitó luego.

En la sobremesa, mientras los criados servían orujo, mi madre, que estaba hermosísima con un vestido, forrado de armiño, color bermejo, le preguntaba a su hermanastra qué tal llevaba la preñez y qué tal viaje había hecho desde Coimbra. Teresa le respondía que la llevaba bien, acaso con alguna náusea, que el viaje había sido bueno, pues el tiempo había acompañado y, salvo que hubo de resguardarse de una tormenta a medio camino, había sido muy placentero pues que no agobió la calor. E estuvieron en conversaciones baladíes que si el tiempo, que si la comida, que si la bondad del caldo de la tierra, hablando, en fin, de lo que se habla cuando no se tiene nada que decir, y ya mi madre dio por terminado el yantar y se levantó para ir a sestar un poco, pero en esto se alzó de la silla don Enrique, no para acompañarla a su tienda sino para que corroborara delante de su esposa las honores que le había dado, diciendo:

—¡Señora, doña Urraca, que doña Teresa, mi querida esposa, oiga de tus labios qué tierras has tenido a bien concedernos! —¡Pontevedra, Zamora y toda Castilla por el este hasta el río Cea. Ambos tendréis el título de condes, e iréis de inmediato a tomar posesión de la tierra que recibís de mi mano! ¡Que suene el pandero y la gaita, que las gentes dancen y hagan festejos para celebrar este acuerdo que traerá la paz al reino!— tal dijo y llamó a su escribano.

—¡Ah, hermana, querida hermana! —exclamó Teresa y se le acercó para arrodillarse y besarle las manos.

Los condes se quedaron suspensos, Enrique también, pues que la reina había añadido, a lo que ya le diera, la ciudad de Pontevedra. Alguno estuvo a punto de hablar para sacar del error a la señora, pero no lo hizo, pues que la reina no lo enmendaba. Y Enrique y Teresa se postraron por vez primera ante ella los dos a la par y le rindieron homenaje de boca y manos, prometiendo con aquel gesto separarse para siempre del rey de Aragón y servirla como señora mientras vivieren, y por sus descendientes y por los descendientes de sus descendientes, tal prometieron, poco menos que hasta la consumación de los siglos.

Le sirvieron unas cuantas horas, porque al día siguiente mi tío Enrique se presentó ante Urraca para pedirle el título de rey de Portugal. Mi madre se lo negó, el cuñado se fue cariacontecido, y, lo que dijo a sus camareras:

—¡Van a saber estos ambiciosos quién es la reina!

Y, acto seguido, llamó a Minaya Álvaro Fáñez y lo envió a Zamora con la manda de que los habitantes no abrieran las puertas de la ciudad a los condes de Portugal. Despachó mensajeros al conde de Traba, a Galicia, para que le informara de la fecha de coronación de mi hermano y, ¡Señor Dios!, ¡Dios nos asista! —tal exclamaron sus damas al enterarse—, mandó llamar a don Castan de Biel para amigarse otra vez con su marido. Y lo que les explicó:

—Mejor que sufra yo con un bárbaro en mi cama que partir el reino.

Las señoras guardaron silencio, entre otras cosas porque ya no sabían qué era mejor ni qué peor.

Aquella misma noche, en señal de buena voluntad hacia su esposo, Urraca, mediados gallos, tras pedir al Altísimo prosperidad en la jornada, pensó en ensillar e hizo asonar las trompetas para mover el campamento y levantar el sitio de Peñafiel que le había llevado cinco meses de trabajo, y se encaminó a Palencia. Allí los condes Teresa y Enrique quisieron otra vez dividir el reino con ella.

—¡No! —se negaba mi madre—. ¡No!

Pero ellos insistían, y don Castan de Biel se tardaba.

De Palencia fuimos a León. En Sahagún, donde mi madre descansó unos días en el monasterio de Santa Cruz, fue muy bien recibida, y la población en vez de llamarle «pública meretriz», le deseó mil años de vida, sola o acompañada, pues que se esperaba al conde de Biel para que negociara por su señor en aquella plaza, pues que ya había corrido que mi madre quería juntarse con su esposo para alejar a su hermanastra, que, vaya, no se separaba de ella y la acompañaba como si fuera su sombra mientras su marido se dirigía a Zamora a recibir el homenaje de la población de la ciudad.

A los súbditos de mi madre se los llevaban los diablos porque la gente del séquito de Teresa llamaba a su señora «reina», como si lo fuera y no se recataban de decirlo en voz alta. De tal manera que, los de la verdadera reina, a veces no tenían otro remedio que responder, pues que los ponían en un brete. Era como si los portugueses pretendieran que negaran a Urraca, hecho, que salvando lo que es menester salvar, hubiera sido como negar a Dios, y acababan a puñadas y con las espadas desenvainadas.

Tan fue así que, en Sahagún, donde la población la obsequiaba con ramos de flores, Urraca, viendo el cariz que tomaban los acontecimientos y que iban a enfrentarse sus propios ejércitos, optó por dejar a su hermanastra en aquella villa con sus tropas, con el encargo de que la guardara del aragonés, y ella partióse para León. A medio camino, le dio alcance don Castan de Biel.

Doña Estefanía, la camarera mayor, que hablaba de que a mi madre le había dado una ventolera en el negocio de volver al lecho de su marido, al verlo aparecer pidió a sus compañeras su frasco de sales, pues que le vino un ahogo. Pero mi madre no se arrepintió de haberlo llamado, ni picó espuelas, ni se escondió, como las malas lenguas contaban que había hecho doña Ermessenda, condesa de Barcelona, tiempo atrás, al recibir una muy mala noticia, pues que, al parecer la dueña se encerró en un baúl de por vida, no sé por qué pardiez, pues que me lo explicaba Galana y yo lo tomaba por cuento, aunque ella sostenía que era verdad, verdad. Urraca, al revés, lo recibió con los brazos abiertos y lo honró.

Cierto que el conde de Biel, el alférez del rey Alfonso de Aragón, trajo parabienes del monarca, buenos deseos, regalos, y noticias de Enrique de Portugal, que a la sazón no había podido entrar en la ciudad de Zamora porque los habitantes, siguiendo instrucciones de la reina, no le habían franqueado las puertas.

Mi madre se contentó con las nuevas, y trató con el aquitano la vuelta a su lecho matrimonial. Sabedora de que su esposo la esperaba impaciente en la villa de Carrión, dispuesto a olvidar los agravios que recibiera y a ser perdonado de los que él hubiere hecho; a cumplir los pactos matrimoniales que ambos firmaren libre y espontáneamente; a dejar la guerra para siempre jamás, salvo en lo concerniente a los moros, que la harían juntos hasta que la muerte los separase, no sin antes haber conquistado la ciudad santa de Jerusalén; a tratarla con delicadeza como mujer que era y con respeto como reina que era; a ayudarla contra sus enemigos, en concreto contra don Enrique y doña Teresa de Portugal que, bellacos, se estaban aprovechando de las diferencias que se suscitaban entrambos. Y muy buena voluntad, sí, pero puso condiciones: que los reinos de Castilla y León fueran para Alfonso, mismamente como si fueran privativos, mismamente como los que ya tenía de Aragón. Además, que don Alfonso dudaba entre avenirse o hacer la guerra total, pues que le dolía sobremanera el desapego que la reina tenía a su tálamo. Mi madre lo veía en los ojos del conde y lo comentaba con sus camareras.

El caso es que los esposos se reconciliaron y que firmaron un pacto de concordia, por el que Alfonso recibía fortalezas en Castilla y en León, unas plazas que tenía mi madre de su dote personal, no del reino; y Urraca otras, con lo cual alteraron los capítulos matrimoniales, poco, pero al recibir uno, unos castillos, y la otra, otros, dividieron el reino, y los condes de Urraca que les tocó ser del rey en vez de la reina se amohinaron por el reino y por su propio peculio personal, pues muy pronto don Alfonso, pese a que se había comprometido a no entregar las fortalezas que le correspondieron a los suyos, sino a nobles de la tierra, y a no tener en sus castillos más de cien jinetes pagados y mantenidos por él, los arrojó de sus tierras de mala manera, que no sabía hacerlo de otro modo, al parecer, y puso a sus fieles al mando de las fortalezas. Nada nuevo por otra parte.

Los esposos se juntaron en Carrión. Los nobles y los burgueses de las villas suscribieron el pacto de conciliación, y se decantaron por ponerse de parte de la reina si Alfonso la injuriaba, y de parte del rey, si sucedía al contrario, y lo juraron. Después hubo mucha fiesta, mismamente como si los esposos se hubieran casado otra vez. Hubo tablados, justas, toros, juegos de cañas, juglares, volatineros, etcétera, e la gente disfrutó y encomendó a los esposos al Señor Dios.

Aprovecho esta ocasión para hacer notar que Alfonso, antes de celebrar vistas y firmar la paz con mi madre en un diploma que hiciera público los buenos propósitos de ambos, se la llevó al lecho y yació con ella. Mi madre se fue con él con el rostro

arrobado, quizá sorprendida de las priesas que mostraba su marido, y regresó con los ojos llorosos y hasta dolida quizá, pero quiero que conste que si su esposo la llamó a la cama, fue porque tenía descartado que mi madre hubiera tenido comercio carnal con los condes Gómez y Lara, de otro modo no lo hubiera hecho, nada más fuera por mantener sin mancilla su propio honor.

La reina fue una vez a la cama de Alfonso pero no más. Porque entre ellos dos, aparte de sus caracteres fuertes y que no coincidían en nada, estaban los vasallos. De los que habían estado por la reconciliación, algunos despojados de sus señoríos, ya no estaban por la paz, sino al contrario por la guerra total, y venían a postrarse a los pies de la señora, pues que se consideraban expoliados y maltratados; los que habían estado por don Enrique de Portugal y, en su momento, alabaron que mi madre lo engañara, volvían a decantarse por aliarse otra vez con él para que los librara de la furia del aragonés, pues que hacía y deshacía en las villas y ciudades y trataba mal a los condes, volvían a estar por él, aunque todavía dudaran de ofrecerle reparaciones por la traición de mi madre.

Urraca volvió a quejarse de que, aunque la junta de los reinos fue buena, se atravesó el diablo, y no le puso nombre al diablo, quizá porque había demasiados, y de que, por ella, por la hija de Alfonso VI, no estuvieran ni las moscas.

Para complicarlo todo, mi tía Teresa, impaciente y dolida por la villanía de su hermana, se presentó en Carrión con sus ejércitos y sitió a los cónyuges, dejando retenes para vigilar los caminos y los campos próximos, y amenazó con pasar la ciudad por la espada y el fuego.

Y claro, a partir de ese momento las discusiones del matrimonio fueron vistas y oídas no sólo por las damas de mi madre y los caballeros de mi padrastro, sino por toda la población. Pues que hasta entonces habían salido las compañías de los esposos de la villa y se habían llegado al río a bañarse los hombres y a mojarse los pies las mujeres, o a una arboleda a respirar aire fresco o a una iglesia a ofrecer algún presente o a una ermita a llevar un hatillo de comida al eremita, y los esposos habían librado sus diferencias en el camino, lejos de los villanos, para evitar habladurías, a posta. Mi madre, con muy buen criterio, le había explicado a Alfonso que no quería que sus posibles diferencias fueran públicas y él había aceptado, cosa rara. Y eso, habían salido con sus séquitos como si fueran de paseo, rey y reina abriendo marcha en sendos alazanes, alguna vez platicando quedo, otras gritando. Más o menos de este modo:

—¿Cómo su merced no cumple el pacto? ¿Cómo osa arrojar a mis vasallos de sus fortalezas? ¿Es que mis condes no valen tanto como los vuestros?

—¿No quieres cortar las ambiciones de tu cuñado Enrique?, pues déjame hacer... Cuando toda la tierra de Castilla y León esté en mis manos, cuando Enrique esté vencido, pues he que quitarle Portugal, les devolveré a tus condes lo que tenían...

Ten en cuenta que, para pacificar esta tierra, he de guardarme la retirada, pues que nosotros no reinamos, señora, reina la traición y la envidia.

Y otras veces:

—¡Eres odioso, Alfonso!

—¡No puedo vivir contigo, Urraca... Ni que yo esté en la torre de un castillo y tú en la bodega...!

Y otros días:

—¡Si te niegas a venir a mi cama... me busco una...!

—¡Búscatela, y que te contagie bubones!

Y otros:

—Cuando quieres, mi señor, sabes ser hasta cortés y amable conmigo...

—Aunque no te lo creas, esposa, ocupas todo mi corazón... Pero yo no soy hombre de finezas, no he andado en las cortes, no he tratado a las damas... A más, no soy mujeriego, pero quiero un hijo de ti...

—Si te portas bien, si no me riñes, si no te enojas, tal vez...

—¿Por qué me pones condiciones? ¡Maldita sea!

—Porque las mujeres que pueden ponen condiciones a sus maridos para recibirlos en la cama. ¿O acaso no lo sabes?

—¡Ah, me enfurias, mujer, me enfurias! ¿Qué, pardiez, quieres ahora?

—Que devuelvas el castillo de León al conde que tenía la honor...

—¡Ah, no, no me fío de él!

—Yo me fío de él.

—¡Pídeme un sartal de perlas que iré a buscarlo al fin del mundo, pero de cosas de la política no me pidas!

—¿Por qué?

—Te rodearé de oro y plata...

—Yo no quiero oro ni plata, señor, yo quiero paz en nuestros reinos.

—En nuestros reinos yo haré la política...

—¿Por qué? ¿No soy la reina?

—¡Eres la reina y eres mi esposa, y como tal me obedecerás...!

—¡Ah, no!

—¡No me enojas!

Y otros:

—O vienes esta noche a mi lecho o te encerraré en el castillo más alejado del reino, en Finisterre... Con un jarro de agua y un pan, y sin criadas... Un pan y un jarro de agua... Mientras vivas, señora...

—¡Maldito seas, Alfonso, maldito seas! ¡Hazlo, me liberarán las urracas, recuerda que lo hicieron una vez, me llevaron con ellas y me dejaron a los pies del conde Gómez!

—¡No mientes a Gómez, par Dios!

O:

—Cuando entremos en Jerusalén con nuestras tropas, tú me esperarás extramuros, en tu pabellón, durmiendo u holgando con tus damas, pues no quiero que sufras ningún peligro... Yo derribaré las puertas y enfilaré con unos pocos hombres la Vía Dolorosa para llegar el primero al Santo Sepulcro... Tengo para mí que los cruzados han destruido la vieja iglesia y alzado una nueva, relegando a los griegos cismáticos en las cuestiones de culto, y que han tapado el monte Gólgota extendiendo la iglesia del sepulcro, sólo dejando un agujero en el suelo para señalar donde estuvo clavada la cruz de Nuestro Señor...

—¿Cómo, marido, que el Gólgota no es un monte... el monte que vemos representado en los calvarios?

—Tengo para mí que no. Que no se aprecia la altura.

—¡Jesús, María! ¿Han deshecho los lugares sagrados?

—¡Sí!

—¡Oh!

Y, unas veces amigados, otras enemistados, los reyes platicaban. Pero cuando se presentó doña Teresa en Carrión y cercó la villa, que era grande y de mucho comercio, los reyes hablaron y discutieron mucho más, sin recatarse, a la vista de todos, por sus negocios propios y por las estrategias a seguir en la guerra que les prometía la portuguesa.

El caso es que la paz que los esposos habían disfrutado durante las treguas se acabó de súbito, y empezaron a gritarse cada vez más fuerte, porque Alfonso quería darle a Teresa lo que le había dado, y Urraca no quería darle lo que también le había dado, nada más fuera por hacer prevalecer sus poderes de reina frente a su marido que quería ser rey en solitario. El caso es que en Carrión no había víveres y, de consecuente, no se podía resistir el cerco con la misma holgura que en Peñafiel, a más que la villa estaba asentada en el llano y no en un monte inexpugnable como la otra fortaleza; a más, que el rey no tenía a sus fieles con él: a don Castan, a don Barbatorta, a don Sancho Juánez, a don Pelegrino, a don Bernardo Atón y a otros condes del Bearn, pues estaban desperdigados gobernando los castillos que les habían pertenecido en el pacto de concordia y otros más que habían arrebatado a mi madre, y, de consecuente, tenía pocas tropas; a más, que Urraca no podía llamar a la hueste a sus vasallos, pues que su hermanastra no dejaba salir de la villa ni a las ratas, tanto apretaba el cerco la «reina» Teresa.

Por esta serie de razones, Alfonso desoyó a mi madre que no quería rendirse y pactó con su cuñada la dádiva de lo que le había entregado con anterioridad: la plaza de Zamora. Pero mi madre envió un mensajero ofreciéndole más: Zamora, Salamanca, la ribera del Tormes y la mitad de Ávila, Arévalo, Olmedo, Medina,

Sanabria, Talavera y Coria, casi nada, y claro, Teresa se amigó con ella.

Las gentes de mi madre abrieron a los portugueses las puertas de la villa. Teresa entró, alta la cabeza, pero, ante lo mucho que había de recibir, rindió a su hermana homenaje de boca y manos, y mientras ella se encaminaba hacia la fortaleza montando un precioso caballo tordillo —pese a su avanzada preñez, lo que fue luego comentario de las gentes, pues que bien podía desgraciar al hijo por nacer—, Alfonso salía apresurado por la puerta opuesta, sobremanera enojado, porque los gallegos habían coronado rey a mi hermano. Emprendía carrera dispuesto a hacer la guerra a aquellas dos mujeres y a todos los hombres que pisaren el solar hispano y se le opusieran.

Mi hermano Alfonso, que sería soberano de todos los reinos de Urraca con el nombre de Alfonso VII, fue coronado rey de Galicia el 17 de septiembre de 1111, era de 1149, a la edad de siete años, en la catedral de Santiago de Compostela.

La ceremonia fue oficiada por Diego Gelmírez, el obispo. Nos la relató el conde Fernando García, el primo de mi madre, el hijo del que fuera rey de Galicia, cuando, perseguidas por Alfonso de Aragón, nos refugiamos en Monzón de Campos.

Al muy alto señor don Diego Gelmírez; la infanta Sancha, larga vida te dé el Criador.

Me congratula que hayas tomado cartas en el negocio que me llevo de poner en su sitio la honra de mi madre, e, ítem más, que hayas escrito en la crónica de tu propia mano que Urraca es «mujer nobilísima» e, otrosí, que hayas amonestado severamente al tal Geraldo, el escribano, pues que es hora de terminar con mentiras zafias muy del gusto del vulgo y con cualquier cuento de liviana correspondencia.

Dios, el Primero, te lo pagará.

Vale. Infanta Sancha Raimúndez (signum).

Capítulo 17

La batalla de Candespina.

Los capitanes de Urraca, que llamaban a la hueste por Castilla y Tierra de Campos por orden de la reina —otra vez separada de su marido—, consiguieron doscientos jinetes con loriga y bien montados, y quinientos peones, y con tan buena tropa salieron en pos de los aragoneses que, ora se decía que andaban en Carrión, ora en la merindad de Valdivieso, ora en la tierra de Soria o cercando Sarakusta. E iban los condes Gómez y Lara, muy atentos, oteando a diestra y a siniestra, seguidos de sus caballeros, no les fueran a salir los aragoneses de un bosque, en algara, y los cogieran desprevenidos; preguntando a pastores y campesinos por doquiera, sudorosos y malolientes, y discutiendo entre ellos.

Pues que, de antiguo, Gómez Salvatórez y Pedro de Lara porfiaban en cuanto llevaban un tiempo juntos, generalmente por Urraca. Esta vez, también por Urraca y por cuál habría de ser el grito de guerra cuando se toparan con el rey de Aragón, una necesidad. Gómez pretendía que fuese: «¡Castilla por el matrimonio de los reyes!», y Lara defendía con ardor que fuera: «¡Urraca!», y argumentaba a su oponente en amores, a decir de dueñas, que su grito era demasiado largo, y le instaba a arrojar de su corazón al rey y a ponerse en exclusiva al lado de la reina; y le preguntaba sin tapujos qué hacía al frente del ejército de Urraca, buscando a don Alfonso para matarlo en combate o hacerlo prisionero o darle un escarmiento y arrojarlo para siempre de los reinos de la señora, si todavía deseaba que se amigaran los monarcas y quería aquel grito insensato, pues que ¿no estaba preparado para luchar contra una de las partes? ¿Cómo nombrar a la parte enemiga en el grito de la jornada? ¿Acaso no era necio y asaz contradictorio? Gómez le respondía que siempre sería fiel a los mandados del emperador Alfonso VI, descanse en paz, a la unión de todos los reinos, y afeaba las palabras del señor de Lara que, abiertamente, se manifestaba por la disolución del matrimonio y, solapadamente, por ocupar el puesto de don Alfonso en la cama de la reina. Y claro, Gómez se encorajinaba, porque de casarse Urraca con algún noble, el elegido sería él, que ya fue candidato en su momento. Entonces Lara cizañaba que la reina nunca maridaría con él, precisamente porque su señor padre no lo había querido como yerno, asegurando que la dama no le llevaría la contraria a su augusto padre ni después de muerto.

A veces los condes acababan bebiendo juntos un vaso de vino, otras, uno, en la vanguardia y, otro, en la retaguarda del ejército de la reina y sin hablarse durante

jornadas. Como en esta ocasión que, acampados a dos leguas del castillo de Monzón de Campos, casa natal del conde Gómez, los espías advirtieron que el ejército aragonés estaba escondido en un bosque cuyo nombre Galana no recuerda, con los hombres armados para el combate.

Recuerda doña Galana que los condes dejaron sus odios y sus diferencias, como ellos las calificaren, y acordaron con sus alféreces un plan de batalla. Disponiendo que Lara mandara la vanguardia y Gómez la retaguarda, que, trabada batalla, cuando las haces del conde Pedro hubieran partido en dos el ejército aragonés, atacara el conde Gómez formando medio círculo con sus jinetes para envolver a todos, a aragoneses y castellanos, para que éstos, los castellanos, se revolvieran contra los enemigos que, cogidos entre dos haces, sólo tendrían que arrepentirse de sus pecados para asegurarse la vida eterna. Y ya dirimieron qué hacer con el rey, si hacerlo prisionero y pedir rescate, o matarlo y, pese a la reticencia de don Gómez, pues que no en vano juró defender los deseos del emperador, de grado, convinieron en que no escapare con alma para acabar de una vez con la guerra en los reinos de Urraca, pensando los dos que mejor estaría viuda que malcasada, y se comprometieron a no hacer rehenes, aunque perdieran buen dinero. Y ya bebieron vino y dieron de beber a la tropa con medida, unos tragos, porque a la amanecida habrían de presentar combate.

Los condes durmieron mal porque en vísperas de una batalla la muerte está más cerca de los hombres. No obstante, se levantaron antes del alba y, aún no se habían desayunado, cuando se presentó un peón de las avanzadillas alborotando que, durante la noche, los aragoneses habían mudado el campamento de lugar. Y ya todo fueron gritos en el ejército de Urraca pues que, de inmediato, se avistó la albenda de don Alfonso en una loma, seguida de la de Enrique de Portugal, y cómo bajaban sus huestes por la ladera haciendo temblar la tierra, segando yerbas y abrojos, y lanzándose contra ellos como si fueran demonios.

Los capitanes de la reina hicieron lo que pudieron, se armaron a toda prisa y, sin recibir los sacramentos ni oír misa, formaron las haces. Pero la estrategia que habían pensado la noche anterior se vino abajo, porque Gómez, que tenía previsto mandar la retaguarda, tuvo que quedarse en la vanguardia, pues que no hubo tiempo de desplazamientos, y Lara hubo de organizar la vanguardia en vez de la retaguarda. Gritaron los dos condes el grito de la jornada, cada uno el que tenía pensado, y los soldados se quedaron por un momento suspensos, si no fue por el grito, porque les vino pavor.

El caso es que don Gómez abrazó el escudo delante del corazón, abajo la lanza, la envolvió con su enseña, se inclinó sobre el caballo, picó espuelas y arremetió, seguido por el portaestandarte, que llevaba la albenda de Urraca, y unos pocos más, pocos, pues, dado lo sorprendente del ataque de los aragoneses —que no habían

formado campo ni ondeado sus albandas como es propio de combates entre caballeros—, el miedo ocupaba demasiado lugar en el corazón de los castellanos. Y el bravo conde, sin volver la cabeza, cargó contra los enemigos, que venían muy prietos con las lanzas en ristre y se perdió entre sus filas.

Aquí no, en Candespina no formaron los ejércitos. Por eso se comentó largo que había sido una batalla felona, a la manera que tenía de combatir el rey de Aragón que, de repente, aparecía en lo alto de una colina, o salía de la profundidad de una cueva o del fondo de un río —tal llegó a decirse— como una estantigua, y arremetía en tromba contra sus enemigos, muy al estilo de los moros.

El conde Gómez Salvatírez fue el primer castellano en trabar combate. Rota la lanza, blandió la espada consiguiendo entrar en el haz contrario, pero, presto, quedó rodeado de aragoneses, pues que iba solo, pues que corrió demasiado y, aunque los que venían tras él hicieron gran arrojamiento de lanzas y estocadas, como se demoraron un instante, atenazados quizá por el miedo, aunque recuperaran presto el ánimo, perdieron un tiempo precioso y no pudieron guardar la espalda del conde de Monzón que, alocado, se adentró mucho en las filas contrarias, matando e hiriendo a diestra y siniestra, pero fue muerto a flechazos por los hombres de don Alfonso y degollado por el conde de Portugal, que, pese a que tenía muchas ciudades de Urraca, quería mucho más, al parecer, y una vez más se había pasado de bando.

El señor de Lara, observando cómo morían los hombres de la vanguardia que, en realidad, era la retaguarda y, en consecuencia, estaba peor preparada para atacar o resistir al enemigo, mandó a sonar la trompeta llamando a retirada y se largó del campo a galope tendido, dejando muertos y heridos —entre ellos al conde Gómez que, desde entonces se llamó Gómez de Candespina—, en el lugar de la batalla.

Unos dijeron que Lara abandonó el campo porque era cobarde y sólo gustaba de lisonjear a las damas; otros, que por salvar el ejército de la reina de un desastre total, pero fue mal visto que no recogiera los pendones de la reina y que quedaran allí bermejos de sangre.

Después de la rota, de que todos los cadáveres hubieran sido despojados de sus bienes y de que los aragoneses hubieran hecho escasos prisioneros, pues que, en verdad, tuvieron poca merced con los vencidos, don Alfonso envió el cadáver de don Gómez a Urraca y, para escarnecerla, se lo remitió en bragas tal cual lo habían encontrado sus hombres en el campo de la liza.

Ya eran nonas cuando lo recibió la reina y, como venía ayunando de varios días atrás por el triunfo de sus ejércitos, débil como estaba, se desmayó al verlo.

Esto del desmayo lo recuerdo yo perfectamente. Es, salvo lo del niño de los lebrillos de Peñafiel, tal vez mi primer recuerdo, por eso puedo hablar de prima mano de lo que sucedió en el salón del trono del castillo de Burgos, ciudad a la que habíamos llegado poco ha.

Estábamos mi madre y yo jugando con la muñeca de trapo que me había regalado mi padrastro, y yo hacía de madre, Urraca de hija y la muñeca de hija pequeña. Y estaba yo pidiéndole a Urraca, insistiéndole, regañándole para que le diera unos azotes a la muñeca porque se había portado mal y me había desobedecido, repitiendo que a los niños los tienen que educar todos los que viven en su derredor y no sólo la madre, lo mismo que ella me decía cuando yo me quejaba del mal genio de doña Galana, cuando entró en el aposento un mensajero, muy acalorado, llamando a la reina, sin hacer antesala, sin arrodillarse ni pedir venia, gritando con voz entrecortada:

—¡Mi señora, tus ejércitos han sido derrotados cerca de Monzón de Campos por tu marido...!

Y vi a la reina levantarse del estrado, llevarse las manos a la cabeza, andar tambaleante, uno, dos pasos, y caer al suelo cuán larga era. Yo que estaba arrodillada a su lado, le paré parte del golpe. Otro golpe para Urraca, y grande otra vez.

Y allí fue el follón. Las damas corrían por la estancia llamando a don Pedro Ansúrez; otras, salían en busca de frascos de sales; otras, llamaban a las criadas y pedían agua; otras, se arrodillaban en cualquier parte y pedían a Dios favor. Y doña Estefanía, la que organizaba todo en ausencia o enfermedad de la reina, tampoco atinaba a poner orden, pues se limitaba a llamar a los capellanes para que administraran a su señora la Santa Unción, pues que Urraca tardaba en volver en sí. Y yo, entre gritos y lágrimas, trataba de hacerme paso entre las camareras para acercarme a ella y socorrerla también.

Cuando se presentó Pedro Ansúrez, el jaleo arreció porque interrogó al mensajero y, tras conocer la triste nueva, en vez de atender a su pupila, quiso saber del desarrollo de la batalla y de la suerte de los demás condes y, como el hombre no supo decirle, gritó más que ninguno. Tanto que mi madre, al regresar de su desmayo, antes de darme un beso para quitarme el espanto que tuve de verla muerta en el suelo, tal creí, ordenó:

—¡Cállese don Pedro, par Dios!

Y don Pedro guardó silencio.

Yo me alegré sobremanera cuando vi que mi señora, mi madre, regresaba del mundo de los muertos, tal creí, y le hice muchos mimos y fui para ella como una madre y le tuve sus manos entre las mías y le di besos, mil besos, tantos que Urraca disminuyó su llanto.

Al amanecer llegó a Burgos el conde de Lara, con el brazo sangriento, la sangre destellando en el codo. Se postró ante la reina y quiso besarle la mano, pero Urraca no se lo permitió. Se alzó airada del sitio, señaló la puerta y ordenó:

—¡Reclúyase Pedro de Lara en el castillo de Medina y no salga de él hasta que yo se lo ordene!

El conde se fue cabizbajo y, a poco, unos aragoneses se presentaron en la puerta del castillo de Burgos, dejaron el cadáver del conde Gómez y volvieron grupas, apresurados.

La reina, enterada del asunto, bajó rauda a recibir los despojos de su mejor vasallo, de su «mejor vasallo», tal expresó para que la oyeran todos mientras contemplaba al muerto, que a la sazón estaba ensangrentado y en bragas, y, arrodillándose ante él, lo besó en la frente. Yo lo vi con mis ojos...

Las damas comentaron la escena de la muerte de don Gómez: cómo dio de espaldas en el suelo atravesado por doce flechas, cómo mi tío Enrique se apeó del caballo, la espada en alto, cómo le cortó el yelmo y llegó a la carne del moribundo sin compasión para, de un solo tajo, segarle la cabeza.

Aquella noche tuve mi primer mal sueño.

Al muy alto señor don Diego Gelmírez, arzobispo de Compostela, la infanta Sancha, válgate el Criador.

Sí, claro, que escribo con desorden, que un día te hablo de lo viejo y otro del presente, o de que debe ser peor pecado ser mariposón que puta, porque los burgueses de Sahagún llamaron «meretriz» a Urraca y a Alfonso no le llamaron nada en concreto, aunque sí a sus hombres... ¿Cómo se entiende? Tengo para mí que tan malo es un insulto como otro... ¡Ah, no...! Los castellanos no fueron cobardes, quiá, los castellanos fueron derrotados en buena lid en Candespina, si el conde Lara abandonó el campo de batalla no fue para quitarse de encima a un molesto rival fue por salvar algo de nuestro ejército entre otras cosas, porque si los gallegos contigo al frente hubieran estado allí, el derrotado hubiera sido el aragonés.

Y eso, pues eso.

Vale. Infanta Sancha Raimúndez (signum).

Capítulo 18

La batalla de Viadangos.

Tras mi primer mal sueño, vinieron otros. Tantos que Urraca decidió dejar Burgos y llegarse a Monzón de Campos para postrarse ante la tumba de don Gómez que, no en vano, había dado su vida por ella, y que yo cambiara de aires, tratando de distraerme.

Y es que, al principio de mis angustias nocturnas, no fui capaz de saber qué había soñado, pese a que me levantaba de la cama ojerosa y rota, mismamente como si no hubiera dormido en toda la noche. No obstante, pronto recordé netamente ser mi ensoñación el conde Gómez, muerto, ensangrentado, descabezado y en bragas. Y me despertaba muy sudada, sobresaltada y con la respiración ansiosa. Y ya me podían dar a beber las damas cocimientos de melisa o valeriana que era inútil. Y ya podía orar ante la sepultura del conde, que también. Había perdido la sonrisa y tenía miedo, y miraba hacia atrás para preservarme de cualquier posible peligro.

Y, después de varias noches de pesadilla con el desdichado conde, comencé a soñar, o mejor a pensar, pues que me ocurría a la luz del sol y de las velas, que me perseguía mi padrastro con un hacha bifaz, dispuesto a degollarme y a cortarme en pedazos, y, ay, que había una niña muerta en el quicio de una ventana.

Y lo que comentaba mi madre con las damas, que menos mal que la criatura no tenía rostro definido y que por esa razón no era yo, Sancha, su hija. Urraca, que estaba muy disgustada de que yo soñara con demonios y de que mirara atrás constantemente, determinó que sus camareras no me permitieran ir sola ni a la letrina, que a mi derecha estuviere siempre Galana, a mi izquierda Estefanía y, detrás de mí, María. Pero, como no dio resultado, me dejó en manos de Copa, la cocinera emplastera, que me curó, vive Dios, dándome vino a beber, emborrachándome, vaya.

Y en esas estábamos, tristes, todas las mujeres de la compañía de Urraca, ellas al borde de que les vinieran los nervios, pues que también comenzaban a ver al rey de Aragón persiguiéndolas con la bifaz por todo el castillo escaleras arriba y abajo, cuando se personó el conde Fernando García con otros señores para hablar con ella; con varios regalos para mí: una figurita de Santiago, una bolsa de caramelos de miel y unos conejitos recién nacidos. El conde pidió audiencia, y a mí con los presentes se me terminaron los malos sueños y los pavores, cierto que Copa me estuvo dando vino durante mucho tiempo a la hora de acostarme.

Urraca le hizo esperar. El conde que, según Galana, era buena persona cuando tenía motivos para estar en contra de la casa real, como ya se dijo, se mostró paciente

y, antes de exponer a la reina lo que había venido a decirle, quiso distraerla contándole por lo menudo la ceremonia de coronación de mi hermano y otros gozos, asegurándole que los gallegos estaban dispuestos a armar un poderoso ejército que acabara con la soberbia del rey de Aragón. Decía don Fernando:

—El 17 de septiembre llovió a cántaros, señora, pero no por eso deslució la ceremonia, pues que los habitantes habían limpiado de malas aguas las calles de la ciudad y engalanaron las ventanas, y se prepararon para celebrar un día grande asonando gaitas y atambores, cantando, bailando por doquiera y comiendo y bebiendo como en un día grande.

»Se apostó la población en la explanada entre la iglesia de Antealtares y la Catedral. Una multitud, señora, no sólo la vecindad, sino peregrinos, tan grande multitud que no cabía un alfiler... Tanto es así que el conde de Traba tuvo que enviar a sus caballeros a que hicieran sitio para que pasara la comitiva, y varios vecinos sufrieron desmayos y ahogos por las apreturas... E sepa la señora que todos echaban vivas al pequeño Alfonso y al obispo Diego, que fue quien pagó todo...

»Entró vuestro señor hijo en Compostela por la puerta Francígena montando un precioso potrillo, engualdrapado, de color blanco como la nieve, en medio de gran alegría. Se apeó del caballo en la puerta, se inclinó ante las figuras de los apóstoles y, tras recibir su bendición, mismamente como si fuera un peregrino —lo que holgó a la población—, recorrió las calles alzando sus manitas, saludando a diestra y siniestra, y contestando a las aclamaciones con los ojos, que son muy semejantes a los vuestros, mi señora, vivos como el sol... Muy galano ya a sus siete años, muy erguido en su montura, digno hijo de sus padres; ricamente vestido con un gonel de brocado de plata, con un sobregonel de brocado de oro con las armas de Galicia bordadas, con calzas de estribera de muy buena piel, e una gorrilla en la cabeza a juego con las túnicas... E, lo que decía la multitud, que más parecía el Niño Jesús, holgándose y echando vivas al niño y a vos, mi señora... E detrás de él iban otros niños arrojando monedas al gentío, cuartillos que había dado el obispo, y todo el cortejo...

»El conde y la condesa de Traba, exultantes; el conde Arias, menos contento, pues todo hay que decirlo; muchos señores, los que habían estado con Traba y los que habían estado con vos, ya todos juntos, e tropas, soldados, uniformados con vuestros colores, mi reina... E llegamos a la explanada y salió a recibirnos el obispo... A mí me cupo el honor de ponerle a vuestro señor hijo las manos para que se apeara del caballo, el señor de Traba le llevó la espada y la condesa le avió las vestes que se le descompusieron al descabalar...

»E salió el obispo a recibirnos a la puerta de la Catedral con una magnífica cruz, regalo vuestro, por toda enseña, e le dio a besar la cruz y su anillo obispal, e entróse, seguido del niño, que se descalzó para ser más peregrino, como si fuera un hombre del común, uno más de los que llegan a Compostela, e no flaqueaba de ánimo ante

tanto boato y andaba con paso seguro y la cabeza alta, indicando a tan corta edad que será un gran rey, señora... E Regó el prelado ante el altar del señor Santiago e postróse e otro tanto hizo el pequeño... E los hombres del cortejo nos distribuimos e nos arrodillamos a ambos lados de la nave principal, apretados, pues dentro de la iglesia tampoco cabía un alfiler, y eso que tiene buen cabedero...

»E procedió don Diego ungiendo a la criatura, dándole la espada y el cetro, y, de hinojos el muchacho, lo coronó con una diadema que fuera de la reina Sancha, la esposa del rey Fernando, la que enviasteis vos, y tan chico como es todavía vuestro señor hijo, aún le quedaba grande... Y ya lo hizo sentar en un trono y celebró misa de acción de gracias entre muchos cánticos sagrados. Luego el obispo, después de que el mozo tocara con sus manos el clavo de hierro del báculo del señor Santiago, mismamente como si fuera un peregrino, se lo llevó a su casa y celebró un gran convite de ochenta platos, y dio de comer a toda la vecindad y a los foráneos hasta el hartazgo...

»Al día siguiente, los condes de Traba se llevaron al niño a sus posesiones. Lo que enojó a don Diego y a otros señores.

Muchas veces nos contó el conde Fernando lo que antecede, por tratar de que mi madre sonriera, queriendo sacarla de aquella abulia en que se encontraba y apartarla de sus penas: de la imagen de su marido persiguiéndome a mí con una hacha bifaz y de la del conde Gómez descabezado y en bragas. Pero mi madre había perdido la sonrisa y apenas hablaba. Y se lamentaba de que se sucedieran irremisiblemente las noches, una tras otra, una tras otra, pues hubiera deseado no tener que dormir.

Eran las damas las que querían saber más del pequeño Alfonso. De cómo era de alto, de los bordados de sus ropas del día de la gala, de si sonreía... y, cuando les era posible, se llevaban aparte a don Fernando y le demandaban si la criatura había preguntado por su señora madre y, ante la respuesta negativa, comentaban con él, que era pena que el niño no hubiera visto a la reina en tanto tiempo, pues ya ni se acordaría de ella, y se afligían de que su madre no fuera Urraca sino la dama de Traba, aunque reconocieron que lo quería como si fuera su verdadera progenitora, pues que lo había defendido de los rebeldes que cercaron el castillo de Santa María de Castrelo con ella y el niño dentro.

Doña Estefanía todavía preguntaba más cosas al conde: si en la ceremonia de coronación había sido leído el diploma que envió la reina tiempo ha, nombrando rey de Galicia al niño; si habían abierto la sesión en el nombre de Dios y de Urraca, si habían mencionado a la señora a lo largo de la investidura, pues que quería saber a qué atenerse y dónde estaban los señores gallegos. Fernando le respondía a unas cuestiones que sí, y a otras que no, le decía la verdad. La dama unas veces soltaba su lengua, otras rezongaba y otras mostraba alegría, pues que el conde le aseguraba que aunque en su país tenían rey, también tenían reina y que el obispo, Traba y los de la

hermandad, estaban armando un fuerte ejército, el más grande que hubiera salido nunca y hubiera bajado los puertos, para vencer al rey de Aragón, y que venían presto.

Fue la camarera mayor la que convenció a la reina para que escuchara de labios del conde las buenas nuevas que traía sobre la alianza de todos los gallegos para combatir al aragonés, y de que venían hacia Monzón. Urraca sonrió por fin, aunque le duró poco la alegría, pues que Fernando, a más de las noticias, traía otra manda. Él no, él no quería, él no hubiera querido nunca decir lo que dijo, pues que no creía ni creería nunca en lo que dijo, pero lo tuvo que decir porque traía manda de los demás condes y del obispo de Compostela. Por eso dijo:

—Señora, todos los condes gallegos te agradecen que hayas aceptado la coronación de tu hijo como rey de aquellos países, y, alborozados, se arrodillan ante tu majestad, y te juran por única soberana mientras Dios te dé vida, pero te ruegan que destierres a don Gonzalo de Lara para acallar ciertas calumnias que circulan por el reino, pues que se comporta como rey aún estando preso y echa voces al aire asegurando que tiene estrecha comunicación contigo, jactándose como villano en desdoro de tu majestad.

Urraca aceptó aquella sugerencia y desterró al conde de Lara, pues que no le había causado más que problemas hasta la fecha, muy a gusto además, porque carnalmente nada tenía que ver con él. Consultó con sus condes que se manifestaron de acuerdo y contentos, pues que el de Lara estaba preso en el castillo de Medina, pero todavía galleando que si presto sería rey, que si maridaría con la señora, y otras chinchorrerías, como si hubiera perdido el seso o, como decían otros, porque tenía poco seso. Y, puestos todos de acuerdo, mi madre envió a Gutierre Fernández de Castro, su nuevo mayordomo, a Traba, ya liberado por Alfonso de Aragón, y a Gómez de Manzanedo, a buscarlo con el mandado de que lo pusieran en la frontera de Aragón con un caballo y un criado.

Lara, enterado del asunto huyó. El mayordomo lo tuvo a la mano en el castillo de Mansilla, pero logró escaparse y se fue a servir al conde de Barcelona, y vaya con Dios, pues nadie perdió nada con su ausencia.

Y venían los gallegos a marchas forzadas a Monzón a ponerse al servicio de mi madre, con mi hermano, para combatir al rey de Aragón, a los condes de Portugal y a todo el que se pusiera en su camino, a sonando gaitas, reclutando a las gentes de toda condición que les salían al camino, acrecentando las mesnadas, unos doscientos jinetes y quinientos peones que avanzaban, según gustaba de decir Fernando, como el ejército de Aníbal.

Y Fernando me explicaba quién fue Aníbal, un caudillo cartaginés, y lo de que cruzó los Alpes con un tropel de elefantes consiguiendo vencer a los romanos. Lo que me silenció fue que el general fue derrotado por sus enemigos, y estuvo atinado,

porque esta vez nadie, ni hombre ni mujer en la corte de la reina, dudaba de la victoria de nuestros ejércitos. Máxime cuando los prestes y los monjes rezaban en todas las iglesias y monasterios del reino, y las gentes hacían votos y ayunaban por doquiera.

Nosotras nos trasladamos a León a esperar al ejército y a mi hermano, felices, y esta vez no dimos ninguna importancia a que continuaran secas las fuentes de San Isidoro. Ya mi madre más recompuesta de ánimo, pero algo alterada quizá, porque, presto, había de ver y tener en sus brazos a su hijo.

Traba, el primero, y más atrasado Gelmírez, se encaminaban a marchas forzadas hacia la ciudad regia, donde le esperábamos ansiosas. Yo, la primera, porque la última vez que vi a Alfonso era niña de teta. E nos remitió el conde un mensajero avisando que en dos jornadas entraría en la ciudad, que traía más de doscientos caballeros y mil peones, y que había pasado Astorga, tras derrotar a unas tropas aragonesas, capitaneadas por un tal Martín Múruz, personaje a quien había apresado y estaba interrogando. Todo para que Urraca preparara el recibimiento a su hijo.

Pero, pero... ¡Ah, me vienen las lágrimas a los ojos! ¡Doña Galana llora a mares...!

Quiso el Demonio, pues que Dios nunca pudo querer tal —y que me perdone—, que el rey de Aragón hubiera armado un ejército tres veces más poderoso que el de mi madre: seiscientos caballeros y dos mil soldados de a pie, es decir, dos mil seiscientos diablos. Pues que los nobles, los soldados y la mucha gentuza que les acompañaba (gentes de oficio, y sin oficio, de Nájera, Burgos, Palencia, Carrión, Zamora, León, Sahagún y otras poblaciones) llevaban promesa de mucho botín y no se paraban en barras, sino que asaltaban a los peregrinos, cometían sacrilegios en las iglesias, violaban mujeres y asesinaban a hombres y bestias, a todo lo que encontraban en su camino, siempre dirigidos por el Príncipe de los Demonios, por Alfonso I de Aragón.

Estaban acampados los gallegos entre Astorga y León, en un lugarejo llamado Viadangos, a la vera del río Órbigo, juntos ya Traba y Gelmírez con los otros señores, acabando de cenar, celebrando el buen vino y la vianda, haciendo votos para que la gente de Urraca se apresurara a conquistar las torres de la ciudad de León, o a comprar a los guardianes, y de ese modo no tener que luchar y seguir en busca de Alfonso, pues que los prisioneros habían asegurado después de mucha tortura, que el rey se encaminaba a Carrión. Muy albriciados, en fin, prometiéndoselas muy felices, cuando los aragoneses salieron de los bosques que circundaban el paraje como fieras. Tan presto y tan a la brava se presentaron, que más parecían endemoniados, Dios les perdone, pues que los condes Fernando García y Fernando Osorio, ambos primos de mi madre, fueron muertos a espada en la misma mesa de comer, y los demás hechos prisioneros, salvo Diego Gelmírez, que debió correr más que ninguno, pues que, pese

a que le perseguían miles de demonios, todavía tuvo tiempo de llegarse al pabellón de mi hermano, cogerlo en sus brazos y salir a la carrera, seguido de doña Mayor, la dama de Traba, que nunca hubiera abandonado al niño, y perderse con los dos a los ojos de los aragoneses. Puede que fuese el que más corriera de todos los hombres y mujeres que fueron sorprendidos por la tropa enemiga.

Traba fue hecho prisionero.

Los aragoneses, huidos los vasallos de Urraca, celebraron gran festín: comieron la carne que estaba en los asadores, los panes que había en los hornos, y bebieron el vino de los jarros y las copas en las mesas que estaban puestas e hicieron mucho botín.

Al día siguiente, cuando nos enteramos de la derrota y de que Gelmírez había huido camino de Galicia con mi hermano, lloramos amargamente, pero también dimos gracias al Señor Dios porque el pequeño Alfonso se hubiera salvado. Mi madre dijo:

—Ya no soy reina, señoras... Que cada uno tome lo que tenga en el reino, y se apañe...

Y se tendió en su lecho... Estuvo con los ojos abiertos buena parte de la tarde y toda la noche, sin taparse, para coger un frío y, cuando se levantó de la cama, tenía seco el brazo derecho.

Copa, la cocinera, machacó apio de roca hasta hacer pomada e intentó refrotar con el preparado a mi madre, que se negó, y eso que Copa aseguró mil veces que era muy bueno para el dolor nervioso.

Al muy alto señor don Diego Gelmírez, arzobispo de Santiago, la infanta Sancha, parabienes.

El tal Geraldo, el escribano, debería aplicar el mismo juicio a los gallegos que fueron derrotados en Viadangos que a los castellanos de Candespina, pues que aquellos no llegaron a trabar combate sino que huyeron como si fueran mujercuelas... Tú, el que más corraste enbuena hora, porque el Señor te concedió la merced de salvar a mi hermano... Mi madre te lo agradeció en su momento, pero, a lo que voy que no se puede juzgar a la ligera, que hay que estar en el meollo.

Vale. Infanta Sancha Raimúndez. (signum).

Capítulo 19

El brazo seco de la reina.

El capitán aragonés que guardaba las torres de León habló con doña Estefanía incluso antes de conocer la nueva desgracia, la enfermedad de mi madre, lo del —Dios nos asista—, lo del brazo que se le había quedado seco dejándole muerta y sin movimiento la mano derecha. Quiso abrir las puertas de la ciudad a la reina y a su séquito para que huyera a Galicia, porque se esperaba la pronta llegada de don Alfonso le decía, pues que en todas partes hay buena gente, que ya había padecido la reina bastantes desgracias personales y comunales desde que maridó. Se mostraba el hombre dispuesto, no a traicionar a su señor, pues no lo haría ni aún que estuviere en peligro de muerte, sino a enmendar parte de lo malo que hacía su señor, a explicarle a su rey que había dejado ir a doña Urraca por la misma razón que le daba a la camarera, porque ya había sufrido sobremanera la señora. Y se declaró con ánimo para arrostrar la ira de su rey, a ser encerrado en una mazmorra, a sufrir tormento y a ser muerto, pues que habiendo visto a Urraca paseando por el palacio real sin poder mover el brazo, con los ojos perdidos y sin gana de nada, siquiera de vivir, le venía pena tan honda al corazón que no podía soportar la congoja y lágrimas se escapaban de sus ojos. ¡Gran Dios! él que era hombre bragado... Que ya había visto sufrir a la reina en la fortaleza de El Castellar... Que se había mandado echar los agüeros por si se había tornado sensiblero y hubiere perdido valor. Saber cuál fuere su estado de ánimo en cuanto a su propia estimación. Y eso, le pedía a la mayordoma que mandara hacer presto los baúles, presto, antes de que llegara el rey, antes de que se presentaran las nieves, y partiera de León con la señora, aprovechando que estaba haciendo un invierno muy benigno.

Doña Estefanía, ante tales palabras, quedóse estupefacta y consultó con doña Galana y doña María, sus compañeras. Las tres convinieron en que era preciso poner a la reina al corriente. Pero mi madre, que no quería saber ya nada deste mundo, permanecía tendida en el lecho —para coger un frío—, sin permitir que la taparan, sin querer comer, rechazando las cucharadas de sopa que le acercaban a la boca, con los ojos abiertos. Y sin atenderlas cuando las damas le informaban a cerca de que llamaban a su puerta las gentes para que hiciera justicia sin distinguir entre cristianos, moros y judíos, para que se personara aquí y allá y socorriera a viudas y a doncellas pobres, para que vistiera tullidos, ciegos y alunados, redimiera cautivos o visitara hospitales, dirimiera pleitos entre herederos, castigara a homicidas y violadores de

mujeres, para que enviara a los ladrones al cepo, y si reincidían a la horca.

Por eso, la camarera mayor, viéndola tan postrada y que no reaccionaba ni que la reclamaran sus vasallos, llamó a Copa, la cocinera, para que le diera a la señora un bebedizo que les permitiera llevarla en volandas y sacarla de León y, Dios bendito, salvarle la vida.

Copa hizo un cocimiento y se lo dio a beber a mi madre que aceptó, no por gana, sino por tomar algo caliente, y a poco se durmió.

Las tres damas de mi madre, conocedoras de que la ira de don Alfonso no tenía límite, optaron por aceptar la oferta del tenente aragonés y salir ellas solas de León sin consultar a don Pedro Ansúrez, conscientes de que el conde habría de oponerse a sus planes, nada más fuere por la costumbre que tenía, y por no dar a los vientos la traición, que tal era, aunque él la llamare «enmienda», de don Pero Díaz, el hombre que, acongojado por razones personales, asaz difíciles de explicar y comprender, habría de franquearles las puertas de la ciudad. Aparejaron los caballos ellas mismas y partieron raudas en busca de mejor suerte: Estefanía, Galana, María, mi madre y yo, sin condes, sin caballeros, sin pajes, sin criadas, con unos talegos con panes, y que fuere lo que Dios quisiere, camino de Galicia por las Asturias de Oviedo.

Mientras, Estefanía se dirigía a las cuadras para elegir a las bestias: seis caballos y una acémila, Copa, la cocinera, refrotaba el brazo de la señora con la pomada de apio de roca, y las otras damas llenaban unas alforjas con unas camisas y unas bragas, y unos odres de agua, en el mayor sigilo. Porfiaban las camareras si llevarle a la reina unos vestidos y algo más que pan, pues que tenían un largo viaje hasta la ciudad de Oviedo y, con tan poca cosa, a saber si la señora reina habría de pedir limosna como si fuera una menesterosa. A más, que dinero no tenían pues que lo guardaba el mayordomo, y no andaba metido en aquel aguisado, o desaguisado, que iban a llevar a cabo ellas, por su cuenta —tratando de hacerle bien a la reina—, por consejo de un traidor o de un botarate, y sin consultar a los condes consejeros de su señora, sólo encomendándose al Señor Dios, a su Santa Madre también, pero, a saber si sería suficiente. Porque dinero llevaban el que ellas guardaban en sus faltriqueras, unas monedas, pocas, unos cuantos maravedís para comprarle a Sanchica —a mí— lamine, pero no más, nada para trocar con los campesinos, porque era don Gutierre el que abonaba lo que fuera menester. Y hablaban en voz baja, rezongando, y movían la cabeza.

Claro que peor lo llevaba doña Estefanía en las caballerizas, pues que aparejar siete bestias en silencio como pretendía es tarea imposible. No por ella, que sabía guardar reserva y hasta secreto de todo lo que hacía, veía u oía, sino por los bichos que por su natura relinchan y la mula lo que haga. Y claro, ante los sonidos de las bestias, los caballerizos se despertaron y quisieron ayudarla y aconsejarle qué caballos, qué mula, eran mejores para la carrera, para resistir una larga cabalgada,

para hacer paseo o trotar y hasta para hacer cabriolas. La dama los envió a la cama, sosteniendo que no necesitaba ayuda, que se valía sola, que le había aparejado muchas veces el caballo al conde García Ordóñez, su marido, Dios lo tenga con él, por hacerle mayor servicio, pues que lo amó con todo su corazón, y que quería hacer otro tanto con la reina, porque la amaba también con todas sus potencias y sentidos, vive Dios, tanto o más que a sus hijos.

Y, vaya, que la dueña descubrió sus amores a los mozos de mulas y, vaya, que ellos coincidieron con la dama en el mucho cariño que le tenían a la reina, tan desgraciada como era con un marido tirano, con una hermanastra ambiciosa, con un cuñado traidor, con unos condes que no valían para la guerra, pues ¿no habían sido derrotados en Candespina y, ha dos días, en Viadangos?, con un hijo apartado della... pero con unas damas que la querían y con un pueblo que la amaba también, aunque, vaya, no siempre, pues que la habían llamado meretriz... Pero ellos, ellos, los representantes del pueblo en las caballerizas del palacio de León, la querían a rabiar y estaban dispuestos a morir por ella. E demandaban:

—¿Cómo, doña Estefanía, no quiere que le ayudemos con los caballos de la reina?

La dama, viendo lo que había, sopesó la situación y sí que quiso que la ayudaran, es más, les preguntó si eran leoneses —no fueran a ser soldados del rey de Aragón y le estuvieran haciendo burla—, si estaban dispuestos a servir a la señora Urraca en una misión muy especial y peligrosa, y sin preguntar ni qué, ni cómo ni por qué. Ellos asintieron, entonces ordenó a los cinco hombres que aparejaran caballos, que tomaran las armas y que la acompañaran.

Salieron todos de las caballerizas y se toparon con don Pero Díaz, que, ante la estupefacción de los mozos de mulas, los acompañó en busca de la reina y les ayudó a levantarla de la cama, a bajarla al patio, a montarla en el bicho —un señero palafrén—, a sujetarla con correas al cuerpo de doña Estefanía, la reina detrás, pues que irían las dos en la misma bestia, porque no podían llevar carros en su huida, puesto que no salían de León, huían, y la señora estaba inconsciente. E no encontraron modo mejor de llevarla, e ya todos a caballo, la dueña se despidió del aragonés que le hizo ademanes para que le permitiera acercarse y le musitó al oído unas palabras. La dama asintió, y vimos todos cómo cedió el estribo al capitán, y cómo éste se encaramó, se acercó a mi madre y le dio un beso en la frente. Cierto que nos quedamos pasmadas, yo la primera, porque a la reina se le besa la mano, pero no la frente. Y ya salimos a paso lento, tratando de hacer el menor ruido, antes de que tocan laudes, en una noche muy oscura. En la puerta del Norte, el capitán nos deseó parabienes y nos despidió saludando con la mano.

Nos santiguamos y cogimos la vía de Oviedo, en una oscuridad mayor que la que habrá en el Averno, avanzando lentamente por no encender antorchas, para que no

nos viera persona alguna que pudiera estar interesada en nuestra compañía.

Al muy alto señor don Diego Gelmírez; arzobispo de Compostela, la infanta Sancha, que te unas felizmente a los ciudadanos del cielo.

¿Qué es la verdad? La verdad mía es asaz distinta de la tuya... Qué es, de consecuente, ¿la verdad? ¿Lo que uno ve, lo que uno oye, lo que uno cree que ve u oye? Habría para platicar largo de ello... En cuanto a Urraca, sí, como cualquier hombre o mujer tenía lunas amables y otras desabridas, sí. ¿Quién no las tiene? pero de eso a ser «asoladora del reino, enemiga de la paz y la justicia», va un trecho, señor mío, máxime cuando demoraba las urgencias que se le presentaban por dirimir en agravios entre gentes y poblaciones, máxime porque una vez se retrasó y por ello la sitió su marido. ¿E cómo se puede afirmar tamaña necedad, acaso el tal Geraldo también tiene lunas? Pues que mi madre era mujer que cumplía con los preceptos de Dios lo mejor que podía, como trata de hacer el buen cristiano, y atendía a su casa: a mí, a sus camareras, mayordomos, cancilleres, notarios, escribanos, capellanes, criados e criadas, guisanderos, despenseros, caballeros, carreteros, acemileros, etcétera. Ya su pueblo: a condes, obispos, gentes de los concejos y del común sin distinguir entre cristianos, judíos y moros, sin distinguir entre hombres y mujeres, entre jóvenes y viejos... Y, oh, oh, lo que dice della el Geraldo del demonio.

Aquí, en Oviedo, está recién acabado de llover, hace un sol de ir a coger caracoles. ¿Y ahí?

Vale. Infanta Sancha Raimúndez. (signum).

Capítulo 20

Camino de Oviedo.

Tras perder de vista la ciudad de León, los hombres prendieron hachones e iniciamos galope. Las damas se acercaron varias veces a la mayordoma para preguntarle por qué había unido soldados a la expedición; lo del beso del tenente, por otra parte, tan impropio; cómo iba mi madre; si fuere mejor detenerse en algún cobijo al albor para no llamar la atención de las gentes; si se fiaba de la tropa; si sería conveniente darle agua a beber a la señora, porque Copa había cargado la mano en la melisa, que produce sed; si se detenían un momento a orinar, pues que habían de mojar las bragas, vive Dios, y reventar a los caballos, vive Dios, cuatro horas al trote... A más, de echar las tripas del arretrato que llevaban. Pero la dama, o no quería oír las o no las oía por el traqueteo de los cascos de los bichos en las piedras del camino.

Cierto que en su momento se explicó. Cuando pararon en un ribazo a desaguar, a beber agua y a descansar, una vez que la reina fue bajada del caballo por los hombres y tendida sobre una manta, doña Estefanía explicó que se había traído a los soldados porque se le ofrecieron a hacer cualquier cosa por la señora, pues que le tenían mucho amor y en razón de que es mejor ir diez personas que no cinco, siendo a más mujeres, no gazmoñas ciertamente, pero tampoco bravas porque ninguna dellas era la reina de las Amazonas; que habían de correr muchas leguas y cruzar los montes hasta llegar a Galicia, y mejor ir acompañadas, no sólo porque hay hombres por doquiera sino por las fieras salvajes, y ya se extendió en el amor que el pueblo llano de las Españas, a excepción de los pobladores de Sahagún —porque de otro modo no hubieran dicho lo que dijeron en malahora—, le deparaban a la señora, y mientras se mojaba la garganta con un buen trago de vino, filosofaba que tal vez fuera mejor que Urraca gobernara y no los señores en los reinos de la señora, al menos en aquel año, en el año de 1111, era de 1149, en que a los condes se les había estorbado la razón y no obedecían. Y se interrumpía para rezar un Creo en Dios o un paternóster, y las otras damas la escuchaban suspensas, pues que hablaba y hablaba sin atender a la reina que todavía estaba postrada a causa de la pócima que en León le diese la cocinera.

Y seguía con que todos los señores, incluso Bernardo de Toledo, habían estado con Urraca, pero muchos habían cambiado de señor siguiendo al dinero, que es peor que la peste, y que todos la habían querido gobernar; que una puta, vive Dios, no se hace de la noche a la mañana, como dijeron de ella las malas lenguas; entre todos habían conseguido mudarle su recio natural, cambiarle su ánimo entero por otro

tornadizo, tan así, que a la señora la asaltaban múltiples dudas por nimiedades, pues que acometieron contra ella con ardimiento y sin motivo alguno, haciéndose lenguas las gentes de temerarios juicios. Que todo hubiera podido recomponerse obteniendo la dispensa del papa Pascual para el matrimonio, documento éste que hubiera terminado con la mortal discordia entre los cónyuges y hubiera alejado a los dos de hacer tratos dobles... Y en vez de aquesto, Urraca huía de la ciudad de León con su hija, sus tres damas, cinco soldados de las caballerizas —de los cuales no conocía ni el nombre—, sin alféreces, sin criados y, además, con trazas de engaño... Y alzaba la voz para decir:

—No se sabe quién manda en estos reinos... A mejor decir, mandan todos pero ninguno a derechas... Nosotras incluso mandamos más que la reina, pues que la hemos traído sin su consentimiento... E luego dicen que es corajuda, cuando no le damos oportunidad para que se enoje, pues la traemos e la llevamos sin permiso pedirle... Entre todos le hemos quitado todo, amigas e amigos los soldados... E ya puede decir la señora «el rey soy yo», en masculino, que no es ni rey ni reina...

Los soldados coreaban a la camarera mayor:

—¡No es justo que Aragón nos tenga a raya...! ¡Llevaremos a la señora a lugar seguro y tornaremos a hacer la guerra...!

—Don Alfonso tiene aversión a las féminas, lo aseguran los mismos moros —terció doña María.

—¡Ea, callen sus mercedes esas lenguas! —ordenó la mayordoma cuando era ella la que más había hablado.

Doña Galana observó cómo se movía la señora y avisó, y acudimos todas a su lado. Y, en efecto, la reina abría los ojos lentamente y los volvía a cerrar, quizá porque no quería volver a un mundo que la estaba tratando mal en demasía, o porque le dolió que la mayordoma le tentara el brazo seco tratando de estirárselo en vano.

Doña María sostuvo que, en vez de ir a Asturias, debíamos ir al balneario de San Salvador de Caldas de Boñar para que la señora tomase las aguas y los barros y curara el brazo. Pero doña Galana movía la cabeza y me explicaba:

—No podemos ir a Boñar porque está a un tiro de piedra de León y nos apresará don Alfonso.

En el entretanto, mi madre se había incorporado, apoyándose sobre el brazo izquierdo —el bueno—, y preguntaba qué sucedía, dónde estaba, dónde estaba Sanchica, su hija, yo... y fue a responderle la mayordoma pero no pudo hacerlo porque, en aquel mismo instante, doña María volvió la cabeza y vislumbró una tropa armada en la ribera del camino y dio aviso. La reina entornó los ojos para ver quiénes eran, pero no vio nada porque estaba amaneciendo y había poca luz. Doña Estefanía, sin pensarlo dos veces, se fue hacia ellos y demandó:

—¡Por don Jesucristo! ¿Quiénes sois?

—¡Gente de paz! —gritó un vozarrón.

—¡Albricias! —exclamó Galana mientras los soldados que estaban tan sorprendidos como las damas aprestaban sus armas, pues que muchos de los bandoleros que había en el reino, que eran peste porque no había autoridad, empezaban diciendo que eran gente de paz y luego robaban, violentaban a las mujeres y hasta mataban impunemente.

Pero sí, sí, eran gente de paz. Burgueses de León que, enterados de la fuga de la reina, venían a postrarse a sus pies, a servirla, trayendo comida y bebida, y hasta un carro para llevarla al Fin del Mundo.

Un tal Munio, que mandaba a aquella gente, se arrodilló ante Urraca y dijo:

—¡Merced, señora!, somos caballeros villanos, hombres de oficio, de la ciudad de León, venimos a servirte con nuestras armas... Si vas a Oviedo te acompañaremos, si vas a Astorga a buscar a tu esposo, también, sólo tienes que mandarnos, pues recordamos las mercedes que nos hizo tu señor padre, y las que nos hiciste tú, pues no empezaste a reinar, reconociste nuestro fuero.

Y Urraca no mandó ni dijo nada porque no sabía qué hacía allí, en medio del campo, sobre una manta y arrebujada en otras; en camisa de dormir y seca la garganta. En un susurro le pidió explicaciones a su camarera mayor, que le contó con detalle cómo su marido, el rey, tras derrotar al ejército gallego en Viadangos, se había retirado a Astorga, más victorioso que en otras ocasiones, dispuesto a descansar unos días para terminar con Urraca, con el hijo de Urraca, con la hija de Urraca, y con los condes y las damas que la acompañaban. Lo del tenente aragonés de la ciudad de León que, como la había visto sufrir en la fortaleza de El Castellar y la veía padecer en las torres de León, se había apiadado de ella y le había franqueado las puertas de la ciudad —aun a riesgo de que don Alfonso le tachara de traidor y lo mandara ahorcar como a villano, Dios tenga a bien templar su brazo vengativo—, para que huyera a Oviedo por el camino de las Asturias, por el camino contrario al que llegaría en breve el rey Alfonso como una vorágine con su ejército de bárbaros. Que el obispo Gelmírez había huido del lugar de la batalla con el pequeño Alfonso y una dueña, posiblemente doña Mayor, la condesa de Traba, y bien podía ser encontrarlos en la vía de Oviedo, plegue a Dios, y ya le dio conocer cómo los soldados de las caballerizas se habían sumado, de grado, a su determinación... Su determinación: llevarse a la señora Urraca a Oviedo para salvarla de los peligros que la amenazaban en la ciudad regia, sí, por su cuenta, sí... Vive Dios, sin preguntarle, sí, para que no se negara a abandonar la plaza, sin consultarle siquiera al conde Ansúrez ni a los demás, por lo mismo. Y ya le dijo que unos burgueses se les acababan de juntar para acompañarlas a donde quiera que fueren y terminó diciendo:

—E mándeme matar la señora o sacar los mis ojos, que yo he cumplido con mi deber y con mi conciencia salvándola de su esposo... E sepa que yo organicé el

engaño y la dormición, que las otras damas se sumaron a él, pero que la autora del plan soy... E mándeme cargar de hierros la señora Urraca...

Una lágrima resbaló por las mejillas de la reina, varias más por las de la mayordoma, muchas más por las de las damas, los soldados y los burgueses, y por las mías un torrente...

La reina, enterada de aquellos avatares, sonrió todavía desde su lugar en el suelo, y le dio la mano que tenía sana, la izquierda, a doña Estefanía, a sus damas y a todos hombres, y a mí me dio besos, y se incorporó y pidió ser vestida.

Los hombres se retiraron al camino. Las damas, haciendo un corro en derredor suyo, la vistieron, diéronle un vaso de vino y repartieron así mismo a todos. Urraca se lo bebió de un trago, hizo una mueca y ordenó:

—¡Ea, vayamos a Oviedo!

Montamos en los caballos de repuesto que traían los burgueses y emprendimos galope. Una buena compañía, a lo menos treinta personas, todas dispuesta a morir por mi madre.

E iban los leoneses abriendo camino de tres en fondo con sus pendones, luego nosotras las damas, sin enseñas. A la diestra, Estefanía, Urraca en el centro y Galana conmigo a la siniestra, detrás María, y los caballeros. Mi madre preguntaba a la mayordoma sobre todos los sucedidos, y ella repetía una y otra vez todo por lo menudo. La reina decía que había hecho bien, que ella también la hubiera salvado del mismo modo de no haber otra manera, y ponía énfasis en sus palabras al reconocer que quizá no hubo otra manera, pero le venía una lágrima a los ojos y otra y otra, y musitaba:

—Te lo agradezco, Estefanía, pero otra vez no lo hagas, no me salves... Déjame morir, que estoy cansada, harta, que tengo para mí que estorbo a demasiada gente en este mundo... Déjame morir, Estefanía... Eso sí, ocúpate de Sancha y le daba la mano sana a su camarera.

Pero, aunque hablaba bajo, todos la oíamos porque el viento también sentía pena della y nos traía sus palabras. Y que a hombres y mujeres nos ponía en llanto.

La compañía de Urraca tuvo que dejar las lágrimas, porque los hombres de la retaguarda, a la hora de mediodía, avistaron una tropa que nos pisaba los talones levantando mucho polvo, y el tal Munio, el burgués, organizó ocultarnos fuera de la vereda, entre unos árboles.

A poco, avistamos el pendón de la reina Urraca, el del conde Ansúrez, el de Gutierre Fernández de Castro, el mayordomo, y los de otros señores, y, alborozados de encontrar gente amiga, salimos a su encuentro y nos juntamos a ellos.

Los capitanes se arrodillaron ante mi madre y le besaron la mano sana. Don Pedro puso cara de reconvenirla, cara que conocían muy bien las camareras y la interesada, pero no lo hizo, sino que comenzó a hablar atropelladamente, informando a Urraca de

que el pequeño Alfonso, Gelmírez y la condesa de Traba nos precedían en el camino hacia Oviedo huyendo del tirano por el único camino habiente y, aunque venía agotado por la larga cabalgada, insistía en volver al camino cuanto antes para llegar a la noche a Villamanín, en la subida al puerto de Pajares, dormir dos horas y seguir hasta encontrar al obispo... Y en esas estaba el conde cuando empezó a llover con enormes goterones.

Cayó una lluvia muy gruesa y cerrada y, además, comenzó a hacer un frío del demonio. Nos arrebujamos en las capas, que, vaya, siempre con tantos baúles, y ahora casi de vacío, no eran aguaderas y, a poco, estábamos todas caladas hasta los huesos, pese a que nos entramos en el carro, y no había donde cobijarse por aquellas latitudes.

Y todos ensopados llegamos a sobretarde al caserío de Villamanín, llamamos a una puerta y nos abrieron. E también otras puertas de otras casas, y los hombres y las mujeres nos distribuimos por ellas. La vecindad se alborotó un tanto, pues que no estaban acostumbrados a que la reina llamara a su puerta y pidiera cobijo, comida caliente, ropa seca, fuego para calentarse y una tina para baño, y, a más de alborotarse, se aturullaron pero la sirvieron con buen ánimo.

La propietaria de nuestra casa, la viuda Lupa, sacó una caldereta de carne y berza. Mi madre untó pan en el puchero con sus condes y sus damas, que se aplicaron al condumio, todos a una metiendo la cuchara, sin hacer remilgos, y la tal Lupa no quiso cobrar, pero Urraca hizo que don Gutierre le diera una bolsa de dineros para que la repartiera con los otros vecinos que también habían dado de comer a su compañía.

Y estábamos acabando de mojar el pan cuando se presentó Munio, el capitán de la tropa de los burgueses de León, para decirle a la reina que, según le habían informado los vecinos, horas antes habían pasado por allí dos personas, un hombre y una mujer, gente de estirpe, vestidos con buenas ropas y bien comidos, llevando a un niño, a un mozuelo de cabello rubio. Que pretendieron comprar caballos sin dinero, pues que no llevaban, prometiendo enviarlo, prometiendo el duplo y más, más tarde cuando llegaran a Compostela. Que el hombre decía ser obispo de aquella ciudad, y la mujer condesa de Traba, o algo semejante, y el niño que era rey, lo que dio un ardite a los vecinos, hartos ya de ser expoliados por los mil ladrones que pululaban en el camino de León a Oviedo, además que ellos no tenían rey, sino reina, a la señora Urraca, la hija del emperador Alfonso, Dios lo tenga con Él. Y eso, no les vendieron, les dijeron que ellos también eran obispos, condes y reyes en su pueblo, y los mandaron con viento fresco. Y los tres personajes no sólo se fueron con viento fresco sino con mal viento, pues que cambió el tiempo, se echó a llover recio y seguro que ya nevaba en el puerto de Pajares.

Y Urraca y los condes comprendieron perfectamente lo que no entendieron los vecinos: que las tres personas eran el pequeño Alfonso, el obispo Gelmírez y la

señora de Traba y, naturalmente, emprendieron carrera, pese a que Copa perseguía a mi madre con la pomada del apio de roca tratando de aliviarle el brazo, que ya movía un poco, y pese a que las gentes les aconsejaron no salir, porque el Pajares estaría ya todo nevado, y era asaz peligroso, que una nevada en aquellas cumbres podía durar todo el mes de diciembre, incluso todo el invierno... Y la tal Lupa trató también de disuadir a mi madre, pues que echó el agua que le cupo en el cuenquillo de la mano al fuego de la chimenea y, vaya, que crepitó malamente tornando las llamas de rojas en verdiazules, avisando de alguna desgracia que no fue capaz de concretar, y se agarró a su saya queriendo detenerla, pero Urraca la soltó con su mano buena y se la dio a besar.

E dejamos aquel caserío como si fuéramos espectros, pues, ante aquella urgencia, tomamos mucha carrera, e ascendimos la altura de Pajares, poca, por la vertiente sur, pero, al coronar la cima, se presentó la nieve, primero, una señal, luego un palmo, luego un codo, dos codos y luego casi una vara, y era muy penoso andar camino abajo. Es más, los caballos se revolvían, pues que la blancura de la tierra les impedía ver si pisaban tierra o precipicio y, atemorizados, no querían dar un paso, y el carro, que habían traído Munio y los suyos, donde íbamos nosotras, muy abrigadas con mantas, se atascaba en el camino. Y ya podían los hombres poner ramas bajo las ruedas y empujar, y pegar cintarazos a las bestias, que no podían con él por la mucha pendiente y porque los animales se encabritaban. Y bajamos las damas del carro, y yo tuve miedo, pues que, aunque los que nos precedían habían hecho un pequeño corredor en la nieve, como era bajita, no alcanzaba a ver lo que hubiere por encima de la capa blanca, y se me hacía inmenso el manto de nieve, y pensaba que habría de morir allí enterrada, con todos los demás. A más, que descargaba recio el cielo, y caía más y nieve nueva sobre la vieja.

Los hombres comenzaron a maldecir, lo primero que suelen hacer los hombres ante una dificultad, como si la maldición la arreglara, y en esas estaban jurando, cuando doña Estefanía los llamó al orden, y dijo de rezar en vez de jurar, e se hizo un espeso silencio. El conde Ansúrez y don Gutierre con las caras rojas, Munio y los suyos, dada la rivalidad que existe entre nobles y burgueses, sonriendo pese a la dificultad del momento, de que una mujer reprendiera a los capitanes, e interesados por ver cómo terminaba aquella pelea que no había hecho más que empezar. El caso es que se hizo un espeso silencio, y que se oyó aullar al lobo en la lejanía y, cerca, una voz, que no era de animal, sino de hombre, que era, vive Dios, la del obispo Gelmírez. Tal gritó el conde Pedro y se echó a correr, a trancas y barrancas, como podía pues era viejo, y todos, abriéndose paso entre la nieve y sorteando a las bestias, lo siguieron. Nosotras un poco atrás pero, cuando llegamos al lugar, tras unas trescientas varas monte abajo, hallamos a un hombre de espeso vozarrón, tendido en el suelo que pedía auxilio. Los hombres le prestaron ayuda, como hacen los buenos

cristianos entre sí, y vieron, cuando trató de alzarse, que guardaba un bulto debajo, y le dieron las manos para que se incorporara, e ítem más a lo que guardaba, e llegó mi madre pidiendo paso, precedida de doña Estefanía dando codazos, conmigo agarrada a su saya, e vimos, e vi a un mozuelo, bastante aturcido, que miraba sin ver, e oí la voz de mi madre:

—¡Alfonso, hijo, soy tu madre!

—¡Alfonso, Alfonso, soy tu hermana! —grité yo.

Pero mis palabras se perdieron entre las de Urraca, que era la única que hablaba en la bajada del Pajares, pues los demás contemplaban una escena singular: a una reina, a un rey chico, a un obispo y a una compañia, encontrándose en la cuesta de un monte nevado y dándose albricias. Dándose albricias los adultos, pues dama y obispo se dieron las manos, pero el pequeño rey de Galicia se escondió detrás de su salvador, de don Diego, e no quería salir, ni aún a beber el orujo que le presentaba don Gutierre. Quizá porque su madre putativa, la señora de Traba, estaba muerta unos pasos más arriba, tal sostenía Gelmírez señalando a la vereda. Y los hombres se preguntaban por qué no la habían visto:

—¿Dó, dónde?

El obispo señalaba a la siniestra, y se envolvía en unas mantas bastante mojadas que le daban las damas de la reina, pero había caído la noche y no se veía nada. Doña Estefanía se hacía cargo del niño, que estaba con las ropas empapadas, aterido de frío, con gotas de hielo en las cejas y sin poder hablar. Y Urraca, la verdadera madre, se llevaba un chasco, otro, pues que su señor hijo no le había mirado a la cara, y yo otro tanto, por lo mismo.

Doña Estefanía se llevó a Alfonso y a don Diego al carro que se había quedado atascado en el camino, hizo subir a los dos, envió a los soldados a buscar ramas, pidió un escudo de hierro y una antorcha. Echó varias ramas en la cavidad del arma y trató de prender fuego, pero no lo consiguió porque la leña estaba casi chorreando. A punto estuvo de quitarse la braga —tal dijo después— para encender la hoguerilla que tal pretendía, la muy necia, pero doña María, muy atinada, le acercó un capillo de la reina milagrosamente seco, pues que allí, en el Pajares, todos, y todo, estábamos ensopados, y, vaya, que prendió la leña, y los rescatados de la muerte pudieron calentarse un tantico, aunque más que nada se ahumaron, dentro del carro sucedió lo mismo que cuando se ahuma el salmón o el jamón de cerdo, y hubieron de salir.

Don Pedro Ansúrez decidió tornar a las casas de Villamanín para encontrar cobijo, pero Munio habló de una mina cercana que estaba abandonada, y allí nos encaminamos todos.

Tras descender unas trochas a la vacilante luz de las antorchas, los muertos del frío del Pajares hallamos una mina, a lo menos del tiempo de los romanos, y en ella a un pastor con su rebaño y dos perros; leña y un puchero hirviendo con pote. Y

aquello nos pareció un gran festín y, como ya había ovejas y canes, entramos también a los caballos y a las mulas, aparte de para salvarlos de la helada, para que nos dieran calor. Pero el caso es que entre tanta gente y tanto bicho, los hombres estaban asaz apretados y pote sólo hubo una cucharada para cada uno, tan poco que no les bajó del gaznate. Porque lo primero eran las mujeres y los niños, yo me bebí una buena taza, luego el obispo que estaba mucho más aterido que los demás, pues que había estado varias horas tendido en la nieve, tapando con su cuerpo al rey de Galicia y echándole el aliento para darle calor, y luego los demás.

Mi madre no quiso pote y sus damas tampoco para que hubiera para los hombres. Se dedicó a frotar con su mano buena el cuerpo de su hijo, que estaba tapado con una renegrida manta perteneciente al pastor, eso sí, seca. Pero no estaba contenta, no. Estaba apesarada del mundo, de todo lo que hubiere en el mundo, de todas las personas que vivían en el mundo, o de casi todas, y de su hijo que, siendo hijo, todavía no le había mirado a la cara y, como súbdito que era, aún no se había arrodillado ante ella ni le había besado la mano. El niño quería alejarse de ella, y resguardarse detrás de don Diego, como si tuviera miedo... E daba un paso hacia el obispo, queriendo separarse de su madre, quizá no de su madre, sino de la mujer, en razón de que era hombre y había cumplido los siete años, e, tan manifiesto era lo que el niño hacía, que don Diego le dio un pescozón, e ya Alfonso se dejó hacer, se dejó secar que falta le hacía.

La mina Talessa, el caldo y las ropas del pastor salvaron a mi hermano y al señor obispo —que tuvieron los dedos amoratados durante bastantes horas—, y a todos los demás, de una muerte certera en el descenso de Pajares.

A los dos días, mejorado el tiempo y todos recompuestos, con la ropa seca, aunque no limpia, dejamos la cueva y volvimos al camino de las Asturias. Para entonces mi hermano ya hablaba con mi madre y se dejaba hacer carantoñas.

En el ínterin, don Diego platicó con Urraca, pues no perdió la voz en el trance, y se inclinó ante ella como vasallo que era. Mi madre lo alzó, le besó el anillo de su dignidad, que él se sacó de la faltriquera y se lo colocó en el dedo anular de la mano derecha cuando empezaron a remitirle los morados, y habló largo con él, solos los dos.

Los condes, mientras esperábamos a que remitiera la nevada, cuchicheaban entre ellos con insistencia y hacían cábalas sobre si el obispo estaba sacando partido de haber salvado al niño, pues escuchaban retazos de conversación y estimaban que le estaba pidiendo a la reina media Galicia; que los condes gallegos volverían a rebelarse si Urraca accedía a sus pretensiones; que un negocio era que le contara a la señora con todo detalle su malaventura de Viadangos para que ella le agradeciera que hubiera salvado la vida del pequeño Alfonso y, otro, que quisiera toda la tierra entre el Tambre y el Ulla para agrandar su señorío, pues que si la dama se la daba, el rey de

Galicia sería él, y no Alfonso.

Urraca dejaba de platicar con don Diego para acercarse a mi hermano, que enseguida habló y jugó conmigo, y mirarle y tocarle la cara y las manos y preguntarle si necesitaba alguna cosa, como si allí hubiera algo que dar, si estaba a gusto, como si se pudiera estar a gusto y, una y otra vez, terminaba diciéndole que llegaría a quererla muy pronto.

Don Diego dejó de hablar con mi madre para celebrar funeral a doña Mayor, la condesa de Traba, cuyo cadáver apareció en la vereda del camino, donde él había señalado, y con los condes apenas cruzó palabra, pues que le era muy penoso narrar la derrota de Viadangos.

Mi hermano me quiso a mí antes que a mi señora madre, que era también la suya. Galana me dice que por esas cosas que hacen los hijos, que no ven las urgencias ni las cortapisas que tienen, o sufren, los padres. Pero, sería necio negarlo, me holgó sobremanera que me quisiera a mí la primera. Las damas decían que el niño sorprendido y exánime en la cima del puerto de Pajares, como era muy chico, no vio las enseñas de la reina y que por eso no reaccionó ante su madre y señora, sino que la tomó por una mujer del común, pues a menudo las mujeres del pueblo se le acercaban, y tuvo miedo y se escondió detrás del obispo, la única persona que conocía de toda la compañía, pero que, perdido el primer miedo, dejó hacer de madre a su madre, que le quitó el frío frotándole con la manta delante de la hoguera, como haría cualquier madre, y eso que le dolía mucho el brazo, y luego se dejó tocar y besar y, presto, era él el que le iba a pedir besos y arrumacos.

Y Urraca, aunque a mí me desatendió un tantico, fue feliz del puerto de Pajares a Oviedo, e ítem en la ciudad, pese a llegar con sabañones en las manos y las orejas, porque, amén de estar con sus dos hijos, le había mejorado el brazo seco y ya podía manejar la cuchara, e sus camareras ya no tenían que darle la comida a la boca. Además que la gente la aclamó, recibéndola una gran multitud con una gran asonada de trompetas murallas adentro. Y murallas afuera, un buen número de albergueros con mucho follón de voces, pues nos tomaron por peregrinos, y se escandalizaron al ver que no llevábamos candelas encendidas, como es costumbre que entren los peregrinos en esa ciudad; pero es que estábamos agotadas hasta la extenuación y llenas de polvo, y no caímos en el asunto de las velas.

Nos dirigimos al antiguo palacio real convertido por mi señor abuelo en hospital de pobres, llamado ahora Hospital de San Juan, lugar donde el rey se había reservado unas estancias para cuando visitara Oviedo, y nos instalamos.

Al día siguiente, en la cámara de la Catedral, acompañadas del obispo, veneramos el Arca Santa, un magnífico relicario de más de una vara de largo, fabricado por los discípulos de los Apóstoles y traído a Oviedo, según unos por mar, según otros por tierra, después de haber morado en varias ciudades musulmanas, y que contenía lo

mejor de la cristiandad: doce joyeles con un pomo lleno de leche de la Virgen, otro con sangre de Nuestro Señor; un trozo de la Santa Cruz, otro de la cuna del Niño Jesús, un retal del Santo Sudario, un trozo de la vara de Moisés y un cuenquillo con maná del desierto, vaya, lo mejor de la cristiandad. Y también nos postramos ante la imagen de San Salvador.

Tras descansar una semana, y comer mi hermano y yo los almendrados, llamados carballones, hasta ponernos malos, seguimos hacia Compostela en pleno invierno, pero mi madre no quiso que mi hermano ni yo sufriéramos las inclemencias del tiempo, y nos dejó en el castillo de Orcellón con doña Galana, y ella continuó por las montañas de Asturias a Lugo.

En la ciudad del Apóstol, ya mejorada de su brazo seco merced a los buenos oficios de Copa, fue recibida con pífanos y atambores, visitó la tumba del señor Santiago y otras santas reliquias, encomendó el reino al Santo y, después de una solemne ceremonia, oró al Salvador del mundo postrada en el suelo a la vista de todos, largo rato. Al siguiente día hizo donativo a aquella santa iglesia de toda la tierra entre los ríos Tambre y Ulla, y, a cambio, recibió del obispo y sus canones cien onzas de oro y doscientas marcas de plata para continuar las guerras contra su esposo, que, otra vez con el conde de Portugal, seguía asolando las tierras de León y la propia ciudad.

Al muy alto señor don Diego Gelmírez arzobispo de Compostela, la infanta Sancha, tengas salud temporal.

¿Cómo puedes admitir que el Geraldo escriba: «El ánimo de la mujer es débil y rápidamente se desorbita. Mejor es maldad en hombre que bondad en mujer»? Lo sé porque deben circular copias de la Historia compostelana... Tú disparatas con el Geraldo. Pues que Dios creó al hombre y a la mujer en el mismo día, al hombre antes, es cierto, pero seguido a la mujer, y les encomendó a cada uno una función, a uno la de ser hombre y a otro la de mujer. ¿O no? A más, les ordenó a los dos que se multiplicaran y llenaran la tierra de su descendencia, saliendo perdidosa Eva, pues que había de traer los hijos al mundo, sin dolor ciertamente, pero no dejará de ser molesto parir, digo yo, aunque no haya dolor, e, de consecuente, me pregunto ¿en cuál de los dos tenía más confianza el Señor en Eva o en Adán, en el hombre o en la mujer, para confiarle tan alta tarea de buenas a primeras, pues que Adán sólo tenía que hacer el acto carnal para cumplir con la divina orden, y holgarse con él pues se diz que los hombres se huelgan con el acto? Repito, ¿en quién tenía más confianza el Señor?

Vale. Infanta Sancha Raimúndez. (signum).

Capítulo 21

Tropelías del rey de Aragón.

Nunca supimos qué sucedió con aquel Pero Díaz que había franqueado las puertas de las torres de León a mi señora madre tan incomprensiblemente aunque el hombre explicara sus razones, pero oímos hablar abundante de don Alfonso, de sus diablos aragoneses y del conde de Portugal, otra vez aliados. Otra vez entrando en las villas de mi madre, descansando en ellas dos o tres días, comiendo y bebiendo y, luego, quemando el trigo y la avena y los toneles de vino, o saqueando lo que había quedado al marcharse para que los habitantes rehicieran sus haciendas y volvérselas a arrebatar a la primavera o al otoño siguiente, como siempre, como si fueran las furias del infierno.

Y ya no era que, cuando nació Urraca, cantó el gallo a destiempo, ni que se secaran las fuentes de San Isidoro ni que se malograra la uva en la tierra burgalesa el día de sus bodas, ni que se le hubiera quedado el brazo seco por un tiempo, ni siquiera era la ira de Dios... Era la ira de Alfonso...

Cierto que supimos también que Alfonso y Enrique en la primavera de 1112, era de 1150, se quedaron sin dineros para abonar las soldadas a sus respectivas tropas, y que no tenían siquiera pan para darles. Mi madre se enojó sobremanera cuando conoció que aquellos dos bellacos, que otra cosa no eran pese a su prosapia, se habían puesto de acuerdo en tomar por la fuerza los tesoros de la iglesia de San Isidoro de León, y que llevaron a efecto tan sacrílego despojo, arrebatando de bajo las vestes de los canonjes, que querían ocultar lo bueno que había en el monasterio, cruces, cálices, candelabros, incensarios, arquetas, relicarios, aljofainas de oro, de plata, de esmalte y de piedras preciosas. Que, al parecer, entró primero la gente del rey y arrambló con los vasos sagrados, pero el conde quiso su parte, y Alfonso, después de llevarse el arca con las reliquias de San Isidoro, que estaba toda guarnida de oro y piedras, el cáliz de calcedonia, revestido de oro; la cruz mayor con su crucifijo de marfil, y el frontal del altar mayor chapado también en oro, como el conde quiso su parte le dijo: «Ve a por lo que queda, primo», y el primo se llevó el cobertor, el arca y el cáliz del abad y, como le pareció poco aún, recibió también el cáliz de calcedonia.

Cuando tales dislates se conocieron en Compostela, mi madre, de primeras, no se lo creyó. El obispo tampoco, porque no en vano don Alfonso había regalado a la santa iglesia compostelana cruces y tesoros. Pero, cuando bastante gente corroboró el expolio, a más de creérselo, pues que la obligaba la dura realidad, convino con el

obispo en que había de reparar tan gran mal, y le compró a don Diego varias reliquias de santos y santas, muy buenas todas, y las envió a San Isidoro guardadas en cajas de plata y marfil; donó al monasterio mucha tierra y privilegios, y hasta mandó aparejar su sepultura en aquella iglesia, Dios se lo tenga en cuenta.

Cierto que se supo también que Alfonso y Enrique fueron despojados de su botín por unos ladrones de los muchos que pululaban por los caminos, que les arrebataron todo: veintidós mil marcas de plata, ciento veinte cabalgaduras, tanto mulos y mulas como caballos, escudos, espadas, y otros mil despojos.

—¡Dios ha hecho justicia! —exclamó Urraca ante su corte, mandando a buscar a los ladrones, pero fue tiempo mal empleado, porque no los encontraron nunca. Debían ser gente avisada que se fueron a vender su botín al Languedoc o más lejos a la Francia o la Germanía.

Y, pese a lo que Urraca hizo, lo de comprar otras reliquias para el monasterio de San Isidoro, los maledicientes, que eran cientos, los que no la dejaban vivir, los que todavía hablaban de sus comunicaciones con los condes Gómez y Lara y otros despropósitos, sostuvieron que los que acometieron contra la iglesia, lo hicieron con licencia de la infame reina, que, desalmada e incapaz de corregirse, no temía la ira de Dios.

Alfonso de Aragón que no tenía un cuarto, como va dicho, enterado de que mi hermano andaba en Simancas con su séquito, pues que mi madre deseaba que, el que había de ser rey, conociera sus reinos, pretendió recluirlo en Ávila —ciudad poblada y amurallada por mi señor padre, el conde Ramón—, porque tenía allí aficionados y hasta un gobernador, de esos que ponía en fortalezas y villas fueran suyas o de Urraca, pretendiendo pedir rescate y conseguir dineros para pagar a sus tropas, muy descontentas ya. Previo, envió a los moradores doce caballos ricamente enjaezados, treinta telas de cendal fino, doce vasos de plata, la espada de Alfonso VI que le diera su esposa de regalo de bodas, y al gobernador y al alcaide seis caballos para cada uno. Entonces, mientras sus tropas envolvían el cortejo de mi hermano, que hubo de refugiarse en la ciudad para no caer en manos del tirano, él pidió vecindad a los pobladores.

El alcaide accidental de la ciudad de Ávila, en ausencia del permanente que estaba corriendo moros por la orilla del Tajo, juntó al Concejo e informó que el rey pedía hospedaje. Los vecinos le respondieron por escrito que le ayudarían cuanto les permitiera su fuero siempre y cuando hiciera vida con su mujer y guerra contra los enemigos de la fe, no contra el pequeño Alfonso —obsérvese de nuevo cómo las gentes por su cuenta pretendían entender, mediar y hasta disponer en la cama de mi madre—. Y, claro, el rey se indignó, salió de Carrión, situada a cuarenta leguas de Ávila, y se encaminó a la ciudad destruyendo la tierra sin misericordia, para encontrarse que la población, que había recibido al niño, le esperaba pertrechada en

las almenas y con que había muerto su gobernador, pero se contentó cuando conoció que mi hermano estaba enfermo.

El rey envió trompetas a la ciudad dando al pequeño por muerto, Dios le dé larga vida, y solicitando que le abrieran las puertas a él, prometiendo mercedes, buen trato y exención de pechas para siempre jamás. Los de las murallas le respondieron que el niño rey estaba vivo y salvo, y que todos los de la plaza estaban por morir por él contra todos los hombres del mundo, y le rogaron que se fuese a la paz de Dios.

Otro día Alfonso pidió que le enseñaran al niño, que se lo llevaran a su campamento, y dio seguridades, cien rehenes, todos caballeros, prometiendo que de ser cierto que viviera el niño se iría presto. O que si no, le dejaran entrar a él, solo y sin compañía, prometiendo devolverlo so pena de ser fementido y perjuro.

Los hombres del Concejo consintieron que entrara el rey solo y enviaron a unas gentes a tomarle juramento. El rey de Aragón juró con todas las solemnidades sobre un misal y envió a unos para que tomaran juramento al niño y a los caballeros de Ávila, que le entregaron rehenes.

El rey paró caballos cerca de la puerta de San Salvador y fue recibido por la gente del Concejo. No quiso entrar, se conformó con que le enseñaran al niño por la puerta o por la almena. Tal hicieron, subieron a la criatura a la torre de la iglesia del mismo nombre y, desde allí, el mozo le hizo una cumplida reverencia. Alfonso correspondió, tornó a su campo y mandó a los suyos que mataran a los rehenes, mostrando su mucha crueldad.

Después de la matanza Alfonso levantó campo y los de Ávila le siguieron. En una encrucijada de caminos cerca de Fontiveros, uno de los caballeros pardos de la ciudad se armó, alcanzó al rey y lo retó. El aragonés escuchó a aquel hombre, que no quería reyes perjuros ni alevosos, y lo mandó matar.

Los de Ávila clavaron allí una piedra y una cruz para recordar el hecho. Galana se enoja conmigo. Me reprocha que no presenciamos los dos episodios anteriores, que pasamos el año en el castillo de Orcillón, que mi hermano no anduvo por Simancas ni por Ávila, que es todo patraña, que debo escribir sólo lo que tenga por cierto, que de otro modo no hago Historia, pero yo le digo que tachar no quiero... Que los que me han contado estos capítulos, lo han hecho con el mismo énfasis y seguridad que ella cuando me cuenta otros, cierto que a saber qué pasiones esconden las personas en su corazón.

El hecho es que don Alfonso hizo mucho mal por Castilla y por León, hasta en las ciudades del Camino Francés que estuvieron siempre con él. El hecho es que Teresa de Portugal reinaba en todo el occidente, y que Urraca, después de repartir a señores laicos y eclesiales el tesoro de su padre, por ver si conseguía fidelidades y acallaba a unos y a otros, y de emplear lo que le daban los obispos en armar ejércitos, sólo tenía a su lado unos pocos condes tan pobres como ella, y que en su casa faltaban bienes

para subsistir, y damas, escribanos, capellanes y criados pasaban hambre. Porque ya estuviere en Astorga, León, Sahagún, Carrión o Burgos, pues que se le ofrecían urgencias aquí y allá, se asomaba a las almenas y veía cómo los enemigos se llevaban ovejas, bueyes, mulas y jumentos en los continuos asaltos que propiciaba su marido contra ella, ya fuera con fuego, espada, latrocinio, o llamando a tal o cual obispo para consultarle si podía quitarle el reino por adúltera, pese a que había muerto el conde Gómez y a que Pedro de Lara estaba sirviendo al conde de Barcelona de tiempo atrás.

Y un día estaba mi madre en Palencia conmigo y sus damas, dudando entre pedir anticipado a los monasterios del reino o empeñar sus joyas a un judío del lugar que le daba una buena suma, un tanto arrepentida de haber declinado la oferta de doña Jimena Díaz —aquel precioso collar que tenía forma de dragón—. Porque en su casa no había más que un saquillo de lentejas para comer, y nada para mañana, pues que el obispo no quería tratos con ella por lo de su casamiento incestuoso. Se decía, además, en círculos eclesiásticos, que presto habría de presentarse en las Españas un monje italiano, un abad de un monasterio desconocido, cuyo nombre, Chiusa, ni la señora ni sus camareras habían oído, con cartas de Su Santidad Pascual II que había tratado la causa de los reales cónyuges en Roma, a tres días entrante el mes de febrero de 1113, era de 1151, y que venía dispuesto a enderezar o a acabar con el matrimonio de los reyes, y, siguiendo instrucciones, al parecer, el obispo de Palencia le había negado a mi madre dineros y hasta un capellán, y los vecinos tampoco querían saber nada de la reina, no fueran a excomulgarlos. Además, que se empezaba otra vez a hablar de reconciliar a los regios esposos y de renovar los acuerdos de Peñafiel, cuando se presentó una tal Elo en el castillo de Palencia a pedir justicia a mi madre, trayéndole cuatro jamones, doce sacos de harina candeal, dos corderos recién muertos y cinco capones desplumados, suficiente para comer unos cuantos días, en fin; y más, más, un corte de tafetán para un vestido para la señora y un pañito con catorce retales de tela buena pasados por otros tantos cuerpos de santos y santas. Lo que más apreciamos fueron las viandas. Naturalmente, Urraca recibió a la tal Elo, que era pañera de Compostela.

Al muy magnífico señor don Diego Gelmírez arzobispo de Compostela, la infanta Sancha, esfuérzate en agradar en todo al Señor Omnipotente.

Mi hermano ha prometido que dejará dicho que lo entierren en la santa iglesia de Santiago de Compostela. Yo no he prometido nada, mi cuerpo lo dejaré o a San Isidoro de León o a San Miguel de Escalada. Dudo entre un monasterio u otro, si elijo el primero será por estar cerca de mi madre y señora, si, el segundo, porque le tengo devoción.

Vale. Infanta Sancha Raimúndez. (signum).

Capítulo 22

La pañera de Compostela.

Una tal Elo, rica pañera de la risa del Villar de la ciudad del Apóstol, se presentó ante Urraca, que ya manejaba el brazo con soltura, en Palencia. Trajo vianda que fue muy bien recibida, por lo que ya se dijo, y pidió justicia a mi madre. Porque su hijo, un tal Godiano, un mozo de prendas, estaba cautivo del rey de Aragón en la fortaleza de Peñafiel, desde el primer desavenimiento de rey y reina, es decir, cumplidos dos años, y sostenía, alzando la voz, no adrede, al parecer, sino que era mujer de baja condición y de recia compostura, y tenía vozarrón en vez de voz, que, como vecina que era de Compostela y el obispo no la ayudaba en lo del rescate de su hijo, venía a pedirle favor y auxilio a la señora, pues que era viuda y necesitaba al chico para llevar su negocio, para la pañería de la rúa del Villar, pues que estaba vieja y cansada, e iba de aquí para allá, siempre detrás de las tropas del marido de la señora, preguntando por su hijo a soldados bajos y a capitanes, pagando por cualquier información buenos dineros, a uno, cinco maravedís, a otro, diez, a otro, un sinvergüenza ambicioso de lo más, veinte; menguando sus ahorros, con peligro de quedarse sin un cuarto, con amenaza de tener que vender la pañería y ponerse a pedir limosna en la puerta de una iglesia, y nombró los jamones, los corderos y los pollos que había traído para ser recibida, como no se hace, pues que si se da, se da, y no se habla de lo que se ha dado.

Mi madre oyéndola se incomodó y le dijo que la hubiera recibido mismamente con regalos o sin regalos, como hacía con todos sus vasallos, ya fueran ricos o pobres, principales o menudos, y a punto estuvo de despacharla, pero como la vio sufriendo por ser madre, como ella también sufría y había sufrido por el hecho de serlo, pues que los hijos, al parecer, se presentan en las mentes de las madres —estén vivos o muertos— y no se los pueden quitar, la escuchó.

La mujer le pidió veintidós mil maravedís para abonar a los aragoneses el rescate de su hijo, aseverando que ella llevaba veinticinco años pagando puntualmente las pechas que, cada un año, como miembro del gremio de pañeros de la ciudad de Compostela, debía al obispo Gelmírez, que no le había prestado atención ninguna, ni la había recibido en audiencia, y manifestaba sin ningún rubor que había venido a Urraca porque en la ciudad de su residencia, primero era Dios, luego el obispo y, después, la reina, sosteniendo, la muy impía, que ni Dios ni el prelado le habían prestado socorro, y que por eso acudía a la señora para que le diere los veintidós mil

maravedís, y eso, que se había presentado con doce jinetes muy bien armados y comidos, cuyo valimiento costaba un dineral, como si fuera una dama de la nobleza de alguna de las grandes casas de la Tierra de Campos o de León.

Urraca la consoló con la noticia de que ella también tenía a su hijo lejos, que a punto estuvo de ser preso y cargado de hierros por el rey de Aragón, hombre que, si bien era su marido, era muy mal marido, y no habló más del asunto por no sacar los trapos sucios fuera de casa; que el joven Godiano no era la única víctima de don Alfonso, pues que ella, la reina, se encontraba entre ellas, la primera, quizá; que, a más, no tenía dinero, ni era santa para hacer un milagro y liberar al mozo. Y le prometió tenerla presente en sus oraciones.

La tal Elo, el primer día, rogó así; el segundo también, y al tercero alzó la voz a la reina, pues que en los reinos de mi madre todos se creían reyes, pues que no había rey ni reina. Porque Alfonso era el mayor enemigo de gallegos, leoneses y castellanos, y porque a Urraca no le dejaban reinar... Y eso, al tercer día, la pañera alzó la voz a mi madre mucho más de lo que voceaba con su gruesa voz estando calma, y, al cuarto, la llamó puta por lo bajo a la puerta del castillo de Palencia, y los soldados lo oyeron y fueron a contárselo a mi madre que la despidió de la fortaleza, de la ciudad de Palencia y la envió a Compostela que era ciudad de señorío para que le solucionara sus problemas el obispo, es decir, el señor de Compostela y, como la viera que se quería arrodillar para pedirle clemencia, en un tono de voz que no admitía réplica, Urraca la arrojó del palacio amenazándole con mandar que le cortaran la lengua.

A la pañera la sacaron entre varios hombres del gran salón, pues ya se dijo que era mujer recia, y mientras la arrastraban por el suelo gritaba que se había portado mal, pedía perdón y se ofrecía a ser la más leal servidora de mi madre, asegurando que una bruja muy poderosa, que echaba las suertes y era ensalmadora, le había dicho que la solución del negocio de su hijo estaba en la reina, y se revolvía y no quería irse. A punto estuvo de mover el corazón de Urraca que, como reconoció luego ante sus damas, ya no sabía si lo tenía duro como el pedernal o demasiado blando, pues llevaba muchos trabajos; no obstante, la rechazó porque una cosa es perdonar y que no le cortaran la lengua a la dueña, y otra nombrarla su camarera, y eso que con ella todo el séquito hubiera tenido vianda para comer.

En esto Urraca recibió dineros del obispo Gelmírez con el conde Pedro de Traba que, muerta su esposa en el puerto de Pajares por la helada, como va dicho, se había casado otra vez y había dejado a mi hermano con su nueva mujer, hecho que a mi madre no gustó nada, y decidió ir a Galicia.

Nos acompañaron muchos condes: Pedro de Traba, Tello Téllez, Rodrigo Vela, y varios obispos, y aún quiso venir el de Palencia, pero mi madre, del mismo modo que él le había negado dineros y capellán cuando padecimos penuria económica, le negó un sitio a su lado.

Antes de emprender el camino, en marzo de 1112, era de 1152, Urraca vendió por carta a la iglesia de San Salvador de Oviedo tierras y huertas por doscientos ochenta mizcales de oro y diez mil cuatrocientos sueldos de plata. Y ya en la ruta, en Mondoñedo concretamente, trocó con el obispo dos villas por catorce marcas de plata. En mayo, ya en Galicia, donó la villa de Marín al conde Arias Pérez, el hijo del que fuera jefe de la hermandad, y confirmó toda la tierra entre el Tambre y el Ulla para la iglesia de Santiago de Compostela, y nos encontramos con mi hermano, que había crecido mucho y estaba esperándonos tan ansioso de abrazarnos como nosotras a él.

Urraca tuvo que entender en los asuntos de Galicia; dirimir las peleas entre la gente de la hermandad y la del conde de Traba. Para ello convocó curia el día de Pascua, a la sazón el 21 de abril, en Santiago y acudieron todos los señores. Demostrado quedó, vive Dios, que seguían manteniendo entre sí las rencillas anteriores, dejando de manifiesto que continuaba habiendo dos bandos, uno, liderado por el conde de Traba, y otro, por Pedro Arias, el jefe de la antigua hermandad. Urraca envió mensajeros a las facciones que recorrían las calles de la ciudad, ordenando a todos que dejaran las armas, pero había tanta porfía por las calles y callejas, de la rúa Nueva a la Azabachería, que Arias, temiendo por su vida, abandonó la ciudad en lo más oscuro de la noche y se refugió en el castillo de Lobeira, cerca de Villagarcía de Arosa, con intención de sublevarse, esta vez, contra la reina y su hijo.

La reina fue enterada del hecho antes de maitines, y se airó porque, poco ha, le había regalado al hijo del conde una heredad. Asistió a la celebración de la Pascua y salió en pos del ingrato. Y puso sitio a Lobeira por poco tiempo, porque el desagradecido se le entregó, y Urraca mandando a todos a sus casas, puso orden entre los suyos una vez más.

Entrado 1113, era de 1151, la reina se lamentó delante de sus damas de que no podía entender en las bodas de sus hermanas.

A don Diego Gelmírez arzobispo y señor de Compostela, la infanta Sancha, salud.

Me llegó tu carta en mal momento, porque estuve va para quince días con recio resfriado y alta fiebre, pero no me desdigo de lo dicho en mis anteriores, que ya está bien de templar gaitas, como decís en la vuestra, e no me tires de la lengua, que diré más, mucho más. Y eso.

Vale. Infanta Sancha Raimúndez. (signum).

Capítulo 23

El legado del papa.

A primeros de agosto se supo que don Pedro, el anunciado abad de Chiusa, había pasado los alpes Pirineos, con el cargo de legado de Roma. A mediados, que había amonestado a don Alfonso en Carrión instándole a abandonar la ilícita unión de derecho, que no de hecho, que mantenía con su esposa. A principios de septiembre, que en Compostela el abad había platicado largo con Gelmírez, pues quería recabar informes. El obispo fue claro, se contó que dijo:

—Dios libre a las Españas de la boca del león sanguinario —refiriéndose a don Alfonso—. Y puesto que entre el rey de Aragón y Urraca, su consanguínea, existe ya la separación y la desunión, permanezcan, como es justo, separados...

Y más, dijo más. Pero calló lo que le convino callar, lo del primer matrimonio de mi madre, del mismo tenor que éste, por el que, vaya, obtuvo dispensa.

Urraca se mostró sumisa a los mandados del abad y aceptó que declarara nulo el matrimonio por lo del parentesco. E incluso dijo ante sus nobles, algunos de los cuales gestionaban una nueva unión de los esposos, que contrajo nupcias obligada por su padre y por los señores de León y Castilla. Que accedía de grado a la separación, en razón de que no quería ofender más a Dios y porque tenía gran disgusto personal por haber celebrado contrato matrimonial con su primo, y no se extendió más, por lo de siempre, porque los trapos sucios de las familias no se deben airear.

Después de la recepción, sus camareras, y yo misma, la felicitamos efusivamente, pues que hora era de que se separara formalmente del tirano. De aquel bárbaro que andaba asegurando en Rioja sus vías de ataque y contraataque, pues que tenía en su poder las plazas de Belorado, Grañón, Nájera, que era de doña Estefanía, y Calahorra, por el este, y por el oeste ciudades, villas, aldeas, lugares, casas y casales, puesto que mi madre sólo tenía Burgos, Carrión y Sahagún. Y aún él recibía refuerzos de condes del Languedoc y de los burgueses, y a saber si de las bandas de ladrones que, incontroladas, recorrían los caminos, en una lucha de todos contra todos, tomándose rehenes, cargándolos de fuertes hierros, pidiendo cuantiosas sumas para redimirlos, o despojando iglesias y monasterios, llevándose incluso ornamentos sagrados, mismamente como si lucharan contra el sarraceno, como si no fueran todos hermanos en la fe. Y el de Aragón siempre tenía dineros y tesoros del botín que malamente lograba.

El caso es que la anulación del matrimonio no terminó con los grandes perjuicios

que padecían los reinos de mi madre. Sitiada Urraca por Alfonso, esta vez Galana no recuerda en qué ciudad o villa del Camino Francés, pues que andábamos errantes, dice que en Carrión quizá, llamó a los gallegos para que fueran a socorrerla, y les rogó y les suplicó que se presentaran cuanto antes —ay, una reina de León, Asturias, Castilla, Galicia y Toledo, suplicando—, pero como no vinieron con presteza, y su marido apretaba la plaza no sólo con armas de guerra, sino con la pretensión de que Urraca volviera a su tálamo, la reina, no sabiendo qué hacer, convocó a sus nobles a consejo.

Los señores le aconsejaron que aceptase la propuesta de su esposo, don Pedro Ansúrez el primero, pues, pese a que estaba desavenido del rey todavía tenía fe en el matrimonio. Lo mismo que le había dicho don Castan de Biel, que le vino con lisonjas, le pidió mil veces perdón por los malos tratos que había recibido de su señor, le manifestó el propósito de enmienda que albergaba el corazón de su señor e, ítem más, que estaba dispuesto a cumplir fielmente los pactos de Peñafiel.

Y la reina, consciente de que no acertaría hiciere lo que hiciere, no sabía qué camino tomar, pero en esto llegó Gelmírez —posiblemente a Carrión, pues doña Galana se lía de tanto que fuimos y vinimos—, y se postró ante mi madre, después de pasar la barrera de los aragoneses, que le dejaron entrar por ser quien era, creídos de que iba a asistir al consejo de nobles que había convocado Urraca. Excusó su tardanza alegando que había estado dando fuero de vecindad a los habitantes de Compostela y, cuando fue puesto al corriente del parecer de los nobles que deseaban que la reina se juntase otra vez con su marido, el obispo se opuso rotundo, y volvió a echar pestes por su boca del pecaminoso matrimonio. Los burgueses de la villa, enterados del asunto, entraron, muy violentos, en el castillo, tanto que Gelmírez tuvo que huir. Los condes de mi madre, que no le tenían ninguna inclinación, no hicieron nada por cerrar las puertas a las turbas, que no iban contra ellos, pues que estaban por unir a los esposos, es más, rieron viendo al obispo poner tierra de por medio, pues, según las malas lenguas, no paró hasta Compostela, ni a orinar, disfrazado con capa bermeja y sombrero lombardo, como un mercader de los venidos allende los alpes Pirineos.

Cierto que en esta ocasión los nobles de León y Castilla se portaron mal con él, pues que, llegado a su ciudad, juntó a todos los señores de Galicia, armó un ejército y se vino a ayudar a mi madre, que, ay, estaba a punto de reconciliarse con Alfonso por vez tercera.

Urraca sopesó lo que le decían los señores, lo que le había aconsejado el obispo, lo que le había propuesto Castan de Biel, lo que le había gritado la población, la misma que puso en fuga a Gelmírez, lo que le habían recomendado sus damas, que se fuera a un convento con todas ellas que la acompañarían de grado, y pidió veneno.

A mí las camareras me quisieron tapar lo del veneno, pero fue imposible, porque

de reyes y reinas se sabe todo. Lo que hacen, lo que no hacen, lo que piensan y si no se sabe, se inventa, y eso. Y los monjes de San Zoilo de Carrión, suponiendo que estuviéramos sitiadas por Alfonso en esa plaza, rezaban para quitarle a mi madre de la sesera la idea del veneno, y sus damas la vigilaban de día y de noche, hasta cuando iba a la letrina, no se fuera a beber alguna pócima o a comer algo podrido que se la llevara al otro mundo, y le hablaban de su hija y de su hijo. Y doña Estefanía hasta se permitía sugerirle la posibilidad de abdicar y ceder la corona a mi hermano; y su capellán le sermoneaba, se negaba a darle los sacramentos y le avisaba que, si ingería un veneno o se arrojaba por la almena, no sería enterrada en tierra sagrada y que su alma vagaría por el firmamento, sin hallar la paz eterna por los siglos de los siglos. Pero Urraca no hacía caso a nadie, se tumbaba en la cama, sobre el cobertor, sin mantas, para coger un frío, y no pronunciaba palabra.

Claro que, cuando abrió la boca fue para decir, carihoyosa y casi llorando, lo que había expresado en ocasiones anteriores que volvía con Alfonso, que se sacrificaba para salvar el reino, Dios nos ampare.

En Burgos se juntaron los esposos, pero no se fueron a la cama, porque, sin duda, mi madre le había puesto condiciones políticas y personales a Alfonso para tornar con él.

Capítulo 24

Otra vez Teresa.

Don Minaya Álvar Fáñez falleció ante los muros de la ciudad de Segovia defendiendo a la reina, poco antes de que ésta se juntara con el rey, en la octava de Resurrección. Don Enrique de Portugal murió quince días después en una algarra contra moros por la Extremadura de Toledo, dejando un hijo menor y una viuda ambiciosa por demás. Doña Jimena Díaz, la viuda de Mío Cid el de Vivar, dejó este mundo un día de mayo, mi madre asistió al entierro en el monasterio de San Pedro de Cardeña. Don Pedro Ansúrez se fue en junio, de un sofoco, después de que Alfonso y Urraca discutieran en el castillo de Burgos como dos verduleras del mercado, a las pocas horas de que la reina abandonara a su marido y saliera camino de Astorga, con él siguiéndola, pues que cabalgó detrás de ella sin darle alcance; no obstante llegó a sitiarla en Carrión.

Urraca, prácticamente reclusa en esa villa, se quejó de que los gallegos sólo la servían en ciertos momentos, pues que tenían un rey, su hijo Alfonso, pero no una reina, la madre de ese Alfonso, la hija de otro Alfonso, el emperador, la nieta de Fernando y Sancha, la biznieta de Sancho Garcés III el Mayor, ella, Urraca. Echó pestes de su hermana Teresa que le escribía desde Astorga reclamándole el reino de Portugal y contándole por lo menudo el mucho dolor que sufría por la muerte de su esposo, el conde Enrique; y no le contestó. Y, cuando conoció que los gallegos habían bajado los puertos y que venían a liberarla de las garras del aragonés que no la dejaba salir de la villa, se holgó, pero la holganza le duró poco tiempo, pues que se supo que Gelmírez, Traba, Pedro Arias y su hijo Arias Pérez, Fernando Sánchez y otros más, los capitanes gallegos, a punto de llegar a la villa, estaban dispuestos a repetir lo que ya hicieran y dar media vuelta; porque una cosa era servir a la reina en hueste, tal decían, y otra encontrarse con una soberana enojada, presta a castigarles a quitarles sus señoríos porque no la habían asistido con premura. Entonces se contristó. Y motivos tuvo en razón de que los gallegos se creían lo que oían y porque su hermana, viéndose desatendida en sus pretensiones y que no recibía cartas de la reina, envió un mensaje a Alfonso de Aragón advirtiéndole que su mujer quería envenenarle.

Vimos desde las almenas cómo el rey de Aragón levantaba el campamento, cómo a caballo en una jaca de buena estampa tomaba el camino de sus reinos sin volver la vista atrás, dolido, dolido hasta el tuétano, por lo del posible envenenamiento. Tal corrió por el reino. Luego, llegaron noticias de que Alfonso había conseguido

expulsar a las tropas de la reina que guardaban el castillo de Burgos, pese a que la ciudad estaba en manos de gentes leales a Urraca, y salimos, alocadas, a socorrer aquella población, pues lo que explicó mi madre:

—¡Si me quitan Burgos, me dejan sin nada!

Y a poco, los gallegos, corriendo en una noche de grande tempestad, se juntaron con nosotras en la ciudad del Arlazón, y rendimos el castillo, mejor dicho se rindieron los ocupantes, pues que pidieron quince días para entregarse y cumplieron porque su señor no los abasteció en ese tiempo. Y eso, tuvimos Burgos, que era cabeza de Castilla.

Alfonso, que había asentado su campamento en Atapuerca, a cinco leguas de la ciudad, pese a los decires de que estaba muy dolido con su esposa por lo del presunto veneno que le anunció Teresa de Portugal, volvió a enviar a don Castan de Biel para convencer a Urraca de que tornara a su lado. Y estaban en esas, en la sala del trono del castillo —los aragoneses dando razones de peso para la nueva unión, los condes y condesas de mi madre, todos presentes; el alcaide y los burgueses de la ciudad haciendo causa común con las razones que daban los enemigos, aconsejando la vuelta de la reina no sólo al lado del rey, sino al lecho del rey; mercaderes venidos de fuera, de Galicia, Tierra de Campos, Asturias y de otros lugares—, cuando don Diego Gelmírez pidió audiencia.

Mi madre se la dio y, tras las salutations y parabienes que cruzó con él, le señaló una cátedra para que se sentara a su lado, y ya concedió venia a los aragoneses para que continuaran proponiendo lo que habían venido a decir.

E aún no había abierto la boca Castan de Biel, que interrumpió el obispo:

—¡Acabas de escuchar a los mensajeros del rey de Aragón y has asentido a sus palabras, oye, ahora al mensajero del rey omnipotente y guarda sus mandatos en lo más íntimo de tu corazón!

Tal increpó a mi madre, sacó carta del papa Pascual en la que instaba a la separación de los cónyuges, la mostró a todos, levantándose, y siguió con una terrible arenga contra todos los que aconsejaban a Urraca a que volviera al sacrílego matrimonio, pues que amenazó a presentes y ausentes, a los defensores de la ilícita coyunda y del contubernio, con la excomuni3n.

Oído Gelmírez, el pueblo se dividió. El obispo tuvo que salir escoltado; muchos ciudadanos de Burgos quisieron encorrerlo, lo mismo que le habían hecho los de Carri3n, y tuvo que abandonar la ciudad a uña de caballo buscando cobijo en su campamento. Nada nuevo por otra parte, porque en esta historia que escribo, la verdadera historia de la reina Urraca, todo se repite y se repite, salvo que aquel día, a dos días saliente el mes de mayo, viernes, se oscureció el sol durante dos, tres minutos, causando muchos pavores en las gentes todas, pues que vieron en ello malas señaes.

Y así las cosas, unos por la unión de los reyes, otros por la desunión, mientras el general moro al-Mazdalí cercaba Toledo, corría La Sagra y había conquistado ya Zorita y Oreja.

Urraca, pese a los sucesos, quiso enviar a los gallegos al castillo de Berlanga de Duero para alejar al musulmán de aquellos lugares, pero le dijeron que no, que cumplida la hueste regresaban a sus casas, por lo del eclipse de sol, quizá, pues que no se atrevieron a rondar más.

La reina pretendió prender a Gelmírez y envió un piquete de soldados, que, por tener poca industria y menos maña, no lo consiguieron. Y, desairada, fracasada y sin apoyos, volvió con su esposo. Pero, ay, presto hubo de tornar a Compostela a dar satisfacciones al obispo con ruegos y lágrimas, pues que los condes de aquel reino, que no tenían en cuenta la flaqueza de su sexo ni los beneficios recibidos, quisieron ponerle enfrente a su hijo, hablando por boca de mi hermano, sacando la historia de que mi abuelo le había dado Galicia, con título de reino, no de condado, olvidando que fue su madre quien le dio el reino un año antes.

Y, lo que dijo a sus damas, que no podía tener enfrente a su hijo, que no podía sufrir tamaño dolor, que no era como antes, que, ahora, había tenido a la criatura en sus brazos y no podía prescindir de su cariño. Que de sobra sabía que todo era negocio del conde de Traba.

En otro orden de cosas y para mayor desconcierto, el arzobispo Bernardo de Toledo convocó un concilio en Palencia para finales de octubre —aunque luego él no se presentó— para tratar del incestuoso matrimonio. Estuvieron Diego de Compostela, Alfonso de Tuy, Diego de Orense, Munio de Mondoñedo, Pedro de Lugo, Diego de León, Pedro de Palencia, Pelayo de Oviedo y Pelayo de Astorga, como si fueran sierpes contra mi madre, todo en un eterno repetir.

Teresa de Portugal por su parte, seguía insistiendo con lo del veneno y a Alfonso se le revolvían las entrañas.

Al altísimo señor don Diego Gelmírez, arzobispo de Compostela, la infanta Sancha, Dios te salve.

No pude menos que reírme, arzobispo, cuando me vinieron varios señores gallegos a contarme que en la Historia compostelana se habla de ti y se te llama «luz de Galicia». Me reí, pues, ¿qué hay de las virtudes cristianas?

Vale. Infanta Sancha Raimúndez. (signum).

Capítulo 25

El repudio.

Como Teresa insistía ante Alfonso con las pócimas que preparaba mi madre, porque era más falsa que Judas, y los esposos, que a la sazón estaban en Burgos pasando el invierno, reñían sin parar por lo de los venenos, o porque el rey de Galicia fuera rey en vez de conde, o porque el uno y el otro se habían desasistido en tal o cual empresa de guerra, o por el mal genio que tenía cada uno de ellos, o los dos, o en razón de que no se fiaba el uno del otro, a mi madre le dio la ventolera y se largó a León.

Allí nos encontramos con mi tía Sancha, una de las hijas de doña Isabel, la tercera esposa de mi abuelo, que, tras las saluciones y parabienes, le pidió a Urraca que le arreglara su boda, pues que había cumplido catorce años, y otro tanto solicitó para su hermana Elvira que tenía quince.

La reina hubiera deseado posponer otro año más los matrimonios de sus hermanastras, pues que disponía de escaso numerario, y consultó con sus damas que le aconsejaron no retrasar el asunto no se fueran las mozas a volver contra ella, que ya tenía una hermanastra enemiga acérrima —Teresa continuaba con lo de los venenos y Alfonso hacía que un esclavo probara su comida antes de ingerirla, como si no hubiera tósigos de efecto tardo—, y no era bueno tener más, o tener posibilidades de tener más familiares hostiles. Doña Estefanía vendió unas casas que tenía en la ciudad, frente por frente de la iglesia de Santa María de Regla, y le dio los dineros a mi madre a cambio de nada, pues que ella le había dado también a cambio de nada en ocasiones anteriores. Y discurrieron entre varios linajes —cuanto más lejos mejor—, por lo de la portuguesa que no paraba de malquistar. El caso es que estuvimos unos meses distraídas con el negocio de las bodas de mis tiastras, enviando y recibiendo mensajeros de varias casas reales de Europa, y que ellas, las mozas, se fueron contentas como unas pascuas, cada una con doce carros de ajuar, tirados por cuarenta y ocho mulas candongas. Una, a embarcar en el puerto de La Coruña rumbo a Sicilia, pues que había de maridar con el rey Roger; otra, camino del castillo de Medina del Campo —más cerca, sí, pero es que no hallamos un príncipe o un conde de rancio linaje más lejos—, a casar con don Rodrigo González de Lara, sobrino del conde Gonzalo, el de los presuntos amoríos con mi señora madre.

Y eso, nos distrajimos. Pero don Alfonso nos llamó con urgencia a Soria, con don Castan de Biel que se presentó a mi madre para llevarla a conquistar Jerusalén, por ver si, dejando los reyes, por un tiempo, gobernadores en sus reinos, menguaban las

pasiones de las gentes de oficio y de armas en los territorios de entrambos, suplicándole que se diera prisa, pues que tenía planes, buenos planes, y que iba a pedir al papa Pascual que le concediera bula de Cruzada, y que iba a dar pregón a la misma por toda la tierra cristiana.

Y fuimos. Urraca divertida, pues que estaba alegre de haber dotado a sus hermanastras tan espléndidamente y de que éstas hubieran partido agradecidas. Estefanía, enojada consigo misma pues que con las prisas se había dejado el azafate de las joyas y la bolsa de reliquias de la señora en el castillo de León, e porque ya no aguantaba más tanto ir y tornar; a más de un tanto dubitativa, pero conviniendo con Galana y María en que la aventura de Jerusalén les permitiría cambiar de aires, lo que sería bueno para todas. Y yo alborozada, por lo de cruzar la mar.

Debió ser mientras andábamos de camino que le fueron con cuentos a Alfonso de que el conde Gonzalo de Lara iba en el séquito de mi madre, pavoneándose como otrora sobre que pronto sería rey, con dos hijitos, dos niños de teta —nacidos de Urraca—, y un tercero, pues que mi madre, según lenguas dañosas, estaba empreñada del conde. O fuera que Teresa de Portugal volvió a la carga con los venenos que preparaba mi madre y que esta vez le envió la receta de la pócima detallada: un dracma de veneno de víbora diluido en agua clara, un escrúpulo de hierba lombriguera, un manojo de beleño recién cortado, un pellizco de flor del cobre seca, todo pasado por el tamiz y disuelto en vino rojo, asegurándole que se le hincharía la boca, que se le enturbiarían los ojos, estrecharía el aliento y le vendría comezón a las encías, todo ello antes de morir. O fuera que el rey no tenía dineros para pagar la Cruzada o que el Papa le había negado la bula y su bendición. O fuera porque se había celebrado una reunión episcopal en León en la que se dijo: «Aquéllos que se unieron siendo consanguíneos o parientes, sepárense inexorablemente o sean excomulgados», otra vez, porque ya los puso en interdicto don Bernardo en la misma ciudad, hecho que supimos luego pues que los prelados guardaron silencio de los acuerdos conciliares adoptados. O fuera que el arzobispo de Toledo le había presionado más que otras veces, descubriéndole claramente que habría de pudrirse en el infierno si no abandonaba a su esposa. O fuera que preparó una añagaza y engañó, talmente, a mi madre, el caso es que Alfonso, tras salirnos a recibir con mucha gente que asonaba trompas y atambores, nos llevó a vistas, a unos palenques instalados en la puerta de la iglesia de San Pedro. Y, sin más preámbulos, ordenó al obispo Esteban de Huesca, el mismo que lo había casado con Urraca, que leyera una carta, que, ay, resultó ser la del libelo de repudio. Y él, que tantos disgustos había dado a mi madre y señora, cuando el clérigo terminó, se levantó y se volvió a los castellanos y se dirigió a ellos desta guisa:

—¡Lleváosla, no quiero vivir en pecado con ella!

Mi madre, no sé qué pensó en aquel momento, pero los hombres y las mujeres de

su compañía nos llevamos un gran chasco porque la decisión nos conmovió profundamente, a todos, a todos. A los que habían estado por el matrimonio, creídos de que necesitaban un rey que dirigiera la guerra contra moros y tal vez porque se hundía en un instante su lucha de cinco años, y a los que habíamos vivido estrechamente con Urraca porque no se merecía semejante desaire. Los obispos se alegraron sobremanera porque la reina, separada para siempre de su esposo, no tendría más hijos y mi hermano sería su heredero indiscutible, como si no lo fuera ya, y dieron pregón a los acuerdos del concilio de Palencia que ordenaba que fueran cumplidos bajo pena de anatema en Tierra de Campos, Castilla, Portugal, Toledo, Galicia, Asturias, Aragón y Navarra, pese a que no había sentencia definitiva de la Santa Sede, pues tardaría tres años en llegar a las Españas.

Urraca hizo que le montaran su tienda a las afueras de Soria, se tendió en su catre de campaña y, sin abrir la boca ni comer ni querer taparse, para coger un frío, permaneció tres días. Al cuarto, llamó a don Gutierre, su mayordomo, y le pidió que la llevara al infierno.

Los condes de Castilla y León, cariacontecidos y heridos en lo más profundo de sus corazones, se apresuraron a poner en manos de la soberana sus vidas y haciendas, tanto lo que les había dado ella, como lo que tenían de sus casas por honores de reyes antiguos, para que armara un ejército que vengara el agravio recibido. Los burgueses de ciudades, villas y lugares le enviaron legaciones y dineros mostrándole su simpatía y llamándola para que fuera, y quisieron sumar sus milicias a las tropas de la señora. El alto clero ofreció dineros y capellanes, y el bajo clero rezó por ella, pues que, habiendo dejado Soria, como su mayordomo no supo llevarla al infierno, en razón de que no sabía dónde estaba, la reina volvió a pedir veneno.

Porque de hecho el condado de Portugal era prácticamente independiente, Alfonso reinaba en buena parte de Castilla y, después de cinco años de desastroso matrimonio, Urraca sólo tenía el reino de León y una pequeña parte de Castilla: Burgos y las merindades del norte, y Galicia era de su señor hijo —de Gelmírez, sobre todo—. Con todo y con ello, podía decir y decía —lo decía a sus damas— que de los reinos que le dejó su padre apenas le quedaba.

Nosotras le queríamos hacer ver que era reina indiscutible, que estaba libre del tirano de su marido, lo que era mucho, pero cada vez que se lo mentábamos ella tornaba a su cama y estaba varios días sin hablar, sin comer y sin taparse, para coger un frío, y al levantarse pedía veneno. Entre nosotras comentábamos que, gracias a Dios, no le había venido otra vez la enfermedad del brazo seco.

Alfonso prohibió que los burgueses del Camino Francés abrieran las puertas de las ciudades a mi madre, pero en muchos lugares, compadecidos, le franquearon la entrada. Él estuvo varios años haciendo la guerra en las tierras de Urraca, conservando plazas como Castrojeriz y Carrión, y titulándose rey y emperador, hasta

que se marchó a Aragón para ocuparse de la conquista de Sarakusta; no obstante, dejó gente en aquellas fortalezas hasta que mi hermano se las arrebató y le dio su merecido.

Capítulo 26

El pacto del Tambre.

Pasamos la Pascua de Nadal en Palencia con mi hermano que ya había cumplido diez años y, cuando dejó la ciudad, acompañado del conde de Traba, montando un hermoso potrillo, muy erguido en su montura, para ir a guerrear contra el moro por la frontera de la Extremadura de Toledo, contra el almorávide que asediaba al conde Ramón Berenguer III en Barcelona, pese a la voluntad de mi madre que hubiera querido tenerlo más tiempo con ella, llegaron dos noticias. Prima, que los burgueses de Sahagún se habían rebelado a sangre y fuego otra vez contra el abad, ahora, don Ramiro, el hermano de mi padrastrro, pues no querían abonarle la mañería y, la segunda, que una gente italiana, de la ciudad de Pisa en concreto, había arrebatado al sarraceno las islas Baleares (conquista breve, por otra parte, pues que se presentó el emir con todas sus naves y los arrojó de aquella tierra).

De la primera, mi madre me comentó que la gente de oficio de aquella villa era incorregible y que ella, del mismo modo que el abad no le había sacado la cara cuando la llamaron pública meretriz, no movería un dedo por él, máxime, ahora, siendo aragonés; y de la otra, que quizá había gente más valiente en otras latitudes y tal vez hubiera hecho bien en aliarse con condes de Italia o de la Francia, o de más lejos, de la Germania, para que la hubieran ayudado en sus guerras contra marido, obispos y condes de sus reinos. Me dijo:

—Sancha, hija, tal vez tuviera más de lo que tengo, si hubiera sacado mis negocios de casa..., porque el repudio no ha solucionado nada... Sigue habiendo gente en mis reinos partidaria de Alfonso, cunde la rapiña y el desorden... Él está en la Rioja y en la Bureba... Gelmírez es casi un rey en Galicia, y mi hijo sin él no es nada, por eso he de entenderme con el obispo, mal que me pese, porque no hay rey si el pueblo no obedece... ¿En qué he pecado? ¿En que soy mujer? ¡A más, hija, siempre tendré la duda de si mi marido me ha repudiado porque estaba excomulgado o creyendo que soy mujer adúltera...!

Yo me eché a llorar.

—¡Ven, niña, ven! —continuó y me sentó en el halda.

Y, no sé, a veces me digo que tal vez aquel día me di cuenta de que tenía que escribir su verdadera historia. Claro que, no sé, porque había cumplido nueve años y no había pasado de hacer palotes con doña Galana.

E íbamos de León a Burgos en doce días, de Oña a Compostela en otros tantos;

mi madre siempre dando, hasta derecho de acuñar moneda le concedió al abad de Sahagún y otro tanto al obispo de Palencia. En el diploma para el abad firmé yo por primera vez, lo que me complugo, pues que venía a demostrar que me estaba haciendo mayor.

A Compostela fuimos varias veces, unas a orar ante la tumba del Apóstol y a hacer acto de presencia; otras a prestarle auxilio al obispo que tenía a la población revuelta en su contra, pues que las gentes de oficio se sublevaban en todas partes — allende los alpes Pirineos también—, y a poner paz entre los señores, pues que, aunque la antigua hermandad se había disuelto, seguían los mismos contra los mismos, es decir, el conde de Traba y Gelmírez contra Pedro Arias y los suyos.

Mi madre iba a meter en vereda a tal o cual conde o pretendía apresar a Gelmírez para hacer valer su autoridad y acabar con aquella guerra entre hermanos y, en una de esas, cuando ya tenía todos los planes hechos para aprisionar al obispo y darle un escarmiento, pues que hacía deshacía mucho más que ella en Galicia, Traba, que había regresado victorioso de la guerra contra moros por la Extremadura de Toledo, le avisó de las intenciones de Urraca, información que consiguió, sin duda, de boca por algún traidor del séquito de mi madre. El caso es que la soberana tuvo que jurar fidelidad a don Diego —ay, una reina jurando a un obispo—, además de entregarle diez castillos y el señorío de Caldas de Cuntis en garantía de que cumpliría su palabra y siempre estaría con él, y eso, había de dar bienes inmuebles porque en Castilla no había ya nobles que quisieran jurar por ella, según los gallegos y, según los leoneses y castellanos, porque una reina no había de jurar fidelidad a un obispo sino al revés, y no querían jurar. E íbamos a sofocar la rebelión del conde Menendo Núñez en la Limia, pero así no había modo ni manera. Es más, mientras cabalgábamos, nos llegaron noticias de que mi hermano Alfonso, que, vive Dios, tenía once años, estaba en desacuerdo con la política de mi madre en Galicia y que había sido recibido en Compostela en loor de multitud con músicas, jóvenes bailando y carreras de caballos de gente armada, como un rey, y, vaya, Urraca en vez de reconocer que lo era, en esta ocasión, se disgustó, lloró incluso y eso que le había dado ella el título. Se presentó en Mellid y envió carta al obispo recordándole la mucha tierra que le había dado y prometiéndole otros señoríos.

¿Qué hacía Urraca?

Hoy una cosa y mañana la contraria. Pero es que, según doña Estefanía, no era ella, pues que entre todos con tanto disgusto se le había arrebatado el yo, la esencia que cada persona tiene de natura. Y, según doña Galana, porque tenía motivos para estar alunada y, según doña María, hasta para beber veneno.

Y ahora, amiga con Gelmírez, y veinte días antes queriendo apresarlo, como en cosa de disparate, vaya. Y venían ciudadanos de Compostela prometiéndole la ciudad o asegurándole que el obispo quería obligar a Alfonso, que había sido recibido como

rey dos días atrás, y a doña Guntroda, la nueva condesa de Traba, a abandonar la plaza, y que estaba dispuesto a hacerlo de mala manera. U otros a decirle que el pequeño Alfonso se había fortificado en las torres. U otros sosteniendo que el conde de Traba había asentado campamento en las afueras para emprender guerra contra ella. Y eso venían gentes y más gentes de la ciudad con noticias de que el obispo estaba en contra de Alfonso, y la reina escuchaba a todos, pues que tuvo esa mala costumbre de siempre, y ora echaba pestes del obispo, ora de Traba. Y eso, se presentaban gentes, vecinos, a ponerse a su servicio, como si los necesitara, y a franquearle el paso, como si lo necesitara cuando acababa de jurar al obispo, el señor de la ciudad y mucho más, y estaba a buenas con él, y no entraba a dirimir las desavenencias que tuviera con Traba. Y se personaban otros a decir que, afortunadamente, el Traba de los mil diablos mejor estaba con su pupilo, en su castillo, resguardado del frío y de la lluvia, pues que había entrado el invierno de 1116, era de 1154, se había llevado al rey, y a su mujer, y no explicaban si por la enemistad que, de repente, le tenía a Gelmírez o si por la población que andaba revuelta, como se podía constatar, pues que las gentes entraban y salían, alborotadas, y venían a Mellid.

El caso es que la reina, temiendo por la seguridad de su hijo y halagada por las gentes, quizá porque necesitaba cariño después de tanta derrota, ordenó levantar el real para llegarse a Compostela y ver lo que hubiere. Entró en la ciudad también entre músicas y danzas, y contenta, muy contenta.

Gelmírez, viendo lo que había, observando que los ejércitos de Urraca estaban por todas partes, se fortificó en las torres e iglesia de Santiago para defenderse de lo que venía, de los enemigos de fuera y de los de dentro, de los burgueses que, sublevados, saqueaban las casas y le amenazaban de muerte a grandes voces.

La reina aprovechó la oportunidad y dijo a sus damas:

—Voy a darle un escarmiento a este don Diego, que se lo merece.

Y las camareras la dejaron hacer porque, en efecto, se lo merecía. La señora le envió unos mensajeros con un diploma para que firmara alianza de paz, y un embajador para que, ora le rogara —que el obispo era hombre empecinado—, ora le amenazara, y el prelado, por fin, suscribió el documento.

Así las cosas, los ciudadanos de Compostela, mismamente como hacían las ciudades de ultramonte, la emprendieron contra su obispo y señor, fueron a su casa a gritarle, a arrojarle piedras y huevos, y a echarle maldiciones, es más, expulsaron a su hermano y a un sobrino que tenía de canonjes, y organizaron una hermandad y juramentándose entre ellos a la par que nombraban reina y «abadesa» de la conspiración a Urraca, que se encontró en medio del jaleo, con su nombre en entredicho, traída y llevada, porque todos hacían y deshacían por ella sin pedirle permiso.

Por consejo de sus condes y sus damas levantó campo y se dirigió a las heredades del conde Gómez Núñez, que era partidario de mi hermano Alfonso. Galana dice que no sabe a qué fueron, pues que Traba las siguió y las asedió en el castillo de Sobroso con sus tropas y las de Teresa de Portugal, que nunca se había apartado de la escena, puesto que ambicionaba de antiguo la independencia de su tierra y el título de reina. Cierto que la reina consiguió escapar, pues que mandó abrir las puertas de la fortaleza y picar espuelas, como si fuéramos en algara, y los sitiadores no salieron en pos porque unas aves, unas cornejas, volaban en aquel momento a su siniestra y viendo malos agüeros perdieron un tiempo precioso y no nos persiguieron, e cuando los pájaros, benditos sean los pájaros, hablaron de bonanzas con su vuelo, nosotras ya estábamos en la vía de Compostela, escuchando a un piquete de conspiradores, que habían tomado el gobierno de la ciudad, quemaban casas y amenazaban de muerte a algunos, a los más sensatos, a los que querían paz y no revuelo, y no consultaban a su obispo y señor.

Urraca no quiso saber de aquel negocio y cogimos el camino de León; pero detuvo las marchas para recibir a los embajadores de don Diego que venían a rendirle pleitesía, victoriosos, porque habían derrotado al Traba de los mil diablos en Puente Maceira, quitándole así un enemigo de encima, y pidiéndole que pusiera orden en la ciudad del Apóstol, a la sazón plagada de traidores, de malas gentes que se habían juramentado en una hermandad, que cada día llamaban al pueblo a concejo, formado, merced a la carta puebla que diera el obispo el año anterior, por hombres libres, que, enloquecidos por el diablo y por una mujer, querían tomar el poder en aquellos predios.

—¿Por una mujer? —preguntó Urraca. Y le contestaron varios:

—Por una mujer, sí señora, por una mujer llamada Elo, una pañera, con casa en la rúa del Villar que, endemoniada, reparte sueldos entre los revoltosos, que son multitud, pues que se gastan el dinero en las tabernas...

—¡Piden libertad por todas partes!

—¡Como si no tuvieran libertad!

—¡Como si el señor obispo no les hubiera otorgado fuero!

—Sepa la señora que don Diego está disgustado, que come su pan en silencio y no se atreve a salir de la casa obispal...

—El obispo no tiene un cuarto, ha tenido que abonar la soldada a las tropas que derrotaron al señor de Traba... De hecho, ya ha hablado de trocar sus vestidos por comida con algún judío que se dedique a los empeños...

—¡El arcediano Arias Múñiz también está contra él y solivianta al pueblo con encendidos sermones!

—¡E las turbas prenden fuego a casas y palacios...!

—Don Diego ha pretendido honrar al tal Arias, en vano...

—Yo no voy a entrar en el señorío del obispo... Díganle sus mercedes que se apañe, que veré de llegarme cuando solucione un negocio urgente que me reclama en León. ¡Vayan los canones con Dios!

Tal dijo mi madre y despidió a los prestes que se fueron atribulados. Luego nos explicó que así sabría don Diego lo que era un levantamiento, lo que había sufrido ella en los siete años que llevaba de reinado, lo que era la traición, ser traicionado por amigos, deudos, parientes y por gentes del común, lo que se sentía cuando sabiéndose abandonada de todos, a momentos parecía que de hasta Jesucristo Nuestro Señor, y azuzó la mula en sentido contrario.

En el camino hablamos largo de la pañera, de la tal Elo, aquella tipa que se presentó en Palencia ante la reina a pedirle una suma de dinero desorbitada para liberar a un hijo que tenía preso el rey de Aragón, y no nos extrañó un ápice que fuera quien pagara la revuelta, pues que mi madre la tuvo que arrojar de su lado y hasta amenazarle con cortarle la lengua.

E íbamos contentas, tanto nosotras las damas como la gente de la cancillería y la tropa, además, que los vecinos, viendo de lejos los estandartes de la reina, salían a nuestro encuentro a besar la mano a la señora y con regalos: tortas, pan candeal, cuencos de leche recién ordeñada, castañas, higos secos, orejones, manzanas y otros frutos de la estación, e hubiéramos podido ir al otro extremo del mundo, pero, dado que era mediado diciembre y que arreciaba el frío, nos detuvimos en Carrión, en el monasterio de San Zoilo, enhorabuena.

Enhorabuena porque, ay, Jesús, María, el abad nos enseñó una reliquia muy buena, nada menos que la cabeza de Santiago el Menor, uno de los Doce Apóstoles, primo hermano del Señor Jesucristo e hijo de Santa María Salomé, hermana de nuestra Señora Santa María, una de las tres mujeres que lloraron al pie de la cruz, e oramos conmovidas. Además, que el preste nos permitió ver y tocar y nos explicó que el santo resto llevaba diez años en el cenobio, en el mayor de los secretos, y claro, nos confundió un tantico que, después de guardar silencio durante tanto tiempo, ahora soltara la lengua y abriera el arca en la que guardaba la santa cabeza, pues que la comunidad murmuraba sovoz de su insensatez. Porque aquello correría y muchos abades de monasterios la querrían comprar para acrecer la riqueza de sus casas; o robar, como mismamente había hecho un obispo de Braga, llamado Mauricio, que la había traído de Jerusalén y dejado en San Zoilo. O la propia reina que, viéndola tan entera, la quiso adquirir de inmediato, ante el espanto de los frailes, que le hacían señas a su superior para que no la vendiera ni permutara por todo el oro del mundo, pero el hombre, que era viejo y estaba más que alunado, se mostró encantado de que mi madre se la quisiera regalar a mi hermano para que le diera vida y salud y tiento y templanza y suerte, que falta le haría con las gentes y los negocios de la gobernación, y, vive Dios, que hasta le hizo un barato, pues sólo le cobró cincuenta marcas de

plata.

Y para cuando el prior, el subprior, los mayordomos, los ecónomos, los claveros y los frailes bajos del convento reaccionaron y quisieron deponer al abad, que se había alunado de repente, el anciano ya había vendido la reliquia a mi madre y ya don Gutierre pagaba en plata contante y sonante. Los villanos de Carrión, enterados del asunto, hicieron una asonada a sobretarde y, claro, por lo que pudiere suceder, nos fuimos de allí casi corriendo.

E mi madre, que estaba entusiasmada con su adquisición, a poco de echar andar ya no pensaba regalarle la cabeza a mi hermano, sino a la iglesia de San Isidoro de León y pedir allí sepultura, en la cripta, junto a sus abuelos don Fernando y doña Sancha, y al lado de su tía Urraca, la que fuera reina de Zamora, una mujer varonil a la que admiraba, entre otras cosas, porque supo llevar sus negocios mejor que ella, dejando, a su fallecimiento, muy buena memoria.

Y tal hizo, manifestó su disposición de entregar la santa cabeza al dicho monasterio, pese a que el obispo y los canonjes de Santa María de Regla también la querían y, a poco, voluble como era, se la quitó al abad y se la dio al obispo Gelmírez, que fue a pedirle ayuda para terminar con las revueltas de Compostela, y, necia, como se la pidió también, no se la pudo negar, porque le gustaba dar y daba. E claro, con tan buena reliquia don Diego pudo entrar en su ciudad, descalzo como un penitente y cantando, entre las aclamaciones del vulgo, que se sosegó y se holgó de que en Compostela hubiera dos Santiagos, el Mayor y el Menor y, aunque el abad de San Isidoro de León, cuando se enteró del primer propósito de Urraca, se enojó, en esta ocasión Urraca atinó porque el obispo trató de reconciliar a mi madre con su hijo, o mejor, apaciguó a Traba y convocó a todos los obispos del reino en Sahagún para dirimir las cuestiones que hubiere entre madre e hijo y lograr par entre ellos.

Y, en efecto, se llegó a un convenio de paridad entrambos reyes porque Urraca cedió en el llamado pacto del Tambre y le entregó a mi hermano los reinos de Galicia y Toledo, y juraron treinta condes de una parte y treinta de otra, por tres años que habrían de ser de amistad. Y Traba juró el primero, pues que consiguió lo que había pretendido de antiguo: la independencia de Galicia, al menos, por tres años.

Lo que nos dijo la reina:

—A ver si deste modo vivimos todos a la paz de Dios.

Y se regocijaron Urraca, su hijo, su hija, sus damas, obispos, nobles, clérigos, soldados, ciudadanos, villanos y las Españas todas, por un tiempo al menos.

Al muy noble señor don Diego Gelmírez arzobispo de Compostela, la infanta Sancha, que el Altísimo te dé prosperidad.

No vuelvas a las antigüedades, sé sobradamente que antes de Urraca hubo tres reinas propietarias en las Españas. La primera, Ormisenda, hija de don Pelayo, que casó con Alfonso I; la segunda, Eusenda, que maridó con el rey Silo; la tercera, doña Sancha, que heredó León y desposó con Fernando I de Castilla, uniendo ambos reinos, lo sé Y ¿qué? Si las tres reinas anteriores no quisieron reinar, ¿qué...? Si San Agustín dejó dicho que la mujer no nació para reinar, ¿qué? Si el rey Recesvinto ordenó que la reina viuda se recogiese en un monasterio a profesar vida religiosa, ¿qué? ¿Es que no vale lo que quiso mi abuelo el emperador Alfonso y lo que juraste en Toledo a la par que muchos otros?

Estás siempre hablando en el mismo tono y canción. Recuerda que fuiste criado de mis señores padres y que, hagas lo que hagas, siempre estarás en deuda con ellos.

Vale. Infanta Sancha Raimúndez. (signum).

Capítulo 27

La revuelta de Compostela.

Los ciudadanos de Compostela se holgaron unos cuantos días con la reliquia del señor Santiago el Menor, pero los cabecillas de la sedición contra el obispo y señor, el tal Múñiz, el canónigo y la tal Elo, la pañera de la rúa de Villar, pese a que pasaron por la catedral a venerar al Santo, presto volvieron a sus andanzas. El preste a sus sermones, la Elo a pedirle a don Diego que liberara a su descendiente de los hierros del rey de Aragón.

En esta ocasión, Gelmírez, conocedor del poder que tenía el dinero de la tal Elo, la recibió, la escuchó y la sentó a su mesa honrándola, lo que nunca había hecho con los miembros del Concejo de la ciudad que se sintieron a menos, y le prometió escribir a don Alfonso pidiéndole como gracia especial que liberara al mozo, a Godiano, que ya sería un hombre hecho y derecho tras seis años de cautiverio, y le aseguró que no dudara de alcanzar aquella merced porque el soberano era buen hombre, pues aparte de darle cuantiosas limosnas, había hecho muy buenos regalos a la Catedral, entre ellos una magnífica cruz que estaba guardada en el tesoro.

Pero, a poco, regresaron Traba y mi hermano a Compostela, asentaron campamento por la parte de monte Pedroso y quisieron cerrar las puertas de la ciudad, y al obispo no le pareció mal que echaran las trancas y que no dejaran entrar ni salir a mercaderes ni a labriegos, sólo a los peregrinos. Es más, pactó con el conde castigar a los pobladores, que volvieron a las armas, se amotinaron y fueron ellos los que atrancaron las puertas sin pedir permiso a la máxima autoridad de aquella parte del mundo.

La máxima autoridad de aquella parte del mundo dio pregón por los cuatro puntos cardinales tratando que los sublevados depusieran las armas, pero no fue así. Volvieron a las quemas y rapiñas, de tal manera que don Diego hubo de refugiarse en el sagrado de la santa iglesia Catedral, lugar que el día de Santa Águeda todavía respetaban las turbas.

Traba acudió al llamado del obispo y entró en la ciudad con mi hermano y unos cuantos y se hospedó en su casa, pero debieron discutir los dos; los soldados del prelado estaban con la reina, que no estaba allí, aunque se dirigía hacia allí porque Gelmírez le había pedido auxilio. El caso es que el conde, esta vez, ni alzó la voz ni desenvainó la espada para poner orden en aquella algarabía, y eso que era un vocero y se airaba por nada; sencillamente se largó y dejó al preste que se las apañara con

sus vasallos. Que también hacían bandera de la reina, pues ya se sabe que la tenían todos los del reino siempre en la boca, haciendo y deshaciendo por ella, casándola, descasándola, aviniéndola, desaviniéndola de su esposo, amigándola con Pedro de Lara que, ay, solicitaba perdón a mi hermano y se decía que estaba entre sus condes, cuando la señora se encaminaba a Compostela a poner en su sitio al obispo.

Entramos en la ciudad nosotras, los condes Rodrigo Móñiz de Castilla, Froila Díaz de León, Beltrán de Carrión y Gutierre Fernández de Castro, el mayordomo, que tuvo que gritar cuando encontró las puertas cerradas:

—¡Paso a la reina!

Y los habitantes, pese a que se habían abanderado detrás del nombre de Urraca contra el obispo, asonaron pitos y aullaron como fieras, unos por la paz, otros por la guerra. El caso es que hubimos de poner los caballos al trote para hacernos paso, porque las gentes andaban sueltas, haciendo caso de los chismes que corrían, sobre que la señora era otra vez traidora y perjura, pues que venía a ayudar al enemigo, a don Diego, que para sacar dineros había fijado el precio de la fanega de trigo en catorce sueldos, cuando cuatro equivalen a un maravedí, una barbaridad, hecho que habría de llevar inevitablemente a mayores abusos en el comercio de alimento tan principal.

Don Gutierre, el mayordomo, abría la marcha con la albenda de la reina, voceando:

—¡Paso a la reina, paso a la reina!

Y el gentío se retiraba a la carrera y, en las esquinas, arrojaba trancas al suelo para espantar a los caballos; las mozas que habían ido a las fuentes a llenar sus cántaros los tiraban en medio de la calle y corrían como perseguidas de Satanás. Y claro, los jinetes habían de sujetar corto las bridas de las bestias para que no se encabritaran, y de ese modo llegamos a la casa obispal. Nos hicieron los soldados un corredor, descabalgamos y entramos raudas porque la multitud enardecida apretaba.

Salió a recibirnos don Diego, muy alterado, pues que unos canonjes, que habían ido con una misiva suya a los burgueses, estaban refugiados en el triforio de la catedral, sitiados, lo mismo que él y nosotras ya, pues que los ciudadanos voceaban y saqueaban las casas de los canonjes, e quemaban otras. E, como tenía oído que los sediciosos habían incendiado la iglesia de Santiago por varias partes y que las tablas y la paja del suelo habían prendido como una tea e que habían tomado hasta los tejados y saqueado ropa, vasos de oro y plata, sacras, palabrerros y calvarios, nos quería llevar a las torres para resguardarnos todos.

Mi madre pidió refrigerio con voz calmada, e el propio Gelmírez le informó que no había, que allí, en la sala capitular, no tenían siquiera agua, y que las despensas de su casa estaban tomadas por la turbamulta, y la instaba a subir con él a la torre de las campanas.

Urraca se negó, pidió a sus hombres vianda y mandó que aderezaran una mesa para comer con el obispo, sabedora de que el alimento calma los nervios, pero sólo pudo beber con él, pues que don Gutierre le acercó un odrecillo de vino, le llenó media copa, hizo otro tanto con la del prelado y, a la orden de mi madre, repartió el resto entre los presentes, que apenas se mojaron los labios, pues había poco, pero se serenó un tantico el ambiente. Don Diego, pese al jaleo que continuaba afuera, pudo narrar los sucesos acontecidos.

Aseveró, farfullando al principio, que los burgueses de Compostela eran como Judas, traidores de lo más. Que les había dado un generoso fuero, iba para dos años, y que, de un año acá, le desobedecían, le insultaban, le tiraban piedras, no reconocían su autoridad terrenal ni espiritual, mismamente como si no creyesen en Dios ni en el infierno, y se dedicaban a saquear sus casas, las de los canonjes, monasterios, hospitales; a quemar palacios, tiendas y campos, para después quejarse del precio del pan; a más, que profanaban el sagrado, pues que los sublevados habían entrado en la catedral vestidos de monjes y tenían sitiados a unos canónigos y, con lágrimas en los ojos, se lamentaba porque también hubiera traidores entre la gente de iglesia.

Luego se extendió acerca de una hija de Satanás, llamada Elo, que era pañera de la rúa del Villar, la viuda de un buen hombre, aunque ella una diablesa. Que pagaba a las gentes y les daba de comer, que ayer mismo, al caer la noche, cuando los hombres que sitiaban la obispalía estaban hambrientos, sedientos y dispuestos a abandonar el cerco, había repartido cincuenta banastas de pan blanco de al menos una arroba de peso cada una y veinte de arenques ahumados. Que había perdonado las deudas que tenía con ella una tal Alexa, viuda también y de oficio bruja, y que la empleaba para meter zuriza a la vecindad, que necesitaba poco, pues que le tenía gana a él, a su obispo y señor, de tiempo atrás. Pues que los mismos que lo habían recibido con danzas, pífanos y timbales, lo apedreaban, Dios les perdone.

Y, deteniéndose apenas para tomar aliento, el obispo contó que la pañera y la tal viuda eran de procedencia franca y que, conjuradas contra él, andaban de casa en casa cizañando, hablando mal de él y de la reina, sin respeto al Señor Dios. La primera, la dicha Elo, porque le había pedido treinta mil maravedís, de balde, como si alguna persona en este mundo pudiera dar tamaña suma de balde, y él, pese a que compartió con ella el yantar, le había dado largas. La segunda, la tal Alexa, que era bruja, por maliciar, pues que las brujas, que son hijas de Satanás, hacen todo el daño que pueden, máxime ésta que se airó con él cuando le incrementó el alquiler de su casa, en un afán de que no pudiera pagar la renta y abandonara la ciudad, pues que nada perdería la vecindad sin ella. E que Dios le perdone si erró, pues que como hombre que era, se equivocaba. Pero se la tenían jurada y malquistaban por doquiera. A más, que la bruja, que para mayor agravante no era meiga, pues que las meigas son muy otra cosa —tal dijo—, andaba por la ciudad propalando desgracias, tales como que

había de desbordarse el río y que se caerían los fuertes muros del castillo de Honesto como si fueran de paja... Dios acalle la boca de las dos peores lenguas de Compostela.

Y siguió con el arcediano Arias, la tercera peor lengua de la ciudad, que predicaba en la explanada existente entre la catedral y San Payo de Antealtares, tratando asuntos que no eran de iglesia sino de política, pidiendo más fueros y mejor carta puebla, instigando para largar al obispo, a él, que tenía el cargo de Dios, de la señora reina y de su señor hijo, el Señor les dé salud...

Y el prelado se sofocaba, y continuaba que las dos mujeres y el arcediano tenían arrebatados los ánimos de la población: el Arias con su verborrea, la Elo con su dinero y la Alexa con sus ensalmos, y sostenía que, a más del preste, el veneno de la rebelión era la tal Elo, que surtía a la población de pan, porque se había confabulado con los tahoneros y les compraba toda la producción, que a cambio de muy buenos dineros no dejaban descansar al horno ni de día ni de noche, mientras que la viuda daba dineros a la vecindad y merced a tamaña generosidad los ciudadanos llenaban las tabernas y, cuando se les había acabado, se presentaban a gritar en la explanada, con la aquiescencia de los gremios, que habían formado una hermandad.

Y, en efecto, se oía gritar:

—¡Por la hermandad!

—¡Muerte al obispo!

—¡Viva la reina!

—¡Merced, reina!

—¡Urraca, Urraca, sálvanos!

—¿Urraca, con quién estás?

—¡Muerte a Urraca que nos ha traicionado y está de parte del obispo!

—¡Urraca, asómate!

—¿Reina, dó estás?

Y tiempo era de salvarnos porque las turbas golpeaban las puertas con maderos e las iban a romper de un momento a otro, e allí, tanto era el jaleo que no se podía hablar ni tratar de parlamentar con los sediciosos.

La señora, el obispo, los condes, los canonjes, las damas y los soldados tuvieron miedo. Yo pavor, tanto, que no me atreví a separarme de Galana para acercarme a mi madre.

Urraca ordenó a los condes que hicieran frente a los amotinados y tal hicieron veinte hombres, los que formaban la compañía, para ser muertos o prisioneros en un momento. Tal informó un canonje que miraba por una rendija de la puerta.

Visto que la casa obispal no ofrecía seguridades y que la sedición aumentaba, Urraca y Gelmírez se refugiaron con sus séquitos en la torre de las campanas. El palacio de Gelmírez fue saqueado en un instante, y la multitud se llevó lo suyo y lo

nuestro.

Y, ay, Jesús, no se aplacó el ánimo de la plebe, muy al revés. El populacho inició el ataque contra la torre, arrojando flechas, lanzas y piedras desde el suelo de la calle y desde los tejados de la iglesia y, a poco, llevó alquitrán, pues que entraron varios burgueses por una ventana que había baja y, dispuestos a acabar con reina, obispo y compañías, encendieron una gran hoguera.

Y, Señor, Señor, el fuego crepitó y prendió incluso más alto que el que ardía en la catedral, donde había de perderse el claustro, que tantos dineros había costado alzar y que había sido levantado para gloriar al Señor Santiago, que no se presentaba espada en alto, montado en su caballo blanco, para acabar con la rebelión y salvarnos, ay.

Y habíamos de perecer abrasados...

El obispo y los canones nos llamaban a confesión, y ya se acercaba la primera, doña Estefanía, dispuesta a morir, e luego mi madre... Y ya las llamas superaban la altura de la torre y no se podía soportar la calor, y en esto los burgueses gritaron que podía salir Urraca, que dejaban salir a la señora.

Gelmírez iba a discursar sobre la maldad humana, pero se interrumpió y ordenó a mi madre que abandonara la torre, creyendo tal vez que los incendiarios también le perdonarían a él, por ser su señor.

Urraca vaciló, pero viendo lo que había, que habíamos de morir todos sin remisión, incluso algunos antes de confesar, se santiguó y echó un paso, para arrepentirse al paso segundo, e fue a retroceder para buscarme, pero su mayordoma la tomó del brazo y de mala manera, porque no había tiempo para finezas, la acercó a las escaleras y le propinó un empujón, y conmigo hizo otro tanto, me separó de Galana y me arrojó escaleras abajo en pos de mi madre, que me dio la mano y descendimos aprieta, todo lo aprieta que pudimos, los peldaños de dos en dos, para encontrarnos con un grupo de hombres que se lanzaba contra nosotras e nos quería apresar... E yo tomé carrera y me escabullí creyendo que Urraca, que corría menos, venía detrás de mí, pero no, no... A ella la prendieron y la tiraron al suelo, y eso, pese a que se hizo un silencio entre la multitud cuando nosotras salimos de la torre, pese a que Estefanía y las damas gritaban que las mujeres eran la reina y su hija la infanta, pese a ello, a que lo oyeron todos, la arrojaron a un lodazal, pues que había empezado a llover recio, y las aguas del cielo rebosaban la tierra.

Dios perdone a todos. A los que zarandearon y pegaron a mi madre. A los que rasgaron sus vestiduras. A los que la desnudaron de pechos abajo. A los que les dio un ardite que pudiera morir en un charco de barro. A Alexa, la bruja, que atinó con una pedrada partiéndole la mandíbula. Al obispo Gelmírez que huyó salvando su vida. A los que tenían presos a los condes de la señora. A los que no avisaron de los sucesos a Traba y mi hermano, que estaban acampados afuera de la ciudad. A los que tuvieron miedo. A los que maltrataron a la reina. A los que se ensañaron con una

mujer que estaba tendida en el suelo, en el cieno, los cabellos enmarañados, perdido el sentido y desnuda, mostrando lo que no es propio de enseñar.

Dios perdone a todos.

Dios bendiga a las damas, a Estefanía, Galana y María, que la salvaron a riesgo de sus vidas, y a la mujer que me auxilió a mí.

Al muy magnífico y alto señor don Diego Gelmírez; arzobispo de Compostela, la infanta Sancha, Dios te conceda virtud.

No soy yo, paternidad, quien te envía mensajes indescifrables ni insultantes, será otro que tampoco está de acuerdo con la crónica que has mandado escribir a ese demonio de Geraldo, cuya artería ya se conoce de un extremo a otro del reino. Ten en cuenta que en aquellos tiempos revueltos algunos nobles y burgueses, no todos los que hubieran debido hacerlo ciertamente, estuvieron a la mira de la honra de Urraca, e la quisieron agradar o desagraciar y la llamaron a tal o cual ciudad para que fuera, asegurándole que hallaría todos los corazones de los pobladores muy suyos, y con ánimo deponer a su servicio vidas y haciendas. Que queda gente que no está de acuerdo con lo que permites escribir.

Vale. Infanta Sancha Raimúndez. (signum).

Capítulo 28

El obispo salva su vida.

Me dice Galana que contempló los desdichados hechos de la explanada de la catedral desde la almena de la torre de las campanas. Que el Señor Dios quiso salvar a Urraca y envió una lluvia muy recia, y que libró de la muerte a la señora y a su compañía, y al obispo y a su séquito, y reputa por suerte que estuviere Dios mirando hacia acá y que moviera el corazón de los burgueses para que la dejaran salir.

Mi aya reconoce que el Señor pudo hacer más de lo que hizo: enviar más lluvia, tanta como la del Diluvio de Noé. Cegar a los sediciosos, paralizarlos, convertirlos en estatuas de sal, abrir una sima bajo sus pies y sepultarlos. Mandar a sus ejércitos al frente de Judas Macabeo, o de un capitán de mayor jerarquía por tratarse de una caritativa y piadosa reina, del arcángel San Miguel, por ejemplo, tal dice. Y, no obstante, me regaña y se lleva las manos a la cabeza con gran escándalo, cuando yo le contesto sin remilgos que aquel día no andaba Dios por el mundo, y trata de razonarme lo que no es de lógica. Me asegura que el Todopoderoso, que vigila que haya vida y muerte en el planeta tierra, no puede hacer tal, tal o cual, en este mundo si entremedio hay hombres haciendo o deshaciendo, pues que creó al hombre libre, con libre albedrío, es decir, con capacidad de actuar para hacer el bien y el mal, e, ítem más, para amar, desamar, matar, correr, andar, llorar, reír... Y que, si hay hombres en el entremedio, so pena de privarles de su libertad y de la grandeza que tiene la libertad per se —y Galana utilizaba un latín—, Dios no interviene... Se limita a mover los corazones de sus criaturas hacia el bien, consciente de que muchas de ellas son incapaces de escucharle... Y añade que, en aquel desdichado momento, con los ciudadanos de Compostela hizo otro tanto: mover sus corazones... Y, como suele suceder, unos lo oyeron y otros no.

Escucharon algunos burgueses al Señor Dios y, tras reconocer a mi madre, no la asesinaron aunque la abandonaron en la tierra, posiblemente aterrados de su mal proceder, pero no lo quiso oír la bruja Alexa, que estaba tomada por el demonio, pues ¿no se había dicho de ella que convocaba a Satanás para espantar a la santa compañía, cuando no se hace de ese modo, y a los duendes verdes, y hasta por cualquier nimiedad, hasta para quitar una media jaqueca o un dolor de la «enfermedad» de la mujer, o al acostarse o al levantarse de la cama para que le diera favor y que, cuando tenía un negocio importante entre manos, llamaba a Belcebú, a Asmodeo el Cojo y a una diablesa llamada Lilith, o algo así, a todos juntos?

E insiste Galana:

—Tuvo suerte tu madre, niña, mucha suerte y nosotras con ella...

Yo no lo recuerdo así. Me viene a las mientes aquel maldito día y... digo y pienso barbaridades, Dios añude mi lengua.

Siguiendo: Urraca, yo tras ella, evitó una gran hoguera que ardía en el piso bajo de la torre de las campanas, se acercó al quicio de la puerta y fue arrancada del lugar por unos hombres que voceaban, entonces yo me adelanté, le tiré de la saya y le grité:

—¡Corre!

Creída, necia de mí, de que me seguía, de que, como yo, había pasado entre las piernas de los hombres, tenía mi misma estatura, una vara escasa, pero no, no... Mi madre fue detenida por la chusma, interrogada, zarandeada, no escuchada y arrojada al suelo que, pronto, se convirtió en un lodazal, por la mucha lluvia que cayó y, en el jaleo, como unos la querían llevar con ellos y otros también, le rasgaron las vestes desde los pechos hasta las partes de mujer, para ignominia de todos los reinos, de Galicia, Asturias, León, Castilla y Toledo, para ignominia de todos sus vasallos.

Que yo lo vi con mis ojos. E no pude hacer nada, pues que detuvo mi carrera una comadre y me cogió de la muñeca, muy fuerte, con su manaza, y no me dejó ir, hasta que doña Estefanía me llamó y ya me soltó y me hizo una carantoña en la cara. E yo, muda durante la agonía de mi señora madre, que, aún hoy, pasados los años, se me pone un nudo en la garganta e no puedo hablar... Dice Galana que esto de no hablar se me pasará cuando crezca y que hasta sabré responder a mis interlocutores en una situación airada. Bueno...

El caso es que llevaron a Urraca a rastras unas cuarenta varas para alejarla de la torre de las campanas, y que no debieron reconocerla al principio. Que la llevaron agarrándola del corpiño y de las sayas, rompiéndoselas, e que, cuando se dieron cuenta de que era ella, quizá porque la habían visto en alguna ocasión o porque lo gritaban las damas desde la altura, se apercibieron de que habían ofendido a Dios, al reino, a todos los pobladores del reino, y se avergonzaron de su mal proceder, o tal vez porque eran gentes espantadizas, pese a lo que pudiera parecer, el caso es que hombres y mujeres huyeron y se escondieron entre las otras gentes... E que mi madre fue a incorporarse y en esto recibió una pedrada arrojada con fuerza, pues que la tiró la bruja Alexa, que no era meiga, como va dicho, y no era como otras brujas que sanan las mordidas de los perros, o traen la lluvia en épocas de sequía, o alejan la tormenta para que descargue en otra población, o matan la langosta que se come las cosechas visto y no visto, sino que era una bruja, bruja, de las que tratan con el demonio a cualquier hora, y claro, le hizo mucho daño, pues que vi a Urraca acusar el golpe, tambalearse y caer de espaldas, para desnucarse, pero no, que sólo perdió el sentido, lo menos que sucederle pudo en aquella situación.

Y la contemplé —yo aterrorizada, como si sufriera parálisis, muda, cogida fuerte de

la muñeca por una comadre, y sin capacidad de acción— en el barro, bajo una fuerte lluvia, que más parecía que se habían abierto las fuentes del cielo, enseñando sus vergüenzas, y vista por todos. Todos mudos y paralizados, mirando lo que dejaba ver el aguacero. Algunos de los sediciosos, retirándose a sus casas, otros, postrados de rodillas, rezando quizá pidiendo perdón al Altísimo que había querido hacer reina a su víctima, otros llorando, tal vez solicitando merced de la agraviada que yacía en un charco, sin sentido y sin bragas, y sin ser atendida...

No sé si la eternidad será tan larga como aquellos minutos u horas, que a mí se me hicieron horas, digo que si sería minutos el tiempo que Urraca estuvo desasistida en la explanada entre la catedral de Santiago y San Payo de Antealtares, pues que las damas tampoco supieron cuantificarlo, pero el caso es que se me hizo eterno, y así lo recuerda también Galana.

Y, ay, que todos muy abiertos los ojos miraban el cuerpo de mi madre y nadie daba un paso para socorrerla, que quizá la bruja Alexa nos hizo a todos un hechizo para retirar a las gentes y poder atinar en la cabeza de mi madre, aunque no sé si acertó ciento por ciento con la piedra, pues que donde más daño hace es en el ojo, y le dio en la mandíbula, eso sí, rompiéndosela.

Fuere lo que fuere, Galana dice lo de Dios, y otros que fue Satán, encarnado en la dicha Alexa, el que tiró la piedra y movió al mal a los ciudadanos de Compostela, el caso es que la reina, la emperatriz de las Españas, la hija de Alfonso, la nieta de Fernando I, la biznieta de Sancho el Mayor, la hija y nieta de reyes y emperadores, estuvo largo rato tendida en el suelo, sin sentido y sin asistencia.

Y en el ínterin, como quiera aflojaron las llamas de la torre de las campanas por la mucha lluvia que descargó el Señor en la ciudad de Compostela, hubo tránsito de personas entre la atalaya y el suelo. Subieron la escalera de caracol unos frailes, entre ellos el abad de San Martín Pinario, y se cruzaron con las damas de la reina, tres mujeres solas, que se acercaron a su señora y la cubrieron con sus mantos. Las gentes las dejaron hacer: taparla, propinarle unas palmaditas en el carrillo bueno de su cara, observar la herida de la parte mala, sacarle cuatro muelas que llevaba rotas y sueltas por la boca, para que no se ahogara, entrarle las manos por debajo de su cuerpo inerte, alzarla, moverla unos pasos, acusar el esfuerzo, detenerse y llamar las tres a la vez:

—¡Sancha, Sancha!

Llamándome a mí, que me revolví y pretendí salir corriendo. La comadre que, según Galana, me salvó al retenerme, me soltó. La miré a los ojos con furia, pero ella me hizo una carantoña en la cara y me dejó libre y, entonces, corrí todo lo que me permitían mis cortas piernas, que era mucho, y ya ayudé a levantar a mi madre, sin apenas verla, pues que tenía los ojos anegados de lágrimas, mismamente como las damas.

E estábamos en esa guisa tratando de alzar a la señora, cuando vimos una procesión: un hombre grueso que venía cantando una salmodia, tapando su rostro con un crucifijo, vestido misérrimo, con una capa vil, coreado por otros hombres, como si llevaran el Viático a algún moribundo. Y tan acallados y pasmados o apesarados estaban los burgueses que, más de tres mil demonios, no les cortaron el paso, e atravesaron a nuestro lado sin mirar siquiera a mi madre que yacía en el suelo, como si estuviera muerta, e se dirigieron a la cercana iglesia de Santa María de Corticela...

Y en la explanada en aquel momento no se oía una voz ni una respiración, e Estefanía nos hizo señal para levantar otra vez a mi madre y, como los monjes de la procesión nos encaminamos también hacia Santa María, donde encontramos franca la puerta, eso sí, llegando desfallecientes, pues que el cuerpo de la señora, casi exánime, pesaba arrobas mil.

Las damas dieron agua a la reina y quiso Dios que, tras escupir abundante sangre, volviera al mundo lentamente, con la mandíbula rota, con cuatro muelas menos, el brazo derecho otra vez seco, ora pidiendo en un murmullo comunión, ora veneno, e enmudeciendo a la fuerza, pues que a la sazón las camareras hubieron de ajustarle a la cabeza una pañoleta muy prieta para curarle el hueso roto.

E luego, cuando el prior de Santa María vino a recibirnos, muy alterado, trayendo vino y vianda, a más de noticias, dispuesto a celebrar misa para aplacar la ira de Dios y la de los hombres, como doña Estefanía rechazó la misa y la vianda y pidió las noticias, supimos varias vergüenzas. La primera y la mayor, que el obispo don Diego estaba refugiado en la misma iglesia, buscando un lugar para salir de ella y huir lo más lejos posible, al fin del mundo quizá, y que entre la gente de la procesión que discurrió a nuestro lado sin dar señales de caridad, pese a que estaba formada por canónigos de Santiago, el primero, el que abría camino y llevaba la cruz ocultándole la cara era el obispo, que vestido con harapos para disimular no se detuvo a asistir a su reina y señora, pese a que el más alto Señor, el Altísimo, había tenido a bien hacerla reina y por señora se la había dado.

La segunda, que habiendo menguado la lluvia, los burgueses, guiados por el diablo, habían tornado a las suyas, y ya nos perseguían como furias cuando atravesábamos el dintel del arco de la iglesia, y permanecían afuera voceando y, otros más alejados, echando troncos al fuego de la torre de las campanas para acabar con ella, y que la gente que allí quedaba ya se arrojaba por las almenas, porque, al parecer, preferían morir aplastados contra el suelo que quemados por las altas llamas.

E los oíamos gritar, pero ya no aullaban: «Muerte a la reina», al contrario, ahora la querían por patrona y señora. La gente del Concejo, temiendo la reacción del obispo, ponía en ella sus esperanzas de salvación, y se descargaba a la puerta asegurando que por la chusma, y no por ellos, había sido atacada.

Y lo que decía Estefanía que tal vez fuera de ese modo, pero que la habían

vilipendiado y herido y no la habían socorrido, y que la hubieran dejado morir en el fango, y acusaba ante el prior y los canones de Santa María, que eran hombres, de cobardía a todo el género masculino que poblaba los reinos de Urraca:

—¡Peste de hombres! ¡Si Alfonso VI y García Ordóñez levantaran la cabeza, volverían a su tumba, avergonzados! ¡E no miren sus mercedes, que vamos a cambiar de ropa a la señora!

Y las damas limpiaban de barro a mi madre con una enagüeta dellas mojada en agua bendita, e le quitaban las vestes rotas; y una le cedía una saya y la rompía en dos, otra una pañoleta y otra un capillo, e se lo ponían. A mí me pidieron las bragas y, naturalmente, me las quité y se las entregué.

Y en esto a las voces de los burgueses se juntaron otras voces nuevas, las de los condes de mi madre, los que fueron aprisionados por el populacho antes de que nos refugiáramos en la torre de las campanas, gritando también, pues que, al parecer, habían sido liberados, ordenando a los ciudadanos que se fueran presto a sofocar el incendio, creyendo que todavía estaba el obispo en la atalaya. Pero la que decía ser buena gente de Compostela se negaba a obedecer y hacía votos porque las llamas destructoras fueran las del infierno. Y gritaban:

—¡Merced, reina!

—¡Urraca, tenemos una guardia urbana apostada en la puerta para salvarte!

—¡Señora, estamos buscando a la bruja Alexa, la apresaremos y te la traeremos para que la veas morir!

Llegada la noche, como disminuyó la gente, pues que se fue a sus casas a secarse de la tromba de agua, pudimos huir, salir de Santa María y llegar al monasterio de San Martín Pinario. Mi madre, mientras estuvo en aquella iglesia no quiso tratar con don Diego, siendo que, al parecer, se largó antes que nosotras, refugiándose en Antealtares.

En San Martín, adonde habíamos llegado escoltadas por algunos ciudadanos que entraron en armas incluso —dijeron que para defendernos—, a instancias del prior y de sus condes, Urraca, en voz de su camarera mayor, trató con la hermandad compostelana y prometió no castigarles por la afrenta que le habían hecho para distender la situación. Pues que los burgueses tenían sitiados a los que quedaban en la torre, en la torre, y a Gelmírez, en Antealtares, y le amenazaban de muerte, invitándole a abandonar el sagrado, que de otro modo entrarían ellos a sangre y fuego, pidiendo perdón a Dios por anticipado, máxime cuando cayeron las campanas con gran estrépito, pues que pesaban al menos mil y quinientas libras.

Al atardecer del siguiente día, asaltaban la iglesia como si fueran demonios, pero para entonces el obispo había escapado por los tejados y estaba guardado en la casa de un pañero, entre las piezas de tela, esperando a que clareara para abandonar la ciudad, pasando miedo, pues que los traidores entraban en todas las casas buscándolo.

E la casa del pañero no fue una excepción, pues entraron también. Preguntaron e hubo de salir la mujer del comerciante a hacerles frente, y ante ella, por esas cosas que suceden sin causa aparente, los asesinos, que hubieran asesinado sin remilgos al obispo y a su pequeña compañía, se tornaron mansos y se fueron a indagar en otro lugar. E, con el camino expedito, pudo salir don Diego por un hueco que le hicieron los pañeros rompiendo las paredes de la casa vecina, la de un tal Froila, cuya esposa gritó que allanaban su morada, pero, puesta al corriente de la situación, ayudó e incluso ocultó a Gelmírez en una despensa del sótano, donde lloró con sus acompañantes.

E se contó que, presentado en casa del tal Froila el abad de San Payo para decirle al obispo que unos mil del clero, algunos de los cuales le habían traicionado, estaban dispuestos a jurarle fidelidad, él le pidió que juraran todos, pero que no se encontraron cien en toda la ciudad, lo cual fue tomado por traición. Por eso don Diego volvió a correr, otra vez, a la iglesia de Antealtares con el abad y unos pocos, y que se ocultó allí, en el tesoro, comió y pasó la noche rezando. Al clarear, como el malvado arcediano Arias Múñiz llamó otra vez a la sedición, dejando incluso el hábito de fraile e incorporándose a la hermandad que, reunida en la canónica, se había repartido el señorío de Santiago, y estaba por reconciliarse con Urraca, el obispo huyó a Iría, de tapado, entre unos mercaderes judíos, para vergüenza de todos, pues que un prelado no se sirve de los asesinos de don Jesucristo, o tal dijeron.

Por eso venían e venían burgueses a la puerta de San Martín pidiendo perdón, queriendo platicar con mi madre, sosteniendo que se someterían a un castigo de grado, ofreciendo miles de maravedís, manifestando que se avenían a todo lo que dijera o quisiera la reina, salvo que Gelmírez volviera a ser su obispo. Pero, al principio, sólo consiguieron hablar con los ciudadanos que nos escoltaban, hasta que Urraca que no se encontraba segura, prometió olvidar los hechos anteriores para que remitiera el jaleo, pues que, al paso que iban, Compostela había de quedar más destrozada que la bíblica ciudad de Gomorra, consintió en recibir a la hermandad y se comprometió a aprobar la decisión que tomasen con respecto al obispo, y pidió paso franco para abandonar la ciudad y reunirse con su hijo.

Los juramentados trajeron caballos, nosotras salimos a galope tendido, ellos cerraron las puertas detrás nuestro. Mi hermano y su ayo nos acogieron en el prado de San Lorenzo, donde tenían el campamento, asombrados, ignorantes de todo lo que había acontecido; ambos dispusieron cercar Compostela y ordenaron talar árboles, acercarlos a la muralla e iniciar las labores de zapa. Y, a poco, recibieron a unos burgueses que decían no haber participado en las revueltas, que se comprometían a entregar la plaza a cambio de que mi madre no los castigase en exceso, lo que molestó a Traba, pues que el rey de Galicia no era Urraca, sino mi hermano, su pupilo.

Pero mi madre no se podía mover de pena, del mucho duelo que llevaba en su corazón por la afrenta recibida. No podía hablar por lo de la mandíbula y tenía el brazo derecho otra vez seco, por el sofoco o por el miedo, o vaya vuesa merced a saber y, además, soportó las tenazas de un sacamuelas que le arrancó las raíces de las cuatro muelas rotas, haciéndole una carnicería, que le produjo mucha fiebre, dolor e hinchazón de cara. E doña Estefanía, tras mandar a don Gutierre, el mayordomo, que le propinara cincuenta azotes al sacamuelas, actuaba por la reina, y no la quería mostrar tan postrada como estaba a mi hermano y a Traba, no le fueran a quitar los reinos que le quedaban después del pacto del Tambre y, aunque la dama se hubiera vengado incluso más que mi madre, precisamente porque la afrentada no era ella, sino su reina y señora, acordó con los representantes de los burgueses que la hermandad quedara disuelta, que los cabecillas del motín fueran desterrados cien leguas a la redonda y que Gelmírez, que se había marchado a Iría en lo más oscuro de la noche, tal se decía, fuera restituido en su sede. Y ofreció fiadores a la par que prometió el juramento de mi hermano Alfonso y del señor de Traba.

De este modo la paz llegó a Galicia, aunque no a las Españas, porque Alfonso I de Aragón, ya llamado el Batallador, atacaba Sarakusta, y el emir almorávide Alí ben Yusuf, la tierra de mi tía Teresa y conquistaba Coimbra.

A Compostela tampoco llegó la paz, pues que los vecinos estuvieron ocupados cazando brujas.

Al muy alto señor don Diego Gelmírez, arzobispo de Compostela, la infanta Sancha, ¿felicidad o condenación eterna?

Me aseguras que en el episodio de la afrenta de Urraca quedas como un cobarde pues que no actuaste como hubiera hecho varón ni como debiera haber hecho un hombre de Dios, pues que faltaste a la caridad y no la asististe cuando estaba sin sentido tendida en el barro con sus damas que no podían levantar su cuerpo para llevarla a lugar seguro. No quiero abundar en ello, pues me sonrojo de tu vergüenza, pero ¿qué improperios te dedica Geraldo? ¿Te llama Jezabel como a mi madre? ¿Te dice que te comportaste como criminal víbora? Se pregunta: ¿a qué no se atreve locura de mujer? Mejor trataron a la reina Hugo de Mondoñedo y Hugo de Oporto, los dos primeros escribanos. Te recuerdo que San Martín de Tours entregó su capa a un pobre... Tú dejaste a la reina, que te salvó la vida varias veces, desnuda en el fango, temeroso de la tuya... E no me vengas con que estabas llamado a conseguir que la santa iglesia de Santiago fuera ascendida de obispado a arzobispado, y que debías preservarte para tal fin. ¿Acaso te crees Vicediós?

¡No te llamo Dios por respeto a Dios!

Muy enojada estoy.

Vale. Infanta Sancha Raimúndez. (signum).

Capítulo 29

Caza de brujas.

Urraca, cuando observó enormes hogueras circundando la ciudad del Apóstol, instada por sus condes y sus damas, y todavía por boca de su mayordoma, muy afiebrada como estaba y sin poder mover el brazo, se decantó por imponer a los burgueses un castigo ejemplar y por no aceptar los cincuenta jóvenes de familias principales que le ofrecían de rehenes. Por abrasar la ciudad y echar más leña al fuego, pese a lo que pactó con el populacho doña Estefanía.

Enterados los de la hermandad, recién disuelta, se juntaron de nuevo para deliberar y maquinan si tratarían de enemistar a Urraca con su hijo; a Urraca con el obispo, que andaba encerrado en el tesoro de la iglesia de San Payo mientras los traidores lo buscaban por todos los rincones; a Urraca con sus condes; a Urraca con sus damas y conmigo, pues que vinieron a mí a ofrecerme caramelos de miel; y hasta a Urraca con Dios; creídos de que el dinero todo lo puede, y que unos u otros se dejarían corromper y les entregarían a la reina. Y ellos le harían firmar lo que quisieren en aquel momento, y ella, impedida como estaba, firmaría para salvar su vida. Pero optaron por otro camino, pues que en plena reunión les avisaron que la bruja Alexa estaba presa, en manos de la guardia urbana.

Los cabecillas se personaron en la prisión y amenazaron a la tal Alexa con la horca, claro que, como la tipa bravuconeó con que les echaría un encanto que los dejaría ciegos, sordos e impedidos, los muy bellacos acordaron con ella que, a cambio de salvar su vida, les hiciera un veneno que se pudiera mezclar con vino para enviárselo a la reina, de regalo, y acabar con ella.

Se contó luego que Alexa coció un sapo de nombre poco común —que hubo que buscar lejos—, en el abrevadero del monte Gozo, con vino rosal, que no quiso otro, lo vertió en un cantarico y lo entregó a los del Concejo, que, tras recoger el veneno, incumplieron lo que le habían prometido por Dios y por sus muertos, y la volvieron a apresar.

Los traidores mandaron a la reina el regalo, pero quiso el Señor que no lo catara, pues que no podía comer ni beber por lo del maxilar y por la carnicería que el barbero le había hecho en la encía, y resultó que el cántaro lo dejó Copa, la cocinera, en un rincón de la tienda de mi madre a la espera de recogerlo en el carro de la despensa más tarde, pero quiso el Todopoderoso que lo rompiera un perro, quizá porque se asustó, tanto o más que las damas, que estaban ocupadas aplicándole a la señora un

fomento en el brazo malo, e dio un brinco cuando entró el conde de Traba anunciando con voz entrecortada que la bruja Alexa, una de las instigadoras de la revuelta, estaba cargada de grilletes y echando conjuros, ensalmos y maldiciones contra todos los siervos de Dios, e advirtiéndonos de su maldad para que nos pusiéramos en oración. Horas después, cuando se encontró al perro muerto en el charco de vino no se le dio importancia al negocio, quizá porque había otros asuntos que tratar. Es más, Copa dedujo que había tenido su merecido, por glotón, y las criadas echaron serrín en el desaguisado y barrieron.

Los compostelanos, como no tuvieron noticias del envenenamiento de Urraca, temiendo ser atacados por las tropas de la reina, que lejos de los lobos, que eran ellos, podía tornarse leona —tal pensaron—, siguieron corriendo calles y tejados en busca de Gelmírez para tomarlo como rehén y poder negociar, algunos incluso se refugiaron en sagrado con armas, viandas y todo lo bueno que tenían. Y claro, se holgaron sobremanera cuando se enteraron de que su obispo y señor había sido detenido en la puerta Fajera, cerca de la rúa del Villar, pero se llevaron un chasco al personarse en el lugar, porque los soldados le habían dejado salir y él había tomado el camino de la fuente del Roble, es decir, el de Padrón e Iría.

Mientras, Urraca llamaba a hueste a los señores de toda Galicia y discutía con su hijo, es decir, con Traba, cómo vengar las afrentas recibidas para domeñar la soberbia de los burgueses de Compostela —que todavía corrían armas contra el obispo, pese a que ya se levantaban algunas voces contra la insania desatada—; porque no es de ley que una reina vaya a poner orden en un lugar y sea arrastrada por el suelo y apedreada, herida en la cara y afrentada en su corazón y en sus partes de mujer, los ciudadanos, para congraciarse con ella, cazaban brujas. Pues que ya habían dado tal nombre a Elo y Alexa, las dos sediciosas.

La Alexa, la que más daño había hecho, la que arrojó la pedrada a mi madre, fue lapidada en la cárcel, porque quien a hierro —a piedra— mata, a hierro muere, y eso que echó varios espantos, hechizos y maldiciones, e que más de un lapidador sintió palpitations, arcadas en el estómago y sudores.

La Elo, la peor de las dos, la que ponía el dinero, que todo lo mueve, fue ahorcada en una viga de una casa quemada, donde se escondió. Antes de tirar del dogal, los burgueses le dieron una vara de medir falsa, la misma con la que había hecho enorme fortuna, le pusieron un sueldo en cada mano, se las juntaron las dos y se las ataron prietas, prietas, para que no pudiera santiguarse y no encontrara salvación por los siglos de los siglos.

Si los sucesos de la explanada de Antealtares tuvieron lugar el sábado, para el lunes ya estaban las dos traidoras muertas y colgadas del cadalso de la puerta Francígena, tanto corrieron los vecinos para ahorrarle un trabajo a mi madre y al obispo. Sin proceso y sin esperar al domingo siguiente, el día que se celebran los

juicios en toda la tierra de Dios, las mataron, y eso que más de un preste pidió convertirlas, pero se lo negaron los vecinos en razón de que habría de llevarle mucho trabajo.

El martes, la llamada Elo apareció sin manos, alguien, seguramente las meigas de la ciudad, se las había cortado, a más que le arrancaron las muelas y los dientes para hacer ensalmos y hasta se llevaron sus cuajos, sin embargo Alexa, la bruja, permanecía entera, pues que las meigas, como era bruja, no se atrevieron a tocarla.

El miércoles se reunió el gremio de pañeros de Compostela en la casa que tenían para discutir qué hacían con el dinero de la traidora. Pusieron los cofres de oro en una mesa, los sopesaron, los tocaron, contaron las monedas y decidieron, apabullados por el monto, quedárselos ellos, en su hermandad, para socorro de viudas y huérfanos. Pero el jueves ya los pedía el obispo desde Iria y Urraca, desde el prado de San Lorenzo, extramuros. Además, los otros gremios no lo consentían, alegando que en el alboroto, pues los ciudadanos llamaban «alboroto» a los sucesos y no revuelta ni traición ni sedición ni motín ni rebelión —lo que, en realidad, fue—, todos se habían expuesto a castigos. Y se lo querían repartir entre las cofradías creando un pósito para viudas, huérfanos, doncellas pobres y peregrinos pobres —a fin de cuentas los que más lo necesitaban y los que les daban de comer—, y tal se hizo. Pero con el tiempo, cuando se acabó la revuelta y todo volvió al orden y el obispo a su silla, lo administró él, e hubo sus más y sus menos.

En cuanto a la situación, remitió en el momento en que la reina convocó a sus tropas para que arruinaran la ciudad. Gelmírez la secundó desde Iria. Mi hermano y Traba, con sus hijos, apretaron por la parte del monte Pedroso. Los condes de Deza, Castela y Limia por Pico Sacro. El conde Munio por el monasterio de San Pedro, y el conde Rodrigo y la gente de Lugo por la parte de Penelas. Todos con mi madre, más y más gente, atacando con una fuerza irresistible: con fuego, cortando árboles y mieses, segando las cabezas, manos y pies de los que apresaban y dejándolos sin enterrar, y aunque los asediados fortificaban la ciudad con empalizadas, setos, parapetos de piedra y arrojaban muchos calderos de aceite hirviendo por las almenas, su derrota estaba más que cantada.

A más, que don Diego excomulgó a hombres, mujeres y niños de Compostela y, llegado al campamento de Urraca, envióregoneros con trompas para que recorrieran las murallas advirtiendo a los pobladores que después de oír el bando todas las gentes estarían privadas de sacramentos y en pecado mortal hasta que se rindieran, le abrieran las puertas, le suplicaran misericordia, le pidieran perdón de corazón y le devolvieran todo lo que le habían expoliado de su casa.

Y, como cuando se mezclan las cosas de Dios con las cosas de los hombres, a los seres humanos les vienen pavores, tras resistir un tanto más e viendo que no iban a parte ninguna, los burgueses perdieron la arrogancia, se rindieron y pidieron perdón a

obispo y reina, y todo tornó a su cauce.

Fue Urraca la que tragó su afrenta y pactó con los habitantes la entrega de armas, la retirada de la aspiración de ser ciudadanos del rey, la restitución de los bienes del obispo, la confiscación de la fortuna y destierro de los cabecillas, entre ellos el arcediano Arias Múñiz; la entrega de rehenes, la no admisión de los proscritos en la ciudad nunca jamás, la prestación de vasallaje a Gelmírez y una indemnización de cien marcos de plata.

Poca pena para tan grande ofensa, en efecto. Pero nosotras habíamos de ir al balneario de Boñar para que la reina tomara las aguas y le mejorara el brazo seco y los fuertes dolores que la atenazaban. Por eso siquiera esperamos a que don Diego levantara la excomunión.

Después de la rebelión, Urraca fue otra, pues que se le acrecentaron los reumas.

Al magnífico don Diego Gelmírez arzobispo de Compostela, la infanta Sancha, el Criador te valga con todas sus santas virtudes.

La Historia compostelana corre de mano en mano, acaso el tal Geraldo dispone de un ejército de amanuenses y está vendiendo copias, ¿o el negocio lo haces tú?

Me dices en tu anterior que «una crónica no es Evangelio», bien que lo sé, que tu libro lo guardas en un cofre muy bien aherrojado y que acaso el que circula sea otro, pues no, no es otro. Es el tuyo.

Te voy a hacer una propuesta: que vayamos a unas vistas, tú y yo, en el lugar que quieras, el que tú elijas, e que demos los dos libros al fuego, tú el tuyo, yo el mío. Aunque lo he de sentir porque he escrito la verdadera historia de mi madre y señora, sin pasión de hija, pues que sé que a veces era asaz impertinente, y llevo muchos años en este empeño dedicándole muchas horas, y vista, pues he perdido vista. Pero estoy dispuesta a no dar estos cuadernos al mundo, con tal tú no des los tuyos. Dejemos a la venerable doña Urraca descansar en paz. Acabemos con la curiosidad de las gentes que sólo quieren saber si la señora tuvo comercio adúltero con los condes Gómez y Lara, lo que fue falsedad.

Te propongo que vayamos a unas vistas y demos los dos libros al fuego. ¡Y sálvenos Dios!

Vale. Infanta Sancha Raimúndez (signum).

Capítulo 30

Más y más.

Mi madre no mejoró del brazo mientras vivió. Ni con las aguas del manantial de San Salvador de Boñar ni con los remedios que le aplicaba Copa, la cocinera —al principio, fomentos de barro, luego una pomada hecha de raíz de malva, machacada con grasa vieja de cordero y cocida con hibisco y loto—. Es que tenía pena mortal, rabia y dolores en el alma, e no quería vivir.

Nosotras, las damas, le pedíamos que dejara el trono, pues que el reinar consume los huesos y acaba con las vidas por recias que sean, y le insistíamos que despidiera a la corte y se dejara de amigos, pues muchos eran más amigos del Iscariote que suyos. Pero ella en sus trece, en la brecha, dictando órdenes y decretos, yendo de aquí para allá, y no le importaba que la vieran dolida, e incluso cuando quitó el mal fuero a los habitantes de la ciudad de Burgos, firmó el diploma con la mano izquierda, sin que le importara, y eso que se le empezaba a caer el pelo, y tenía en la cabeza calvas.

E viajábamos con un carro lleno de odres con agua de la fuente de San Salvador y lebrillos con barro mismo del manantial, para que Copa le echara agua caliente en una aljofaina, ella metiera la mano, la tuviera un buen rato y, después, se tendiera en la cama o en el catre de campaña, y le extendiera barro sobre la piel de mano, codo, hombro y canilla —la señora muy arropada con mantas para exudar—, o le aplicara emplastos de beleño blanco triturado y trabajado con excrementos de oveja, hasta hacer una pomada, otra y, lo mismo, sudar. El caso es que los remedios le resultaban benéficos, a Dios gracias.

Además, que tampoco mejoraron las cosas del reino en malandanza desde que se casara, pues Alfonso de Aragón, pese a la separación de hecho y derecho del matrimonio, pese a que la repudió delante de toda la nobleza de las Españas —seguramente no por ella, sino porque estaba excomulgado y no lo pudo resistir, pues que era hombre temeroso de Dios—, seguía saqueando lo que no era suyo; e, amén de no haber vuelto a maridar, no se había calmado, pues que se empleaba fuerte en el sitio de la ciudad mora de Sarakusta, pero no se desentendía de las tierras de la frontera, manteniendo el dominio de Segovia, Sepúlveda, Castrojeriz y toda la línea del Duero, e incluso la de la cuenca alta del Jarama y el Henares, y eso que a finales de 1118, era de 1156, los toledanos se desavinieron de él e recibieron a mi hermano como rey y señor.

Urraca, con menos reinos de los que heredó de su señor padre, pero más

descansada, con mejor ánimo y con menos reumas, llamó a la hueste a sus vasallos para ir contra su marido y arrojarlo de sus posesiones de una santa vez, e acudieron condes y obispos con sus ejércitos. Todos, menos don Diego Gelmírez, que se presentó pero hubo de volverse, pues que se rompió una pierna. Todos dispuestos a secundarla, haciéndose lenguas del buen momento, pues que don Alfonso estaba cercando Sarakusta e bien podía ser cogido entre dos fuegos. Entre los moros de la ciudad y nosotros, y nosotras que, tras descansar unos días en Nájera, en casa de doña Estefanía, que tenía la honor otra vez —nuestros ejércitos tanto conquistaban como perdían las plazas de frontera—, nos dirigíamos a la ciudad del Ebro a marchas forzadas, pese al mucho frío que hacía por aquellas latitudes y al viento que soplaba huracanado.

Pero en esto, mi madre se volvió atrás. Pensó que bastante tenía el rey de Aragón con conquistar la ciudad de Sarakusta, dijo que no era momento para atacarle y, como había enviado una carta muy airada a su hijo, pues que no quiso sumarse a sus fuerzas contra el tirano, hasta manifestó la posibilidad de amigarse con su antiguo esposo.

Las damas temblamos, pues que, aunque no habíamos tenido una vida placentera, desde la separación definitiva la llevábamos mejor, e no deseábamos volver a la anterior. Pero, lo quiso el Señor, fue un pensamiento momentáneo.

Urraca detuvo la expedición, alegó ante sus condes que, pasado el tiempo de hueste, el que le debían por vasallaje, no tenía dineros para pagarles y disolvió el ejército. Y ellos, que eran asaz cobardes y venían de mala gana, volvieron a sus castillos de grado. E íbamos de acá para allá, visitando monasterios: San Pedro de Arlanza, Silos..., siendo muy bien recibidas, pues que Urraca daba y daba. Con un pequeño séquito, compuesto por los condes Rodrigo, Fernando Garcés y Xemén López, que parecían quererla más que otros, con los escribanos de la cancillería, los criados, los carros llenos de baúles, e nos parábamos aquí y allá.

E una vez, en Grajal de Campos, donde murió mi señor padre de disentería, Dios lo tenga con Él, habíamos levantado el campamento para pernoctar, y mi madre porfiaba con doña Estefanía, porque quería donarle una heredad en aquella tierra, que había desempeñado a un judío de Sahagún porque, cosa extraña, le sobraban unos dineros, y para San Miguel de septiembre, que faltaba algo más de dos meses, cobraría las pechas de muchas ciudades y lugares, pero la mayordoma no quería. Deseaba que la señora se guardase los dineros. Y ella que no, que había dado a Galana un huerto en Orense y a María una viña en Santa María de la Lanzada, y quería premiarle sus servicios. Pero Estefanía se negaba, le decía una y mil veces que guardara para cuando llegaran tiempos peores, pues que las buenas cosechas no habían de durar siempre, e a más se negaba a estampar su firma en el documento cuando todos habíamos firmado ya. Y en esas estábamos, las dos damas porfiando delante de los notarios; los condes murmurando de la necedad de la dueña; la dueña

insistiendo, asegurando que para los años que le quedaban de vida tenía suficiente; las otras camareras recordándole que tenía herederos, hijos; yo diciéndole que aceptara la heredad, que es de mal gusto rechazar un regalo; mi madre, enojándose ya, alzando la voz, y en estas se presentó don Pedro González de Lara, el de los amoríos con mi madre, el padre de los supuestos hijos adulterinos de Urraca, y pidió audiencia, entrando en la tienda de rodillas, viejo y manso como un cordero.

El conde Xemén desenvainó la espada. Estefanía se antepuso a Urraca para resguardarla, pero no hizo falta, no, porque el que fuera conde de Castilla y señor de Medina entraba de rodillas, vestido con una capa vil, e avanzaba torpemente hacia la reina, farfullando que venía a postrarse ante la reina, que no ante la mujer, e como la señora sabía distinguir entre ser reina y ser mujer, lo atendió del mismo modo que hubiera hecho con cualquiera otro de sus vasallos.

Lloró el conde, que empezó con cierto brío a pedir el perdón a la señora que lo había desterrado de sus reinos, años ha, e acabó llorando, dándose golpes en el pecho, mismamente como si fuera un penitente, a más, que venía vestido con ropas de cuaresma, susurrando en tan bajo tono que era difícil entenderle:

—Señora, la mi señora, tiempo es de que te compadezcas de mí, pues que has perdonado a muchos otros, incluso a los que te han traicionado, cuando yo no te engañé... Si acaso te serví mal, fue debido a mi mocedad... Te amé, es cierto, y pretendí ser rey, el rey consorte, a costa del conde Gómez de Candespina, a costa incluso del rey de Aragón, y hasta estuve por un tris de proponerte raptó para que maridaras conmigo, cosa que hubiera deseado más que cualquiera otra en este mundo, pues que te amé desde que fui mozo, señora, y por eso estuve a tu lado siempre que me lo permitieron los demás... Pero ahora tengo mujer e hijos en Barcelona, e, aunque Dios sabe que no soy feliz, ya no hay amor por ti en mi corazón sino respeto a tu majestad... E te pido que me perdones y, si lo tienes a bien, me vuelvas a dar la honor de Medina para poderme traer a los míos a la tierra donde nació e me crié y donde te serviré como el más leal de tus vasallos hasta que el Señor me llame.

Y Urraca, si bien se holgó como mujer con las palabras del conde que, aun a destiempo, eran una declaración de amor, actuó como debía. Del amor no hizo comentario, de lo demás perdonó como siempre, como había hecho con condes, obispos y villanos, le concedió lo que pedía y lo aceptó en su séquito, sin que le temblara la voz, sin que se le arrojara el rostro, como reina que era. Le dio su mano a besar, la siniestra, y para demostrarlo mayormente le pasó a firmar el documento de doña Estefanía. Lo aceptó en su compañía, le entregó el señorío de Medina y no habló nunca largo con él, sino lo justo, lo propio del servicio, y él, convertido en hombre maduro, se portó como un caballero.

A primeros del año de 1119, era de 1157, estábamos con Gelmírez en Burgos, que

había venido a rendir pleitesía a la señora, y se presentó el abad de Sahagún con la alegre noticia de que mi tío Guido, arzobispo de Vienne y hermano carnal de mi señor padre, había sido consagrado papa con el nombre de Calixto II. Don Diego se holgó, pues que él había sido secretario, criado, en puridad, de mi padre, y le había escrito de su mano al nuevo pontífice, por eso fuese a Compostela a remitirle enhorabuenas y a preparar su alegato para elevar la iglesia de Santiago a metropolitana, para convertirla de obispado en arzobispado, lo que ya había pretendido con anterioridad y que poco tiempo después conseguiría.

La reina también envió parabienes al nuevo papa, y recibió de él otros y muchos buenos deseos de felicidad y luenga vida. Claro que, como don Calixto, tomó bajo su protección a mi hermano, cuando no hacía falta que nadie lo protegiera de nadie, máxime cuando para protegerlo de lo que fuera menester estaba ella, y de lo que no era menester Traba y Gelmírez, Urraca no supo a qué atenerse con el nuevo pontífice, y comentó con sus damas la desdicha de que una vez más apareciera un hombre en su vida, en este caso un cuñado, deseando que se llevara mal con su hijo.

Pero es que, próximos a cumplirse los tres años del pacto del Tambre por el que mi hermano era rey de Galicia y de Toledo, mucha gente deseaba que la reina se llevara mal con su hijo. Gelmírez, entre otros, hecho que no le impedía lisonjear a Urraca por carta o enviándole mensajeros para que, a la par que renovaba, o no renovaba, el acuerdo con Alfonso, hiciera otro de amistad con él.

E como la reina no se fiaba, con motivos, el muy villano hizo correr el rumor de que la señora se encaminaba a Compostela para prenderlo y encerrarlo en una fría mazmorra de por vida. Lo que fue mendaz, si Urraca se dirigía a Galicia era para sofocar la rebelión del conde Munio, que, a saber, por qué pardiez se rebelaba o contra quién se levantaba, y, vaya, que, aunque el sabio griego dijo que no nos bañamos dos veces en el mismo río, en las Españas las aguas no corrían hacia el mar, en razón de que era siempre lo mismo, las mismas ambiciones, ruindades y rencillas necias. Debió alzarse el conde contra el obispo porque Urraca, tras vencerlo, le devolvió el castillo que tenía de ella.

Pero el hecho es que la reina y Gelmírez se enojaron, quizá porque Urraca no quiso darle todo lo que pedía, o porque él ponía en conocimiento de los hombres del Concejo de Compostela que la señora lo quería apresar para poner a otro en su puesto, cuando, precisamente, esperaba la llegada de las bulas del papa proclamando la conversión del obispado de Santiago en arzobispado, y, vaya, que los ciudadanos se pusieron esta vez de parte del prelado, siendo que no lo habían asesinado porque no pudieron en la gran algarada de 1117, nada más que tres años anteriores a estos hechos.

E, puestas las cosas feas, con los burgueses en la calle otra vez voceando e disparatando, Urraca propuso a don Diego un duelo entre uno de sus peones, un mozo

recio, que previamente se prestó a ello, y otro peón del obispo, el que había acusado a Urraca de querer lo del apresamiento y otras maldades.

Gelmírez aceptó el reto, el acusador —va dicho que a Urraca la acusaban de esto o estotro nobles y plebeyos—, también, y se dispuso todo para que el duelo se celebrara el domingo siguiente, a la hora de nona, en la explanada entre la catedral y San Payo de Antealtares, y allí acudió toda la población con vianda y vino, y recibió a los campeones que venían confesados, comulgados y con la faltriquera a rebosar de los dineros que les habían entregado sus patronos, con mucha alharaca, palmas y vocerío.

Para la reina y el obispo se había levantado un estrado. Para el duelo se había dispuesto que los campeones, tal nombre se daba a los luchadores, se batieran a bastón. E, vive Dios, que llevaban sendas garrotas, que daban miedo, y que, por un lado, entró el campeón del obispo con una gente que le precedía asonando gaitas, un hombre menudo y enclenque, que fue causa de mofa general, e, por el otro, el de Urraca, un hombrón que causó admiración entre la multitud. Los condes y las damas de mi madre se frotaban las manos, dando por vencedor a su campeón. Pero no, no, como todo en este mundo se repite, fue otra vez David contra Goliat.

Avanzaron los hombres, el uno contra el otro, sin un atisbo de miedo en sus ojos, se midieron de lejos, bravuconeando el grande, pero el que era menudo emprendió carrera de súbito y le propinó un garrotazo en las piernas al gigante, rompiéndoselas, pues que se dolió, y, aunque respondió con tenacidad, postrado en el suelo como estaba e asaz dolorido, no logró otra cosa que dar palos al aire, hasta que mi madre se alzó del sitio y detuvo la pelea, rindiéndose, para asistir al gran alborozo del obispo y sus canonjes, y al de los muchos partidarios que tenía en la ciudad, los mismos que le quisieron asesinar tres años atrás.

Mi madre hizo lo que se hace en estos duelos. Mandó que le sacaran los ojos a su campeón y, en contra de lo que se hace, no le quitó los dineros que le diera, pues que pensó que siendo ciego los necesitaría para vivir, y, ya en la casa obispal, reconoció ante don Diego que había intentado traicionarle y le dio lo que pedía. Luego, nos dijo que, aunque era falso, pues que no se le había pasado por las mientes apresarse al prelado, en el duelo, Dios le había dado la razón al compostelano, y, en tal guisa, con su campeón vencido, ella no le podía quitar la razón a Dios, pues que ni su alma ni su mente estaban preparadas para oponerse a los designios del Todopoderoso y, en cuanto a lo mucho que le dio al obispo, nos aseguró que lo mismo le daba dar que no dar, pues que nada tenía.

Yo no entendía aquellos razonamientos.

Máxime porque don Diego quería y logró de mi madre, en menoscabo de mi hermano, el gobierno de Galicia, y que todos los magnates le rindieran homenaje. Los condes se quejaron, le preguntaron a la reina si debían prestarle al obispo homenaje

de boca y manos, de manos y pies, o de culo, tal le demandaron los muy ordinarios, y ella que era una dama no respondió por no ponerse a su altura, y ellos se presentaron ante él y le dieron el beso de fidelidad, los grandes en la cara, los más pequeños en la mano.

Gelmírez estuvo unos meses gobernando en nombre de la reina —no de mi hermano—, que le dio el título de señor y patrono de Galicia, o lo que es lo mismo la regia potestad, y claro, como no hay nada nuevo bajo el sol, Traba se rebeló con sus hijos y sus fieles, por mi hermano y, vaya, que fue derrotado en Tabeiros, pues que el prelado dispuso de un ejército muy bien armado y bravo, capaz, por otra parte, de romper el bloqueo que practicaban con ensañamiento unas naves normandas, ¡peste de Dios!, contra la ciudad de Vigo poco antes. E ya fue de triunfo en triunfo, porque le llegaron bulas del papa Calixto convirtiendo la Santa Iglesia de Santiago en metropolitana, quitándole tal categoría a la ciudad de Mérida, todavía en manos de los musulmanes, y nombrándole a él legado papal, y claro las promulgó con gran contento de la vecindad.

Así las cosas, Traba y Alfonso, muy enojados con la reina, le remitían cartas y cartas en las que le recordaban que tenía un hijo, que había de heredarla, o le conminaban a que se retirara a un convento porque era «mujer de femenil inconstancia», o le anunciaban que ellos y ella habían de quedarse sin el reino de Galicia, porque Teresa de Portugal tenía arrebatada la ciudad de Tuy y se preparaba para continuar hacia Orense. Y claro, ante tan malas nuevas, a la reina no le quedó otra alternativa que llamar a hueste a sus condes para arrojar a la invasora. Y, en efecto, con el obispo que se sumó a la expedición recuperó la plaza y, con las naves de Gelmírez, que era el rey más rey de Galicia, la derrotó en el Miño, y la persiguió, incendiando lo que estaba fijo y matando a lo que se movía en todo su camino, hasta Lanhoso, en tierra portuguesa, cerca de Braga, venciéndola otra vez, pues que se rindió cuando sus soldados le negaron obediencia, hartos ya de tanta inquina entre las hermanas. Tal le espetaron a la cara, y Teresa no tuvo otro remedio que someterse, aunque con mucho miedo porque, vaya su merced a saber cómo habría de responder la reina.

Allí hubo vistas entre las dos hermanas, que, como en otras ocasiones, no se avinieron; al revés, discutieron con gruesas palabras... Teresa de rodillas en el suelo le pidió a mi madre que la nombrara reina de Portugal prometiendo servirla en la guerra y en paz la primera de sus vasallos, pero como Urraca se negó, por negarse, porque poco tiempo antes nos había dicho que lo mismo le daba dar que no dar, entre otros motivos porque ya nada tenía, la otra se alzó airada, y la llamó en público barragana, y gritó que vivía en contubernio con el conde Pedro de Lara, allí presente, a quien le salieron los colores.

Mi madre, muy serena y con voz pausada, mandó encerrarla en una tienda pero,

presto, tornó de ánimo e gritó que no le ponía hierros por ser ella también hija de su padre, si bien del pecado de su padre, tal profirió en público para escandalera de todos, e tuvo que tomar una tisana para quitarse el sofoco, pues que, pese a la prisión, Teresa consiguió hablar con el arzobispo Gelmírez y decirle, la muy bellaca, mentironas, tales como que Urraca tenía planes de apresarle a él también.

E mucho dime e mucho direte y mucho alboroto para terminar sellando un pacto mutuo de paz por ellas y sus descendientes, con Teresa arrodillada, con Urraca alzándola, ambas besándose, ambas llamándose reinas en público, ambas alocadas, riendo, ante el estupor de todos los cortesanos, que comentaban sovoz que ambas reinas, o que una reina y una condesa, se tenían entre ellas «celos propios de mujeres e no podían dominar sus emociones»...

Y se despidieron las dos reinas amigadas y, de consecuente, se desamigaron dellas mi hermano, que andaba en los cazaderos del Tambre, con Traba e, ítem más, los burgueses de Compostela, que aducían que siendo su señor Gelmírez *quasi pro rege*, casi rey —es decir, rey, porque hay oficios que no admiten «casi»—, en Galicia, Urraca no tenía por qué darle el título de reina a su hermanastra, no se le fueran a subir los humos a la cabeza y pidiera más y más, hasta el reino de Galicia. E el obispo se carteó abundante con mi hermano, aunque no consiguió ganarlo a su causa, pues que, en realidad, había muchas causas y ninguna, nada nuevo por otra parte, porque el reinado de doña Urraca fue un eterno repetir, como va explicitado. El caso es que como se dijo que mi madre vivía con el conde de Lara como barragana, y el arzobispo, que la precedía de regreso a Compostela, dio oídos al falso rumor e hizo comentarios nada gratos al respecto, la reina se disgustó con él.

Lo cual no fue óbice para que mi madre recuperara el señorío del señor Santiago —y de Gelmírez— en Portugal, que le había quitado mi tía Teresa, e ya regresaba, sin nada en las manos, pues que don Diego se había llevado todo lo bueno que había en las parroquias en un viaje que hizo anterior, e se le juntaba gente. Gente buena, que sólo quería besarle la mano, y gente mala, que se presentaba, pagada por Teresa, a malquistar entre reina y arzobispo —que iba delante—, a decirle que Urraca lo quería muerto, y a la inversa, pero ellos no hacían caso.

Cierto que, al regresar a la tierra gallega, se juntaron todas las tropas para embarcar en barcazas y cruzar el Miño. Entonces, Urraca hizo que pasara primero el ejército del prelado, y ella se quedó a tomar refrigerio en la orilla portuguesa con sus condes: Fernán Yáñez, Juan Díaz, Arias Pérez y otros —los de la antigua hermandad—, y con el obispo, que creído de sí o no recordando que todos tenían préstamos concertados con él, y le debían dineros, no advirtió el peligro que corría; el caso es que los señores de Galicia apresaron al mayor señor de Galicia, y que hasta saquearon lo que llevaba su compañía. Urraca, que lo vio todo con sus ojos, hizo nada para que lo liberaran ni que le devolvieran lo que le habían arrebatado como si fueran ladrones

vulgares, unos más de los muchos que pululaban en el *Iter Sancti Jacobi*.

El arzobispo, encadenado y andando, pues que sólo le habían dejado un sayal y, de consecuente, habría de mantenerse de la caridad de los condes traidores, fue llevado al castillo de Santa María de Autares, cerca de Villafranca del Bierzo, donde se dijo que ayunó a pan y agua, cierto que no se supo si por imperativo de sus secuestradores o por hacer penitencia.

Urraca se encaminó a Compostela, pues que llevaba en mente estudiar el terreno del Picosacro para levantar un castillo para ella y dejar allí una guarnición permanente de soldados que ataran corto a los ciudadanos para que éstos y el señor de los ciudadanos no se le subieran a las barbas. Es un decir, porque la reina no tenía barbas, sino un rostro precioso, y eso que se le había hecho un hendido en la parte de los molares que le arrancó la bruja Alexa, Dios no le haya concedido descanso eterno.

Llegó precisamente el día de Santiago, a la sazón el 25 de julio, de noche, para encontrarse a los canonjes vestidos con ropas negras preguntándole por el paradero del arzobispo, y al pueblo sublevado, gravemente ofendido, todos a la par y cada hombre en lo más profundo de su corazón, demandándole lo mismo: el paradero de su arzobispo, llamando a la reina apóstata, infiel, avariciosa y otras lindezas, e le gritaban que nunca le entregarían el señorío de Santiago.

El caso es que nos vimos en peligro y nos refugiamos en sagrado, en la catedral, desalojando a todos los peregrinos, a los que llegaban después de un largo viaje en busca de las grandes perdonanzas y a los que llevaban allí un tiempo descansando y durmiendo, y claro, aquel hecho cayó mal entre la vecindad, que lo consideró desafuero, y entre los foráneos que preguntaban y se preguntaban quién, pardiez, era aquella mujer que en la casa de Dios mandaba mucho más que el propio Dios.

Y ya voceaba el gentío en la calle, como otrora, y amargos recuerdos venían a nuestra mente e teníamos miedo cervical. Porque, aunque el negocio no era el mismo que la vez anterior, mismamente estábamos solas, con el séquito y cuatro más, y nadie quería a la reina, vaya, querían al arzobispo, al que no habían querido la otra vez ni por todo el oro del mundo.

E mi madre nos decía compungida que no era reina, que en sus reinos no se trataba a las esclavas como la trataban a ella, y para no apesadarla las damas le decían que sí era reina y de muchos reinos además, pero mentían, le mentían porque no era reina de ningún reino... Hasta que yo, tras orar recogida en aquella iglesia, me la llevé a un aparte, me armé de valor y le dije al oído:

—¡No eres reina...! Nunca lo has sido, porque para ser reina es menester que los vasallos obedezcan... Y a ti no te obedecen ni los niños ni los perros —tal aseveré sacando las cosas de quicio—, pero mucho menos tus vasallos. Asímelo, madre, no te aman... Sólo te queremos tus damas y yo... Vayámonos a un castillo solitario o a un convento, a vivir felices...

E Urraca me respondió, dejándome pasmada:

—Llevas razón Sancha, hija, pero antes habremos de salir de aquí.

Y sí, en efecto, era preciso salir de allí, e no era cosa menguada porque los vecinos preguntaban a una única boca por el arzobispo e los peregrinos querían entrar en la iglesia porque, precisamente, habían venido a eso: a dar un abrazo al Apóstol y a reponer fuerzas para regresar a sus tierras. Y golpeaban las puertas.

E fui yo la que respondí por mi madre haciéndome pasar por ella, pues que tenía la voz pareja. Yo les expliqué que no tenía preso a Gelmírez, la que mentí que venía detrás, que llegaría al siguiente día, a lo sumo, al cabo de dos días, y les insté a que salieran a recibirlo como su arzobispo que era, pero nada alcancé a arreglar. Mi primera intervención pública fue un absoluto fracaso, pues que, queriendo apañarlo, lo compliqué con mentiras y conforme me interrogaban las gentes que estaban afuera, yo respondía sin detenerme a pensar, e moza como era, me trabuqué y me contradije y aun añadí que nunca, nunca jamas soltaría a don Diego si no respondía a mis acusaciones cuando lo llevara a juicio o cuando se acogiera a mi misericordia... Y menos mal que vino doña Estefanía, muy disgustada, a taparme la boca con su manaza, que de otro modo todavía lo hubiera estropeado más.

Pero mi madre no me regañó, me acarició la cabeza, miró a sus damas a la cara e dijo:

—¡Ea, señoras, vayámonos a un convento!

Pero, de momento no pudimos ir a un convento a hacer vida monjil.

Al muy poderoso señor don Diego Gelmírez arzobispo de Compostela, la infanta Sancha, salud para hacer el bien.

Me dice mi hermano, el rey, que has aceptado de grado mi propuesta de celebrar vistas y echar tu libro y el mío al fuego. Me huelga tu decisión... Te comunico que no deseo echar a las llamas los dos libros con ánimo de que se salve el más ajustado a la Historia, que, si sucede, que uno salta y se salva, como de hecho ha ocurrido alguna vez, según tengo noticias, querré en aquel momento, lo mismo que ahora: que se torne al fuego el libro que se haya salvado hasta que se queme por completo, pues que no se trata de hacer una prueba ordal y que se salve el bueno o el mejor de los dos, o el que Nuestro Señor reputa mejor, quiero que se quemen ambos.

Dime si estás de acuerdo.

Vale Infanta Sancha Raimúndez. (signum).

Capítulo 31

De Boñar a Saldaña.

Para que los ciudadanos y los canónigos nos dejaran salir de Compostela, fue preciso que Urraca tomara las riendas del negocio, que enviara orden de liberar al arzobispo y se retractara en público de lo que consintió. Amén, de castigar a los condes traidores. Jurar que se había visto obligada a la maldad, al secuestro del prelado, que era secuestro porque los condes pidieron un fuerte rescate. Llegó carta del arzobispo Bernardo de Toledo, asegurando que había recibido un escrito del papa de Roma, del tío Calixto, en la que le conminaba a que la excomulgara. Amén, de que su hijo, que había sido bautizado y ungido como rey por Gelmírez, se separó de ella. Y soportar hubo la entrada de don Diego en la Santa Iglesia Catedral de Santiago Apóstol, el besamanos que le depararon los canonjes, los vítores que le dedicó el pueblo, vaya, que esta vez tocaba vítores, y escuchar de sus labios cómo la perdonaba de su crimen sin que ella se lo pidiera, cuando no era más crimen que otros anteriores, pues que todo era más de lo mismo.

Pasados estos malos tragos, y de dejar que Copa, la cocinera, nos friccionara la cabeza a todas las damas con una crema de ruda, vinagre y aceite de rosa, para quitarnos la cargazón, salimos hacia León de noche, para no ser vistas; las damas contentas, pues que Urraca nos había anticipado que reuniría la curia en aquella ciudad y cedería todos los reinos a su señor hijo, y que nos iríamos a un convento, al de San Salvador de Boñar, por lo de su reuma, y aún no habíamos andado cinco millas, cuando cambió de idea, pues fue mala suerte y nos encontramos con el conde Pedro Arias y los otros traidores al arzobispo, que pidieron hablar con ella. Y, vaya, le contaron y le contaron, le propusieron y le propusieron, levantando en ella su ansia de venganza, cuando había estado conforme con retirarse a un convento, el caso es que, con escaso seso, o sin seso ya, nos ordenó volver grupas y eso hicimos. Y, a las pocas horas, empezaron a llegar unas gentes que habían atacado a don Diego en la tierra de Salnés: burgueses de Lugo, de Mondoñedo, de Astorga, de Sahagún, etcétera, todas preguntando por ella, asegurándole que venían a servirla contra el arzobispo, pues que no se podía tolerar la afrenta que le había hecho en público, máxime cuando ella no tuvo que ver con el secuestro, y claro se holgó sobremanera, pues que le pareció que otra vez era reina. Vanidosa, no lo pudo resistir y aceptó, desde Picosacro, donde asentó el campamento, hacer la guerra a don Diego.

A don Diego y a mi hermano que estaba con el, a Traba y a sus fieles, a la gente

que luchó contra ella, contra su matrimonio y contra la hermandad de nobles, en fin, más de lo mismo...

Gelmírez armó un ejército mucho mayor que el nuestro y vino contra nosotras. Hubo enfrentamiento. En el primer choque murieron veinte caballeros villanos y un conde de los nuestros...

En la tienda de mi madre, doña Estefanía echaba pestes porque lucharan madre e hijo, le pedía a la madre paz, paz, y le proponía que nombrara jueces para solventar el litigio a voz en grito, cierto que sovoz se demandaba qué litigio tenían madre e hijo. Luego, resultó que, en el campamento enemigo, el arzobispo tampoco quería que se enfrentaran madre e hijo, e discurseando, como gustaba, instaba a mi hermano Alfonso a la paz recordándole que Jesucristo y su Santa Madre siempre se habían amado, y le pedía que nombrara jueces para que examinaran los pleitos entre ambos, o mejor entre Urraca y Gelmírez porque todo venía, de que aquella no le quería devolver unos castillos que le había dado y quitado, dado y quitado.

Cuarenta jueces se nombraron, cuarenta. Resolvieron lo único pendiente: que la reina tornara los castillos al arzobispo, y algo más hubieron podido encontrar revisando viejos pergaminos, pero en esto se presentaron unos embajadores de Alí ben Yusuf, el emir almorávide, y Urraca y su hijo hubieron de atenderlos, pues que Alfonso el Batallador acababa de conquistar el valle de Jalón, de dar fueros a la ciudad de Soria, como si fuera suya, y tenía guarnición en Salas de los Infantes, Olvega y Ágreda, y se ocupaba de la creación del obispado de Sigüenza, mano a mano con el arzobispo Bernardo de Toledo, e habían de tener al emir contento, máxime cuando había derrotado, poco ha, al invencible rey de Aragón, en un lugar dicho Cutanda, o algo semejo.

Atendidos los sarracenos, nos fuimos a San Salvador de Boñar. Y, sí, en efecto, descansamos. Urraca tomó los barros muy calientes, casi abrasando, e le mejoró sensiblemente el brazo y sobre todo sosegó el ánimo, y nosotras con ella. E, lo que platicábamos, que no era cuestión de vivir entre traidores pues que, muertos los grandes señores de Alfonso VI: Pedro Ansúrez, Minaya Álvar Fáñez, Gómez de Candespina, Froila Díaz, Ruy Muñoz, Munio Bermúdez y otros más, que se hubieran dejado sacar los ojos y morir con tormento antes de traicionar a su señora natural, en los reinos sólo quedaban señores mediocres, pusilánimes, cobardes y bellacos. Y abundábamos en que así no se iba a ninguna parte, máxime con los burgueses en franca rebelión; amén del desdichado matrimonio que lo complicó todo, viviendo momentos de extrema violencia, tanto en el reino como en la cama de los esposos, porque Alfonso era un bárbaro y Urraca no se quedaba menguada de lengua cuando se consideraba atacada, aunque nunca le pusiera a su marido la mano encima, entre otras razones por ser más bien menuda, y él un hombre fornido.

E hablando de esto o de aquello en la alberguería, o recorriendo la huerta del

convento, o mirando el sol y la luna, o en derredor; o pensando patrocinar allí mismo un convento de monjas, para quizá entrarnos todas; o jugando a las tablas o a preguntas y respuestas; o comentando las noticias que nos traían los señores, sobre que mi hermano se estaba quedando con todos los reinos, pues que, cumplidos los dieciocho años, se había hecho armar caballero por el conde de Traba en Compostela ante el busto de plata del Apóstol, después de que bendijera las armas el arzobispo Gelmírez, y que se llamaba rey y emperador, como nuestro señor abuelo, unas veces diciendo que reinaba con su madre y otras no, pues que se había cansado de ser y no ser rey, al parecer; o de mi tiastra Teresa de Portugal que había maridoado con el conde Fernando de Trastámara, a quien no le arrendamos la ganancia; o leyendo las cartas de don Bernardo, el arzobispo de Toledo, que deseaba amigarse con mi madre. Y eso...

Y, a veces, nos venía gana de dejar San Salvador y llegarnos a León o a Astorga, o más allá, pues no en vano Urraca, desde que fuera reina, e iba para diecisiete años, se había pasado la vida en un ir y venir, y echaba en falta los grandes horizontes, e yo también. E la que más la animaba yo, pues que me ahogaba en la alberguería del convento, el caso es que a dos días saliente el mes de febrero, bajo un agradable sol, pues dice el dicho que en febrero el perro busca la sombra, ordenamos a los criados cargar los baúles e nos fuimos a recorrer la Tierra de Campos, a visitar los castillos donde Urraca había crecido al lado de su ayo, el conde Ansúrez.

E Dios nos encaminó al castillo de Saldaña.

Al señor don Diego Gelmírez, arzobispo de Compostela, la infanta Sancha, plegue al Señor que en el cielo está, darte salud.

Me huelgo, señor. Acepto el lugar que has elegido: la casa arzobispal de Compostela. Solos tú y yo en tu aposento de dormir y sin testigos. Tú arrojas la Historia compostelana a las llamas de la chimenea y yo el mío, que no tiene título. E, todo, el día de San Juan próximo veniente. Me huelgo, señor arzobispo, y te lo agradezco, incluso me estoy preguntando si fui demasiado dura juzgándote. Envíame tu bendición.

Vale. Infanta Sancha Raimúndez. (signum).

Capítulo 32

La última enfermedad.

Proseguimos nuestras marchas hasta detenernos en Saldaña donde Urraca llegó con un fuerte ataque de reuma, con el brazo derecho seco, con todo el cuerpo seco, produciéndole cualquier movimiento enorme dolor, como si estuviera inválida; e hubimos de meterla en el lecho.

Copa, la cocinera, la atendió, le llevó tazones de caldo de presa, pasteles, tortitas y otros lamines, le aplicó emplastos y fomentos con cariño y dedicación, y ella se dejaba hacer, pero no quiso comer. No podía, pues que le costaba esfuerzo abrir la boca y tragar, que ni los líquidos podía ingerir. E decía con poca voz:

—Señoras, damas, esto es el fin... ¡Rogad por mí los días y las noches...!

E las damas, con lágrimas en los ojos, le decíamos que no, que no, para animarla, pues que un enfermo con gana de vivir es más fácil de sanar, pero fue vano, porque, en efecto, era la muerte.

Nuestro temor lo corroboraron unos mercaderes, que venían de la ciudad de León, con una noticia singular: debajo del altar de la iglesia de San Isidoro había manado agua, desconociendo que no era la primera vez que sucedía tal portento, pues que ocurrió ocho días antes de que falleciera mi abuelo el emperador Alfonso, Dios lo haya acogido en la última Morada, pero eran mozos, o distraídos, el caso es que no habían oído hablar de aquello. Las que habíamos oído hablar de aquello éramos nosotras, las damas de la reina, y enseguida supimos lo que iba a suceder: que Urraca moriría en ocho días desde que brotaran las aguas, como su señor padre, e, naturalmente, nos dispusimos a ayudarla.

Copa se esforzaba en cocinarle golosinas y en aplicarle los fomentos. María le tocaba el laúd. Galana le contaba hermosas historias. Estefanía revisaba el arca de los diplomas de la señora, y yo lloraba horas veinticuatro.

Pero Urraca no quería los lamines de Copa. Se fatigaba de escuchar el laúd y el arpa. No estaba para cuentos ni que fueran de Galana, y sólo atendía a Estefanía que le iba con diplomas. Con las propiedades que tenía la reina esparcidas por todos los reinos, e tomaba el cálamo y escribía: unas casas en Toledo en la plaza de la Llana, otras en el rabal de los moros; un molino en Mondoñedo, otro en Vivero; unas viñas en Astorga; unos hortales en Burgos; cuarenta castillos en la línea del Duero —ay, todos dados en señorío—; las pechas de doce ciudades, de cien villas, de más o menos cien aldeas y lugares —ay, todas dadas en señorío a los señores—, e decía que

había poco para mí. Que con tanto ir y tornar mi madre no se había ocupado de dotarme, y ella no había caído en ello, hasta aquel amargo momento. E mi madre me decía:

—Te dejaré lo poco que tengo, Sancha, hija, tu hermano habrá de darte por mí...

—No te preocupes, madre, yo vivo con poco...

—Una infanta ha de mantener el rango... habrá de darte tu hermano...

E intervenía la mayordoma:

—¡Señora, será mejor que cases a Sancha para que no intervenga su hermano!

E yo atajaba:

—¡Oh, no, no quiero casarme, nunca me casaré!

—¿Cómo es, niña Sancha? ¡Es de natura que la mujer tome estado!

—¡Nunca, señora mayordoma, nunca!

—¡Obedecerás lo que tu madre disponga!

—¡No le haré maridar contra su voluntad, Estefanía, que a mí me fue mal...!

—Ya me dirás, señora, ¿qué ha de hacer una infanta sin marido y sin dinero, pues que hay poco? Unas viñas, unas casas, algunos molinos y lagares... ¡Lo has dado todo...!

—Que al menos se diga de mí que di, pues que tanto mal han de decir...

—¡Por amor del Criador! ¡Vergüenza deberá darles a los que digan, a los que han dicho, pues que te trataron mal, hija, Urraca! —aseveraba la mayordoma.

Y la reina tenía momentos de lucidez, pero a ratos le hacía sombras la memoria y se quedaba postrada, respirando quedo, quedo, tan en silencio que se nos hacía que había muerto. E, de repente, se despertaba para gritar:

—¡Tiene dura la mollera este hijo mío!, ¿a qué levanta Tuy si todo lo mío es suyo?

O para preguntar:

—¿Qué pasa Estefanía con la dote de Sancha? ¿Cuánto tenemos? Mis joyas serán para ella...

O para lamentarse:

—Me hicieron la vida amarga... Estuve sometida a mil violencias por reyes y villanos... Mi marido hizo conmigo lo que no hizo San José con la Virgen María...

O:

—Como sucede a los reyes, viví rodeada de ambiciones... Mi padre acalló las que surgieron a lo largo de su reinado, pero conmigo verdearon y crecieron hasta lo inconmensurable...

O:

—Por ser reina no he tenido casa fija... Pero he sido reina todos los días desde que heredé a mi señor padre, mal que haya pesado a muchos...

O para advertirme:

—Hay afectos que no se pueden cortar, debilidades por personas que perduran y, pese a que te traten mal, las amas siempre, Sancha, hija...

O:

—Guárdate de Gelmírez, que es más rastrero que una sierpe... El peor de todos los hombres del reino...

O:

—En cuanto a tu hermano, no sé cómo es, no sé qué talante tiene ni si es generoso o avaro, ten tiento con él... No sé si te dará lo que yo no puedo darte porque él y otros me han quitado todo...

O:

—Ten presente, Sancha, que cuando tienes que dar pena no das pena a nadie...

O para aconsejarme:

—Podrás acaso gritar una vez, dos o ciento, pero no grites cientouna, es vano... Retírate de la escena pública...

O para suplicar a las damas:

—Cuando me muera atiendan las señoras a Sancha, que no tiene un cuarto.

O para pedirnos a todas.

—¡Orad por mí las noches y los días...! Y se volvía a postrar.

Hicimos vela de día y de noche, e sólo dejábamos entrar en el aposento a los capellanes que enviaban los obispos de todos los reinos, incluso el obispo de Cesaraugusta, la antigua Sarakusta de los moros, comisionó a unos frailes para que rezaran por la salud de Urraca. E teníamos el castillo lleno de prestes, monjes y señores que, enterados de que la reina se moría, pues que no en vano habían vuelto a emerger las fuentes de San Isidoro, venían a prestar sus servicios, unos con sus espadas, que no eran menester; otros con sus oraciones, que eran menester, porque siempre lo son, pero más cuando la persona está a las puertas de la muerte. Y todos querían entrar en el aposento de Urraca a despedirse, a verla con sus ojos, a besarle la mano, a tocarle la camisa de dormir, o el cobertor o los lienzos o el plumazo de su cama, o a oler la habitación, para poder decir si estaba Dios con ella o el Diablo, pero no dejábamos entrar a nadie.

Claro que los legados de don Diego Gelmírez, arzobispo de Compostela, armaron tal alboroto que mi madre abandonó su agonía y los atendió e incluso les dio lo que le venían a pedir: el castillo de Cira que, vaya, no estaba entre las posesiones de la reina, las que había listado la señora Estefanía, y, vaya, que Galana se quejo:

—Pues, ¿qué inventario ha hecho doña Estefanía? El castillo de Cira le hubiera venido bien a Sancha...

Y, a la vista de lo que había, mi señora, mi madre, mandó revisar los diplomas, pero observando que perdía fuerza y seso cada día que pasaba, al séptimo de estar en Saldaña llamó a su notario para dictar carta de testamento y disponer sus cosas.

Le dejó a mi hermano todos los reinos, con la manda de que me diera a mí lo suficiente para que viviera acorde a mi rango y con el ruego de que no me obligara a maridar si yo no quería —y nunca me casé—, y se permitió amenazarlo con las penas del infierno si no cumplía la manda, a más de aconsejarle que mantuviera a todos los señores en las tenencias que de ella tenían para vivir la paz, y desearle parabienes en la gobernación.

A mí me legó todas sus joyas personales, reliquias y medallas; sus cubiertos de comer, vajillas, manteles y toallas de mesa; su ropa personal; sus mantas, cobertores, tapices y coladuras; sus caballos, mulos, acémilas, carros; los recuerdos que tenía de su padre: dos espadas, cuatro lanzas, un arco con su carcaj, varios estribos de plata, y un manto y unas calzas; de su madre: el gonel y el sobregonel con que maridó, dos collares de perlas de buen oriente, un anillo de esmeralda, unos zapatos moros, de los llamados alcorques, que son muy útiles para la lluvia, y un manto de armiño blanco, que ella, Urraca, nunca llevó para no suscitar envidia entre las damas, lo mismo que hizo doña Constanza mientras vivió —e que yo nunca llevé tampoco— y acabé donándolo a la iglesia de Santiago de Compostela para que le hicieran un manto al santo, para el invierno, y de paso desairar al arzobispo, pues que le prometí elegir allí sepultura, y después opté por San Isidoro de León, como mi madre.

E a las damas les confirmó lo que ya les había dado en vida, añadiendo para Estefanía la mula que le había traído a Saldaña y el anillo de bodas que le entregó el Batallador; a Galana una arquilla árabe de marfil, y a María una copa de esmalte del dicho de Limoges. E ya dejó legados a los criados y a los esclavos de su compañía; manda de ser enterrada en San Isidoro, y dineros para que le celebraran misas en todos los monasterios del reino e para vestir pobres e dar de comer a las gentes de todos los sus reinos en los funerales que le celebraran y, cada un año, el día de su aniversario, por cien años, sabedora de que sus descendientes no lo cumplirían, por eso esbozó una sonrisa cuando lo dictó al escribano. Y firmó ella misma su carta de testamento con la mano izquierda, la única que podía mover malamente, guiada por su camarera mayor.

A ocho días entrante el mes de marzo de 1126, era de 1164, cantó el gallo antes de tiempo en la población de Saldaña, e lo oyó Copa, la cocinera, que velaba a mi señora madre e fue, apresurada, a comunicárselo a doña Estefanía, e ambas se presentaron raudas en la habitación del castillo donde Urraca estaba postrada por fuerte ataque de reuma. Temiéndose lo peor, acercaron la candela que llevaban al lecho e se encontraron con lo peor, con que la reina había muerto, Dios se la lleve, Dios la ampare en el último trance con ayuda de su Hijo, don Jesucristo, Dios la quiera a su lado para siempre jamás. Bendita sea la Santa Trinidad. Bendito sea don Jesucristo. Bendita sea su Santa Madre e todos los santos e santas de la Corte Celestial. Amén, amén, amén.

Es que el día en que nació Urraca, que fuera reina propietaria e hija del emperador Alfonso VI, cantó un gallo a destiempo, e ya pasó con ella lo que pasó, que tuvo vida amarga, e oyendo al gallo de Saldaña cantar mucho antes de prima, Copa fue corriendo a doña Estefanía a contárselo, y ambas se la encontraron muerta... Me despertaron, otro tanto que a las damas, y lloramos todas y nos cruzamos los pésames y, juntas, luego, tras vestir el cadáver de mi madre, recibimos muchos otros pésames de gentes grandes y menudas del reino, lloraron por ella, pues que en el fondo las gentes debían amarla. Y, juntos todos, lloramos y lloramos, y la llevamos, al son de un sinnúmero de campanas que tocaban a muerto, a sepultar a San Isidoro, el lugar que eligió, donde figuró en el obituario con los santos, las santas y los reyes, y siempre fue mencionada en la liturgia de aquel día.

Capítulo 33

Día de las nonas de marzo
obiit famula Dei regina donna Urraca.

Era MCLXIII.

Año 1126.

San Julián, arzobispo de Toledo, San Beremundo, abad de Irache, San Poncio, diácono, San Félix, obispo, y los mártires Filemón, Apolonio, Ariano, Presidentem, Teótico y tres más, y, de África, Cirilo, Rogato, Beata, Herema, Felícidas, Urbano, Silvano y Mamilo.

A los tres días de la muerte de mi madre, mi hermano entró en León y fue recibido solemnemente, y aplaudido y vitoreado, como el rey que era. E mucho rey, mucho buen rey, mucho Dios te salve buen rey Alfonso VII, Dios te dé salud y luenga vida para combatir a tus enemigos y servir a Dios, mucha alharaca, majestad, ceremonia, grandeza, comida, bebida, muchos buenos propósitos, pero el rey, el nuevo rey, no acalló las lenguas que se desataron sobre mi madre en todo el reino, y eso que la buena gente la lloró como a la buena reina que fue. No acalló a las malas gentes que soltaron sus lenguas, disparatando.

Pues que, vive Dios, los leoneses observaron que el día 8 de marzo, antes de la alborada, a la hora que murió mi madre, se secaban otra vez las fuentes de San Isidoro, lo mismo que había sucedido el día en que falleció mi abuelo, y sin caer en la cuenta de que los hechos de la Historia a veces se repiten, con o sin causa, entraron en pavores pues, no en vano, habían estado más con Urraca que con su hijo, el joven Alfonso, el rey por derecho, y, naturalmente, por lo que pudiera suceder, aprestaron las armas y se pertrecharon en las murallas, pues que a ver cómo venían de fieros o de bravos el nuevo rey y su dichoso ayo, el conde Traba.

E se precipitaron, porque mi hermano llegó con una compañía reducida, con las armas a la funerala, porque, pese a que venía a ser reconocido como rey, también venía a un entierro, nada menos que el de su señora madre, e pidió paso, e entró en la ciudad, erguido en su cabalgadura, pero triste el rostro, como la ocasión demandaba.

E las gentes tornaron su ánimo e aplaudieron y vitorearon al joven rey que, antes de descansar incluso, convocó curia para que le juraran los señores, que le juraron sin reparo, y recibió el homenaje de los que había allí, para luego recibir el de los que

faltaban, y el de las gentes del Concejo, portándose como correspondía a su majestad y reconociendo las honores que Urraca y su abuelo habían dado. Pero fuera porque nuestra madre no le dejó nada personal, o porque le aconsejó Traba, mal, otra vez, o para ensalzarse él, el caso es que no acalló las demencias que circularon por el reino sobre la muerte de la reina, pues que es harto difícil tener la lengua quieta, al parecer.

Que había muerto de parto, del tercer hijo que paría de Pedro de Lara, en el castillo de Saldaña, cuando había cumplido los cuarenta y nueve años, y a esa edad las mujeres ya no están en sazón, y otros desatinos. E, lo peor de toda aquella purriela: que había reventado cuando atravesaba una de las puertas de San Isidoro con el halda llena de los tesoros de aquella santa iglesia, siendo que no había fallecido en León, cuando allí sólo había sucedido lo de las fuentes, y veníamos nosotras con su cadáver y muchos señores y villanos que nos acompañaban. No acalló las malas lenguas.

El caso es que yo, cuando llegué con el catafalco de mi madre, se lo eché en cara, y las damas también, y tras asistir a las exequias que él y yo presidimos, nos mandó a todas a Oviedo, y además desterró al conde de Lara que acabó sirviendo al rey de Aragón. En Oviedo recibí el pésame de don Alfonso el Batallador, con bastante retraso, pero excusándose pues que había estado en lucha contra moros por Levante y la campiña cordobesa e no se había enterado del fallecimiento de mi madre e, en puridad, el hombre parecía apenado.

E, allí, en Oviedo, en el hospital de San Juan, en las habitaciones que se había reservado el señor Alfonso VI para hospedarse cuando estuviere en la población, pasamos las damas y yo ciertas calamidades. Pues que mi hermano se desatendió de mí, y doña Estefanía tuvo que pedir dineros a su hijo mayor, a quien mi hermano le había dado la honor de Nájera quitándosela a ella, e menos mal que los envió, pues llegamos a no poder pagar a los criados, y a reducir el yantar, y doña María y doña Galana a vender lo que les había dado mi madre. Hasta que Alfonso se acordó de mí y me dio lo que me correspondía por derecho, lo que Urraca no pudo darme porque no tenía un cuarto cuando murió, Dios la haya acogido con Él.

E fue en aquella ciudad donde comencé a escribir la verdadera historia de la reina Urraca, mi madre, con la preciosa ayuda de doña Galana. Al principio, a espaldas de doña Estefanía, luego ya sin tapar nada, pues que falleció, y pocos meses después doña María, y ya se fueron todos, por ley de vida: Copa, la cocinera; tal criada, tal otra, tal esclava, tal otra; el mayordomo, el copero, el repostero, el notario, el capellán, el mulero, el caballero, el dispensero, los soldados de la guardia, todos, uno detrás de otro...

Y ésta es la verdadera historia de la reina Urraca, la primera deste nombre en los reinos de Galicia, Asturias, León, Castilla y Toledo. Y, como mía no es, no continúo, aunque habría mucho que contar de mi hermano y de mí, e de cómo nos llevamos, e

de mi cuñada, la reina, e de mis sobrinos, e de mis tiasstras, e de mi padraastro el rey de Aragón, de los obispos, de Gelmírez, de los condes, de los vasallos, de todos, en t in.

E ya sólo decir que tengo intención de escribir al rey, a obispos, abades, condes, señores y alcaides de los reinos que son de mi hermano y de los del rey de Aragón, para que no se cieguen ni por lealtad ni por procedencia cuando escriban o manden escribir la crónica del reinado de mi madre y señora.

Nota de la autora

A menudo comenté con mi buena profesora y amiga, María Luisa Ledesma Rubio — mujer de gran corazón que se fue a mejor vida, dejando grata memoria—, la manifiesta e irritante inquina que dimana la Historia compostelana contra la reina Urraca. En aquellas largas y fluidas conversaciones, las dos lamentamos más de una vez que no se hubiera conservado otra crónica semejante escrita por la parte de la soberana, pues que nos hubiera gustado contrastar ambas para tener otra opinión de aquellos alborotados tiempos y de aquella mujer, y reina, que tan amargo lo tuvo... Como desgraciadamente no ha sido así, me animé a escribirla yo.

Algunas opiniones sobre la reina Urraca

«... la codicia de unos y la emulación de otros fueron las que mancharon inicuaamente el pundonor y la cristiandad de la reina doña Urraca». (Berganza y Arce, Francisco *Antigüedades de España propugnada*, Madrid, 1719-21.)

«Urraca se ve obligada a moverse, a gobernar, en medio de una nobleza totalmente dividida y movida por intereses propios». (Cavero Domínguez, Gregoria, *El perfil político de Urraca y Teresa, hijas de Alfonso VI*, 2º Congreso Histórico de Guimaraes, 1996.)

«Urraca recibió al conde Pedro de Lara, padre de Mauricio, Nuño y Álvar, y tuvo con él un hijo, Ferrando Furtado». (*Crónica latina de los reyes de Castilla*, edición crítica de Amparo Cabanes Pecourt, Zaragoza, 1985.)

«Rumores contra toda razón y justicia y conciencia, despojada de su honra, que es lo que más se puede quitar a una mujer (...). Las disensiones [entre los esposos] nacieron por cuestiones de poder, él (...) no pudo someterse a una mujer, máxime queriendo ella mandar como señora absoluta (...) No se habló de deshonestidad de Urraca en vida de su padre ni de su primer esposo (...) Si fue servida por los condes Gómez y Pedro, fue porque eran sus vasallos, si la trataban con deferencia, era porque era su señora y ellos hombres galantes». (Escalona, Romualdo, *Historia del Real Monasterio de Sahagún*, Madrid, 1782.)

«Quedó el honor de Urraca abandonado a los cariños de dos condes y vulnerado el sagrado de la soberanía con repetida injuria (...) Fue acusada de liviandad pública (...) El vulgo, viendo a una mujer moza en estrechas comunicaciones con los señores, sospechó familiaridades poco honestas (...) Se llegó a decir que Alfonso de Aragón la había repudiado por las facilidades de mujer (...) El conde Pedro González de Lara estuvo unido a Urraca (...), se casó con ella y tuvo un hijo legítimo llamado Fernán Pérez, de sobrenombre Hurtado (...) Todo eran chismes (...) Dicen que quiso matar a Alfonso por las armas y que al cabo murió de parto (...) Dejó decente memoria.» (Flórez de Setién, Enrique, *Memorias de las reinas católicas de España*, tomo 1, Madrid, 1761).

«Urraca caprichosa, pronta de genio, voluble, poco perseverante en sus decisiones, gusta disfrutar placeres, como aprendiz de su madre, apasionada y muy celosa (...) Una viuda no había reinado nunca ni en Castilla ni en León». (García de Valdeavellano, Luis, *Historia de España*, tomo I, Madrid, 1967.)

«Urraca entregó a Eslonza *Libros XI quorum nomina haec sunt: Bibliotheca, Moralia, Job, Vita patrum, Passionum, Dialogorum, Sententiarum, Genera officiorum, Librum ethimologiarum, LÍbelum virginitate sancte Maríe, Apochalipsim, Librum Hieremie*». (García Villoslada, Ricardo, *Historia de la Iglesia católica*, tomo II, Madrid, 1961).

«... Urraca, que no había acreditado las dotes de prudencia y firmeza que el estado de los tiempos requería (...) La figura de Urraca no podía ser más opuesta a la del rey de Aragón (...) podía dar rienda suelta a su carácter dominante e irascible (...) Para Urraca el rey consorte es un estorbo (...) Urraca tenía una verdadera obsesión por imponer su voluntad». (Lacarra, José M^a, *Alfonso el Batallador*, Zaragoza, 1978).

«Ya vacila el ánimo de la reina (...) Asoladora del reino, enemiga de la paz y la justicia (...) Como paloma escapa de las uñas del gavián, como cordera escapa de la boca de los lobos (...) ¿A qué no se atreve la locura de la mujer? ¿Qué no intenta la astucia de la serpiente? ¿Qué no ataca la muy criminal víbora? (...) La manifiesta impiedad de esa Jezabel». (*Historia compostelana*. Santiago de Compostela, Libro II, 1120-1141, edición de Emma Falque Rey, Madrid, 1994).

«Instigada por un sentido de ingratitud (...) Se entregó en secreto al conde Gómez, sin mediar las bodas, y tuvo un hijo (...) Robó con mano sacrílega los tesoros de oro, plata y piedras preciosas que había regalado la devoción de reyes y reina (...) Por esto fue causa de escándalo y pecado ante Dios y ante los hombres». (Ximénez de Rada, Rodrigo, *Historia de los hechos de España*, traducción de Juan Fernández Valverde, Madrid, 1989.)

«Entre los años 1109-1126, el reino cristiano más grande del norte de España, el castellano-leonés, aparecerá por vez primera regido por una mujer, Urraca Alfónsez,

que fue también reina consorte de Aragón por su matrimonio con Alfonso I de Aragón y Pamplona. Esta mujer, que tuvo que enfrentarse no sólo a la profunda crisis sucesoria que había heredado, sino también a la permanente discordia civil a la que estuvieron entregados León y Castilla, asumió con responsabilidad la situación, sin olvidar sus obligaciones con la corona». (Monyerde Albiac, Cristina, testimonio oral. Autora del *Diplomatario de la reina Urraca de Castilla y León. 1109-1126*).

«Urraca de genio dominante que en un hombre sería el origen de grandes empresas, y en una mujer manantial de intrigas y disturbios (...) sabía ser rastrera como serpiente para elevarse como el águila». (Navarro Villoslada, Francisco, *Doña Urraca de Castilla*, Pamplona, 1849.)

*Amores tem a Reiña
d'amores está enmeigada,
non direi quem sea o meigo;
pera... Lara, lara... ¡Lara, Lara!*

(Mariana, Juan de, *Historia general de España*, cita tomada de Navarro Villoslada, ibídem).

«Doña Urraca, mujer grande y excepcional, de cualidades relevantes, que de haberse podido manifestar en condiciones normales, acaso su nombre se hubiera pronunciado en los siglos siguientes con veneración». (Pérez Llamazares, Julio, «Doña Urraca», *Revista Hidalguía*, 15, Madrid, 1956.)

«Alfonso I no estimó como debía a Urraca (...) La hablilla contra Urraca quizá fue origen de su mala fama de liviana (...) Se casó sin gusto haciendo caso a los nobles (...) Si Urraca hubiera sido licenciosa, Alfonso no hubiera tratado de volver con ella». (Risco, Manuel, *Historia de la ciudad y corte de León y de sus reyes*, Madrid, 1762.)

«Urraca fue reina propietaria y tenía un hijo que sería el rey de todos los reinos (...) sobró pues toda impaciencia (...) Urraca dio en flaquezas por que era moza, hermosa, mal casada y perseguida de enemigos (...) El conde Gómez valía mucho

con Urraca, aún decían que más de lo justo». (Sandoval, Prudencio de, *Historias de los reyes de Castilla y León, sacadas de los privilegios, libros antiguos, piedras y otras antiguallas con la diligencia y cuidado que en ello pudo poner*, Pamplona, 1615.)

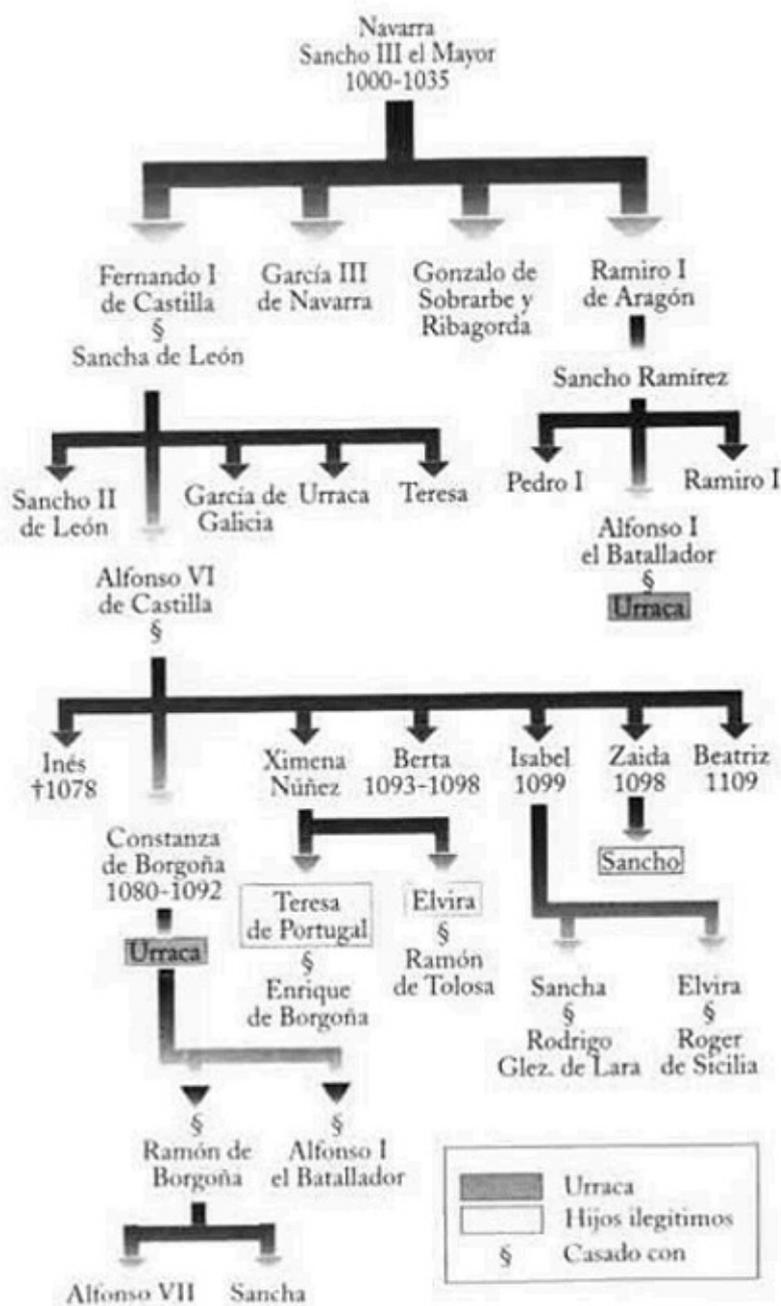
«Donde hizo un agravio lo multiplicaron por mil (...) Es fiera estando airada». (Vega Carpio, Lope, *La varones de Castilla*, Madrid, 1604.)

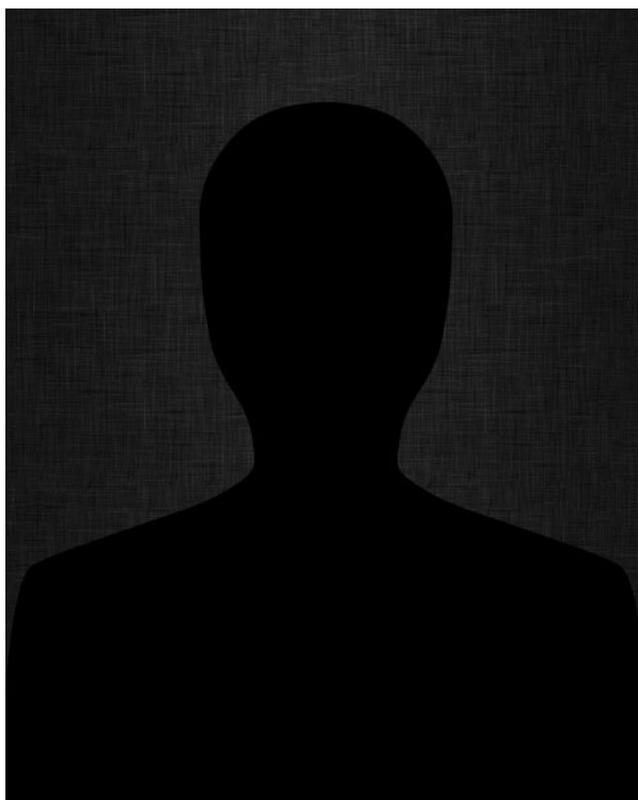
«Muerta en el año 20º de Alfonso VII, enterrada en San Isidoro, donde hecho despojo de los tesoros de la iglesia, reparó daños, comulgó (...) El emperador le hizo gran honra». (Tuy, Lucas de, *Chronicon*, Tuy, 1234.)

«... la reina que trataba todas las cosas con gran liviandad (...) el conde Pedro González de Lara alcanzó en la afición de la reina mayor lugar de lo que el conde Gómez quisiera (...) Ella no se sabía sujetar ni a su afición ni a la ajena». (Zurita, Jerónimo, *Anales de la corona de Aragón*, Libro 1, Zaragoza, 1562.)

Genealogía de la reina Urraca

ÁRBOL GENEALÓGICO DE LA REINA URRACA





ÁNGELES DE IRISARRI. Nacida en Zaragoza. Licenciada en Filosofía y Letras (sección de Geografía e Historia). Ejerció de profesora de Instituto y de archivera. Trabajó en una agencia de publicidad de jefe de medios y administración. En la actualidad se dedica en exclusiva a la literatura.